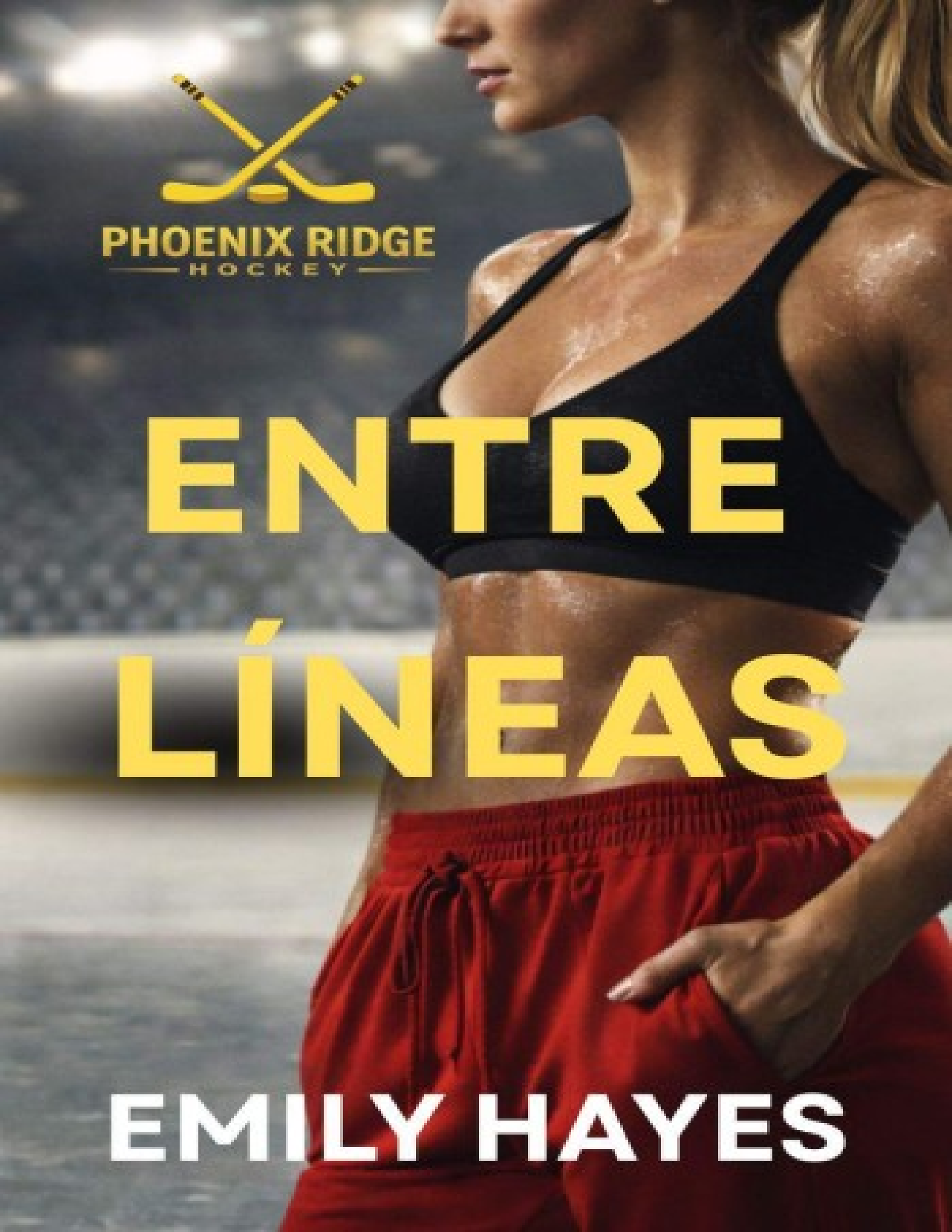

PHOENIX RIDGE
HOCKEY
ENTRE LÍNEAS
EMILY HAYES

# ENTRE LÍNEAS

EMILY HAYES

# ÍNDICE

Introducción

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Lou: Claro. ¿A mediodía?
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Tenemos que hablar
Camille. No puedo seguir así
Capítulo 18
No puedo seguir haciendo esto
Capítulo 19
Capítulo 20
¿Es cierto lo suyo con Lou Calder?
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Epílogo

Postfacio

# INTRODUCCIÓN

Bienvenida a **Phoenix Ridge Hockey** — me alegra muchísimo que estés aquí.

Esta serie trata sobre mujeres fuertes, grandes ambiciones y el amor que nace cuando la presión es máxima. *Entre líneas* da inicio a la temporada con hockey de élite, emociones intensas y una romance que se niega a permanecer oculta.

Tanto si es tu primera visita a Phoenix Ridge como si regresas, espero que esta historia te atrape.

Átate los patines.

La temporada está a punto de comenzar.

Con cariño,

**Emily** 💋

# 1

El disco salió disparado del palo de Lou con ese chasquido seco y gratificante que había definido su vida durante veinte años. Lo vio deslizarse hacia la esquina, exactamente donde había apuntado, y se permitió medio segundo de satisfacción antes de que el silbato cortara el entrenamiento matutino.

—Calder. Al despacho. Ahora.

La voz del entrenador Peterson resonó por todo el hielo, plana y aburrida. Llevaba meses cumpliendo por compromiso, sin ganas. Todos lo hacían, de distintas maneras. Cuando tu equipo apenas logra reunir suficiente dinero de patrocinios para un equipo decente, cuando la mitad de tus jugadoras tienen segundos trabajos para permitirse el privilegio de jugar al hockey semiprofesional, el entusiasmo se convierte en un lujo que nadie puede pagar.

Los patines de Lou trazaron un camino familiar hacia la valla. A su alrededor, las Phoenix Ridge Valkyries continuaban con sus ejercicios; el raspado y el choque del entrenamiento llenaban la acústica hueca de la pista. El sudor se enfrió en su cuello mientras se deslizaba más allá de la línea azul, ese escalofrío particular del esfuerzo al encontrarse con el frío del pabellón. El olor a hielo y caucho flotaba denso en el aire, con el trasfondo de la solución de limpieza industrial con la que la propia Lou había fregado aquellos suelos a las dos de la mañana más veces de las que podía contar.

Conocía cada grieta en el cemento, cada mancha en las vallas, cada lámpara caprichosa que parpadeaba cuando bajaba la temperatura.

Se quitó el casco al salir del hielo; tenía el pelo corto y oscuro húmedo y pegado a la frente. La transición del deslizamiento suave a la alfombra de goma siempre resultaba brusca: el agarre repentino bajo los pies, la pérdida de esa libertad sin fricción que hacía que todo lo demás pareciera como caminar por el barro.

—¿Alguna idea de qué va esto? —Frankie O'Connell apareció a su lado, con el palo equilibrado sobre sus anchos hombros y su nariz torcida proyectando una sombra sobre su sonrisa fácil. El sudor oscurecía el cuello de su camiseta de entrenamiento, y olía como todos los atletas que Lou había conocido: a esfuerzo, determinación y al rancio aroma particular de un equipo que nunca llega a secarse del todo.

—Ninguna.

—Tan servicial como siempre. —Frankie le dio un golpe en el hombro, un peso sólido y familiar—. ¿Quieres que te acompañe para darte apoyo moral? Puedo poner cara de intimidar.

A pesar de sí misma, a Lou le tembló la comisura de los labios. Frankie no podría resultar intimidante ni aunque lo intentara. Parecía el tío maltrecho pero querido de alguien, con su barbilla curtida, su pelo corto y revuelto, y esa clase de sonrisa que te daban ganas de invitarla a una cerveza. —Sobreviviré.

—Famosas últimas palabras. —La sonrisa de Frankie se ensanchó, pero sus ojos permanecieron atentos. Después de siete años jugando juntas, podía leer a Lou mejor que nadie—. Pega un grito si necesitas refuerzos.

Lou asintió y se dio la vuelta antes de que Frankie pudiera ver cualquier gesto en su rostro. El camino hacia las oficinas administrativas la llevó por el familiar laberinto de pasillos de hormigón, pasando por las máquinas expendedoras que llevaban estropeadas desde noviembre y el póster que anunciaba el calendario benéfico del año pasado que nadie se había molestado en quitar. Lou había ayudado a pintar esas paredes hacía tres veranos, de un gris institucional apagado que la directiva había llamado «moderno» y todos los demás habían bautizado como «estilo

presidiario». Las luces fluorescentes zumbaban en el techo; una de ellas parpadeaba con un ritmo que ella había aprendido a ignorar años atrás.

Su hogar. Para bien o para mal.

La puerta de la sala de conferencias estaba abierta, lo cual era inusual. Peterson nunca dejaba las puertas abiertas. Le gustaba el poder de obligar a la gente a llamar. Más inusual era la mujer que se encontraba dentro.

Lou no la había visto nunca, pero reconoció el tipo de inmediato: alta, imponente, con el cabello oscuro recogido con una precisión que probablemente costaba más que el alquiler mensual de Lou. Su traje le quedaba como si se lo hubieran cosido directamente sobre el cuerpo, de un gris marengo con un corte que sugería tanto dinero como autoridad. Estaba de pie ante la ventana que daba a la pista, observando cómo continuaba el entrenamiento sin Lou, y algo en su absoluta inmovilidad sugería que llevaba un rato mirando. Tomando nota. Haciendo cálculos.

—Señorita Calder. —La mujer se giró. Rasgos afilados, ojos más afilados aún, el tipo de mirada oscura que te daban ganas de revisarte los bolsillos—. Siéntese.

No era una petición. Lou se sentó. La silla crujió bajo su peso, un mueble de oficina barato que había conocido décadas mejores.

—Soy Astoria Shepry —dijo. El nombre cayó con el peso de la expectación, como si Lou debiera reconocerlo. No fue así—. Compré esta franquicia hace tres semanas.

A Lou se le dio un vuelco el estómago, una sensación familiar de hundimiento que asociaba con las malas noticias dadas en tono neutral. Nuevos dueños. En su experiencia, esas dos palabras precedían a despidos, traslados y al tipo de «reestructuración» que dejaba a las jugadoras peleando por un puesto en equipos que realmente las quisieran. Ya había sobrevivido a dos cambios de propietarios. Cada uno le había costado amistades, estabilidad y la ilusión de que algo en este deporte fuera permanente.

—Tiene usted treinta y cuatro años —continuó Astoria, sin esperar respuesta—. Lleva nueve años con las Phoenix Ridge. Seis como capitana. Durante las últimas cinco temporadas, ha trabajado

en el mantenimiento de la pista para complementar sus ingresos como jugadora, porque esta organización no podía permitirse pagarle un salario digno.

Cada dato golpeó como una carga contra la valla. Exactos, incómodos e imposibles de esquivar. Las manos de Lou se apretaron en los reposabrazos, con los nudillos curtidos volviéndose blancos contra la tela desgastada.

—Eso se acaba hoy.

Lou esperó. En su experiencia, las frases que empezaban con buenas noticias solían terminar con un «pero» que borraba todo lo anterior.

—Voy a meter a las Phoenix Ridge en la PWHL.

Por un momento, Lou no pudo procesar las palabras. La Professional Women's Hockey League. El nivel más alto del hockey en Estados Unidos y Canadá. El sueño que todas las jugadoras de su equipo habían dejado de fingir que era posible años atrás; el que bromeaban en el vestuario después de las derrotas y por el que brindaban con cerveza barata tras las victorias, sabiendo que nunca sucedería realmente.

—Esta temporada —añadió Astoria, como si la primera frase no hubiera sido suficiente para dejarla sin aliento—. O nos clasificamos esta temporada, o consideraré mi inversión un fracaso y actuaré en consecuencia.

—Con el debido respeto —Lou mantuvo la voz firme, aunque el pulso se le había acelerado y tenía la boca seca—. Somos un equipo semiprofesional con un historial de derrotas y un equipamiento más viejo que algunas de nuestras novatas. Los requisitos de clasificación...

—Son exigentes. Sí. —La mirada de Astoria no vaciló—. Por eso estoy reestructurándolo todo. —Nuevo equipo técnico, nuevas jugadoras, contratos profesionales para cualquiera que considere esencial para el éxito —hizo una pausa, dejando que la palabra flotara en el aire—. Usted es esencial.

Las palabras sonaron extrañas y desconocidas, como escuchar una frase en un idioma que había olvidado que conocía. A Lou la habían llamado muchas cosas en su carrera: fiable, constante,

trabajadora, cumplidora. El tipo de adjetivos que significaban «no es lo bastante llamativa para ser un problema» y «demasiado útil para descartarla». Esencial era algo nuevo.

—Ya no necesitará su puesto de mantenimiento —dijo Astoria—. Su nuevo contrato refleja un salario acorde a su papel de capitana. Espero su total atención en el entrenamiento y en liderar a este equipo hacia la clasificación.

A Lou se le cerró la garganta. Nueve años de turnos a las cuatro de la mañana fregando vestuarios y manteniendo material. Nueve años de un agotamiento tan profundo que le dolían hasta los huesos, de tener que elegir entre comprar comida o cambiar las cuchillas desgastadas de sus patines. De quedarse dormida en el coche entre turnos porque ir y volver a casa le costaría un tiempo que no tenía. Y ahora esta mujer a la que no conocía de nada lo borraba todo con indiferencia con una firma y una cifra en un contrato.

—¿Dónde está el truco?

La boca de Astoria se curvó, no llegó a ser una sonrisa, sino más bien un reconocimiento de que Lou no era tan estúpida como para aceptar regalos sin examinar el envoltorio. —El truco es que espero resultados. No invierto en fracasos, señorita Calder. Tendrá todos los recursos que necesite, pero también tendrá mis expectativas. Y mi supervisión.

—Ha mencionado un nuevo equipo técnico.

—Mara Ellison.

La mandíbula de Lou se tensó antes de que pudiera evitarlo. La reputación de Mara Ellison la precedía como un aviso de tormenta. Tres campeonatos ganados como jugadora, dos más como entrenadora, y un rastro de atletas agotadas que no pudieron seguir el ritmo de sus exigencias. Las jugadoras que habían trabajado con ella contaban historias: entrenamientos a las cuatro de la mañana, baños de hielo que parecían castigos, la presión implacable de una perfección exigida en cada ejercicio, cada turno, cada respiración. Era brillante y brutal a partes iguales.

—Empieza el lunes. —Astoria definitivamente había notado la reacción de Lou y parecía no importarle en absoluto—. Junto con

nuestro nuevo fichaje estrella.

Sacó una tableta delgada de su bolso y la giró hacia Lou. La pantalla mostraba una foto de prensa: cabello rubio cayendo en ondas perfectas, pómulos marcados, una sonrisa diseñada para cámaras y portadas de revistas. Camille Laurent-Dubois, con la camiseta de su anterior equipo en la PWHL, alzando un trofeo sobre su cabeza mientras los flashes estallaban a su alrededor.

—Seguro que la reconoce.

Lou la reconocía. Todo el mundo lo hacía. Camille Laurent-Dubois era el tipo de jugadora que aparecía tanto en los vídeos de mejores jugadas como en las portadas de las revistas. También era, hasta hace muy poco, la mitad de la pareja más fotografiada del deporte profesional. Su relación con la superestrella de la NBA Mario King había dominado los tabloides durante dos años antes de su ruptura, muy pública y accidentada, el mes pasado. Lou había visto los titulares sin querer, la especulación interminable y las fotos de los paparazzi y las «fuentes cercanas a la pareja» difundiendo cotilleos como la pólvora.

—Es delantera —dijo Lou, porque centrarse en el hockey era más seguro que pensar en el circo mediático que seguiría a aquel rostro hermoso a cualquier parte.

—La mejor de su franja de edad. Su porcentaje de tiro la temporada pasada fue...

—Conozco sus estadísticas. —Lou había visto jugar a Camille. La había estudiado, de la misma forma que estudias a cualquiera que un día pueda ser tu rival o tu compañera. En el hielo, Camille Laurent-Dubois era eléctrica, rápida, precisa, capaz de jugadas que parecían desafiar las leyes de la física. Se movía como el agua encontrando el camino de menor resistencia, como si pudiera ver los huecos antes de que existieran. Fuera del hielo, era... demasiado. Presencia en redes sociales, contratos publicitarios, una imagen pública tan pulida que prácticamente brillaba bajo los focos de los estudios.

Todo lo que Lou no era. Todo en lo que Lou no confiaba.

—Tiene dudas. —Astoria dejó la tableta; la sonrisa congelada de Camille seguía brillando en la pantalla—. Compártalas.

Lou eligió sus palabras con cuidado. —Jugadoras de alto perfil como ella atraen la atención: cámaras, distracciones. Somos un equipo acostumbrado a trabajar duro en la sombra, a luchar por las sobras y a apañárnoslas con lo que tenemos. Meter a una celebridad en esa mezcla, a alguien acostumbrado a los focos, a los patrocinadores y a que a la gente le importe su vida personal...

—Las obligará a adaptarse. —El tono de Astoria dejaba claro que aquello no era una negociación—. Este equipo ha sobrevivido a base de garra y lealtad durante una década, señorita Calder. Esas cualidades son valiosas. Pero no son suficientes para alcanzar el siguiente nivel. La PWHL. Necesitan talento. Necesitan recursos. Y necesitan a alguien que sepa cómo ganar cuando los focos están encendidos y la presión es asfixiante.

—Acaba de terminar una relación muy pública. La prensa será...

—Implacable. Sí. Se centrarán en ella, no en usted. Considérelo un escudo. —Astoria recogió su tableta y la guardó de nuevo en su bolso con movimientos precisos—. Camille Laurent-Dubois no se convirtió en la mejor por accidente. Piense lo que piense de ella por los titulares de los tabloides y las columnas de cotilleos, le sugiero que se guarde el juicio hasta que la haya visto jugar para su equipo.

«Su equipo». Las palabras sonaban diferentes ahora. Lou había liderado este equipo durante los años de vacas flacas y temporadas de derrotas, lo había mantenido unido cuando se presentaban mejores opciones y las jugadoras más listas se marchaban a pistas más verdes. Pero esto era algo totalmente distinto: los recursos de Astoria Shepry, las exigencias de Mara Ellison, el estrellato de Camille. Algo que podía elevarlas o destruirlas, sin forma de saber cuál de las dos cosas sería hasta que estuviera ocurriendo.

—Me está pidiendo que confíe en usted —dijo Lou—. No la conozco. No sé si nada de esto es real o simplemente otro propietario que busca dar la nota antes de perder el interés.

—No se lo estoy pidiendo —dijo Astoria mientras se dirigía hacia la puerta, con sus tacones silenciosos sobre la fina moqueta—. Le estoy diciendo que he comprado su equipo, he contratado a su entrenadora y he fichado a su nueva delantera estrella. Lo que le ofrezco es la oportunidad de ser parte de lo que viene, en lugar de

un obstáculo —hizo una pausa en el umbral, medio vuelta hacia Lou —. Usted es un pilar, señorita Calder. Que se lo crea o no, me resulta irrelevante. Necesito su liderazgo. Las Valkyries necesitan su liderazgo. No desperdicie mi inversión, ni su oportunidad, en el escepticismo.

Se marchó. La puerta hizo clic al cerrarse tras ella con un sonido suave y caro, dejando a Lou sola en una habitación que de repente parecía mucho más grande que cinco minutos antes.

A través de la ventana, podía ver el hielo abajo. Su equipo, sus jugadoras, aún realizando ejercicios sin ella; sus movimientos eran pequeños y distantes desde esta altura. Frankie atrapó el pase de alguien y lo mandó volando con la confianza tranquila de una jugadora que había dejado de preocuparse por las estadísticas años atrás. Elise Moreno mantenía su posición en la línea azul con la serenidad que la hacía inestimable en la defensa y en el vestuario.

La PWHL. Contratos profesionales. Salarios de verdad, recursos de verdad y equipamiento de verdad que no se caía a trozos a mitad de temporada.

La legendaria brutalidad de Mara Ellison, su reputación de quebrar a las jugadoras para reconstruirlas más duras.

La brillante presencia de Camille Laurent-Dubois, su fama mediática, su rostro perfecto y su desordenada vida pública que la seguiría a todas partes.

Lou apretó sus nudillos curtidos contra el cristal frío y dejó que el frío se filtrara en su piel, que su mordida la anclara a su cuerpo. Nueve años le había dado a este equipo. Nueve años luchando por cada pizca de financiación, por cada puesto en la plantilla, por cada minuto de hielo que otras ligas daban por sentado.

Ahora alguien le entregaba todo lo que había deseado, envuelto en complicaciones que no había pedido y que no podía predecir.

A través del cristal, el disco pasaba de palo a palo, de jugadora a jugadora, la eterna geometría del deporte alrededor del cual había construido su vida. Lou lo vio arquearse, restallar y deslizarse por el hielo y, bajo su agotamiento y su escepticismo, bajo la cautela que la experiencia había tallado en sus huesos como viejas lesiones que duelen con el frío, algo más se agitó.

La esperanza era algo peligroso. Lo había aprendido pronto y a menudo; había aprendido a aplastarla antes de que pudiera echar raíces y empeorar la inevitable decepción.

Pero allí de pie, en aquella sala silenciosa, mirando hacia el hielo que había sido su mundo entero durante casi una década, Lou dejó que se quedara.

Todavía no.

# 2

El jet privado había sido un error.

Camille se dio cuenta en el momento en que el objetivo de un fotógrafo captó el reflejo del sol en la pista, ese destello familiar que había aprendido a detectar con la visión periférica años atrás. Había solicitado el chárter precisamente para evitar la terminal comercial, las multitudes, las inevitables cámaras de los móviles documentando su paseo de la vergüenza lejos de todo lo que había construido en Nueva York. En lugar de eso, les había servido un regalo a los tabloides: —Camille Laurent-Dubois huye en jet privado tras su ruptura con Mario—.

Ya podía escribir los titulares. Ella misma había escrito bastantes así en su cabeza antes de que los publicistas intervinieran.

El asiento de cuero se amoldaba a su cuerpo mientras el avión despegaba, suave y caro contra su jersey de cachemira. El perfil de Manhattan se inclinaba bajo unas nubes que parecían capas de algodón contra el gris de febrero; el edificio Chrysler captó un último destello del sol de la mañana antes de que las nubes lo engulleran. Camille apoyó la frente contra el frío cristal de la ventanilla y observó cómo la ciudad se encogía, todos esos edificios por los que había aprendido a navegar, todos esos restaurantes donde había sonreído a los paparazzi mientras la mano de Mario descansaba en la parte baja de su espalda como un sello de propiedad, todos esos

recuerdos de los que huía con la desesperación torpe de quien finalmente se ha quedado sin mejores opciones.

Viento fresco.

El pensamiento la sorprendió por su vehemencia. Se suponía que debía tener el corazón roto. Esa era la narrativa: atleta estrella llora el fin de una relación de cuento de hadas y se retira para reconstruirse. Su publicista había preparado comunicados, sugerido plazos de recuperación y recomendado una —reaparición suave— que maximizara la simpatía del público mientras mantenía el atractivo de su marca.

Camille había sonreído, asentido y firmado el contrato con las Phoenix Ridge tres horas después.

Sacó el móvil de su bolso, de diseño porque todo lo que poseía se había vuelto de marca en algún momento del camino, parte del disfraz que había ensamblado pieza a pieza, y se desplazó por las notificaciones que había estado ignorando. Cincuenta y siete mensajes de texto de números que tendría que bloquear. Catorce mensajes de voz que nunca escucharía. Su agente, su publicista, su madre, tres directores de marca diferentes y, enterrado en algún lugar entre tanto ruido, el único nombre que le revolvía el estómago.

Mario.

Borró el mensaje sin leerlo. Dijera lo que dijese, cualquier justificación, manipulación o disculpa perfectamente elaborada que su equipo le hubiera escrito, no necesitaba oírlo. Dos años de su vida dedicados a construir una relación que parecía perfecta desde cualquier ángulo, y al final había descubierto que era exactamente eso: todo ángulos, nada de profundidad. Una sociedad de beneficio mutuo disfrazada de romance.

Lo peor no era que Mario la hubiera engañado. Lo peor era que Camille lo sabía desde hacía seis meses y había seguido sonriendo de todos modos, porque la alternativa significaba admitir que había construido su identidad pública sobre una base de mentiras.

Así que aquí estaba. A treinta mil pies sobre Pensilvania, probablemente, dirigiéndose a una ciudad que nunca había visitado para jugar en un equipo sobre el que apenas había investigado y,

por primera vez en años, sintió que algo en su pecho empezaba a aflojarse.

Phoenix Ridge.

Le había mencionado el nombre a su agente y vio cómo su rostro pasaba por la confusión, la preocupación y, finalmente, esa inexpresividad diplomática que significaba que pensaba que se había vuelto loca. El Phoenix Ridge era semiprofesional. El Phoenix Ridge nunca se había clasificado para la PWHL. El Phoenix Ridge estaba tan por debajo de su nivel actual que aceptar ese contrato era, objetivamente, un suicidio profesional.

Camille lo había firmado de todos modos.

Había oído que Phoenix Ridge era una ciudad feminista y quería formar parte de eso.

Se apartó de la ventana y vio su reflejo en la pantalla apagada del televisor del respaldo: el pelo seguía perfecto tras su look de aeropuerto de esta mañana, el maquillaje seguía aplicado con precisión a pesar de la falta de público. La armadura que se ponía cada día sin pensar, tan practicada ya que no recordaba cómo era su cara sin ella.

¿Qué hacía la gente cuando nadie miraba? Había dejado de saberlo hacía años.

El auxiliar de vuelo apareció con champán, porque al parecer los jets privados daban por sentado que los pasajeros querían celebrar su huida de la realidad. Camille lo aceptó con la sonrisa que había perfeccionado a los catorce años: cálida pero no demasiado, agradecida pero no efusiva, el grado exacto de amabilidad que resultaba genuino sin invitar a la conversación.

—¿Es su primera vez en Phoenix Ridge? —preguntó el auxiliar. Era joven, de mirada brillante, probablemente emocionado por trabajar en un vuelo chárter de una celebridad.

—Sí —Camille dio un sorbo al champán, que sabía a nada pero caro—. Un nuevo comienzo.

Las palabras le resultaron extrañas en la boca. Las había dicho antes, en entrevistas, siempre como proyecciones futuras más que como una realidad presente. Esto era diferente. Esto era huir de verdad, empezar de cero de verdad, admitir de verdad que la vida

que había construido con tanto cuidado se había convertido en una prisión de su propia creación.

El auxiliar se retiró y Camille se dejó hundir en el asiento, cerrando los ojos contra el zumbido persistente de los motores. Tras sus párpados, podía ver las fotos de prensa de la mañana: Camille Laurent-Dubois con aspecto sereno y elegante, gafas de sol de diseño ocultando cualquier cosa que sus ojos pudieran haber revelado, caminando hacia la libertad con la barbilla alta y el corazón alojado en algún lugar de la garganta.

¿Qué escribirían de ella ahora? La narrativa había sido clara durante dos años: la pareja de oro, la realeza del deporte, el tipo de relación que vendía revistas y despertaba envidias. Ahora ella había hecho añicos esa historia y, en su ausencia, los buitres empezarían a dar vueltas.

«Pobre Camille, abandonada por su famoso novio».

O: «La ambiciosa Camille, cambiando de aires hacia arriba, hacia abajo o hacia los lados en busca de algo que nadie entiende».

O: «La loca de Camille, tirándolo todo por la borda por un equipo que no importa».

Ninguno adivinaría la verdad, que era a la vez más simple y más complicada de lo que cualquier titular pudiera captar. Camille Laurent-Dubois no huía de Mario King. Huía de la versión de sí misma en la que se había convertido en su órbita: pulida, perfecta y tan desesperadamente hueca que algunas mañanas no podía recordar por qué nada de aquello le había parecido digno de desear.

El jet se inclinó a la izquierda y la luz del sol incidió en su copa de champán, fragmentándose en diminutos arcoíris sobre la mesa plegable. Bonito. Sin sentido. Como la mayoría de las cosas de las que se había rodeado.

Phoenix Ridge tenía un equipo de hockey femenino que nadie veía y una dueña multimillonaria con planes en los que nadie creía. El contrato que Astoria Shepry le había ofrecido era generoso pero no obsceno, un escalón por debajo de lo que Camille valía sobre el papel, un escalón por encima de lo que cualquier otro equipo de ese nivel podía permitirse. Los términos eran claros: una temporada para clasificarse para la PWHL o irse sin nada más que la experiencia.

Era muy posiblemente la decisión más temeraria que Camille había tomado en su vida.

Y le parecía lo único honesto que había hecho en años.

Su móvil volvió a vibrar. Esta vez lo comprobó: su publicista, con un enlace a un hilo de Twitter sobre su jet privado y un solo signo de interrogación. Camille respondió que estaba bien, que no estaría disponible para hacer comentarios, que la organización de Phoenix Ridge publicaría su propio comunicado de prensa y que, por favor, se coordinara con el equipo de Astoria Shepry.

Luego apagó el teléfono por completo y se terminó el champán de tres tragos largos.

El descenso al Aeropuerto Regional de Phoenix Ridge fue anodino: colinas marrones que daban paso a una expansión suburbana, una ciudad que se parecía a otras cien ciudades estadounidenses de tamaño medio, nada que sugiriera que poseyera alguna magia o significado especial. Camille observó cómo se acercaban con la curiosidad distante de quien ha dejado de esperar que los paisajes resulten significativos.

Un coche la esperaba en la pista. Negro, caro, discreto. Obra de Astoria Shepry, sin duda. Camille solo había hablado con la mujer dos veces, una durante las negociaciones y otra para ultimar detalles, y había reconocido algo en la voz de Astoria que le recordaba a sí misma: el control cuidadoso, el cálculo estratégico, la negativa absoluta a revelar nada que no estuviera destinado al consumo público.

Debería haber sido inquietante. En cambio, le pareció casi un alivio.

El trayecto desde el aeropuerto duró veinte minutos, pasando por barrios que iban de lo acomodado a lo obrero y lo comercial, el tipo de paisaje variado que sugería una ciudad sin una identidad clara. Phoenix Ridge parecía un lugar en busca de sí mismo, atrapado entre lo que había sido y lo que podría llegar a ser.

Camille podía identificarse con eso.

Las instalaciones de las Valkyries aparecieron en el borde de un distrito industrial: un edificio cuadrado con el logotipo del equipo pintado en el lateral, más pequeño que cualquier estadio en el que

hubiera jugado desde la universidad. A través de los cristales tintados, pudo ver a jugadoras entrando por una puerta lateral, con las bolsas de equipo al hombro, la despreocupación cómoda de la gente que se siente en su sitio.

Ella no se sentía en su sitio. Todavía no. Quizás nunca, si este experimento fracasaba de la manera que todos esperaban.

El coche se detuvo en una entrada privada y Camille se recompuso como siempre hacía antes de las apariciones públicas: hombros atrás, columna recta, expresión equilibrada entre la confianza y la accesibilidad. La armadura encajando en su lugar, tan familiar como respirar.

Astoria Shepry la esperaba en el vestíbulo.

—Señorita Laurent-Dubois —Astoria le tendió la mano con un apretón firme y profesional—. Bienvenida a Phoenix Ridge. Confío en que su vuelo haya sido cómodo.

—Mucho —Camille igualó su tono: profesional, agradable, sin revelar nada—. Gracias por las gestiones.

—Prefiero que las cosas sean eficientes —Astoria se dio la vuelta y empezó a caminar, esperando claramente que Camille la siguiera. Sus tacones resonaban contra el suelo de hormigón. El edificio recordaba más a un almacén que a un pabellón, resultaba industrial más que pulido—. He dispuesto que sus pertenencias se entreguen en su residencia temporal. Podremos discutir opciones permanentes una vez que haya tenido tiempo de evaluar sus preferencias.

—Por supuesto.

Pasaron por un pasillo flanqueado por fotos que Camille no reconoció; de jugadoras, presumiblemente, de los años anteriores a la adquisición por parte de Astoria. Los marcos se veían viejos, las imágenes desvaídas. Una historia que no le pertenecía.

—Su presentación al equipo será mañana por la mañana —continuó Astoria—. Quería informarla primero en privado. Hay... dinámicas que debe comprender.

La atención de Camille se agudizó. —¿Dinámicas?

—El Phoenix Ridge ha sido un equipo semiprofesional durante quince años. Las jugadoras que se han quedado lo han hecho por lealtad, no por oportunidad. Muchas de ellas tienen segundos

trabajos para permitirse el privilegio de jugar aquí —la voz de Astoria no contenía juicio, solo datos—. Puede que no reciban con los brazos abiertos un fichaje de tan alto perfil.

—No esperaba un desfile.

—Mejor —Astoria dejó de caminar y se giró hacia ella. De cerca, sus ojos eran más oscuros de lo que habían parecido en las videollamadas, evaluadores, calculadores, viendo más de lo que Camille se sentía cómoda compartiendo—. La he contratado porque es la mejor delantera disponible a cualquier precio. No me importa su vida personal, sus problemas de publicidad ni cualquier narrativa que los tabloides estén construyendo esta semana. Lo que me importa es si puede ayudar a este equipo a clasificarse para la PWHL.

Camille sostuvo su mirada. —Puedo.

—Entonces nos entendemos —Astoria reanudó la marcha—. La capitana del equipo es Louisa Calder. Lleva nueve años en el Phoenix Ridge y se ha ganado una lealtad considerable por parte de la plantilla. Le sugiero que se gane su respeto rápidamente. Es fundamental para mis planes, y si decide que usted es una distracción, su vida se volverá significativamente más difícil.

Louisa Calder. Camille se guardó el nombre para investigarlo más tarde. —¿Qué más debería saber?

—La entrenadora Mara Ellison empieza el lunes. No mima a las estrellas y no acepta excusas. Su reputación no la protegerá de sus exigencias —Astoria miró hacia atrás por encima del hombro—. Me han dicho que está acostumbrada a un cierto nivel de atenciones. Eso se acaba aquí. En el Phoenix Ridge triunfamos juntas o fracasamos juntas. No hay casos especiales.

Las palabras deberían haber escocido. En cambio, Camille sintió que algo se aflojaba de nuevo en su pecho, ese mismo alivio extraño que había notado en el avión, la sensación de que unos grilletes se abrían uno a uno.

Sin casos especiales. Sin pedestales. Sin más expectativas que las que importaban: jugar bien, ganar partidos, demostrar su valía en el hielo en lugar de en las revistas.

—Entiendo —dijo ella—. ¿Cuándo empiezo?

—Mañana, entrenamiento a las dos de la tarde. Tendrá la mañana para instalarse en su alojamiento. No llegue tarde.

Astoria la guio por el resto de las instalaciones: vestuarios que olían a equipo viejo y limpiador industrial, ese rancio particular de los espacios en los que se ha sudado durante décadas. Los bancos estaban desgastados y suaves, con nombres tallados en la madera en algunos sitios, el tipo de marcaje territorial que hablaba de historia y pertenencia. Una sala de pesas con máquinas que parecían más antiguas que la carrera de Camille, cables deshilachados en los bordes, espejos manchados por el tiempo. Y finalmente, la pista en sí: el hielo brillando bajo luces fluorescentes que zumbaban y parpadeaban, las vallas marcadas por mil impactos, gradas con capacidad para quizás dos mil aficionados si se apretaban mucho.

No se parecía en nada al lujo al que se había acostumbrado. Sin logotipos corporativos, sin equipos de entrenamiento de última generación, sin palcos de prensa diseñados para la cobertura mediática. Solo hielo y vallas y el débil eco de cada partido que se había jugado allí.

Quizás esa era la cuestión.

Cuando terminó el recorrido, Camille se quedó sola en el aparcamiento, viendo desaparecer el coche de Astoria al girar una esquina. El viento de febrero traspasaba su abrigo de diseño, aquel que había costado más de lo que probablemente ganaban algunas de estas jugadoras en un mes, y se lo apretó más contra el frío. El aire olía diferente aquí que en Nueva York: más limpio, más punzante, con un toque industrial de las fábricas cercanas. De repente fue consciente de lo visible que resultaba, allí de pie con su ropa cara y su equipaje de marca, su pelo rubio captando lo que quedaba de la luz de la tarde, marcándola por lo que exactamente era: una forastera con dinero y fama y nada que importara de verdad.

En algún lugar dentro de ese edificio, sus nuevas compañeras estaban entrenando sin ella. Aprendiendo a confiar unas en otras, construyendo una química, haciendo el trabajo necesario para que ella tuviera que demostrar que podía unirse.

Camille miró hacia el cielo gris, tan diferente del familiar trozo de cielo de Manhattan entre rascacielos, y se permitió sentir el peso de lo que había elegido.

Sin red de seguridad. Sin una imagen cuidadosamente gestionada. Solo hockey, y lo que pudiera sacar de esta oportunidad que había agarrado con ambas manos.

Por primera vez en más tiempo del que recordaba, el futuro se sentía aterrador y posible a partes iguales.

Cogió sus maletas, con las asas de cuero frías contra las palmas de las manos y su peso anclándola a la realidad de su cuerpo, y caminó hacia su nuevo comienzo.

Mañana conocería a sus compañeras. Mañana tendría que demostrar que no era la distracción que probablemente esperaban. Mañana, todo empezaría a hacerse real.

Pero por ahora, en este aparcamiento vacío de una ciudad que aún no la conocía, Camille simplemente respiró.

# 3

Mara Ellison no creía en las presentaciones.

Lou lo aprendió a las cinco y cuarenta y cinco de la mañana, de pie sobre un hielo que olía a limpieza reciente y amoniaco, observando a su nueva entrenadora cruzar la pista a grandes zancadas sin desviar la mirada ni aminorar el paso. Mara vestía de negro: chaqueta negra, pantalones negros y unas botas negras que golpeaban el suelo de goma con un clic rítmico, como un metrónomo que marcase la cuenta atrás para algo para lo que Lou no estaba preparada.

—Habéis tenido dos días para descansar desde el anuncio —la voz de Mara rebotó en las vallas, plana y penetrante—. Es más que suficiente. A partir de ahora, entrenamos como un equipo que aspira a clasificarse. Cualquiera que no pueda seguir el ritmo debería marcharse de inmediato. No tengo tiempo para mimar a nadie y no pienso fingir lo contrario.

Nadie se movió. Dieciocho jugadoras formaban en la línea azul, con el aliento creando nubes de vapor en el frío del estadio y el equipo ya humedecido por la anticipación de lo que estaba por venir. Lou estaba cerca del centro, con Frankie a su izquierda y Elise a su derecha; su gente, sus pilares, posicionadas más por instinto que por instrucciones.

—Bien —Mara consultó su carpeta y luego la dejó sobre la valla —. Suicidios. Pista completa. Treinta segundos de descanso entre series. Seguiremos hasta que yo quede satisfecha.

El silbato cortó el silencio como una cuchilla.

Lou salió disparada hacia delante, con las cuchillas de los patines mordiendo el hielo con ese empuje y esa fuerza familiares que habían definido sus movimientos durante dos décadas. Detrás de ella, el equipo la seguía: algunas mantenían el ritmo, otras ya se quedaban atrás al acercarse a la primera línea de meta y pivotaban con fuerza, con las piernas gritando ante la parada y la aceleración repentinas.

Vuelta a la línea azul. Giro. Empuje. Vuelta a la línea de meta. Giro. Empuje.

Mara observaba desde la banda, con una expresión tallada en granito, sin decir nada mientras repetían el patrón una y otra vez. A Lou le ardían los pulmones en la tercera serie y los muslos se le acalambraban en la quinta. El sudor le resbalaba por las sienes y se congelaba sobre su piel, ese picor invernal tan particular ante el que nunca se había insensibilizado a pesar de los años de exposición. El hielo bajo sus cuchillas se volvía rugoso allí donde decenas de patines habían tallado el mismo camino, formando pequeños surcos que te trababan y te hacían tropezar si perdías la concentración aunque fuera un segundo.

—Calder —la voz de Mara se impuso al sonido de las respiraciones entrecortadas—. Se supone que usted dirige esto. Compórtese como tal.

Lou apretó la mandíbula, pero se esforzó más, forzando las piernas más allá del punto en que el músculo empezaba a parecer hormigón, más allá del agotamiento llevadero en el que había entrenado durante años. Esto era otra cosa. Esta era la legendaria brutalidad de Mara Ellison, aquello de lo que las jugadoras murmuraban en los vestuarios de toda la liga: los baños de hielo que parecían castigos, los entrenamientos a las cuatro de la mañana, la exigencia implacable de una perfección que había quebrado a atletas mejores que Lou para reconstruirlas como campeonas.

O simplemente para quebrarlas. Las historias variaban según quién las contara.

Sexta serie. Séptima serie. Lou perdió la cuenta alrededor de la octava, con su mundo reducido a la simple física del movimiento: empuje, deslizamiento, parada, giro, empuje. Su visión se estrechó, el sudor le escocía en los ojos a pesar del frío. En algún lugar detrás de ella, alguien tuvo una arcada: el sonido húmedo y desagradable del desayuno subiendo por la garganta hasta el hielo. Mara no se detuvo. El silbato seguía sonando, treinta segundos de descanso que se sentían como tres, y de nuevo estaban en movimiento.

Finalmente, por compasión, Mara levantó la mano.

—Ejercicios de tiro. Dos filas. Quiero ver lanzamientos limpios, nada de movimientos desperdiciados.

A Lou le temblaban las piernas mientras patinaba hacia su posición, ocupando su lugar al frente de la línea defensiva. Los discos que esperaban en los cubos de las esquinas parecían más pesados de lo que recordaba, aunque probablemente fuera el cansancio jugándole malas pasadas a su percepción. Cogió uno de todos modos, asentándolo sobre la pala de su stick con la gracia automática de diez mil repeticiones.

Su primer disparo salió desviado, golpeando el poste con un sonido que resonó por todo el estadio como una acusación.

—Otra vez —la voz de Mara no admitía réplica—. Floja. Desconcentrada. Otra vez.

Lou disparó de nuevo. Esta vez golpeó el fondo de la red, deslizándose hacia la esquina con el satisfactorio susurro del caucho contra la malla. Pero no hubo reconocimiento por parte de Mara: ni un asentimiento, ni una anotación en la carpeta, nada que sugiriera que el disparo siquiera hubiera contado. Solo esa misma expresión de póquer, esos mismos ojos calculadores que lo observaban todo sin devolver nada.

Los ejercicios continuaron durante otra hora. Pases. Posicionamiento defensivo. Jugadas de superioridad y formaciones para situaciones de inferioridad. Mara se movía por cada ejercicio como un cirujano que extirpa tejido muerto, identificando debilidades y exponiéndolas sin piedad. Cuando un pase de Frankie

cruzando el hielo salió mal, Mara obligó a toda la línea defensiva a repetir la jugada quince veces antes de pasar a lo siguiente. Cuando una de las delanteras más jóvenes —Hannah, de apenas veintidós años, recién salida de la universidad— cometió un error en su asignación de marcaje, Mara detuvo el entrenamiento por completo para explicar, con un detalle insoportable, exactamente cuánto les costarían esos errores en los partidos.

—¿Creen que los equipos contra los que competimos para la clasificación cometerán los mismos errores? —la voz de Mara recorrió la pista, dirigida a Hannah pero destinada a todas—. No lo harán. Llevan años entrenando a este nivel. Ustedes van a remolque y han empezado en desventaja. La única forma de acortar esa distancia es trabajar; trabajar más de lo que han hecho nunca, más de lo que se creen capaces. Si eso les parece abrumador, ahí tienen la puerta.

Hannah tenía la cara roja y los ojos brillantes por las lágrimas que se negaba a dejar caer. Lou se acercó patinando, interponiéndose entre la joven jugadora y la mirada de Mara.

—Lo ha entendido —dijo Lou, manteniendo la voz serena—. Todas lo hemos entendido. Tal vez podamos seguir.

Mara entornó los ojos, pero algo surgió en ellos; no calidez, exactamente, sino reconocimiento. —Bien. Partido de entrenamiento. Contacto total. Veinte minutos, sin cambios de línea, sin excusas.

El partido de entrenamiento fue peor que los ejercicios. El contacto total significaba exactamente eso: cuerpos chocando contra las vallas con un estruendo de impacto, codos y palos buscando huecos en las protecciones, el tipo de castigo físico que deja moratones durante semanas. Lou jugó en defensa, marcando a sus oponentes con la agresividad metódica que había desarrollado a lo largo de quince años de hockey de competición. Su cuerpo recordaba cada golpe, catalogando cada impacto para el dolor que brotaría más tarde, cuando la adrenalina se desvaneciera y se quedara sola con las consecuencias.

Para cuando Mara sopló por fin el silbato, Lou apenas podía mantenerse en pie. Sus piernas ya no temblaban; estaban

entumecidas y distantes, con la conexión entre el cerebro y el músculo deshilachándose bajo el agotamiento. A su alrededor, el equipo patinaba hacia los banquillos con los movimientos lentos y arrastrados de quienes han sido forzados más allá de sus límites y solo ahora se dan cuenta.

—Mañana. A la misma hora —Mara recogió su carpeta y caminó hacia el túnel sin mirar atrás—. Espero una mejora.

El vestuario estaba en silencio. No era el silencio cómodo de un equipo relajado, sino el silencio pesado y opresivo de personas demasiado cansadas para hablar. Lou se sentó en el banco frente a su taquilla, con el casco en el regazo, mirando al suelo de cemento desgastado sin verlo realmente. El olor familiar a sudor viejo y equipamiento la envolvía: cuero gastado, la aspereza química del spray de limpieza, el rancio particular de una habitación que ha absorbido décadas de esfuerzo atlético. Sus dedos temblaban ligeramente, ese fino temblor de los músculos llevados al límite y aún no recuperados. Su equipo estaba calado de sudor, con el olor familiar a sal, esfuerzo y acolchado viejo espesándose en el espacio cerrado. Necesitaba una ducha. Necesitaba comer. Necesitaba unas doce horas de sueño y quizá una máquina del tiempo para retroceder y reconsiderar cada decisión vital que la había llevado hasta este momento.

En lugar de eso, se quedó allí sentada, sintiendo cómo el dolor se instalaba en sus huesos como el agua cuando encuentra su nivel.

—Bueno —Frankie se dejó caer en el banco a su lado, haciendo que la madera desgastada vibrara—. Ha sido divertido.

Lou logró emitir un gruñido que podría haber sido una risa.

—Hablo en serio —Frankie se reclinó contra su taquilla, estirando las piernas por el suelo. Aún tenía la cara congestionada y el pelo pegado a la frente por el sudor, pero sus ojos mantenían ese familiar destello de humor negro que las había ayudado a ambas a superar años de temporadas desastrosas y cambios de propietarios—. No me machacaban así desde Marquette en el diecinueve. ¿Te acuerdas de aquel campamento de entrenamiento? ¿Tres sesiones al día durante dos semanas?

—Recuerdo que quería morirme —Lou se quitó los guantes, examinando los callos de sus palmas. En carne viva por algunas partes, de un rojo furioso donde el stick le había rozado la piel. Tendría que vendarse antes de mañana o se arriesgaba a manchar el agarre de sangre—. Esto podría ser peor.

Elise apareció de las duchas, con una toalla sobre los hombros y el pelo oscuro goteando agua sobre el cemento. Se movía con la misma gracia serena de siempre, incluso agotada; el aplomo natural de alguien que aprendió hace mucho a mantener el tipo ante lo que venga. —Nos está poniendo a prueba —dijo Elise, sentándose en el banco al otro lado de Lou—. Primer entrenamiento, quiere ver quién se rompe.

—¿Alguien lo ha hecho? —preguntó Lou, aunque ya conocía la respuesta. Había estado observando, incluso a través de la visión de túnel de su propio cansancio. Buscando señales de rendición, de debilidad, de jugadoras que decidieran que esto no merecía la pena.

—Hannah ha parecido estar cerca —la voz de Elise era reflexiva, no crítica—. Pero ha aguantado. Eso ya es algo.

—La cría tiene agallas —Frankie estiró los brazos sobre la cabeza, haciendo una mueca ante el chasquido y el crujido de sus articulaciones en protesta—. No creí que las tuviera, la verdad. Pensé que las de tipo universitario se rendirían primero.

—Tal vez —Lou se puso en pie, con las piernas tambaleándose momentáneamente antes de encontrar su apoyo—. O tal vez Mara aún no ha empezado de verdad. Lo de hoy ha sido la orientación. Mañana es cuando empieza lo serio.

Frankie gimió. —Eres la alegría de la huerta, ¿lo sabías? Un auténtico rayo de sol en mi día.

—Solo soy realista —Lou abrió su taquilla y cogió la toalla que había colgado allí por la mañana; sentía que había pasado toda una vida—. Astoria no ha contratado a Mara Ellison para que estemos cómodas. La ha contratado para que nos clasifiquemos. Si eso significa entrenamientos que parecen crímenes de guerra, es lo que nos toca.

—Parece que casi te parece bien —Elise la observaba con esa mirada firme y perceptiva que siempre hacía que Lou se sintiera un

poco transparente.

—Todavía no me parece bien nada —Lou sostuvo la mirada de su amiga—. Pero llevo nueve años dándolo todo en este nivel, trabajando en turnos de mantenimiento para costearme el privilegio de jugar al hockey semiprofesional. Si alguien quiere darme la oportunidad de conseguir algo de verdad, una oportunidad real en la PWHL, no voy a dejarlo porque el entrenamiento sea duro.

—¿Aunque el entrenamiento esté diseñado por una sádica?

La comisura de Lou se curvó levemente. —Incluso entonces.

La ducha fue demasiado corta y demasiado fría. El viejo calentador de agua del edificio nunca había sido de fiar, y ahora, con todo el equipo duchándose a la vez, el agua caliente se había acabado hacía mucho. Lou permaneció bajo el chorro templado, dejando que le quitase el sudor de la piel mientras los músculos de la espalda y los hombros gritaban de dolor. Mañana sería peor. Mañana su cuerpo recordaría todo por lo que Mara le había hecho pasar y le haría pagar por el privilegio.

Las palabras de Astoria de hace dos días resonaban en su agotamiento. «Esencial. Fundamental». Palabras que en su momento le habían parecido casi cumplidos, pero que ahora sentía más bien como cadenas. Esencial significaba indispensable. Fundamental significaba que soportaba el peso. Lou era la estructura sobre la que descansaba todo este experimento de locos y si ella se resquebrajaba, si fallaba, si no podía seguir el ritmo de las exigencias de Mara, todo se vendría abajo.

Cerró el grifo y se quedó un momento entre el vapor, limitándose a respirar. Los azulejos estaban fríos contra sus pies y el aire era denso por la humedad y el olor persistente al jabón industrial. Desde algún lugar del vestuario le llegaba la voz de Frankie contando alguna historia; los ritmos de su voz le resultaban familiares incluso cuando las palabras eran demasiado amortiguadas para distinguirlas. Sonidos normales. Sonidos corrientes. Los sonidos de un equipo recuperándose de un entrenamiento, de la misma forma que los equipos se han recuperado de los entrenamientos desde que Lou tiene uso de razón.

Solo que ya nada de esto era corriente.

Cuando regresó a su taquilla, la mayor parte del equipo ya se había marchado; a casa a dormir, probablemente, o a desplomarse frente al televisor y fingir que mañana no llegaría. Lou se vistió despacio, poniéndose unos vaqueros gastados y una camisa de franela que había visto mejores décadas. Sus manos se movían en piloto automático, con la memoria muscular encargándose de lo básico mientras su cerebro procesaba las revelaciones de la mañana.

Este no era un cambio simbólico. Astoria no había comprado los Phoenix Ridge para hacer mejoras progresivas o para generar buena prensa. Los había comprado para transformarlos, y Mara Ellison era el instrumento de esa transformación. Todo lo que Lou conocía sobre jugar en este equipo —los ritmos cómodos, las caras familiares, el entendimiento de que lo estaban haciendo lo mejor posible con recursos limitados—, todo eso había desaparecido. Sustituido por algo más duro, más afilado, más exigente.

Algo que tal vez funcionara de verdad.

Esa era la idea a la que Lou volvía una y otra vez, el pensamiento que se negaba a marcharse a pesar de cada lamento que su cuerpo gritaba. Durante nueve años, había visto a los Phoenix Ridge luchar. Había visto a jugadoras talentosas marcharse en busca de mejores oportunidades. Había visto cambios de entrenadores y de propietarios, y la lenta y agotadora realidad de ser casi, pero no del todo, lo suficientemente buenas como para triunfar. Y a través de todo ello, una parte de ella había aceptado que simplemente así eran las cosas. Que los sueños de la PWHL eran exactamente eso: sueños, no destinos.

Pero Mara Ellison no trabajaba con sueños. Mara Ellison trabajaba con resultados, con campeonatos, forzando a las jugadoras más allá de lo que creían posible hasta convertirlas en algo nuevo.

Lou cogió su bolsa de equipo y se la echó al hombro, sintiendo el peso asentarse sobre unos músculos que ya protestaban ante el movimiento. Mañana dolería. Pasado mañana dolería aún más. Pero había sobrevivido a Marquette en el diecinueve, había sobrevivido al cambio de dueños en el veintiuno y había sobrevivido a cien cosas más que se suponía que iban a quebrarla.

Podía sobrevivir a esto también. Y quizá, solo quizá, sobrevivir a ello significara por fin algo más que mera resistencia.

Salió del vestuario a la gris mañana de febrero, con el aliento empañando el frío aire exterior, y se permitió sentir el primer y frágil brote de esperanza.

Todavía no, se recordó a sí misma. No estoy lista para creer en ello todavía.

Pero el sentimiento se quedó de todos modos; testarudo, pequeño y negándose a ser aplastado.

# 4

El vestuario olía a limpiador industrial y a décadas de esfuerzo atlético, y Camille nunca se había sentido tan fuera de lugar en su vida.

Se había vestido con sumo cuidado para este momento; no con el glamur listo para los medios que solía lucir, sino con una ropa deportiva cara que caminaba sobre la fina línea entre ser una jugadora de equipo y un fichaje estrella. Llevaba el pelo recogido en una práctica coleta, un maquillaje mínimo; todo el conjunto estaba calculado para decir *soy una de vosotras* sin serlo realmente. Era el mismo cálculo que había hecho mil veces antes, esa aritmética mental constante de la gestión de imagen que se había vuelto tan natural como respirar.

A su alrededor, las Phoenix Ridge Valkyries se preparaban para el entrenamiento con la naturalidad de quienes pertenecen a un lugar. Las bolsas de deporte estaban abiertas, revelando cintas, cordones de repuesto y los detritos personales que se acumulan tras años jugando juntas. Los bancos estaban suaves por el desgaste, con nombres tallados en la madera en algunos puntos: marcas territoriales que hablaban de una historia de la que Camille no había formado parte. Las luces fluorescentes zumbaban sobre sus cabezas; una de ellas parpadeaba con un ritmo irregular que nadie más parecía notar.

—Laurent-Dubois. —La voz de la entrenadora Ellison cortó el parloteo del vestuario como una cuchilla—. Conmigo.

Camille siguió a la entrenadora por un laberinto de pasillos por los que aún no había aprendido a navegar, pasando junto a pósteres motivacionales que parecían impresos en una década anterior y fuentes de agua que probablemente no funcionaban. El edificio tenía un olor particular: a hormigón viejo, a solución de limpieza industrial y a algo más, algo que hablaba de décadas de hockey jugado entre aquellos muros. No se parecía en nada a las relucientes instalaciones a las que se había acostumbrado en Nueva York, con sus salas de entrenamiento climatizadas, masajistas personales y equipos de última generación que costaban más que el salario anual de algunas jugadoras.

Esto se sentía real de una manera que aquellos lugares nunca habían conseguido. Crudo, sin pulir y obstinadamente fiel a sí mismo.

Mara se detuvo frente a una puerta marcada como «Acceso a la pista» y se giró hacia ella. De cerca, las facciones de la entrenadora eran más duras de lo que habían parecido en las videollamadas: líneas esculpidas por años de intensidad, cabello rubio ceniza recogido con precisión militar y unos ojos que evaluaban y catalogaban sin calidez alguna. —Antes de entrar, entienda una cosa. Su reputación no significa nada aquí. Sus estadísticas no significan nada aquí. Lo que importa es si puede contribuir al éxito de este equipo. ¿Estamos claras?

—Cristalino. —Camille mantuvo la voz firme y la expresión serena. Su armadura estaba ya tan ensayada que apenas notaba cuándo se la ponía.

—Bien —Mara empujó la puerta—. Pues vamos a presentarle a sus compañeras.

La pista se extendía ante ellas, el hielo brillando bajo unas luces fluorescentes que zumbaban por la vejez. Las vallas estaban marcadas por incontables impactos, los asientos descoloridos por años de poca asistencia; todo el espacio transmitía la energía particular de un lugar que había visto días mejores pero que se negaba a rendirse. Las jugadoras salpicaban el hielo en diversas

etapas de calentamiento, sus movimientos creando una coreografía familiar de estiramientos, patinaje y el chasquido rítmico de los discos contra los palos.

La mirada de Camille localizó a la capitana incluso antes de que Mara tuviera oportunidad de señalarla.

Louisa Calder estaba cerca de la línea azul, sumida en una conversación con otras dos jugadoras: una mujer de hombros anchos con la nariz torcida y una sonrisa fácil, y una jugadora alta y serena con el pelo oscuro perfectamente recogido. Incluso desde el otro lado de la pista, Louisa Calder reclamaba la atención de una manera que no tenía nada que ver con la ostentación o el espectáculo. Se erguía como alguien que se había ganado cada centímetro del hielo bajo sus patines, con una postura que sugería autoridad sin arrogancia.

Alta. De complexión sólida. Pelo oscuro y corto que enmarcaba unas facciones afiladas y unos ojos verdes que hicieron que a Camille se le cortara la respiración cuando se alzaron y se encontraron con los suyos.

La intensidad de la mirada de Lou impactó como una fuerza física, despojando a Camille de la cuidadosa armadura que había pasado años forjando. Bajo ese escrutinio, se sintió expuesta de una manera que no tenía nada que ver con el simple hecho de ser mirada. Aquello era un análisis. Una evaluación. El tipo de medición que ocurre en el espacio entre latidos, cuando alguien te juzga y decide que no das la talla antes de haber intercambiado una sola palabra.

A Louisa Calder no le gustaba. Eso quedaba claro por la tensión de su mandíbula, el ligero entrecerrar de ojos, la tensión casi imperceptible en sus hombros. Ya había decidido qué tipo de jugadora era Camille —qué tipo de persona— y nada en esa decisión era halagador.

La comprensión le escoció más de lo que debería. Camille estaba acostumbrada a ser juzgada, pero también a tener la oportunidad de demostrar primero lo que valía. Lou había pasado directamente al veredicto, y la injusticia de aquello hizo que algo ardiente e indignado surgiera en el pecho de Camille.

Algo desconocido se retorció en el pecho de Camille. Algo que se sentía casi como un desafío.

—Calder. —La voz de Mara resonó por el hielo—. Venga a conocer a su nueva delantera.

Lou se acercó patinando con una economía de movimientos que delataba años de práctica, sus cuchillas trazando líneas limpias en el hielo. De cerca, era aún más imponente: nudillos con cicatrices envolviendo el palo, un rostro que probablemente no había visto el maquillaje en años, esa clase particular de atractivo que proviene de un desinterés absoluto por los estándares de belleza convencionales. Mandíbula fuerte. Pómulos altos. Una boca fija en una línea que sugería una paciencia agotada. La intensidad de su presencia no disminuía con la proximidad. En todo caso, se volvía más aguda, más enfocada, más imposible de ignorar.

El pulso de Camille se aceleró. La reacción fue lo suficientemente inesperada como para desequilibrarla; una respuesta física que no tenía nada que ver con el aire frío del pabellón ni con el esfuerzo del entrenamiento. Era algo completamente distinto. Algo que se sentía peligrosamente como atracción, aunque ella se negaba a llamarlo así.

—Camille Laurent-Dubois. —La presentación de Mara fue puramente funcional—. Lou Calder, capitana del equipo.

Camille extendió la mano con la sonrisa que había perfeccionado durante una década de apariciones públicas: cálida, segura, diseñada para encantar. —Es un placer conocerla por fin. He oído hablar mucho de este equipo.

El apretón de manos de Lou fue breve y profesional; su palma, callosa contra la piel de Camille, le provocó un escalofrío inesperado por la espalda. Los callos eran ásperos, el agarre firme sin ser agresivo, y el contacto duró exactamente lo que exigía la cortesía; ni un segundo más. Camille percibió el aroma a sudor limpio y algo ligeramente mineral, como si el propio hielo se hubiera filtrado en la piel de Lou.

—Bienvenida a Phoenix Ridge. —Nada de calidez. Nada de placer recíproco. Solo el reconocimiento de un hecho que no podía ser refutado.

La sonrisa no funcionó. Camille había sabido que no funcionaría —lo había intuido en el momento en que los ojos de Lou se encontraron con los suyos—, pero la confirmación aun así le dolió. Estaba acostumbrada a que la gente quisiera impresionarla, a que quisieran estar cerca de ella, a que quisieran algo de ella que pudiera conceder o denegar. Esto era diferente. Lou la miraba como si fuera una complicación que gestionar, no una persona a la que conocer.

—Tengo muchas ganas de contribuir al éxito del equipo —dijo Camille, ajustando su enfoque por instinto. Menos encanto, más profesionalidad—. Sé que hay mucho trabajo por delante para clasificarnos.

—Lo hay —Lou sostuvo su mirada un segundo más de lo necesario—. Esperemos que esté a la altura.

Las palabras llevaban una pulla imposible de pasar por alto. *Esperemos.* Como si Lou ya hubiera calculado las probabilidades y las hubiera encontrado desfavorables. Como si la presencia de Camille allí fuera una variable de una ecuación que no terminaba de cuadrar.

—Siempre estoy a la altura de un desafío —Camille le devolvió la mirada con firmeza. Dos podían jugar a ese juego de evaluación silenciosa.

Algo parpadeó en la expresión de Lou; sorpresa, tal vez, al ver que le plantaban cara. Luego desapareció, reemplazado por esa misma máscara neutral. —Ya veremos.

Se dio la vuelta y volvió patinando hacia sus compañeras sin decir una palabra más, dejando a Camille de pie junto a Mara con un extraño calor subiéndole por el cuello que bien podría ser vergüenza, ira o algo completamente distinto.

—No se lo tome como algo personal —la voz de Mara era seca—. Calder no confía fácilmente. Tendrá que ganarse su respeto a la antigua usanza.

—¿Y cómo hago eso?

—Demuestre que no es una distracción —Mara empezó a caminar hacia el banquillo—. Demuestre que está aquí para trabajar, no solo para escapar de lo que sea que esté huyendo.

Las palabras golpearon con más fuerza de la que debían. Camille siguió a Mara al banquillo, aceptando su equipo de entrenamiento con los movimientos automáticos de alguien que ha hecho eso mil veces. Sus manos se movieron en los gestos familiares —ajustando las protecciones, atando los patines, colocándose el casco— mientras su mente volvía una y otra vez a la mirada desdeñosa de Lou Calder.

¿Por qué le importaba? Camille ya había sido subestimada antes, despreciada antes, ninguneada por personas que creían conocer su historia por los titulares de los tabloides y las fotos de los paparazzi. Siempre les había demostrado que se equivocaban, dejando que su rendimiento en el hielo hablara más alto que cualquier reputación. Esto no debería ser diferente.

Pero la evaluación de Lou no se había sentido como el prejuicio habitual. Se había sentido como algo más profundo, algo que veía más allá de la superficie pulida hasta alcanzar de qué estaba hecha Camille realmente... y lo encontraba insuficiente.

El pensamiento escocía.

El entrenamiento comenzó con ejercicios de calentamiento; el equipo fluía a través de patrones familiares mientras Camille encontraba su lugar en la formación. Otro nuevo fichaje llamó su atención: Rowan Pike, según el informe previo de Mara, una delantera traída junto a Camille pero sin ninguna fanfarria. Rowan realizaba los ejercicios con una eficiencia silenciosa, integrándose en los ritmos del equipo como si siempre hubiera estado allí. Nadie la observaba con sospecha. Nadie la medía bajo estándares imposibles.

Camille envidiaba esa facilidad más de lo que quería admitir.

A medida que los ejercicios se intensificaban, se esforzó más. El familiar mordisco del aire frío llenaba sus pulmones con cada inhalación; el sonido de las cuchillas sobre el hielo creaba una sinfonía que amaba desde la infancia. Su patinaje siempre había sido su punto fuerte: rápido y preciso, capaz de maniobras dignas de videos de jugadas destacadas e inspiradoras de envidia. Se entrelazó a través de la línea defensiva con una serie de cruces que provocaron silbidos de algunas de las jugadoras más jóvenes, seguidos de un disparo que encontró la esquina superior de la red

con una precisión satisfactoria. «Miradme», decía su actuación. «Ved de lo que soy capaz. Respetadme».

Lou no pareció impresionada.

Camille la pilló observándola desde la posición defensiva, con esa mirada fija siguiendo sus movimientos con la misma intensidad evaluadora. Cuando sus ojos se encontraron, Lou simplemente se dio la vuelta, centrándose en sus propios ejercicios como si la exhibición de Camille no significara nada. Como si la vistosidad y la habilidad que habían hecho famosa a Camille fueran solo ruido que debía ignorar.

El calor en el pecho de Camille se intensificó. Se esforzó aún más: giros más rápidos, un manejo de palo más truculento, el tipo de jugadas que le habían valido premios a la mejor jugadora y portadas de revistas. Sus pulmones ardían por el esfuerzo, el sudor pegaba la camiseta a su piel a pesar del frío del pabellón. Cada movimiento estaba calculado para impresionar, para demostrar, para obligar a Lou Calder a reconocer que era algo más que la celebridad de tabloide que todos esperaban.

No funcionó.

Para cuando Mara hizo sonar el silbato para un descanso para beber agua, las piernas de Camille temblaban y Lou seguía sin mirarla con otra cosa que no fuera ese mismo análisis neutral. En todo caso, parecía menos impresionada que antes; como si la desesperación de Camille por demostrar su valía solo hubiera confirmado las suposiciones que Lou ya se había formado.

—Buenos movimientos. —Rowan apareció a su lado, ofreciéndole una botella de agua con una sonrisa amistosa—. Esa secuencia de cruces ha sido brutal. Me recordó a un movimiento que intenté una vez en la universidad: acabé besando el hielo. Pasé una semana con un moretón con la forma de Florida en el culo.

—Gracias. —Camille aceptó el agua, sorprendida por una risa genuina—. Te estás adaptando bien.

Rowan se encogió de hombros, con los ojos arrugados por un humor autocrítico. —Solo intento no llamar la atención y contribuir. No tiene sentido crear problemas cuando eres la nueva. Además,

aprendí pronto que el universo tiene formas de bajarte los humos si te vuelves demasiado engreída.

La comparación implícita era imposible de ignorar. Rowan: perfil bajo, contribuyendo, sin problemas. Camille: todo fachada, esforzándose demasiado, creando exactamente el tipo de distracción que Lou probablemente había predicho.

—¿Algún consejo para navegar por la dinámica del equipo? —Camille mantuvo la voz ligera, casual—. Parece que lo has descifrado más rápido que yo.

—¿Sinceramente? —Rowan miró hacia donde estaba Lou con sus amigas—. Creo que la capitana solo necesita ver que estás aquí por el equipo, no por ti misma. Todo lo demás vendrá solo.

«Aquí por el equipo, no por ella misma». Como si esas motivaciones fueran mutuamente excluyentes. Como si el hecho de querer reconstruir su carrera tras el desastre con Mario la descalificara de alguna manera para querer también que las Phoenix Ridge tuvieran éxito.

Pero quizá ese fuera el problema. Tal vez Lou veía directamente el núcleo egoísta de la decisión de Camille, la parte que estaba huyendo de Nueva York en lugar de correr hacia algo nuevo. Tal vez veía el cálculo tras cada sonrisa, la estrategia tras cada palabra, y lo encontraba todo tan hueco como Camille a veces temía que fuera.

El silbato volvió a sonar. El entrenamiento se reanudó y Camille se lanzó de nuevo a los ejercicios con renovada determinación. Si Lou quería ver trabajo, Camille le mostraría trabajo. Si Lou quería ver compromiso, Camille le mostraría compromiso. Y si Lou continuaba mirándola como si no fuera más que una distracción envuelta en un equipamiento caro, Camille la obligaría a ver algo más.

No fue hasta que terminó el entrenamiento, hasta que estuvo bajo el chorro de agua tibia de las duchas dejando que esta lavara el sudor y la frustración de las últimas dos horas, cuando se permitió reconocer la verdad.

Lou Calder se le había metido bajo la piel. No solo por el desprecio, no solo por el desafío; por algo más. Algo en la forma en que Lou se comportaba, la autoridad que ejercía sin exigirla, la

absoluta falta de interés en actuar para nadie. La forma en que sus ojos habían atravesado cada capa de la cuidadosa presentación de Camille como si nada de eso importara.

El agua corría fresca contra su piel ruborizada, pero el calor en su pecho se negaba a desaparecer. Había conocido a gente poderosa antes. Había conocido a gente despectiva antes. Había conocido a gente que veía a través de su exterior pulido y lo encontraba deficiente.

Esto era distinto.

Eran las manos de Lou, callosas y fuertes. La mandíbula de Lou, fija con determinación silenciosa. Los ojos de Lou, verdes e intensos y totalmente indiferentes ante todo lo que Camille había pasado años perfeccionando.

Era inquietante. Era exasperante.

Y en algún lugar bajo esos dos sentimientos, en algún lugar que Camille aún no estaba lista para examinar, también resultaba fascinante.

# 5

Lou había forjado su carrera a base de calar a los jugadores.

Le bastaba con ver a alguien patinar durante treinta segundos para saber si se había ganado su tiempo en el hielo o si lo había heredado. La forma de sujetar el palo, el ángulo de los hombros, los ajustes minúsculos en la presión de las cuchillas. Todo ello contaba una historia que las estadísticas y los vídeos de jugadas destacadas no podían captar. Años jugando como defensa la habían entrenado para ver lo que la gente intentaba ocultar: el lado preferido, la vacilación antes de un regate, los pequeños detalles que separaban una amenaza real de una simple fachada.

Camille Laurent-Dubois iba a ser un problema.

Lou observaba desde la línea azul mientras Mara dirigía a las delanteras en un ejercicio de tiro, con los brazos cruzados sobre el pecho y una expresión cuidadosamente neutral. La luz de la mañana se filtraba por los altos ventanales del estadio, proyectando largas sombras sobre un hielo que aún conservaba las líneas nítidas de una limpieza reciente. El olor familiar a frío, a caucho y a productos de limpieza industriales le llenaba los pulmones con cada bocanada, anclándola a un espacio que había ocupado durante casi una década.

A su alrededor, la línea defensiva esperaba su turno, estirando y charlando con el ritmo pausado de unas compañeras que habían

pasado años conociendo los hábitos de las demás. Elise discutía la logística del viaje con una de las novatas. Frankie mostraba una nueva forma de encintar la pala del palo, con su nariz torcida proyectando sombras mientras se encorvaba sobre su trabajo.

Lou no escuchaba. Su atención se había centrado en un único punto: la delantera rubia ejecutando un tiro de muñeca con una precisión de manual.

La forma de Camille era desesperantemente perfecta. La transferencia de peso, la continuación del movimiento, la forma en que giraba las caderas para generar potencia sin sacrificar la puntería; todo ello delataba años de entrenamiento de élite y un atletismo natural trabajando en armonía. El disco golpeó el fondo de la red con un satisfactorio susurro de caucho contra la malla, y Lou se sorprendió a sí misma catalogando la técnica a pesar de sus denodados esfuerzos por no hacerlo.

El talento no era la cuestión. Había sabido desde el primer momento en que vio las estadísticas de Camille que el talento no sería el problema.

El problema era todo lo demás.

La forma en que Camille se movía durante el ejercicio como si estuviera actuando para unas cámaras que no estaban allí. El cuidadoso peinado de su coleta, de algún modo todavía perfecta tras una hora de entrenamiento. El equipo de marca que probablemente costaba más que el alquiler mensual de Lou, llevado con la naturalidad de alguien que nunca había tenido que elegir entre unos patines nuevos y la comida. Todo en Camille Laurent-Dubois gritaba elegancia, espectáculo, el tipo de imagen calculada en la que Lou había aprendido a desconfiar hacía años.

Y sin embargo.

La mirada de Lou seguía el movimiento de Camille por el hielo: la fluida elegancia de sus cruces, la potencia controlada de su zancada, la forma en que su camiseta se ceñía a sus hombros al decelerar. La luz de la mañana arrancaba destellos al rubio de su pelo, volviéndolo dorado frente al gris institucional del pabellón. Tenía el rostro encendido por el esfuerzo y, sin el cuidadoso maquillaje que había

lucido ayer, sus rasgos parecían más afilados de algún modo. Más reales.

Era hermosa. Lou no podía fingir lo contrario, ni siquiera ante sí misma. El tipo de belleza que persiguen los fotógrafos y por la que las revistas pagan tarifas desorbitadas, pero también algo más; algo que surgía cuando la fachada se agrietaba y el atletismo puro tomaba el control. La concentración feroz de su rostro durante un tiro. La forma en que se obligaba a acelerar incluso cuando los pulmones debían de arderle. El fuego competitivo que ardía en su expresión.

Lou ya se había fijado antes en mujeres hermosas. Había pasado toda su vida adulta en vestuarios y pistas de hielo, rodeada de cuerpos atléticos y espíritus feroces. Pero había aprendido pronto a mantener esa capacidad de observación bajo llave, compartimentada, a salvo de cualquier cosa que pudiera complicar su carrera o su posición.

Esto se sentía diferente. Esto se sentía peligroso.

La comprensión se asentó en su pecho como una losa, pesada y desagradable. No necesitaba esto. No necesitaba la distracción de la atracción, no necesitaba la complicidad de desear a alguien que representaba todo lo que se había pasado la carrera evitando. Camille era titulares de tabloides y cámaras de paparazzi y el tipo de visibilidad que convertía las vidas privadas en entretenimiento público. Era exactamente el tipo de desastre mediático en potencia del que Lou siempre se había mantenido alejada.

Y ahora patinaba hacia Lou, con los ojos azules brillantes por algo que bien podría haber sido un desafío.

—Capitana. —La voz de Camille sonaba ligeramente entrecortada por el ejercicio, con las mejillas rosadas por el frío y el esfuerzo. De cerca, Lou podía ver el fino brillo del sudor en su piel, podía oler algo floral bajo los aromas familiares del estadio a hielo y fatiga. El aire frío del pabellón le había dado color a los labios, y la mirada de Lou bajó hacia ellos antes de que pudiera evitarlo.

Mal. Todo esto estaba mal.

—¿Lista para el partidillo? —preguntó Camille, y había algo en su tono…, un ligero jadeo que podía ser resto del esfuerzo o algo

completamente distinto.

—Siempre. —Lou mantuvo la voz plana, profesional. Sin calidez. Sin invitación—. Mantente en tu carril y no tendremos problemas.

Algo parpadeó en la expresión de Camille: frustración, quizá, o el aguijonazo de ser despreciada. Bien. Que se sintiera despreciada. Que entendiera que Lou no estaba interesada en cualquier ofensiva de encanto que estuviera montando, que no se iba a dejar ganar por sonrisas perfectas y una amabilidad estratégica.

—Siempre me mantengo en mi carril —dijo Camille—. Así es como marco goles.

Las palabras tenían un filo que no estaba allí ayer, una dureza que sugería que la frialdad de Lou había calado más hondo de lo que pretendía. Por un momento, sus miradas se encontraron y se sostuvieron —el verde de Lou contra el azul de Camille—, ninguna dispuesta a ser la primera en apartarla.

Lou rompió el contacto, girándose hacia la formación de juego. —Ya veremos.

Sonó el silbato y la pista se convirtió en un caos controlado.

El sonido de las cuchillas surcando el hielo llenó el estadio, puntuado por el chasquido de los palos y el golpe sordo de los cuerpos contra las vallas. El olor a sudor fresco y aire frío se agudizó a medida que las jugadoras aceleraban hacia sus posiciones.

Los entrenamientos en Phoenix Ridge siempre habían sido físicos. Con plazas limitadas en la plantilla y una competencia constante por el tiempo de juego, las prácticas tenían la intensidad de partidos reales. Pero hoy era diferente. Hoy, Lou era plenamente consciente de cada movimiento que hacía Camille; la seguía por el hielo con un enfoque que no tenía nada que ver con la estrategia defensiva y todo con el calor incómodo que se le había instalado en el pecho desde ayer.

Camille era buena. Lou sabía que era buena, pero verla competir en tiempo real era algo totalmente distinto. Se movía por la línea defensiva como el agua que encuentra grietas en la piedra, con un manejo del palo preciso y un patinaje engañosamente rápido. Cuando recibió un pase de Rowan, no lo dudó: pivotó bruscamente y

aceleró hacia la portería con el tipo de confianza que da el saber exactamente de qué es capaz tu cuerpo.

Lou se interpuso en su camino.

La colisión fue inevitable. Lou se había posicionado para cortar el ángulo de Camille, y esta se había entregado a la jugada antes de poder rectificar. Chocaron a gran velocidad, hombro con hombro, cadera con cadera, y por un instante el mundo se redujo al punto de impacto. El estrépito de protección contra protección, el chirrido de las cuchillas luchando por agarrarse, la brusca exhalación de aire forzada para salir de los pulmones.

Cayeron juntas.

Lou golpeó el hielo primero; su hombro recibió el impacto de una forma que le dejaría un buen moratón después. El choque familiar del frío atravesó su camiseta al instante, el mordisco de la superficie helada contra su espalda era una sensación que había experimentado cientos de veces. Pero esta vez era distinto. Esta vez, Camille cayó medio encima de ella, en una maraña de extremidades y equipo que pareció prolongarse más de lo que la física debería permitir.

El peso de Camille presionaba el pecho de Lou. Su mano había aterrizado en el hombro de Lou, con los dedos aferrando la protección en un intento automático de amortiguar la caída. Sus piernas estaban enredadas, con las cuchillas de los patines apuntando lejos por seguridad, pero con los muslos apretados de una forma que envió una oleada de calor por el cuerpo de Lou a pesar del frío que tenía debajo.

El mundo se encogió al pequeño espacio entre sus rostros. Lou podía sentir el aliento de Camille contra su piel, cálidas ráfagas de aire que olían ligeramente a menta. Podía sentir el rápido aleteo del corazón de Camille... ¿o era su propio pulso, latiendo tan fuerte que no podía distinguir dónde terminaba su cuerpo y dónde empezaba el de Camille?

Durante un momento interminable, ninguna de las dos se movió.

Los ojos de Camille se veían muy azules así de cerca. Lou podía ver las motas individuales de color más oscuro alrededor de sus pupilas, podía contar las tenues pecas que salpicaban su nariz y que

ningún maquillaje podía ocultar del todo. Tenía los labios ligeramente entreabiertos, rosados por el frío, y la mirada de Lou bajó hacia ellos antes de que pudiera evitarlo.

La expresión de Camille cambió; la sorpresa asomó a sus rasgos, o quizá el reconocimiento de lo que fuera que estaba sucediendo en el cargado espacio entre ellas.

Lou salió de debajo de ella a trompicones y se puso de pie rápidamente.

—Mira por dónde vas. —Su voz salió más ruda de lo que pretendía, las palabras demasiado duras para lo que había sido una carga limpia. Extendió una mano para ayudar a Camille a levantarse, porque eso era lo que hacían las capitanas, e intentó ignorar la sacudida que recorrió su cuerpo cuando sus dedos conectaron.

El agarre de Camille era fuerte, su palma estaba cálida a pesar del frío del estadio. Dejó que Lou la pusiera en pie y luego soltó su mano con una rapidez que sugería que ella también había sentido esa electricidad incómoda.

—Buen golpe —la voz de Camille era cuidadosamente neutral ahora; todo el desafío previo había desaparecido—. Me adaptaré.

—Asegúrate de hacerlo.

El silbato volvió a sonar y se separaron: Lou a su posición en la línea azul, Camille a reformar con las delanteras. La distancia entre ellas se sentía simultáneamente demasiado grande y para nada suficiente.

El entrenamiento continuó durante otros cuarenta y cinco minutos, pero Lou apenas registró los ejercicios. Su cuerpo se movía en piloto automático, con años de memoria muscular guiándola a través del posicionamiento defensivo y las batallas por el disco, mientras su mente volvía una y otra vez a esos pocos segundos en el hielo.

El peso del cuerpo de Camille contra el suyo. La forma en que su muslo se había presionado entre las piernas de Lou. El azul de sus ojos, tan cerca que podría haber contado cada matiz de color en ellos. El calor que no tenía nada que ver con el esfuerzo y todo con una reacción que Lou deseaba desesperadamente no tener.

Falló un pase de Elise —algo que no le había pasado en años— y tuvo que perseguirlo mientras la mirada de desaprobación de Mara se clavaba en su espalda. Estaba distraída. Descentrada. Exactamente el tipo de jugadora que se había pasado su carrera negándose a ser.

Esto era un desastre.

No podía sentirse atraída por Camille Laurent-Dubois. No por la princesita de los tabloides que se había pasado dos años saliendo con una superestrella de la NBA para las cámaras. No por el fichaje de alto perfil que había convertido su vestuario en un potencial circo mediático. No por nadie, en realidad; Lou había aprendido hace años que desear a la gente era una vulnerabilidad que no podía permitirse.

La lección la había recibido pronto y a menudo. Su primera novia en la universidad, que la dejó cuando la presión de esconderse se volvió demasiado pesada. La compañera a la que había besado en una fiesta de campeonato, que al día siguiente fingió que no había pasado nada. La lenta y demoledora comprensión de que ser visible como mujer queer en el deporte profesional significaba o bien fingir heterosexualidad o bien aceptar un tipo de aislamiento que hacía que la intimidad pareciera imposible. Sabía que no tenía por qué ser así en Phoenix Ridge y, sin embargo, para ella, seguía siéndolo.

Así que Lou había dejado de desear. Había dejado de fijarse. Había dejado de permitirse sentir cualquier cosa que pudiera agrietar la cuidadosa armadura que había construido alrededor de su corazón.

Y ahora Camille Laurent-Dubois se había estrellado en su vida, literal y físicamente, y todo ese cuidadoso control parecía a punto de derrumbarse.

Desear a las personas significaba darles poder sobre ti, y el poder significaba la posibilidad de terminar destrozada.

Pero su cuerpo no atendía a razones.

Cada vez que Camille pasaba patinando, el pulso de Lou se aceleraba. Cada vez que sus ojos se encontraban a través de la pista, algo caliente y peligroso parpadeaba en su pecho. Lo catalogaba todo: la forma en que la camiseta de Camille se movía

contra su cuerpo durante los cruces, la flexión de sus muslos al decelerar, la elegancia inconsciente de movimientos que provenían de toda una vida de atletismo de élite.

Para cuando Mara dio por finalizado el entrenamiento, a Lou le dolía la mandíbula de tanto apretar.

—Buena sesión —la saludó Frankie a su lado, con el palo apoyado sobre los hombros con esa forma relajada que tenía—. La carga a Laurent-Dubois ha sido limpia. No parece que le haya importado.

—Ha sido una carga normal.

—Ya. —El tono de Frankie tenía un matiz de diversión que a Lou no le hizo gracia—. ¿Siempre te quedas mirando a las jugadoras a las que les has hecho una carga normal durante diez segundos después de que ambas os hayáis levantado?

A Lou se le encendió la cara. —No me he quedado mirando.

—Claro. —La sonrisa de Frankie se ensanchó—. Error mío.

Se alejó patinando hacia el túnel, dejando a Lou sola en el hielo con el eco de sus propios latidos y la incómoda certeza de que nada en esta situación iba a ser sencillo.

El pabellón se sintió demasiado silencioso de repente. La mayor parte del equipo ya se había retirado al vestuario, y sus voces se desvanecían por los pasillos de hormigón. Lou se quedó en el hielo que había llamado hogar durante nueve años, rodeada de vallas que llevaban las cicatrices de mil entrenamientos, y se permitió sentir todo el peso de lo que temía que estaba ocurriendo.

Camille era una distracción. Una complicación. Exactamente el tipo de problema que Lou se había pasado toda su carrera evitando. Era titulares de tabloides y cámaras de paparazzi y el tipo de desastre mediático que podía destruir no solo la concentración de Lou, sino las posibilidades de clasificación de todo el equipo.

Y también era piel suave y belleza desafiante y un fuego competitivo que igualaba al de Lou. Era la forma en que su cuerpo se había presionado contra el de Lou en esos segundos congelados en el hielo. Era la inesperada dureza en su voz cuando se había defendido del desprecio de Lou, negándose a dejarse intimidar.

Lou presionó su mano enguantada contra la superficie fría de las vallas, dejando que la textura familiar la anclara. Esta era su pista. Su equipo. Su oportunidad por algo que se había pasado nueve años ganándose el derecho a soñar.

No podía permitirse desear a Camille Laurent-Dubois.

Pero mientras finalmente se giraba y patinaba hacia el túnel, con los músculos doloridos y la mente todavía dando vueltas a esos ojos azules, le aterrorizaba que desear no fuera algo que pudiera simplemente elegir.

# 6

La pista de hielo estaba sumida en un silencio poco común para las horas de luz.

Lou estaba sentada en el banco, frente a su taquilla, quitando metódicamente la cinta de la hoja de su stick mientras los últimos ecos del entrenamiento se desvanecían hasta hacerse el silencio. El olor del vestuario era distinto a estas horas: menos sudor y esfuerzo, más productos de limpieza y ese aroma mineral del hielo del pabellón que se filtraba por los conductos de ventilación. Las luces fluorescentes proyectaban su habitual y crudo resplandor sobre los bancos gastados y las taquillas desconchadas, con las sombras acumulándose en los rincones donde las bombillas se habían fundido hacía meses sin que nadie se hubiera molestado en cambiarlas.

La mayor parte del equipo se había marchado hacía una hora: cena temprana, dormir, los rituales mundanos de atletas recuperándose de otra sesión brutal con Mara. Pero Lou se había quedado hasta tarde, realizando ejercicios extra por su cuenta hasta que le temblaron las piernas y le ardieron los pulmones, exigiéndose al máximo como siempre hacía cuando su mente no encontraba sosiego.

El problema era que su mente seguía sin calmarse.

Llevaba tres días evitando a Camille. «Evitar» no era exactamente la palabra adecuada; seguían jugando juntas en los

entrenamientos, seguían intercambiando la conversación mínima necesaria para que unas compañeras de equipo funcionen. Pero Lou había dejado de mirarla a los ojos. Había dejado de permitir que la pillara a solas en la misma habitación. Había hecho todo lo posible por poner entre ellas una distancia que no tenía nada que ver con el espacio físico y sí mucho con el recuerdo del cuerpo de Camille presionado contra el suyo sobre el hielo.

No estaba funcionando.

La puerta del vestuario chirrió al abrirse y los dedos de Lou se detuvieron sobre la cinta.

Camille salió de la zona de las duchas envuelta en una toalla, con su pelo rubio oscurecido por el agua cayendo sobre sus hombros. Las gotas trazaban senderos por su clavícula, captando la luz fluorescente de tal forma que a Lou se le secó la boca. El vapor se aferraba a su piel, dándole un tono sonrosado, y se movía con la gracia inconsciente de alguien que se siente totalmente cómodo en su propio cuerpo.

Lou apartó la mirada demasiado rápido. Evidente. Delatador.

—No me había dado cuenta de que todavía quedaba alguien aquí —dijo Camille. Su voz resonó en el espacio vacío, cargada de sorpresa y de algo más: curiosidad, tal vez, o la misma tensión consciente que Lou intentaba ignorar desesperadamente.

—Ya casi he terminado —Lou mantuvo la vista fija en su stick, arrancando largas tiras de cinta que se enroscaban contra sus dedos como cintas pálidas—. Necesitaba un poco más de tiempo en el hielo.

—¿Es que Mara no ha sido lo bastante brutal para ti? —preguntó, y su voz tenía un matiz burlón que Lou no esperaba.

—Mara está bien. —Se arriesgó a levantar la vista; un error. Camille se había acercado a su propia taquilla, justo enfrente de donde estaba Lou, y sacaba ropa de su bolsa con movimientos que realzaban la longitud de sus brazos y la curva de sus hombros. La toalla se desplazó al moverse ella, dejando entrever retazos de piel que Lou, sin ninguna duda, no debería haber estado catalogando.

—Puedes admitir que es una sádica. —La sonrisa de Camille era distinta de las ensayadas que Lou había visto durante las

presentaciones; esta parecía genuina, con un toque de humor autocrítico—. He estado soñando con baños de hielo. Eso no es normal.

A pesar de sí misma, la boca de Lou esbozó una mueca.

—Los baños de hielo son parte de la recuperación.

—Los baños de hielo son instrumentos de tortura disfrazados de ciencia deportiva. —Camille se quitó la toalla pequeña que envolvía su pelo, sacudiéndolo en una cascada de oro húmedo que captó la luz como algo preciado—. Pero no me quejo. Está funcionando. No me sentía tan presionada desde la universidad.

—De eso se trata.

—Lo sé. —Camille se giró hacia su taquilla y se llevó la mano a la toalla que envolvía su cuerpo. Lou debería haber mirado hacia otro lado. Debería haberle dado privacidad, haberse concentrado en su propio equipo, haber hecho cualquier otra cosa que no fuera mirar cómo Camille dejaba caer la toalla.

A Lou se le cortó la respiración.

La espalda de Camille era un paisaje de músculo y movimiento, el tipo de cuerpo que nace de años de entrenamiento de élite y buena fortuna genética. Sus omóplatos se movieron al alcanzar el sujetador deportivo, las curvas de su cintura se estrechaban antes de ensancharse en unas caderas que hicieron que a Lou le hormiguearan los dedos con el súbito impulso de tocarla. Una gota de agua trazó un lento camino por su columna, desapareciendo en la base de su espalda, y Lou siguió su progreso con una fascinación irremediable.

Era impresionante. No solo hermosa de esa forma pulida y lista para la cámara que Lou esperaba, sino genuina y dolorosamente impresionante en la cruda vulnerabilidad de ese momento. Sin maquillaje, sin un peinado cuidado, sin actuación: solo una mujer secándose después de una ducha, ajena a cómo estaba desmoronando por completo la cuidada compostura de Lou.

Lou forzó la mirada hacia el suelo. El corazón le latía tan fuerte que le sorprendía que Camille no pudiera oír el eco en las paredes de hormigón. El calor le inundó las mejillas, se extendió por su cuello

y se concentró en su estómago de una manera que se negaba desesperadamente a reconocer.

Esto era peligroso. Era exactamente el tipo de deseo que había pasado años aprendiendo a suprimir, la vulnerabilidad que no podía permitirse. Pero su cuerpo no atendía a razones. Su cuerpo estaba muy interesado en la vista de la que acababa de privarse, en el recuerdo de la piel de Camille brillando por el vapor y el agua de la ducha, en la forma en que se había movido con tanta naturalidad y confianza.

—¿Puedo preguntarte algo?

Lou levantó la cabeza de golpe. Camille se había puesto la ropa interior y el sujetador deportivo, y ahora se estaba metiendo en unos pantalones de chándal de aspecto cómodo; seguía habiendo demasiada piel a la vista, demasiado para la entereza de Lou.

—¿Qué?

—¿Por qué me odias?

La pregunta aterrizó como una carga contra las costillas. Las manos de Lou se detuvieron sobre la cinta, mientras su mente repasaba posibles respuestas. Negarlo sería fácil, pero los ojos de Camille eran demasiado directos, demasiado perspicaces; vería a través de cualquier mentira que Lou le ofreciera.

Y quizá Lou estaba cansada de mentir. Quizá estaba cansada de la distancia que había estado manteniendo, de esa frialdad que la mantenía a salvo pero que también la aislaba. Quizá algo en la tranquila intimidad de este momento, el vestuario vacío, el zumbido de los fluorescentes, el vapor persistente de la ducha de Camille, hacía que la honestidad pareciera posible.

—No te odio.

—Me evitas. —Camille se pasó un suave jersey gris por la cabeza, emergiendo con el pelo revuelto y una expresión ilegible—. Me miras como si ni siquiera estuviera ahí. Cada vez que estamos en la misma habitación, encuentras una excusa para marcharte. —Se sentó en el banco frente a Lou, lo bastante cerca como para que esta pudiera oler el aroma limpio de su champú, algo floral y caro—. Si eso no es odio, ¿qué es?

Lou se quedó mirando la cinta que tenía en las manos. Los fluorescentes zumbaban en el techo, llenando el silencio con su constante vibración. En algún lugar del edificio, se cerró una puerta: el equipo de mantenimiento nocturno empezaba su ronda.

—No me fío de ti —dijo al fin—. De tu mundo. De todo lo que representas.

—¿Y qué represento?

—Titulares. Cámaras. El tipo de atención que destruye a la gente. —Lou sostuvo la mirada de Camille, dejando que viera la verdad tras sus palabras—. He pasado toda mi carrera en el anonimato, jugando para equipos que nadie ve, construyendo algo real con gente que entiende lo que significa ganarse cada centímetro de hielo. Tú vienes de un mundo donde la imagen lo es todo. Donde las relaciones son estratégicas y públicas, y están diseñadas para vender revistas.

Camille guardó silencio durante un largo rato. Cuando habló, su voz era más suave de lo que Lou la había oído nunca.

—Te refieres a Mario.

—Me refiero a todo. Los patrocinadores, la prensa, la actuación constante. —Lou apretó el stick con fuerza—. La gente como yo somos invisibles. Y cuando apareces tú, con tu ex famoso, tus portadas de revistas y tu maldito pelo perfecto, traes toda esa visibilidad contigo. Haces que sea imposible esconderse.

—A lo mejor esconderse no es la solución.

—A lo mejor esconderse es lo único que me ha mantenido a salvo.

Las palabras quedaron flotando entre ellas, con más peso del que Lou pretendía. No había querido decir tanto. No había querido revelar el miedo que subyacía a su resistencia, esos años de cuidadosa invisibilidad que se sentían cada vez más frágiles con cada entrenamiento que compartían.

Camille se inclinó hacia delante, con los codos sobre las rodillas y una expresión abierta que Lou no esperaba.

—Lo de Mario y yo nunca fue real. Sé que es lo que todo el mundo piensa —la pareja de oro, el cuento de hadas—, pero fue una estrategia desde el principio. Su equipo quería visibilidad en ciertos

mercados. Mi equipo quería que se me asociara con su marca. Éramos dos personas interpretando una relación que tenía sentido sobre el papel.

—¿Y se supone que eso debe hacer que me fíe más de ti?

—No. —La sonrisa de Camille era de pesar, de autoconciencia—. Pero puede que te ayude a entender que no soy lo que tú crees. Sé cómo jugar al juego; llevo haciéndolo desde los diecisiete años, cuando mi primer representante me explicó lo comercial que podía llegar a ser. Pero eso no significa que me guste. Y no significa que no sepa distinguir entre lo que es real y lo que es una actuación.

Lou estudió su rostro, buscando los gestos que había pasado años aprendiendo a leer. La máscara cuidadosa que Camille llevaba para las cámaras había desaparecido. En su lugar había algo más crudo: agotamiento, tal vez, o la vulnerabilidad particular de alguien que ha pasado demasiado tiempo siendo lo que los demás querían.

—La ruptura —dijo Lou lentamente—. ¿Eso fue real?

Camille se rió, pero no había humor en el gesto.

—La ruptura fue lo primero real que hice en años. Le puse fin porque ya no podía respirar. Porque cada mañana me despertaba junto a alguien a quien no amaba y fingía felicidad para gente a la que nunca conocería. Porque tenía veintiocho años y no sabía quién era bajo todas esas capas de gestión de imagen.

Se le quebró un poco la voz al decir las últimas palabras. Lou observó cómo apretaba las palmas de las manos contra los muslos para serenarse. El gesto era tan humano, tan alejado de la pulida imagen mediática que Lou esperaba, que algo se relajó en su pecho.

—Eso suena agotador —dijo Lou en voz baja.

—Lo era. —La risa de Camille fue amarga—. Imagínate despertarte cada día y tener que recordar qué versión de ti misma se supone que debes ser. Qué sonrisa debes llevar. Qué respuestas debes dar a preguntas que has contestado mil veces antes. Después de un tiempo, empiezas a perder la cuenta de dónde termina la actuación y empieza la persona real.

Lou podía imaginárselo. Podía imaginar la lenta erosión de la autenticidad que provocaba el constante escrutinio público, la forma en que esconderse podía volverse tan habitual que acababas

olvidando que lo estabas haciendo. Ella misma había construido su propia versión de ese muro, distinto en alcance pero similar en propósito.

—La prensa lo convirtió en un escándalo. El equipo de Mario lo vendió como si fuera decisión de él, porque su marca no podía permitirse parecer rechazada. Yo dejé que lo hicieran, porque pelear habría significado más atención, más cámaras, más de esa visibilidad que tanto te asusta. —Camille miró a Lou a los ojos—. He venido a Phoenix Ridge porque quería jugar al hockey sin nada de eso. Porque quería recordar por qué empecé en este deporte: por el hielo, por el juego, por la sensación de ser buena en algo que importaba.

Lou no supo qué decir. La mujer que tenía delante no se parecía en nada a la celebridad de los tabloides que esperaba. Nada que ver con la estrella pulida y artificial que había llegado con maletas de diseño y una sonrisa perfecta.

—Lo siento —dijo Lou finalmente—. Por juzgarte antes de conocerte.

—No te equivocabas. No del todo. —La sonrisa de Camille era ahora más dulce—. Soy todas esas cosas que has dicho: los titulares, las cámaras, la actuación. Pero también estoy intentando descubrir quién soy sin ellas. Y eso da miedo.

La honestidad de aquellas palabras golpeó a Lou en el pecho. Reconoció ese terror: el miedo a ser vista por quien realmente eres, la vulnerabilidad de dejar caer la máscara que has llevado tanto tiempo que ya se siente como tu propia piel.

—Phoenix Ridge es un buen lugar para aclarar las cosas —dijo Lou—. Nadie está mirando. A nadie le importa ninguno de nosotros.

—A ti sí.

Las palabras eran sencillas, pero tenían un peso para el cual Lou no estaba preparada. Miró a Camille —la miró de verdad— y vio algo que no esperaba encontrar. Alguien auténtico bajo el barniz. Alguien que buscaba las mismas cosas que Lou llevaba años persiguiendo: autenticidad, conexión, un lugar al que pertenecer que no requiriera una actuación constante.

—Sí —admitió Lou—. Me importa.

Algo había cambiado entre ellas. La tensión seguía ahí —esa consciencia cargada de electricidad contra la que Lou llevaba luchando desde el primer momento en que sus miradas se cruzaron —, pero ahora tenía una nueva capa. Comprensión. Reconocimiento. El inicio de algo que Lou no estaba lista para nombrar.

Observó cómo Camille se ponía el pelo tras la oreja, un gesto que parecía inconsciente más que calculado. Sin maquillaje, sin el peinado elaborado, su rostro parecía más joven de algún modo. Más abierto. El tipo de rostro junto al que Lou podría imaginarse despertando.

El pensamiento la asaltó con su especificidad, con su peligrosa intimidad. Lo apartó de su mente, pero no antes de que se plantara en algún lugar profundo.

Camille se puso en pie, recogiendo sus cosas con movimientos que parecían reacios. Su bolsa era de marca —Lou reconoció la firma de revistas que nunca admitiría haber leído—, pero la manejaba con descuido, sin el apego preciado de quien valora las posesiones por su estatus.

—Debería irme. Mañana hay entrenamiento temprano.

—Sí. —Lou también se levantó, sintiendo la rigidez en las piernas de las horas extra de entrenamiento—. Yo también.

Caminaron juntas hacia la puerta, con los hombros casi rozándose en el estrecho pasillo. Al llegar al umbral, Camille se detuvo.

—¿Lou?

—¿Dime?

—Gracias. Por escucharme. —Sus ojos azules se veían suaves bajo la tenue luz del pasillo—. Hacía tiempo que nadie quería oír la verdad en lugar de la historia.

Se marchó antes de que Lou pudiera responder; sus pasos se desvanecieron por el pasillo hacia el aparcamiento. Lou se quedó en la puerta durante un largo rato, sintiendo el aire frío del pabellón sobre su piel caliente, escuchando cómo el silencio se asentaba a su alrededor como un peso familiar. Su corazón seguía acelerado. Sus manos aún no estaban firmes. Y en algún lugar de su pecho, algo

que había estado bajo llave durante años estaba empezando a resquebrajarse.

Se dejó sentir todo el peso de lo que acababa de ocurrir.

Camille Laurent-Dubois no era lo que ella esperaba.

Y eso era mucho más peligroso que cualquier otra cosa que Lou hubiera temido.

# 7

Camille no podía dejar de pensar en Lou.

El pensamiento la asaltaba durante los entrenamientos, interrumpiendo su concentración en los peores momentos. Cuando debería estar leyendo el juego, anticipando pases, calculando ángulos—en lugar de eso observaba los movimientos de Lou sobre el hielo. La zancada potente de su patinaje. La agresión controlada de su posicionamiento defensivo. La forma en que su pelo oscuro se pegaba a la frente cuando se esforzaba en ejercicios particularmente brutales.

Resultaba perturbador de maneras que Camille no sabía cómo procesar.

—¡Laurent-Dubois! —la voz de Mara cortó su distracción—. Hoy tienes la cabeza en otro sitio. Búscala o te dejaré en el banquillo.

Camille forzó su concentración, canalizando sus pensamientos dispersos hacia la precisión del ejercicio. Pase. Recepción. Tiro. La mecánica era automática tras años de entrenamiento de élite, pero la satisfacción le resultó vacía. Como si siguiera un guion mientras la verdadera acción ocurría en otro lugar.

En algún lugar que involucraba ojos verdes, nudillos cicatrizados y una conversación que la mantuvo despierta durante horas.

El partido de entrenamiento fue un alivio—una oportunidad para quemar la energía inquieta que bullía bajo su piel. Camille se

entregó al juego con una intensidad que la sorprendió incluso a ella, esquivando defensas con cruces afilados y aceleraciones explosivas. No jugaba solo para ganar. Jugaba para olvidar, para agotar la parte de su cerebro que seguía volviendo a aquel vestuario, a la inesperada honestidad de Lou, a cómo el aire entre ellas crepitaba con algo que no podía nombrar.

Y entonces estaba jugando con Lou.

Las pusieron en la misma línea durante los últimos quince minutos—Camille como delantera, Lou retrocediendo a defensa. La combinación no debería haber funcionado con tanta fluidez. Apenas habían intercambiado palabras desde su conversación, habían orbitado mutuamente con la distancia cuidadosa de dos personas fingiendo que nada había cambiado.

Pero sobre el hielo, nada de eso importaba.

Lou leía los movimientos de Camille como si viera dentro de su mente. Un pase llegaba exactamente donde lo necesitaba, girando perfectamente sobre su pala. Una pantalla defensiva abría espacio para que Camille cortara. Todo encajaba en un ritmo que parecía sin esfuerzo, instintivo—esa química que normalmente tardaba meses en desarrollarse surgía en tiempo real.

Anotaron tres goles en minutos. Cada uno sintió como una victoria compartida, una conversación conducida a través de palo, puck y hielo.

Cuando Mara dio por terminado el entrenamiento, las piernas de Camille temblaban y sus pulmones ardían. Pero sonreía—una sonrisa real, no la sonrisa para cámaras que había aprendido a desplegar. Por primera vez desde llegar a Phoenix Ridge, era una jugadora de hockey, no una celebridad jugando al hockey.

La mayoría del equipo salió rápidamente, ansioso por ducharse y descansar. Camille se demoró, estirándose en el banquillo mientras observaba cómo se vaciaba la pista. Los sonidos familiares de un equipo dispersándose llenaban el espacio—cremalleras de bolsas, portazos de taquillas, voces desvaneciéndose por los pasillos hacia el aparcamiento.

No estaba segura de por qué esperaba. O quizá sí lo sabía.

Lou era la última sobre el hielo, practicando manejo de palo con la intensidad concentrada que Camille empezaba a reconocer como su estado natural. Las luces del pabellón atrapaban el sudor en su piel, tornándolo plateado. Sus movimientos eran económicos, potentes—nada desperdiciado, nada hecho para beneficio de nadie más que el suyo propio.

Verla hizo que algo se retorciera en el pecho de Camille. Algo cálido, anhelante y completamente desconocido.

Finalmente, Lou patinó hacia el banquillo. Sus ojos encontraron los de Camille a través del pabellón vacío, manteniéndolos un instante más de lo necesario.

—¿Sigues aquí?

—Sigo aquí. —Camille se levantó, recogiendo su equipo—. Buen entrenamiento.

—Sí —Lou salió del hielo, acomodándose sobre el suelo de goma con la soltura de quien lo ha hecho diez mil veces—. Jugamos bien juntas.

Las palabras llevaban un peso que excedía su significado superficial. Camille lo sintió en su pecho, en el aleteo de su pulso, en la repentina conciencia de lo cerca que estaban en el pasillo vacío.

—Sí —asintió en voz baja.

Caminaron al vestuario en silencio, pero no era la distancia incómoda de los últimos días. Esto se sentía cargado de otro modo—anticipación en lugar de evitación, algo construyéndose en vez de algo reprimido.

El vestuario estaba vacío cuando entraron. El vapor aún flotaba en el aire de duchas anteriores, empañando los espejos y suavizando las duras luces fluorescentes. Camille se dirigió a su taquilla automáticamente, quitándose la camiseta y las protecciones con movimientos entrecortados por la conciencia de que Lou hacía lo mismo al otro lado de la sala.

Mantuvo la mirada desviada. Mayormente.

Pero no pudo evitar mirar cuando Lou se quitó su propia camiseta, revelando el sujetador deportivo. No pudo evitar notar los músculos de sus fuertes hombros, la fuerza esbelta de sus brazos, la forma segura en que se movía en su propia piel.

El calor en el pecho de Camille se extendió más abajo. Más profundo.

Esto no era normal. No se parecía en nada a lo que había sentido por hombres—por Mario o cualquiera de los que habían pasado por su vida cuidadosamente seleccionada. Esto era urgente, inquietante y completamente ajeno, un deseo que nunca antes había sabido desear.

Agarró su toalla y huyó a las duchas.

El agua estaba caliente, casi hirviendo, y Camille la dejó golpear sus hombros mientras intentaba entender lo que ocurría dentro de ella. El vapor se arremolinaba a su alrededor, convirtiendo la sala de duchas en un mundo privado y brumoso donde nada era sólido o seguro.

Era heterosexual. Siempre lo había sido. Cada relación, cada encuentro, cada atracción que había reconocido había involucrado a hombres. La posibilidad de desear otra cosa simplemente nunca se le había ocurrido—no como negación, sino como ceguera total hacia toda una dimensión de sí misma.

Hasta Lou Calder.

Hasta ojos verdes, palabras honestas y la conciencia eléctrica que chispeaba entre ellas cada vez que compartían espacio. Hasta no hace mucho en este mismo vestuario, cuando Camille reconoció en la cautelosa distancia de Lou algo que coincidía con los muros que ella misma había construido.

La puerta de las duchas se abrió. Camille se volvió, conteniendo la respiración.

Lou estaba en la entrada; los ojos de Camille se sintieron atraídos por sus músculos esbeltos: un estudio de luz y sombra. Estaba completamente desnuda, sin el menor pudor, con el pelo corto y oscuro pegado hacia atrás de una forma que acentuaba las marcadas líneas de su mandíbula y sus pómulos.

Camille no podía respirar.

—Perdona —la voz de Lou era ronca—. No me había dado cuenta...

—No pasa nada —las palabras salieron demasiado rápido, demasiado ansiosas. Camille sintió calor inundarle la cara, pero no

podía apartar la mirada. No podía evitar recorrer el cuerpo de Lou—los pechos pequeños, los abdominales marcados, los muslos poderosos que hablaban de años de patinaje explosivo.

Era hermosa. No de la forma pulida y fotogénica que a Camille le habían enseñado a valorar, sino en un sentido más crudo. Real. Presente. Devastadoramente atractiva de maneras que Camille no sabía que podían atraerla.

—Puedo esperar fuera —Lou seguía en el umbral, el agua caliente de la ducha de Camille corriendo hacia el desagüe. Sus ojos estaban fijos en el rostro de Camille, oscuros por algo que le hizo retorcerse el estómago.

—No.

La palabra escapó antes de que pudiera pensarlo mejor. Vio cómo cambiaba la expresión de Lou—sorpresa, luego comprensión, luego algo más profundo que coincidía con el deseo acumulado en su bajo vientre.

Lou avanzó un poco más hacia Camille a través del vapor.

El vapor envolvía a ambas, convirtiendo el mundo en algo suave e indistinto. Lou se movió hacia el grifo junto al de Camille, alcanzando el jabón con movimientos deliberadamente casuales. Pero Camille podía ver la tensión en sus hombros, la firmeza controlada de sus manos.

Estaba tan afectada como Camille. El conocimiento resultaba embriagador.

El bote de champú de Camille se le escapó de los dedos, golpeando contra el azulejo. Se agachó para recogerlo al mismo tiempo que Lou—sus manos chocaron, dedos rozándose en el vapor resbaladizo.

El contacto fue eléctrico.

Ambas se enderezaron lentamente, demasiado despacio, sus rostros de repente a centímetros de distancia. Camille podía ver gotas de agua adheridas a las pestañas de Lou, podía contar las pecas desvaídas sobre su nariz. El aliento de Lou era cálido contra sus labios, inestable de un modo que coincidía con el acelerado corazón de Camille.

—Camille —la voz de Lou era apenas un susurro—. ¿Qué estamos haciendo?

—No lo sé —la honestidad sintió como un regalo que les hacía a ambas—. Nunca he... —interrumpió, incapaz de terminar la frase. Nunca había querido a una mujer. Nunca había cuestionado quién era o quién deseaba. Nunca había sentido nada cercano a esta necesidad desesperada y consumidora.

La mano de Lou se alzó lentamente, dando a Camille tiempo para apartarse si quería. Pero no quería. Permaneció inmóvil mientras la palma de Lou le acariciaba la mejilla, mientras el pulgar de Lou trazaba la curva de su labio inferior, mientras cada nervio de su cuerpo gritaba por más.

—No tenemos por qué hacerlo —los ojos de Lou escudriñaron los suyos, el pulgar aún trazando el labio inferior de Camille—. Dime que esto está bien. Dime que quieres esto. Porque si no estás segura...

—Estoy segura —la voz de Camille salió más firme de lo esperado —. Quiero esto. Te deseo a ti.

Lou sostuvo su mirada un instante más. —Podemos parar en cualquier momento. Solo dilo.

—Por favor —la palabra emergió quebrada y deseosa—. No pares. —Camille alcanzó la muñeca de Lou, guiando su mano desde su mejilla hasta su cadera. La sensación de los dedos de Lou sobre su piel desnuda fue abrumadora—calor, presión y deseo convergiendo en un punto de contacto que la dejó temblando—. Por favor, Lou.

Lou la besó.

No fue suave. No fue tímido ni interrogativo. Fue tensión reprimida encontrando finalmente liberación, años de muros derrumbándose bajo el peso de un deseo demasiado fuerte para negar. La boca de Lou reclamó la suya con un hambre que igualaba el fuego ardiendo en las venas de Camille, lengua deslizándose más allá de sus labios en un beso que fue pura devastación.

Camille gimió en la boca de Lou, sus manos encontrando los hombros de Lou, atrayéndola más cerca. Sus cuerpos se presionaron —piel mojada contra piel mojada, curvas alineándose de formas que

parecían naturales e inevitables. Las manos de Lou deslizaron por los costados de Camille, agarrando sus caderas con una fuerza posesiva que le hizo flaquear las rodillas.

—Dios. —Lou rompió el beso, apoyando su frente contra la de Camille. Sus ojos eran casi negros de deseo—. Dime que pare. Dime si esto no es...

—No pares —la voz de Camille era ronca, irreconocible—. Ni se te ocurra parar.

Lou la giró, presionándola contra la fría baldosa de la pared de la ducha. El choque de frío contra su piel caliente hizo que Camille jadeara, pero la sensación fue inmediatamente superada por la boca de Lou en su cuello, por las manos de Lou trazando caminos de fuego sobre su cuerpo.

Esto no se parecía a nada que Camille hubiera experimentado antes. Cada toque se sentía eléctrico, intensificado, como si su piel hubiera sido reconectada específicamente para registrar las huellas de Lou. Cuando la palma de Lou le cubrió el pecho, Camille gritó—el sonido ahogado por el chorro de agua a su alrededor. Cuando el pulgar de Lou rodeó su pezón, se arqueó hacia el contacto con una desesperación que debería haber sido vergonzosa pero que en cambio sintió como lo más honesto que jamás había hecho.

Lou fue bajando por su cuello con los besos, por la clavícula, hasta la curva del pecho. Cada presión de sus labios dejaba una marca de calor que persistía incluso cuando avanzaba. Sus manos cartografiaron el cuerpo de Camille con la atención de una exploradora, aprendiendo la curva de su cintura, el ensanchamiento de sus caderas, los lugares que la hacían jadear y estremecerse.

—Eres tan hermosa —la voz de Lou era áspera contra su piel—. He deseado esto... deseado esto desde el momento en que te vi.

La confesión hizo florecer algo en el pecho de Camille. La habían deseado antes. Había sido perseguida y posicionada como un premio digno de ganarse. Pero esto se sentía diferente. Lou no estaba interpretando atracción. Lou se estaba ahogando en ella.

—Muéstrame —Camille levantó el rostro de Lou hacia el suyo, besándola con fuerza suficiente para magullar—. Muéstrame lo que deseas.

La mano de Lou deslizó por el vientre de Camille, deteniéndose justo sobre la unión de sus muslos. Sus ojos encontraron los de Camille—una última pregunta, una última oportunidad para retroceder.

Camille respondió separando las piernas.

Los dedos de Lou se deslizaron a través del calor húmedo, y el mundo de Camille se redujo a un único punto de sensación. Estaba tan mojada—lo había estado desde que Lou entró en la ducha, quizá desde antes—y el deslizamiento del tacto de Lou fue sin fricción y devastador. Un sonido estrangulado escapó de su garganta cuando los dedos de Lou se deslizaron desde su coño hasta su clítoris, rodeándolo con una presión exacta.

—Mírame —la voz de Lou era imperativa, segura. Los ojos de Camille se abrieron de golpe, encontrando verdes que ardían con deseo reflejado—. Quiero verte desmoronarte para mí.

No apartó la mirada. No podía apartarla. La mirada verde de Lou la sostenía tan seguramente como su tacto, y Camille se sintió expuesta de formas que iban más allá de la desnudez física del momento. Lou lo veía todo—el hambre que nunca había reconocido, el deseo que nunca había entendido, la verdad de quién era bajo todas las capas de actuación.

Camille jadeó al sentir los dedos de Lou deslizarse más abajo a través de su humedad y penetrarla.

La espalda de Camille se arqueó, separándose de la baldosa, y un gemido arrancado de su garganta resonó en las paredes de la ducha. La sensación fue abrumadora: la extensión y plenitud de los dedos de Lou enganchados dentro de ella, el talón de su palma presionando contra el clítoris, el agua caliente estrellándose sobre sus cuerpos y el ritmo implacable que crecía con cada embestida.

—Así es —la voz de Lou era grava y terciopelo, elogio y ánimo—. Dios, qué increíble te sientes. Estás tan jodidamente mojada para mí...

Las palabras empujaron a Camille más alto, la sensación arremolinándose hacia algo que sentía aproximarse como un frente tormentoso. La mano libre de Lou le agarró la cadera, inmovilizándola contra la pared mientras la otra mano trabajaba con

precisión devastadora. Los dedos de Lou la follaban más rápido. Más fuerte. Follándola de una manera que nunca había sentido mientras mantenía su mirada insistentemente. Cada embestida iba acompañada de presión contra su clítoris que hacía estallar estrellas tras sus ojos.

—Lou... —la voz de Camille se quebró al nombrarla—. Voy a...

—Lo sé —la boca de Lou encontró la suya y se tragó el grito cuando Camille se hizo añicos.

El orgasmo la atravesó en olas—placer tan intenso que rayaba en el dolor, sensación tan aguda que no podía distinguir dónde terminaba su cuerpo y empezaba el de Lou. Se aferró a los hombros de Lou mientras la inundaba, temblando y jadeando y completamente deshecha.

—Buena chica... buena chica... ven para mí...

Cuando finalmente la liberó, se desplomó contra la baldosa, con las piernas apenas sosteniéndola y el agua aún cayendo a chorros. Lou retiró los dedos suavemente y extrajo un último estremecimiento del cuerpo hipersensibilizado de Camille.

—¿Estás bien? —la voz de Lou era ahora suave, preocupación entrelazándose con la aspereza de la excitación.

—Yo... —Camille no encontraba palabras. No podía procesar lo que acababa de ocurrir, lo que significaba, cómo había reescrito completamente su comprensión de sí misma—. Eso fue...

Besó a Lou en lugar de terminar la frase. Un beso suave, tierno de formas en que los anteriores no lo habían sido. Lou respondió de igual modo, sosteniendo a Camille contra su propio cuerpo chorreante con una intimidad que se sintió más significativa que el acto físico que acababan de compartir.

El agua se enfriaba alrededor de ellas, el vapor empezando a disiparse. La realidad esperaba fuera de este momento suspendido—preguntas, complicaciones y un mundo que no entendería lo que ocurría entre ellas.

Pero por ahora, en los brazos de Lou, con el eco del placer aún resonando en su cuerpo, Camille se permitió simplemente sentir.

Algo fundamental había cambiado. No podía volver a ser quien era una hora antes. No quería.

—Ven a casa conmigo —las palabras escaparon antes de poder detenerlas. Lou se apartó, sorpresa evidente en su expresión—. Quiero decir... si quieres. No pido... simplemente no quiero que esto termine aún.

Lou estudió su rostro durante un largo momento. Lo que encontró allí pareció satisfacerla.

—Sí —la sonrisa de Lou era suave, sin defensas—. Vale.

# 8

Lou esperó a que Camille cruzara el umbral de su apartamento antes de seguirla. No dijo nada, simplemente se apoyó contra la pared y observó cómo Camille soltaba su bolsa de deporte y se descalzaba las zapatillas con torpeza. Por un momento, lo único que Camille podía oír era la sangre bombeando en sus oídos, un latido que eclipsaba cualquier otro ruido.

Cuando levantó la vista, la mirada de Lou seguía fija en ella, manteniendo esa mezcla imposible entre perezosa y eléctrica.

—¿Estás segura? —preguntó Lou, pero su tono sugería que ya conocía la respuesta.

Camille asintió, sin confiar en su propia voz.

Dejó el móvil boca abajo sobre la mesa, junto a una pila de correo sin abrir. El apartamento era un único espacio abierto, con la cocina fundiéndose en el salón y, al fondo, unos ventanales altos que daban a su estrecho balcón privado. Camille tragó saliva y se giró para mirar a Lou, que aún no se había movido de la pared. Era como si Lou comprendiera algo sobre la presión, sobre cómo la anticipación del movimiento era una forma de juego preliminar.

Se quedaron así, en medio del apartamento, suspendidas en el instante que separa el rayo del trueno. El corazón de Camille bramaba en su pecho. Tenía miedo de hablar, de moverse, miedo de

hacer cualquier cosa que no fuera dejar que su capitana del equipo tomara el control de su vida, de su cuerpo, de todo su ser.

Finalmente, Lou dijo: —Puedo irme, si quieres.

Pero Camille no quería eso, ni lo más mínimo. En su lugar, dio un paso adelante y, con las manos temblorosas, rozó el brazo de Lou. El contacto de piel con piel fue eléctrico, y sintió que su cuerpo reaccionaba de una manera que no dejaba lugar al pensamiento.

—Quiero que te quedes —susurró Camille—. Quiero... —hizo una pausa, pero Camille nunca había tenido miedo de pedir lo que quería y no iba a empezar ahora—. ... quiero que me folles otra vez.

La sonrisa de Lou fue suave, peligrosa, y mientras dejaba que el silencio se prolongara, la ansiedad de Camille se fundió en algo hambriento e imparable.

Esta vez, cuando Lou fue a por ella, Camille no se quedó paralizada ni se estremeció. Se dejó caer hacia delante, desesperada por saborearla de nuevo.

Era como si Lou hubiera estado esperando toda su vida este momento exacto de contacto. El beso fue inmediato, aniquilador; esta vez no hubo timidez ni un tanteo suave de los límites, solo la boca de Lou y la de Camille colisionando. Las manos de Lou recorrieron las costillas de Camille, buscaron el dobladillo de su camiseta y tiraron de ella hacia arriba. El algodón y la piel se separaron con un sonido similar al de la seda rasgándose, y Camille jadeó contra la boca de Lou. No hubo nada lento, nada tentativo; el deseo era antiguo y urgente, como un calor que siempre hubiera existido bajo la piel de Camille.

Sus manos forcejearon en las caderas de Lou, buscando apoyo, pero Lou ya iba un paso por delante, empujando a Camille hacia atrás hasta que su columna encontró la pared. El yeso se le clavó en los hombros. La boca de Lou descendió por la mandíbula de Camille, recorrió la línea fina y sensible bajo su oreja y bajó más, por su garganta. Lou tenía ahora ambas manos bajo la camiseta de Camille, y usaba su cuerpo para inmovilizarla, toda músculo y autoridad.

Lou se separó lo justo para quitarle a Camille la camiseta por la cabeza —sujetador deportivo incluido— y dejarla de repente con el pecho al descubierto y los pezones endureciéndose por el frío del

apartamento. Había una mirada en los ojos de Lou que hizo que a Camille se le encogiera el estómago y se le tensaran los muslos: reverente, depredadora, absolutamente desvergonzada.

Lou buscó la cintura del pantalón de chándal de Camille y lo bajó, enganchando los pulgares bajo la goma de su ropa interior para quitarle ambas prendas a la vez. La tela se pegó a la piel de Camille y se enrolló, enganchándose en sus rodillas. Camille perdió el equilibrio, tambaleándose, más expuesta de lo que jamás había estado fuera de un vestuario, y Lou se puso de cuclillas para desenredar el pantalón, rozando con los nudillos la parte posterior de las pantorrillas de Camille. Ella se estremeció, y Lou le sonrió desde abajo, para luego hundir la cara en el hueco donde el muslo se une a la cadera.

Y Camille seguía empapada. Lo sabía. Sus bragas habían estado incómodamente mojadas.

A Camille casi le fallaron las rodillas. Lo único que la mantenía erguida era el agarre de Lou en su cintura, anclándola contra la pared. Lou se demoró un momento, con el rostro hundido, inhalando el aroma de su sexo, y cuando levantó la vista sus ojos estaban negros de hambre.

Lou se puso en pie, retrocediendo lo justo para quitarse su propia sudadera, luego su camiseta, y despojarse de los vaqueros con la eficacia de alguien que hubiera ensayado esto mil veces en su cabeza. No llevaba nada bajo los vaqueros, y cuando la tela cayó, quedó cruda y desnuda. No se molestó en ocultar nada. Camille estaba hipnotizada: por los músculos pálidos y fibrosos de los muslos de Lou, por la larga cicatriz de su cadera, por los hematomas que había notado y que deseaba tocar.

Se estamparon la una contra la otra de nuevo, con las bocas buscándose y las manos arañando para encontrar dónde sujetarse. Sus cuerpos encajaban a la perfección, piel contra piel; la diferencia de altura obligaba a Camille a ponerse de puntillas para alcanzar la boca de Lou. Camille se sentía más excitada de lo que jamás había estado. Enredó sus piernas alrededor de las caderas de Lou, y Lou la sostuvo sin esfuerzo, frotando sus pelvis mientras se besaban. El ritmo era frenético, nada parecido al sexo educado y comedido al

que Camille se había acostumbrado con sus novios. Esto era necesidad, despojada de fingimientos.

Lou hizo girar a Camille para que ahora fuera su espalda la que estuviera contra la pared y luego, todavía en vilo, la llevó con torpeza hacia los ventanales al otro extremo del apartamento. Camille soltó una media carcajada, medio gemido, con el sonido amortiguado por la palma de Lou sobre su boca.

—Shh —susurró Lou, directamente en su oído—. ¿Quieres que te oiga todo el edificio?

Camille mordió el interior de la mano de Lou y saboreó el sudor y el gel de ducha. —Me da igual —logró decir con voz ronca.

Lou la soltó, sonriendo como si hubiera ganado algún concurso secreto. Abrió las puertas correderas de cristal y el aire de la tarde las inundó: fresco, punzante, un bofetón de frío contra el cuerpo sobrecalentado de Camille. El balcón tenía paredes altas, rodeado de cristal de privacidad, nada más que el cielo y las luces de la ciudad más allá.

Lou no esperó. Hizo retroceder a Camille de nuevo, hasta que sintió el frío del cristal contra su culo y el aire mordiendo su pecho desnudo. Lou se apretó contra ella, con las manos apoyadas a ambos lados de las caderas de Camille, fijándola en su sitio. La ciudad resplandecía bajo ellas —naranja, oro, violeta— y los ojos de Lou parecían reflejar todos los colores a la vez.

—Joder, eres preciosa —jadeó Lou, con voz suave y áspera al mismo tiempo. Mordisqueó la clavícula de Camille y luego succionó, dejando una marca que Camille sabía que amanecería de color púrpura.

El cuerpo de Camille estaba en llamas, cada centímetro de él, y sin embargo quería más. Quería la boca de Lou por todas partes, las manos de Lou, todo de Lou. Rodeó los hombros de Lou con sus brazos, estrechándola contra sí, sintiendo la dura presión del muslo derecho de Lou entre sus piernas, contra su clítoris, y se sintió casi desesperada de deseo.

Lou levantó la vista, con los ojos salvajes. —Dime si quieres parar —dijo, pero sus dedos ya se deslizaban entre los muslos de Camille, encontrando su humedad.

Camille apenas podía hablar, apenas podía pensar, pero alcanzó a decir: —No pares. Por favor. No lo hagas.

Lou obedeció; su boca bajó lentamente por los pechos de Camille, hambrienta e implacable, succionando profundamente su pezón mientras sus dedos se deslizaban de forma casi casual por su coño empapado. Por un momento, Camille pensó que simplemente podría consumirse: disolverse en la noche, sin que quedara nada más que terminaciones nerviosas y el recuerdo de este anhelo imposible, finalmente satisfecho.

Por un instante, el mundo se contrajo al espacio entre los dedos de Lou y la necesidad húmeda y dolorosa de Camille. El toque de Lou no se parecía a nada que Camille hubiera sentido jamás: deliberado, seguro, como si Lou estuviera tocando un instrumento que ya dominaba pero que quisiera redescubrir nota tras temblorosa nota. La espalda de Camille se apretó con más fuerza contra el cristal frío de la pared del balcón, y se le pusieron los nudillos blancos al agarrar la barandilla detrás de ella.

El aliento de Lou rozó su pezón una vez más y luego bajó, trazando un camino con la lengua que dejaba la piel de gallina a su paso. Hubo una desesperación repentina y codiciosa en la forma en que Lou se arrodilló, bajando al suelo frío y rugoso del balcón sin pensárselo dos veces. Miró hacia arriba a Camille, con sus ojos verdes oscurecidos por el deseo.

—Tengo que probarte —dijo Lou con voz quebrada y hermosa, y Camille sintió que su flujo volvía a brotar en cuanto la boca de su capitana encontró su coño.

A Camille casi se le doblaron las rodillas mientras se reclinaba más contra la barandilla y abría las piernas para Lou. La lengua de Lou era insaciable: resbaladiza y suave al principio, para volverse más áspera a medida que la lamía, succionando su clítoris en su boca y manteniéndolo cautivo. No hubo un aumento gradual, ni juegos. Lou estaba en todas partes a la vez, con las manos rodeando las caderas de Camille para mantenerla quieta mientras su lengua trabajaba en círculos demoledores y expertos, y en largas líneas hambrientas.

Camille nunca se había sentido tan deshecha. Jadeó, llevando una mano al pelo de Lou y enredándola allí, acercándola más. La otra mano la sostenía contra la barandilla del balcón, anclándola al mundo. Podía oírse a sí misma jadear, podía oír los sonidos húmedos y obscenos de la boca de Lou en su coño, podía oír el tráfico cuatro pisos más abajo y las risas lejanas de alguna fiesta en una azotea. No le importaba. Habría dejado que toda la ciudad la viera si eso significaba que Lou seguiría haciendo esto, sin parar nunca, sin aflojar jamás.

Las manos de Lou bajaron más, bajo el culo de Camille, inclinando sus caderas hacia arriba y hacia adelante. Camille se sintió abrirse ante la presión, sintió la lengua de Lou presionar con más fuerza, explorando cada pliegue y comisura. Cuando Lou deslizó dos dedos dentro de ella —rápido, inesperado, con los nudillos arremetiendo contra las paredes resbaladizas y desesperadas de Camille—, ella casi gritó; la sensación era tan intensa, tan total, que quería más. Se mordió el labio con fuerza y empezó a cabalgar la mano de Lou sin pudor, presionando contra sus dedos mientras la boca de Lou en su clítoris hinchado se negaba a ceder ni un segundo.

Camille sintió las yemas de los dedos de Lou apretadas contra su punto G y sintió que su cuerpo expulsaba un fluido caliente y pegajoso como respuesta.

—Oh… joder… —jadeó—. Las piernas de Camille cedieron de verdad esta vez, pero Lou estaba preparada, manteniéndola erguida con un agarre firme y fuerte de su mano izquierda en su cadera mientras la derecha continuaba follándola.

El orgasmo llegó de forma repentina, brutal y abrumadora. Se contrajo alrededor de los dedos de Lou, con el cuerpo bloqueado mientras la primera ola la atravesaba, y sintió los dedos de Lou todavía profundos dentro de ella. Camille era vagamente consciente de que estaba gimiendo —fuerte, sin restricciones, rogando y maldiciendo y suplicando más incluso mientras su cuerpo perdía todo el control.

—¿Quieres más? —La voz de Lou penetró en su burbuja a duras penas. Camille se sintió asintiendo sin palabras y los dedos de Lou

respondieron empezando a empujar de nuevo.

—Joder... oh... mmm... —Camille oyó vagamente palabras brotando de sus labios, pero sobre todo lo único que podía hacer era sentir la intensidad de los dedos de Lou. Se sintió chorreando de nuevo... algo que no recordaba que le hubiera pasado antes, pero la humedad caliente inundó la parte interna de sus muslos y, mientras los dedos de Lou continuaban, volvió a suceder, y otra vez, y otra vez.

Camille perdió todo el control de su cuerpo con orgasmo tras orgasmo.

Cuando Camille finalmente aterrizó, el mundo se había vuelto blanco por los bordes. Su visión vibraba. Se desplomó contra la barandilla, como una muñeca de trapo, con cada músculo temblando. Lou no se movió de inmediato. Acurrucó su rostro en el espacio entre el muslo y la pelvis de Camille, respirando su aroma, y luego deslizó la lengua hacia arriba en una última pasada lenta, como si estuviera saboreando la última gota de algo prohibido.

Lou la miró con la cara mojada y los labios hinchados y brillantes. Sonrió, satisfecha y suave, y apoyó la barbilla en el muslo de Camille.

—Madre mía —jadeó Camille, y Lou se limitó a sonreír perezosamente, sin decir palabra.

Durante un minuto se quedaron así: Camille temblando, Lou arrodillada y disfrutando de las secuelas. La ciudad más allá de su balcón era un mar de cien mil luces, pero allí arriba, Camille estaba segura de que nunca se sentiría más visible, más observada.

Lou finalmente se levantó, despacio, con las manos deslizándose por las piernas temblorosas de Camille a medida que ascendía. Se lamió los labios, con los ojos clavados en los de Camille, y le acunó la cara con ambas manos.

—¿Es eso lo que querías? —susurró Lou—.

Camille sacudió la cabeza, aturdida y desesperada por más. —Más de lo que he querido nada en mi vida.

Lou la besó, esta vez suavemente, compartiendo el sabor de sí misma entre sus bocas. Camille gimió ante el beso, con su cuerpo ya vibrando con la promesa de lo que vendría después.

—Quiero que te corras en mi boca —dijo Lou, sin apartar los ojos de los de Camille.

Camille sintió que sus ojos se agrandaban, pero solo pudo asentir mientras Lou la bajaba al suelo del balcón.

Lou se tumbó de espaldas en el suelo tirando de las caderas de Camille hasta que esta quedó a horcajadas sobre su cara.

—Fóllame la cara —susurró Lou—. Descarga tu placer sobre mi boca.

Camille sintió que su ritmo cardíaco se disparaba mientras su cuerpo obedecía la orden de Lou. Miró a los ojos de Lou mientras se bajaba con cuidado hasta que su coño encontró la boca de Lou y gimió de felicidad. La sensación era increíble en todos los sentidos. Lou empezó a devorar su coño con la boca. Sentía la lengua y la boca de Lou por todas partes, a través de sus pliegues empapados, succionando su clítoris, encontrando el anillo estrecho de músculo que era su ano y lamiendo allí de forma provocadora.

*Dios mío.*

Camille se sintió relajarse, cerrando los ojos y empezando a cabalgar la cara de Lou, mientras su orgasmo crecía en lo más profundo de su ser.

Cuando finalmente llegó una vez más, fue una explosión de líquido caliente en la boca de Lou; el gemido de Camille sonó fuerte hacia el cielo.

Oyó a Lou tragar ruidosamente y luego lamer; al principio con ganas, y luego, a medida que el cuerpo de Camille empezaba a relajarse, el lamedo fue más lento, bajando a Camille suavemente, y ella deseó que no parara nunca.

# 9

El hielo parecía diferente el día del partido.

Lou había jugado cientos de partidos en este estadio, conocía cada rasguño en las vallas y cada punto muerto en la superficie del hielo. Pero algo en la energía se transformaba cuando las gradas albergaban a espectadores reales en lugar de asientos vacíos, cuando las luces brillaban con más fuerza y el aire vibraba con la anticipación. Lo familiar se volvía cargado, significativo de una manera que el entrenamiento nunca llegaba a lograr.

Estiró contra las vallas durante el calentamiento, siguiendo la rutina previa al partido que la había acompañado durante quince años de hockey de competición. Balanceos de piernas, círculos de cadera, el cuidadoso estiramiento de los músculos que serían llevados al límite en las próximas dos horas. El olor a hielo recién alisado llenó sus pulmones: limpio y frío, con el fondo del aroma a caucho de los discos nuevos y el leve matiz químico de la pulidora de hielo. Sobre ella, las luces del estadio zumbaban en su nota constante, dotándolo todo de esa claridad brillante particular que significaba que la competición estaba cerca. A su alrededor, las Valkyries seguían sus propios rituales: Frankie encintando y reencintando su stick, Elise murmurando lo que podrían ser oraciones o afirmaciones, las jugadoras más jóvenes saltando con

una energía nerviosa que la experiencia acabaría enseñándoles a canalizar.

Camille pasó patinando, con su coleta rubia ondeando tras ella, y el enfoque cuidadosamente construido de Lou se hizo añicos.

La noche anterior se reprodujo en fragmentos vívidos: el vapor de la ducha, la suavidad de la piel de Camille, los sonidos que había emitido cuando Lou la tocó. Habían vuelto al apartamento temporal de Camille en uno de los mejores barrios de Phoenix Ridge... el sexo en el balcón.

*Oh, el sexo en el balcón.*

Incluso si no volviera a suceder, habría sido el sexo más increíble de la vida de Lou. Sentir a Camille deshacerse por completo para ella era algo que nunca olvidaría.

Después, habían hablado hasta que el agotamiento finalmente las venció a ambas. Hablaron de hockey y de ambición y de las formas en que habían aprendido a ocultarse. Hablaron de todo menos de lo que había pasado en aquella ducha, en aquel balcón, el terremoto que había alterado algo fundamental entre ellas.

Lou se había marchado antes del amanecer, saliendo a hurtadillas mientras Camille aún dormía. Se había quedado en el umbral de la puerta un largo rato, observando cómo la primera luz del día iluminaba el dorado del cabello de Camille contra la almohada, sintiendo un nudo en el pecho demasiado complicado de nombrar. Luego se marchó, porque marcharse era lo que ella hacía. Porque quedarse significaba admitir que quería quedarse. Porque desear algo con tanta fuerza siempre le había parecido peligroso.

Cobardía, tal vez. O instinto de supervivencia. Ya no sabía distinguir la diferencia.

Ahora Camille la miró desde el otro lado de la pista, y Lou vio la pregunta allí: el dolor que la temprana partida de Lou había causado, la incertidumbre sobre lo que vendría después. Apartó la mirada antes de poder responder, concentrándose en el disco que pasaba de un lado a otro con Frankie.

—¿Estás bien? —La voz de Frankie era casual, pero sus ojos estaban alerta.

—Bien.

—Ajá. —Frankie recibió el pase y lo mantuvo un segundo de más —. Parece que no has dormido.

—Nervios antes del partido.

—¿Desde cuándo te pones nerviosa antes de un partido? —Frankie devolvió el disco con más fuerza de la necesaria—. Lou, sea lo que sea lo que está pasando…

—Ahora no —la voz de Lou sonó más dura de lo que pretendía—. Después del partido te lo prometo.

La expresión de Frankie decía que se guardaba esa promesa para cobrársela más tarde. Pero lo dejó pasar, porque eso es lo que te enseñan siete años de amistad: cuándo presionar y cuándo esperar. Lou estuvo allí cuando el matrimonio de Frankie se desmoronó, cuando se presentó a entrenar con los ojos enrojecidos y fingió estar bien. Habían aprendido los ritmos de la otra, las señales de la otra, los silencios de la otra. Frankie esperaría.

Regresó al ritmo fácil de su rutina de calentamiento mientras Lou intentaba meter en vereda sus pensamientos dispersos para lograr algo parecido a la concentración.

Este partido importaba. Las Valkyries necesitaban victorias para clasificarse para el PWHL, y cada derrota alejaba ese objetivo un poco más. Lou no podía permitirse estar distraída; ni por la presencia de Camille sobre el hielo, ni por el recuerdo de su cuerpo, ni por la aterradora posibilidad de lo que podrían estar empezando.

Tenía que compartimentar. Había pasado toda su carrera aprendiendo a separar su vida personal de su rendimiento, a encerrar bajo llave todo lo que no sirviera para el juego. Lo de anoche podía vivir en una caja etiquetada como «para luego». Ahora mismo, solo existía el hielo.

Sonó el silbato. El calentamiento terminó. Lou patinó hacia el banquillo, situándose junto a Elise mientras la alineación titular saltaba al hielo.

Y entonces comenzó el partido, y todo lo demás desapareció.

El hockey siempre había sido la vía de escape de Lou. Cuando sus pensamientos daban vueltas y sus emociones amenazaban con abrumarla, el hielo le ofrecía claridad: objetivos sencillos, reglas claras, la poesía física del movimiento y la competición. Se entregó a

ello ahora con una desesperación que rozaba la imprudencia; su cuerpo respondía a instintos perfeccionados durante décadas de juego.

La defensa era su dominio, la posición en la que había construido su carrera y su identidad. Leía las jugadas antes de que se desarrollaran, viendo patrones en los movimientos de los oponentes como los músicos ven las notas en una partitura. Se posicionaba para interceptar pases y desbaratar ataques con la agresión paciente que definía su estilo. Cuando la delantera contraria intentó dividir la defensa, Lou estaba allí: una carga con la cadera que la lanzó contra las vallas con una fuerza controlada; el disco recuperado y enviado hacia la zona neutral.

Y cuando las Valkyries contraatacaban, Lou era la base.

Camille era eléctrica. Lou la observaba serpentear entre los defensores con la gracia fluida que la había hecho famosa, con un manejo del stick preciso y un patinaje explosivo. Cada vez que Lou ganaba el control del disco, una parte de ella ya estaba calculando el pase que encontraría a Camille en carrera; los ángulos y el tiempo encajaban como las piezas de un rompecabezas que había estado esperando resolver durante toda su carrera.

Marcaron dos veces en el primer periodo. Ambos goles provinieron de jugadas que Lou había iniciado, contraataques defensivos que se convirtieron en oportunidades ofensivas en el momento en que Camille recibía el disco. La química entre ellas se trasladaba perfectamente a la competición: anticipación y respuesta, preparación y ejecución, una conversación llevada a cabo a través del hielo y el caucho que parecía casi natural.

Era todo lo que Lou siempre había querido del hockey. El tipo de compenetración con la que había soñado durante años de jugar con compañeras que eran buenas, pero que nunca acababan de sintonizar con su visión. Con Camille, no tenía que pensar; simplemente se movía, confiaba y observaba cómo ocurría la magia sobre el hielo.

La conexión era peligrosa de formas que no tenían nada que ver con el juego.

Para el segundo periodo, el marcador estaba empatado 2-2. El equipo contrario se había adaptado a la estrategia de Phoenix Ridge, cerrando su defensa para limitar el espacio de Camille mientras presionaban a Lou cada vez que tocaba el disco. El partido se volvió físico, agotador, el tipo de hockey que ponía a prueba tanto la resistencia como la habilidad.

Lou lo aceptó. Los golpes ayudaban; cada colisión expulsaba temporalmente los pensamientos sobre Camille de su mente, reemplazando las complicadas emociones por un dolor simple y neto. Bloqueaba disparos con su cuerpo, se lanzaba a batallas por el disco junto a las vallas, jugaba con una intensidad que provocaba gestos de aprobación de Mara y miradas de preocupación de Frankie.

El tercer periodo llegó con el marcador aún empatado. Dos minutos para el final. Cada posesión parecía crucial, cada error potencialmente fatal para sus esperanzas de playoffs.

Lou ganó un saque neutral en la zona defensiva y barrió el disco hacia Elise con un rápido giro de su stick. Elise lo lanzó pegado a las vallas, donde Frankie lo recuperó e inició la transición. La jugada se desarrolló a la cámara lenta propia del hockey de alto riesgo: Lou leyendo el hielo, viendo carriles abrirse y cerrarse, con las piernas ardiéndole mientras se lanzaba al ataque.

Camille estaba por delante de ella, zumbando hacia la portería con una defensora pegada a su hombro. Lou recibió el pase de Frankie, amagó un tiro que sacó a la otra defensora de su posición y envió un pase perfecto a través del hueco.

El disco llegó al stick de Camille.

El tiempo se comprimió en un solo instante: la hoja del stick de Camille armándose, su peso desplazándose para el disparo, la portera dejándose caer en posición de mariposa apenas medio segundo tarde. El disco se clavó en la escuadra superior de la red con un sonido que cortó el ruido del estadio como una cuchilla.

Gol.

El estadio estalló. El modesto público de las Valkyries, quizá mil quinientas personas —una fracción de lo que atraían las ligas mayores—, hizo un ruido que pareció sacudir los cimientos del

edificio. El cuerpo de Lou reaccionó antes de que su mente se diera cuenta; alzó los brazos en señal de celebración mientras el banquillo estallaba a su alrededor. El sonido la envolvió como una ola y, por un momento perfecto, todos los sentimientos complicados sobre Camille y la visibilidad y el miedo se disolvieron en una alegría pura y sencilla. Camille estaba allí, patinando hacia ella con una sonrisa que brillaba más que los focos del estadio, chocando contra ella con una fuerza que le sacó el aire de los pulmones. Se abrazaron sobre el hielo, protecciones contra protecciones, y por un instante perfecto Lou olvidó todo excepto la alegría de la victoria y la mujer en sus brazos.

—Lo hemos conseguido —susurró Camille contra su oído, apenas audible por encima del ruido de la multitud.

«Hemos». Una palabra tan pequeña para cargar con tanto peso.

Los dos últimos minutos pasaron en un torbellino de desesperación defensiva, pero las Valkyries aguantaron. Cuando sonó la bocina, Lou se encontró de pronto en el centro de la celebración del equipo: Frankie dándole palmadas en la espalda, Elise sonriendo de oreja a oreja como Lou nunca la había visto, Rowan dirigiendo un cántico que resonaba en las paredes del estadio.

Habían ganado. Un paso más cerca del PWHL. Un partido más cerca del sueño que había sostenido a Lou durante nueve años de duro trabajo semiprofesional.

Y en el borde de la celebración, observando a Lou con una expresión de deseo manifiesto, estaba Camille.

Lou apartó la mirada.

~

El bar estaba demasiado ruidoso y demasiado lleno, pero Lou había ido de todos modos porque eso es lo que hacían las capitanas. El olor a cerveza y comida frita flotaba denso en el aire, mezclándose con la energía particular de un equipo celebrando una victoria. La música retumbaba en los altavoces de las esquinas, los bajos

vibraban a través del gastado suelo de madera. Lou estaba sentada en un reservado con Frankie y Elise, tomando una cerveza que no le apetecía realmente, viendo a sus compañeras celebrar una victoria que aún parecía irreal.

Le dolía el cuerpo con esa satisfacción de la competición llevada al límite. Mañana sentiría cada golpe, cada disparo bloqueado, cada sprint desesperado por el hielo. Pero esta noche, la adrenalina aún cantaba en su sangre, manteniendo el dolor a raya mientras su mente daba vueltas implacables en torno a la única persona a la que intentaba no mirar.

Camille estaba al otro lado de la sala con algunas de las jugadoras más jóvenes, riéndose de algo que había dicho Rowan. Estaba preciosa; sin su equipación, vestida con ropa informal que de algún modo lograba parecer cara, con su cabello rubio suelto sobre los hombros. Cada pocos minutos, su mirada derivaba hacia la mesa de Lou, buscando.

Lou mantuvo los ojos en su cerveza.

—Vale. —Frankie se deslizó en el reservado junto a ella, bloqueándole la vista de la sala—. Me prometiste una explicación.

—¿Lo hice?

—No empieces. —La voz de Frankie era suave pero insistente—. Te conozco desde hace siete años, Lou. Nunca te había visto jugar así; con toda esa intensidad, toda esa temeridad. Y definitivamente nunca te he visto mirar a nadie como la miras a ella.

Lou tensó la mandíbula. —No sé de qué estás hablando.

—De la nueva superestrella. La chica de oro. —La mirada de Frankie era demasiado perspicaz—. Pasó algo entre vosotras dos.

La negación surgió automáticamente, pero Lou no pudo obligarse a pronunciarla. Frankie merecía algo mejor que mentiras. Habían pasado por demasiado juntas: años de vacas flacas, temporadas de derrotas y la intimidad particular de unas compañeras que se habían convertido en familia.

—Sí —admitió Lou en voz baja—. Pasó algo.

Frankie guardó silencio un largo rato. Cuando habló, su voz era cuidadosamente neutral. —¿Es serio?

—No lo sé. —Lou finalmente se encontró con los ojos de su amiga—. No sé qué es. No sé qué quiero que sea. Solo sé que estar cerca de ella hace que me cueste pensar con claridad, y no estar cerca de ella es peor.

—Eso suena bastante serio.

—Suena aterrador. —Lou pasó el pulgar por la condensación de su vaso de cerveza, viendo las gotas trazar caminos por la superficie fría—. He pasado toda mi vida siendo invisible, Frankie. Agachando la cabeza, haciendo mi trabajo, sin causar problemas. Así es como sobreviví... en el hockey, en todo. Y ella es lo contrario a invisible. Ella es cámaras y titulares y escrutinio. Si llegamos a ser algo, si nos hacemos públicas...

—Todo el mundo estaría mirando.

—Exacto. —La voz de Lou se quebró al decir la palabra—. Y no sé si puedo hacer eso. No sé si soy lo suficientemente fuerte como para que me vean así.

Frankie se quedó callada un momento, estudiando el rostro de Lou. —Es mucho peso que cargar. Tiene un perfil muy alto. Mucha visibilidad. Todo lo que has pasado tu carrera evitando.

—Lo sé.

—Y se supone que es hetero.

—Lo era. —La voz de Lou se quebró ligeramente—. Creo... no lo sé. Es complicado.

—La vida suele serlo. —Frankie echó un vistazo hacia donde estaba sentada Camille, luego volvió a mirar a Lou—. No deja de mirar hacia aquí. Como si estuviera esperando algo.

Lou lo sabía. Había sentido la mirada de Camille sobre ella toda la noche, el peso de las expectativas y las preguntas que no estaba lista para responder.

—Necesito tiempo —dijo—. Para aclarar qué es esto. Qué quiero que sea.

—Me parece justo. —Frankie apuró el resto de su cerveza—. ¿Pero, Lou? No tardes demasiado. Esa de ahí —asintió hacia Camille — no parece del tipo paciente. Y ya tienes suficientes remordimientos para una vida entera. No añadas otro.

Se fue para unirse a otra mesa, dejando a Lou sola con su cerveza y sus pensamientos. Al otro lado de la sala, la sonrisa de Camille se había desvanecido. Estaba observando a Lou con una expresión que vacilaba entre la esperanza y el dolor.

Lou volvió a apartar la mirada.

No estaba lista. No estaba segura de si alguna vez estaría lista para el tipo de visibilidad que conllevaba querer a alguien como Camille. Los tabloides, las cámaras, el escrutinio que las seguiría a todas partes si esto se hacía real. Todo lo que había pasado su carrera evitando, envuelto en un paquete hermoso y complicado.

El ruido del bar aumentó a su alrededor: risas y música y el tintineo de vasos alzados en un brindis. En algún lugar al otro lado de la sala, Camille sonreía por algo que decía Rowan, pero sus ojos seguían derivando hacia la mesa de Lou. Buscando. Esperando. Sufriendo.

Lou se decía a sí misma que necesitaba distancia. Se decía que el espacio la ayudaría a pensar con claridad, que el tiempo revelaría el camino correcto a seguir. Pero incluso mientras mantenía su mirada fija en la cerveza y su expresión cuidadosamente inexpresiva, una parte de ella ya estaba calculando el coste de marcharse.

Sabía ya que la seguridad de la invisibilidad podría no valer el precio de perder a Camille.

Pero esta noche, no era lo suficientemente valiente para averiguarlo.

# 10

Camille escribió el mensaje tres veces antes de darle finalmente a enviar.

***¿Mañana un café? Hay un sitio que se llama Lavender's. Deberíamos hablar.***

Los tres puntos aparecieron casi de inmediato, indicando que Lou estaba escribiendo. El pulso de Camille se disparó de una forma que parecía desproporcionada para un simple intercambio de mensajes. Tenía veintiocho años, había lidiado con negociaciones de alto nivel, tormentas mediáticas y el caos calculado del deporte profesional. Un mensaje sobre un café no debería hacer que el corazón le fuera a mil como si volviera a tener diecisiete.

Pero aquello no iba realmente de tomarse un café. Iba de la noche en la ducha y en el balcón, de la mirada distante de Lou en el bar y de ese dolor en el pecho de Camille que no se había desvanecido en los tres días transcurridos desde entonces.

**LOU: CLARO. ¿A MEDIODÍA?**

CAMILLE: PERFECTO. NOS VEMOS ENTONCES.

Se quedó mirando la pantalla más tiempo del necesario, analizando la respuesta de Lou en busca de algún significado oculto. Tres palabras. Sin rastro de emoción. Ni una pista de lo que Lou pensaba, sentía o quería. Podía significar cualquier cosa: conformidad, reticencia, indiferencia.

O simplemente podía significar que Lou estaba tan confundida como ella, moviéndose por un territorio del que ninguna de las dos tenía mapa.

Lavender's era exactamente el tipo de cafetería que Camille había aprendido a evitar en Nueva York: acogedora, peculiar, el tipo de sitio donde los habituales se conocían por su nombre y los extraños llamaban la atención. Pero Phoenix Ridge no era Nueva York. Aquí a nadie le importaba lo suficiente como para fotografiarla pidiendo un café con leche. El anonimato todavía era algo novedoso, algo preciado.

Llegó temprano y se agenció una mesa en el rincón del fondo, donde la luz de la tarde se filtraba a través de unas cortinas decoradas con flores abstractas. El olor a café recién hecho y a repostería la envolvió como un consuelo, lo suficientemente familiar como para calmar un poco sus nervios. Pidió un latte de avena con

vainilla, lo que realmente le gustaba, y no el café solo que había aprendido a beber para las cámaras, y esperó.

La cafetería tenía un encanto que parecía casi un acto de rebeldía contra las franquicias que Camille solía frecuentar. Muebles desparejados, arte local en las paredes, un menú en una pizarra que cambiaba a diario según el capricho del camarero. La dueña —una mujer de mediana edad con el pelo gris y un mechón de color lavanda que probablemente daba nombre al local— saludaba a los clientes por su nombre y recordaba sus pedidos habituales. Era íntimo. Personal. El tipo de lugar donde los secretos podían estar a salvo.

O donde la persona equivocada podía fijarse en ellos.

Camille sacó el teléfono, fingiendo revisar correos electrónicos mientras, en realidad, vigilaba la puerta con una cautela que rozaba la paranoia. Cada vez que se abría, su pulso se aceleraba. Evaluaba y catalogaba a cada cliente que entraba: nivel de amenaza, potencial de reconocimiento, probabilidad de que llevaran una cámara oculta en algún lugar de su cuerpo.

En eso se había convertido su vida. En una vigilancia constante, incluso cuando las cámaras no estaban allí realmente.

Doce minutos. Lou llegaba doce minutos tarde.

Camille se dijo a sí misma que no importaba, que el tráfico o algún recado de última hora podían explicar el retraso. Pero una parte de ella se preguntaba si Lou se lo estaría repensando, si la conversación por mensaje había sido advertencia suficiente para que decidiera que aquello no valía la pena.

Entonces la puerta se abrió, entró Lou y Camille se olvidó de cómo respirar.

Lou vestía de forma sencilla: vaqueros oscuros, una camiseta tipo henley gris que marcaba la línea de sus hombros y una chaqueta de cuero que claramente tenía años de uso. Tenía el pelo aún húmedo, lo que indicaba una ducha reciente. Recorrió la cafetería con la alerta automática de alguien acostumbrado a analizar el entorno, y su mirada se posó en Camille con una intensidad que hizo que todo lo demás se convirtiera en ruido de fondo.

Estaba preciosa. No de una forma convencional, ni como a Camille la habían enseñado a apreciar. Pero Lou tenía algo que atraía la mirada y la retenía: una gravedad, una presencia, un tipo de magnetismo particular que no tenía nada que ver con la sofisticación y sí mucho con la esencia.

A Camille le dio un vuelco el corazón. Se le humedecieron las palmas de las manos. Su cuerpo respondió a la presencia de Lou antes de que su mente tuviera tiempo de reaccionar; el deseo se instaló en el bajo vientre con una urgencia que la sorprendió.

De eso era de lo que quería hablar. De esa sensación. De ese anhelo. De la forma en que Lou había cambiado todo lo que Camille creía saber sobre sí misma.

Lou pidió en el mostrador —café solo, previsible— e intercambió unas palabras con la propia Lavender antes de dirigirse a la mesa de Camille. Al parecer, Lou era una habitual del sitio. Al parecer, tenía un pedido habitual y una mesa habitual y una relación fluida con la dueña que denotaba años de clientela tranquila y constante.

De cerca, Camille pudo ver la tensión en la mandíbula de Lou, la calculada neutralidad de su expresión. También vio cómo los ojos de Lou recorrían su rostro, catalogando detalles con la misma intensidad con la que leía las jugadas en el hielo. Lou también estaba nerviosa. Saberlo resultaba extrañamente reconfortante.

—Hola —dijo Lou, y se dejó caer en el asiento frente a ella; su chaqueta de cuero crujió suavemente con el movimiento.

—Hola —Camille rodeó su café con las manos, necesitando algo a lo que aferrarse—. Gracias por venir.

—Faltaría más —la mirada de Lou se cruzó con la suya y luego se desvió hacia la ventana—. Dijiste que debíamos hablar.

—Eso creo —Camille tomó aire, organizando unos pensamientos que había ensayado media docena de veces—. Lo que pasó entre nosotras... no he podido dejar de pensar en ello.

La expresión de Lou no cambió, pero algo brilló en sus ojos.

—Yo tampoco.

—Nunca… —Camille se interrumpió; las palabras eran más difíciles de pronunciar en voz alta de lo que habían sido en su

cabeza—. Nunca he estado con una mujer. Nunca antes había deseado a una mujer. Nunca he deseado a nadie como te deseo a ti.

La confesión quedó suspendida entre ambas, cruda y aterradora. Lou estaba muy quieta, con su café intacto sobre la mesa.

—No sé qué significa esto para mi identidad —continuó Camille; las palabras salían ahora a más velocidad—. No sé si soy gay o bisexual o algo totalmente distinto. No sé cómo reconciliar lo que pensaba que era con lo que aparentemente soy. Pero sé que no quiero parar. Sé que, sea lo que sea esto que hay entre nosotras…, quiero explorarlo.

Las manos de Lou se apretaron alrededor de su taza.

—Camille...

—Espera. Déjame terminar —Camille se inclinó hacia delante, necesitando que Lou lo entendiera—. Conozco las complicaciones. Sé que mi perfil público lo hace todo más difícil. Las cámaras me siguen a todas partes, y si alguien nos pilla juntas, de una forma que parezca romántica, los tabloides se pondrán las botas. Mi familia, mis patrocinadores, todo el mundo tendrá una opinión. Podría afectar al equipo, afectar a tu carrera, afectar a todo por lo que ambas hemos trabajado.

—Entonces, ¿qué propones?

—Un secreto —la palabra le supo extraña a Camille, demasiado parecida al ocultamiento que había practicado toda su vida. Pero esto era diferente. Esto era una elección—. Solo por ahora. Solo hasta que averigüe qué quiero, quién soy, sin que todo el mundo me mire. Mantenemos las cosas en privado. Con cuidado. Sin muestras públicas, sin comportamientos sospechosos, nada que pueda levantar preguntas.

Lou guardó silencio durante un largo rato. La cafetería zumbaba a su alrededor: el siseo de la máquina de café, el murmullo de otras conversaciones, la banda sonora particular de un lugar al que la gente acudía para conectar. Cuando Lou finalmente habló, su voz era cauta.

—Me estás pidiendo que me esconda contigo.

—Te estoy pidiendo tiempo —Camille alargó la mano sobre la mesa, deteniéndose justo antes de tocar la de Lou—. Te pido que

tengas paciencia mientras descubro cómo ser valiente. Sé que es egoísta.

—Me parece bien.

Camille parpadeó.

—¿Cómo?

—Me parece bien —la boca de Lou se curvó en algo que no llegaba a ser una sonrisa—. Me he pasado la vida escondiéndome, Camille. Unos meses más no van a acabar conmigo. Y si eso significa… —hizo una pausa; algo vulnerable cruzó sus facciones— que puedo estar contigo, aunque sea en secreto, puedo con ello.

El alivio inundó a Camille con tal intensidad que sintió que las lágrimas le escocían en los ojos. Había tenido tanto miedo de que Lou se negara... Estaba tan segura de que pedir discreción se sentiría como un insulto, como una exigencia de hacerse pequeña en lugar de una invitación a crecer.

—Gracias —su voz sonó ronca por la emoción—. Sé que no es lo que te mereces. Pero te prometo que esto no es para siempre. Solo necesito tiempo para encontrar un terreno firme.

—Lo entiendo —la mano de Lou se movió finalmente, recorriendo la distancia que las separaba para cubrir la de Camille sobre la mesa. El contacto fue eléctrico, enviando chispas por el brazo de Camille hasta su pecho. Los dedos de Lou estaban calientes, un poco ásperos tras años de empuñar palos de hockey, y el peso de su palma contra los nudillos de Camille se sintió como un ancla.

—¿Estás segura? —la voz de Camille se quebró ligeramente—. Porque entendería que no quisieras... si esto fuera pedir demasiado...

—Estoy segura —el pulgar de Lou trazó un círculo lento contra la muñeca de Camille, e incluso ese pequeño movimiento envió una cascada de calor por todo su cuerpo—. He sido invisible toda mi vida, Camille. Esconderme contigo, por ti, es muy distinto a esconderme sola.

Esa distinción caló hondo en el pecho de Camille. No esconderse sola. El simple reconocimiento de que estarían juntas en esto, navegando por las sombras como un equipo en lugar de como dos personas separadas que fingen no conocerse.

—Tómate el tiempo que necesites. No me voy a ninguna parte.

La conversación cambió después de eso, relajándose hacia algo más ligero. Hablaron de hockey: los próximos partidos fuera, los últimos ajustes tácticos de Mara, la mejoría que ambas habían notado en el posicionamiento de Rowan. Lou le explicó la historia de los intentos fallidos de clasificación de las Phoenix Ridge, los años de decepciones y de quedarse a las puertas que habían endurecido a las jugadoras veteranas, convirtiéndolas, en el mejor de los casos, en optimistas cautas.

—Ya hemos estado cerca antes —dijo Lou, removiendo su café distraídamente—. Hace dos años nos faltó un solo partido. Perdimos en la prórroga contra Minnesota y eso fue todo. Temporada acabada. Otro año esperando que la próxima vez fuera diferente.

—¿Pero esta vez parece distinta? —preguntó Camille.

Lou la miró a los ojos, con paso firme y seguro.

—Esta vez te tenemos a ti. Y a Rowan. Y a Mara, aunque sea una sádica —una pequeña sonrisa curvó sus labios—. Y tenemos el dinero de Astoria. Recursos reales, apoyo real. Es la mejor oportunidad que hemos tenido nunca.

—Nada de presión, entonces.

—Ninguna en absoluto —la sonrisa de Lou se ensanchó y el corazón de Camille dio un vuelco complicado en su pecho.

Hablaron de Phoenix Ridge, la ciudad: su extraño encanto, sus raíces obreras, la forma en que parecía atrapada entre el pasado y el futuro. Lou señaló barrios que Camille debería explorar, restaurantes que servían comida que valía la pena, rincones ocultos de la ciudad que los turistas nunca encontraban.

El humor seco de Lou fue emergiendo gradualmente, como el sol entre las nubes. Hizo observaciones sobre sus compañeras de equipo que hicieron reír a Camille; una risa genuina, no la versión practicada que desplegaba ante las cámaras. Escuchó cuando Camille hablaba de su carrera, de sus ambiciones, de la presión constante de estar siempre expuesta, sin ofrecer soluciones ni juicios. Solo presencia. Solo atención.

Parecía una cita de verdad. La primera cita real que Camille recordaba en años, quizá en toda su vida. Con Mario, todo había

sido calculado para obtener la máxima visibilidad: restaurantes donde se garantizaba que los fotógrafos estarían esperando, eventos diseñados para generar titulares. Nunca nada había sido solo para ellos. Nada se había sentido nunca tan sencillo y cálido como estar sentada en una cafetería peculiar con alguien que la hacía reír.

Alguien a quien se le permitía desear sin fingir lo contrario.

En un momento dado, el teléfono de Camille vibró con una notificación. Lo cogió sin pensar y, con el codo, tiró el dispositivo de la mesa. Chocó contra el suelo y ambas se agacharon para recogerlo al mismo tiempo.

Sus manos se encontraron.

Los dedos de Camille rozaron los nudillos de Lou, y el contacto le provocó una sacudida que no tenía nada que ver con la electricidad estática. La piel de Lou estaba caliente y su tacto la anclaba de una forma que hacía que Camille quisiera aferrarse a ella y no soltarla nunca. Sus ojos se encontraron en el estrecho espacio bajo la mesa, con los rostros de repente a escasos centímetros.

El mundo se redujo al espacio entre ambas. El ruido de la cafetería se desvaneció hasta el silencio.

—Ya lo tengo —la voz de Lou sonó ronca mientras le devolvía el teléfono, con los dedos demorándose contra la palma de Camille.

—Gracias —Camille se incorporó, con el pulso acelerado. La pantalla del teléfono mostraba un mensaje de su publicista —alguna pregunta sobre una solicitud de entrevista—, pero no podía concentrarse en ello. Solo podía centrarse en el calor que aún le hormigueaba donde Lou la había tocado.

—Debería irme —Lou se levantó, poniéndose la chaqueta con movimientos que parecían reacios—. Mañana hay entrenamiento. Temprano.

—Es verdad —Camille también se levantó, de repente consciente de lo expuestas que estaban, incluso en aquel rincón tranquilo—. Lou...

—¿Sí?

—Me alegro de que hayamos hablado —le sostuvo la mirada, dejando que Lou viera todo lo que sentía: el deseo, la esperanza, la

aterradora certeza de que aquello ya era mucho más de lo que esperaba—. Me alegro de que dijeras que sí.

La sonrisa de Lou fue suave, genuina de una manera que sus expresiones cautas rara vez permitían.

—Yo también.

Ella salió primero, desapareciendo por la puerta de la cafetería hacia la luminosa tarde exterior. Camille la vio marcharse, siguiendo con la mirada la línea de sus hombros y la seguridad natural de su paso hasta que dobló la esquina. El espacio que Lou dejó se sintió de algún modo más frío, como si se hubiera llevado consigo un calor esencial.

Camille se quedó en la mesa unos minutos más, terminando su latte y dejando que la realidad de lo que habían acordado calara en sus huesos. Estaba empezando una relación secreta. Con una mujer. Con una compañera de equipo.

Cada regla que había aprendido sobre cómo gestionar su vida pública decía que aquello era peligroso. Cada instinto forjado por años de cuidadosa gestión de su imagen le gritaba que estaba cometiendo un error.

Pero cuando cerraba los ojos y recordaba el tacto de la mano de Lou sobre la suya, la chispa que la había atravesado cuando sus dedos se rozaron... ninguna de esas advertencias parecía importar.

Una relación secreta. Contención. Control. Seguridad.

Le había parecido la respuesta correcta cuando había planeado esta conversación en su cabeza. Pero estando aquí ahora, con la piel todavía vibrando por el contacto de Lou y el corazón aún acelerado por la electricidad entre ambas, Camille se preguntó cuánto tiempo podría sobrevivir cualquier secreto a lo que estaban construyendo.

Y si era posible contener un fuego que ya sentía que podía consumirla por completo.

# 11

Llamaron a la puerta de la habitación del hotel de Lou a las once y cuarto de la noche anterior al partido contra Nueva York.

Ella lo estaba esperando; se había quedado tumbada en la oscuridad mirando al techo, demasiado alterada por el viaje del día para dormir y demasiado consciente de quién ocupaba la habitación a tres puertas de distancia como para pensar en otra cosa. Nueva York le provocaba ese efecto: demasiado brillante, demasiado ruidosa, demasiado llena de ese tipo de energía que le tensaba la piel.

O puede que fuera simplemente la proximidad de Camille. A estas alturas era difícil de decir.

Lou abrió la puerta y allí estaba ella. Camille llevaba un pijama de seda de un azul intenso que combinaba con sus ojos, el pelo suelto sobre los hombros y los pies descalzos sobre la moqueta del hotel. Tenía un aspecto suave que Lou rara vez había visto: sin maquillaje, sin armaduras, solo la mujer que había bajo todo ese refinamiento.

El pulso de Lou golpeó con fuerza contra sus costillas. Esas tres puertas le habían parecido nada y todo a la vez: lo bastante cerca como para imaginar, lo bastante lejos como para doler. Y ahora Camille estaba allí, de pie en el pasillo en penumbra con el zumbido de la máquina de hielo en algún lugar distante y toda la ciudad respirando afuera.

—Hola. —La voz de Camille era queda, insegura—. No podía dormir.

—Yo tampoco. —Lou dio un paso atrás, dejándole sitio—. Pasa.

La habitación de hotel era estándar de clase ejecutiva: cama extra grande, escritorio, un ventanal con vistas a una calle de Manhattan que resplandecía con el tráfico nocturno. Lou había dejado las cortinas abiertas, prefiriendo el resplandor ambiental de la ciudad a la oscuridad total. Quizá fuera un error: la luz hacía que todo fuera demasiado visible, demasiado real.

Camille se acercó a la ventana para contemplar la ciudad que hasta hacía poco había sido su hogar. Su reflejo en el cristal se veía en sombras, pensativo.

—Me encantaba esta vista —dijo en voz baja—. Cuando me mudé aquí, me asomaba a la ventana de mi apartamento, observaba las luces y sentía que lo había logrado. Que todo el sacrificio y el trabajo me habían llevado exactamente a donde debía estar.

—¿Y ahora?

—Ahora parece una jaula que no sabía que estaba construyendo. —Camille se giró para mirarla, y a Lou se le cortó la respiración ante la vulnerabilidad de su expresión—. Todo lo que era, todo lo que creía querer, está ligado a esta ciudad. Mario. Los medios. La versión de mí misma que interpreté durante años porque creía que así era el éxito.

Lou no supo qué decir a eso. Ella nunca había tenido el tipo de visibilidad que describía Camille; nunca la había deseado. Su propia invisibilidad le había proporcionado protección, no una sensación de encierro.

Pero entendía de jaulas. Entendía los muros que uno levanta a su alrededor sin darse cuenta de que también se está atrapando dentro.

—Ya no estás en Nueva York —dijo Lou finalmente—. Estás en Phoenix Ridge. Conmigo.

La sonrisa de Camille fue pequeña, pero auténtica.

—Contigo.

Acortó la distancia entre ambas y el ritmo cardíaco de Lou se disparó cuando las manos de Camille subieron a posarse en sus

hombros. Tan cerca, Lou podía oler su perfume —algo floral y caro, superpuesto al aroma limpio del jabón del hotel—. Podía sentir el calor de su cuerpo a través de la fina seda del pijama.

—No dejo de pensar en ti —susurró Camille—. En tus manos sobre mi cuerpo. En tu boca. En cómo me haces sentir.

A Lou se le secó la garganta.

—Camille...

—Quiero que tú también sientas eso. —Los dedos de Camille recorrieron el cuello de Lou y se enredaron en su pelo—. Quiero hacerte sentir tan bien como tú a mí. ¿Me dejas?

La pregunta golpeó a Lou en lo más profundo, en ese lugar donde había aprendido a mantenerse apartada, a dar sin recibir, a mantener el control incluso en momentos de intimidad. Había pasado años siendo la que tocaba, nunca la tocada. Ser necesitada le resultaba más seguro que ser deseada.

Pero Camille la miraba con ojos llenos de deseo. La miraba como si fuera algo preciado, algo que valía la pena explorar.

—Sí —se oyó decir Lou—. Sí.

Camille la besó.

El primer beso fue suave, exploratorio, reverente; nada que ver con la urgencia desesperada de antes. Los labios de Camille se movían contra los suyos con una ternura que hizo que a Lou le doliera el pecho. Sus manos acunaban el rostro de Lou, con los pulgares recorriendo sus pómulos, sosteniéndola como si pudiera romperse.

Lou no estaba acostumbrada a que la sujetaran así. No estaba acostumbrada a la delicadeza.

Había aprendido pronto que la suavidad era un lujo que no podía permitirse. En el hockey, en la vida, en los años de silencio intentando sobrevivir en un deporte que no dejaba espacio a las mujeres como ella, la dureza había sido su armadura. La ternura era debilidad.

Pero Camille estaba resquebrajando esa armadura ahora, beso a beso, caricia a caricia.

Se acercaron a la cama por etapas, deteniéndose para besarse, respirar y simplemente mirarse. Los dedos de Camille encontraron

los botones de la camiseta de dormir de Lou, abriéndolos con una paciencia que resultaba casi tortuosa. Cuando la tela se separó, revelando la piel desnuda de Lou, Camille soltó un suave sonido de apreciación que envió una oleada de calor por todo el cuerpo de la otra mujer.

—Eres preciosa —murmuró Camille, con las manos recorriendo la clavícula de Lou, sus costillas, la pequeña curva de sus pechos—. He querido tocarte así desde el primer día que te vi.

Lou le quitó la parte de arriba del pijama a Camille por la cabeza como respuesta, dejando a la vista ese cuerpo hermoso en el que no podía dejar de pensar. La piel de Camille era suave, cálida y perfecta bajo las palmas callosas de Lou. Mapeó su terreno: el hueco de su cintura, la curva de sus caderas, los pequeños sonidos que emitía cuando los pulgares de Lou rozaban sus pezones.

Cayeron juntas sobre la cama, en un enredo de extremidades, suspiros y la urgencia particular de quienes se han deseado durante demasiado tiempo. Camille rodó hasta quedar encima, a horcajadas sobre las caderas de Lou, con su pelo rubio cayendo como una cortina alrededor de ambas.

—Quiero probarte —dijo Camille, y la franqueza de sus palabras hizo que a Lou se le encogiera el estómago de deseo—. Dime que lo quieres.

—Quiero eso —las palabras salieron roncas, rotas—. Te quiero a ti.

Camille sonrió —una sonrisa de verdad, llena de calidez y picardía— y empezó a besar el cuerpo de Lou descendiendo poco a poco.

Su boca trazó un camino desde la garganta de Lou hasta su clavícula, deteniéndose para marcar el hueco de la base de su cuello. Bajó más, hasta la redondez de sus pechos, donde pasó un tiempo que Lou no sabía que necesitaba: la lengua rodeando los pezones, los dientes rozando la piel sensible, las manos acariciando y apretando hasta que Lou se arqueó sobre la cama.

—Por favor. —La palabra escapó antes de que Lou pudiera evitarlo—. Camille, por favor...

—Te tengo. —La voz de Camille era miel y fuego—. Te tengo.

Besó más abajo. Pasando las costillas de Lou, cruzando su vientre, a lo largo del saliente de los huesos de su cadera. Cada roce de los labios dejaba fuego a su paso, un rastro de sensaciones que hacía que la piel de Lou se sintiera demasiado estrecha para su cuerpo. Cuando Camille llegó a la cintura de sus pantalones cortos, se detuvo y miró a Lou con los ojos oscurecidos por el deseo.

—¿Puedo?

Lou solo pudo asentir, sin confiar en su voz.

Camille bajó los pantalones con una lentitud agónica, descubriendo a Lou pulgada a pulgada. El aire fresco del hotel golpeó su piel sobrecalentada y Lou se estremeció; no sabía si por el frío o por la anticipación. Camille lanzó los pantalones a un lado y se situó entre los muslos de Lou, y la visión de ella allí —el pelo rubio esparcido sobre sus caderas, esa mirada intensa fija en su parte más íntima— fue casi más de lo que podía soportar.

—Estás tan mojada. —La voz de Camille contenía asombro—. Dios, Lou, eres preciosa.

Entonces su boca descendió, y Lou dejó de ser capaz de pensar en absoluto.

El primer contacto de la lengua de Camille fue eléctrico: una descarga de sensación que hizo que Lou gritara y agarrara los puños de las sábanas. Camille encontró su sexo con un instinto que en ningún caso parecía el de alguien que no lo hubiera hecho antes, lamiendo y succionando con un ritmo que generaba placer en oleadas implacables. Sus manos agarraban los muslos de Lou, manteniéndola abierta, manteniéndola firme.

Lou ya había sido tocada por mujeres antes. Había experimentado placer, dado y recibido, en momentos robados y encuentros cautelosos. Pero nada, nada se había sentido como esto. Camille no se limitaba a repetir movimientos. Estaba aprendiendo a Lou, prestando atención a cada jadeo y estremecimiento, ajustando su técnica según las respuestas de Lou.

Cuando deslizó dos dedos en su interior, la visión de Lou se volvió blanca.

—Oh, Dios... —La voz de Lou era irregular, desesperada—. Camille, no puedo...

—Puedes. —La boca de Camille nunca dejó de moverse, incluso cuando sus dedos encontraron un ritmo que acompañaba los toques de su lengua—. Déjate llevar, Lou. Quiero sentirte correrte para mí.

El orgasmo se gestó como una tormenta: presión acumulándose en el núcleo de Lou, tensión enroscándose más y más hasta llegar al borde del colapso. Los dedos de Camille se curvaron dentro de ella, presionando un punto que hizo estallar estrellas tras los ojos de Lou, y de repente llegó allí: cayendo, volando, gritando el nombre de Camille mientras el placer la atravesaba en oleadas.

No terminaba nunca. Cada vez que Lou pensaba que se estaba desvaneciendo, Camille hacía algo con su lengua o con sus dedos que la enviaba de nuevo a la espiral. Para cuando finalmente se desplomó contra las sábanas, su cuerpo temblaba y las lágrimas se escapaban de las comisuras de sus ojos.

Camille trepó hasta quedar junto a ella, envolviendo a Lou en sus brazos con una ternura que hizo que el corazón de Lou doliera.

—¿Estás bien? —La voz de Camille era suave, preocupada.

—Estoy... —la voz de Lou se quebró. No tenía palabras para expresar lo que sentía. Abrumada. Vista. A salvo de una manera que no sabía que fuera posible.

—¿Así de bien? —La sonrisa de Camille tenía un tinte de orgullo.

—Mejor. —Lou giró la cabeza, presionando un beso en el hombro de Camille. Se sentía más vulnerable que nunca en brazos de Camille y sintió una necesidad abrumadora de cambiar las tornas de nuevo—. Mi turno —dijo.

Hizo que Camille rodara sobre su espalda, deleitándose con su imagen: sofocada y deseosa, con las pupilas dilatadas por el deseo. Lou había dado placer muchas veces, pero esto se sentía diferente. Esto se sentía como adoración.

Empezó por la garganta de Camille, presionando besos a lo largo de su cuello, donde el pulso martilleaba bajo la piel. Las manos de Camille subieron para aferrar los hombros de Lou, con las uñas cortas clavándose en el músculo mientras la boca de Lou bajaba.

—Lou... —la voz de Camille se quebró al decir su nombre.

—Te tengo. —Lou repitió la promesa que Camille le había hecho, saboreando su verdad sobre la lengua—. Déjame cuidarte.

Mapeó el cuerpo de Camille con atención deliberada: la curva de sus clavículas, la suave redondez de sus pechos, la forma en que los músculos de su abdomen saltaban cuando los labios de Lou pasaban por encima. Cada respuesta catalogada, cada jadeo anotado y recordado. Los dedos de Camille se enredaron en el pelo de Lou, apretando el agarre cada vez que Lou encontraba un punto especialmente sensible.

Cuando Lou se acomodó entre sus muslos, a Camille se le cortó el aliento de forma audible. Lou levantó la vista, encontrándose con unos ojos azules oscurecidos por las ganas, y sostuvo esa mirada mientras bajaba la boca.

Camille sabía a calor y a necesidad, y Lou se perdió en el ritmo de dar placer. Aprendió los lugares que hacían jadear a Camille, los toques que la hacían arquearse sobre la cama, el ritmo que incrementaba su placer en aumentos lentos y constantes. Usó sus dedos y su boca en combinación, prolongando cada sensación hasta que Camille empezó a suplicar; su «por favor», el nombre de Lou y sus «sí» se enredaron en susurros desesperados.

Cuando Camille finalmente llegó al clímax —gritando el nombre de Lou con una desesperación que resonó en las paredes de la habitación—, Lou sintió que algo se rompía en su pecho. Algo que había estado encerrado durante tanto tiempo que había olvidado que existía.

Esperanza. Una esperanza aterradora, frágil e imposible.

Después, se quedaron enredadas entre las sábanas revueltas, con el sudor enfriándose en su piel y el corazón recuperando poco a poco su ritmo habitual. La ciudad resplandecía tras la ventana, indiferente al cambio sísmico que acababa de ocurrir en esa habitación de hotel anónima.

Lou atrajo a Camille hacia ella, metiendo la cabeza rubia bajo su barbilla. Las sábanas del hotel olían a sexo y, en algún lugar muy abajo, una sirena aullaba abriéndose paso entre el tráfico de Manhattan. Los sonidos corrientes de una noche extraordinaria.

—Háblame de tu familia —dijo Camille suavemente, mientras sus dedos trazaban dibujos en el vientre de Lou.

Lou se tensó, pero luego se obligó a relajarse. Si estaban haciendo esto —si iban a ser algo real—, Camille merecía saberlo.

—Mis padres siguen en Michigan —dijo Lou—. De clase trabajadora, los dos. Mi padre era supervisor de una fábrica hasta que cerró la planta. Mi madre trabaja ahora en cuidados a domicilio. Ellos... saben que soy lesbiana. Lo saben desde que tenía dieciséis años. Pero no terminan de entenderlo y no hablamos mucho del tema.

—¿Te apoyan?

—Lo intentan. —Lou eligió sus palabras con cuidado—. Me quieren. Quieren que sea feliz. Pero tampoco saben cómo reconciliar quién soy con lo que esperaban que fuera. Así que... coexistimos en torno a ello. No llevo novias a casa. Ellos no preguntan.

Camille guardó silencio un momento.

—Eso suena solitario.

—Lo es. —Lou no lo había admitido en voz alta antes. Las palabras dejaron un dolor en su pecho, ese pesar particular de amar a personas que te corresponden de forma imperfecta—. Pero es mejor que perderlos por completo. Algunos ni siquiera tienen eso.

Camille se quedó callada un buen rato. Su mano se había detenido sobre el vientre de Lou, con la palma plana y cálida contra la piel.

—Mis padres no lo saben —dijo Camille con un hilo de voz—. Lo mío. Lo de esto. Piensan que soy hetero. Todo el mundo piensa que soy hetero.

—¿Te molesta eso?

—Antes no. —Camille se movió, pegándose más al costado de Lou—. Ahora parece otra mentira que estoy contando. Otra máscara que llevo. Y estoy tan cansada de las máscaras.

Lou le besó la frente mientras la abrazaba.

—No tenemos que solucionarlo todo esta noche.

—Lo sé. —Camille la miró, con sus ojos azules luminosos bajo la luz de la ciudad—. Pero Lou... quiero que sepas una cosa.

—¿El qué?

—Esto no es algo pasajero para mí. —La voz de Camille era firme, segura—. Sea lo que sea esto que hay entre nosotras, no es

solo físico. No es solo conveniencia o curiosidad. Estoy metida en esto. De verdad.

El pecho de Lou se apretó. Había pasado tanto tiempo protegiéndose precisamente de eso: de sentir demasiado, de querer demasiado, de esperar cosas que no podía tener.

Pero al mirar a Camille ahora, no encontraba la voluntad necesaria para alejarse.

—Yo también —susurró Lou—. Yo también estoy metida en esto.

La sonrisa de Camille fue como el amanecer tras una noche larga.

—Bien —dijo, y volvió a besarla.

Afuera, Nueva York seguía moviéndose: taxis, peatones nocturnos y el constante zumbido eléctrico de una ciudad que nunca se detenía. Pero dentro de esa habitación de hotel, envuelta en los brazos de Camille con su sabor todavía en los labios, el mundo se había reducido a algo sencillo y aterrador.

Lou se había pasado la vida siendo precavida. Siendo invisible. Protegiéndose de desear demasiado.

Pero tumbada allí ahora, con el latido de Camille constante contra su pecho y la promesa de algo real vibrando entre ellas, no recordaba por qué había pensado alguna vez que la seguridad valía la pena ante tanta soledad.

# 12

La sala de prensa olía a café y a ambición: a Folgers quemado de la mesa de cortesía y a esa hambre particular de los reporteros que llevaban horas esperando sus declaraciones.

Camille se sentó tras la larga mesa, con el micrófono situado a tres dedos de su barbilla, e intentó recordar cómo se respiraba. Las Valkyries habían vencido a los New York Panthers por 4-2, una victoria decisiva que debería haber sido la única noticia. Pero esto era Nueva York. Su ciudad, su historia, su identidad pública cuidadosamente construida. Todo ello aguardaba en las preguntas que aún no se habían formulado.

Lou se sentó a su lado, lo suficientemente cerca como para que sus muslos se rozaran bajo el borde protector de la mesa. El contacto era leve, oculto, pero anclaba a Camille a algo sólido mientras los flashes de las cámaras disparaban y los reporteros se daban codazos por ganar la posición.

—Camille, gran partido esta noche —exclamó una voz en medio de la jauría de prensa—. ¿Qué se siente al estar de vuelta en Nueva York?

La pregunta era inocua. El subtexto no.

—Es agradable jugar bien —respondió Camille, empleando esa voz pulida para los medios que había tardado años en perfeccionar —. Nueva York siempre será especial para mí, pero ahora mi

atención está en Phoenix Ridge. El equipo ha estado trabajando duro y esta noche hemos demostrado de lo que somos capaces.

Otro flash. Otra pregunta.

—Ciertas fuentes afirman que has pasado mucho tiempo con ciertas compañeras de equipo fuera de la pista. ¿Algún comentario al respecto?

A Camille se le contrajo el estómago. A su lado, el muslo de Lou presionó con más firmeza contra el suyo; una advertencia o una señal de apoyo, no sabía diferenciarlo. El calor del contacto se extendió por su cuerpo, distrayéndola de una forma que no podía permitirse en ese momento.

—Paso tiempo con todas mis compañeras —dijo Camille con voz firme—. Así es como se crea química. La misma que hemos demostrado esta noche.

El reportero no se dio por vencido. —Ha habido rumores sobre tu vida personal desde la ruptura con Mario King. ¿Hay algo de cierto en las especulaciones de que estás saliendo con alguien nuevo?

El nombre de Mario cayó como una piedra en aguas tranquilas, provocando ondas por toda la sala. Camille notó cómo se agudizaba la atención: cámaras enfocando, bolígrafos listos, esa particular quietud depredadora de los periodistas que huelen sangre.

—He venido aquí para hablar de hockey —su voz sonó más dura de lo que pretendía—. Si tienen preguntas sobre el partido, estaré encantada de responderlas.

—La gente tiene curiosidad, Camille. Mario y tú estuvisteis juntos dos años. La ruptura fue muy pública. Los aficionados quieren saber...

—Lo que los aficionados quieren —interrumpió Lou, con una voz que cortaba el ruido con una autoridad serena— es ver buen hockey. Y eso es lo que han tenido esta noche. Camille ha marcado dos goles, incluido el de la victoria. El Phoenix Ridge está tres puntos más cerca de la clasificación para la PWHL. Esa es la noticia.

A Camille le dio un vuelco el corazón. Que Lou la defendiera así —públicamente, profesionalmente, sin dudarlo— hizo que algo cálido floreciera en su pecho a pesar del frío fluorescente de la sala de prensa.

El reportero cambió de objetivo. —Capitana Calder, ¿qué opina de las posibilidades del equipo a partir de ahora?

Lou se acercó al micrófono y Camille se permitió respirar. Se permitió estudiar el perfil de Lou mientras las preguntas se alejaban de su vida privada: la línea fuerte de su mandíbula, la inteligencia calmada de sus ojos verdes, la forma en que dominaba la atención sin exigirla.

—Hemos construido algo sólido esta temporada —dijo Lou—. Nueva propiedad, nuevo cuerpo técnico, nuevas energías. Esta noche hemos demostrado que podemos competir contra cualquiera. Nos quedan pocos partidos para asegurar la clasificación y vamos a ir uno por uno.

Siguieron más preguntas: sobre estrategia, sobre los métodos de entrenamiento de Mara, sobre el papel emergente de Rowan como pilar defensivo. Lou las manejó con la soltura de quien ha pasado años aprendiendo a desviar la atención sin dejar de dar a los reporteros lo suficiente para redactar sus crónicas.

Camille la observaba trabajar, y el deseo que habitaba bajo su piel se volvió más voraz.

La noche anterior en aquella habitación de hotel había cambiado algo. No solo el sexo —aunque, por Dios, menudo sexo—, sino la conversación posterior. Lou hablando de su familia con esa mezcla particular de amor y distancia. La forma en que se le había quebrado la voz al admitir que esconderse era solitario. La esperanza que Camille había visto en sus ojos cuando prometió que esto no era algo pasajero.

Ahora, sentada al lado de Lou mientras unos desconocidos hacían preguntas diseñadas para arrancar capas de protección, Camille comprendía el miedo de una forma nueva. Salir del armario significaría perder la armadura que había pasado toda su vida construyendo. Significaría ser vista —realmente vista— por millones de personas que se sentían con derecho a opinar sobre sus decisiones.

El pensamiento hizo que le sudaran las palmas de las manos.

Pero esconderse también significaba algo. Significaba fingir que Lou era solo una compañera de equipo cuando ya era mucho más.

Significaba mentir cada vez que alguien preguntaba por su vida sentimental. Significaba vivir en una jaula que ella misma había construido, tal como le había dicho a Lou la noche anterior.

—Una última pregunta —anunció el moderador.

Una mujer en la primera fila levantó la mano. —Camille, ha habido especulaciones en las redes sociales sobre unas fotos tuyas y de Lou Calder saliendo juntas de un restaurante. La iluminación sugiere cierta intimidad. ¿Algún comentario?

La sala contuvo el aliento.

La mente de Camille se quedó en blanco. El restaurante, hacía semanas, antes de que el secreto pesara tanto. Alguien había estado vigilando. Alguien había tomado fotos. Alguien las había publicado en internet mientras Camille dormía, ajena a que su cuidadosa contención ya tenía grietas.

La mano de Lou buscó la suya bajo la mesa. Le dio un apretón firme y tranquilizador.

—Las compañeras de equipo salen a comer juntas —dijo Camille. Su voz no tembló; un pequeño milagro—. No es ninguna novedad.

—Pero las fotos...

—Muestran a dos jugadoras de hockey manteniendo una conversación. —Camille sostuvo la mirada de la reportera directamente, canalizando cada sesión de formación para prensa que había soportado—. Entiendo que necesiten contenido, pero no voy a fabricar un drama donde no lo hay. Estamos aquí porque hemos ganado un partido de hockey. Centrémonos en eso.

El moderador intervino, dando por terminada la rueda de prensa con eficacia profesional. Camille se puso en pie en piloto automático, con el cuerpo siguiendo los movimientos de salida mientras su mente repasaba implicaciones y planes de contingencia.

Fotos. Alguien había hecho fotos. El pensamiento daba vueltas en su cabeza como un disco rayado, cada repetición más hiriente que la anterior.

El pasillo fuera de la sala de prensa estaba más tranquilo pero no era privado; personal del equipo y empleados pasaban de largo, maletines de equipo eran empujados hacia las salidas, cables enrollados al hombro... el caos organizado de las operaciones

postpartido resonaba contra las paredes de hormigón. Lou caminaba a su lado, cerca pero sin tocarla, manteniendo la distancia profesional por las cámaras que aún pudieran estar observando.

No hablaron hasta que llegaron al ascensor. Las puertas se cerraron, sellándolas en una privacidad temporal, y la compostura de Camille se quebró.

—Fotos. —La palabra salió estrangulada—. Lou, hay fotos.

—Lo sé. —La voz de Lou era firme—. Las he visto esta mañana. No he querido mencionarlo antes del partido.

—¿Lo sabías? ¿Lo sabías y no me has dicho nada?

—¿Te habría ayudado a jugar mejor? —La mirada serena de Lou se encontró con la suya, sin juzgar, solo con esa claridad práctica que definía todo lo que hacía—. Necesitabas concentrarte. Las dos lo necesitábamos. El partido era lo importante.

Camille quiso discutir. Quiso rebelarse contra la injusticia de todo aquello: la vigilancia constante, la suposición de que su vida privada era propiedad pública, la realidad de que ni siquiera una contención cuidadosa podía protegerlas de alguien con un teleobjetivo y una cuenta en redes sociales.

En lugar de eso, se dejó caer contra la pared del ascensor.

—No estoy lista. —Su voz se quebró ante la confesión—. Sé que hablamos de ello, sé que dije que quería tiempo, pero... Lou, no estoy lista. Si esto sale a la luz antes de que esté preparada...

—No pasará. —Lou se acercó más, ocultándola de la cámara de seguridad del ascensor—. Las fotos no muestran nada. Dos mujeres sentadas a la mesa de un restaurante. Eso es todo. La gente puede especular, pero las especulaciones no son pruebas.

—Para algunas personas, las especulaciones son suficientes.

—Entonces no les daremos nada más sobre lo que especular. —La mano de Lou subió para acunar el rostro de Camille, un toque breve y peligroso que duró apenas un latido—. Seremos cuidadosas en público. No cambiaremos nada. Y cuando estés lista —si es que alguna vez lo estás—, será en tus condiciones. No en las suyas.

# 13

La habitación de hotel de Lou tenía vistas a la ciudad que había forjado a Camille y la había destrozado a partes iguales.

Se habían retirado allí después de la rueda de prensa, tras el agotador simulacro de profesionalidad que había dejado a Camille vacía y dolorida. El resto del equipo se había dispersado hacia sus propias habitaciones, buscando dormir un poco antes de los últimos compromisos con los medios de mañana y el vuelo de vuelta a casa. Pero Camille había seguido a Lou tras cruzar la puerta sin preguntar, sin dar explicaciones, y Lou la había dejado entrar sin cuestionarla.

Ahora estaban junto a la ventana, observando las luces de Manhattan palpitar contra el cielo oscuro. La habitación olía al jabón del hotel y a ese aire viciado tan particular del aire acondicionado. El reflejo de Camille le devolvía la mirada desde el cristal: cansada, insegura, nada que ver con la imagen impecable que proyectaba ante las cámaras.

—He estado mintiendo toda mi vida —dijo en voz baja—. No solo sobre esto. Sobre todo.

Lou no respondió. Se limitó a esperar, con su presencia sólida y paciente al lado de Camille.

—Lo de Mario nunca fue real. —La confesión brotó antes de que Camille pudiera detenerla—. Nos conocimos en un evento benéfico hace cuatro años. Su agente se acercó a mi agente y sugirió que

podríamos ser de utilidad mutua. La estrella del baloncesto y la estrella emergente del hockey; los medios se volverían locos. Y así fue.

—¿No le querías?

—Le tenía cariño. Éramos amigos, sobre todo. La relación era conveniente. Estratégica. —A Camille se le quebró la voz al decir esa palabra—. Los dos conseguimos más patrocinios. Más visibilidad. Todos ganamos, excepto... excepto que ambos estábamos fingiendo. Construyendo una vida juntos que era pura fachada, sin ningún trasfondo.

La mano de Lou buscó la parte baja de su espalda: cálida, reconfortante.

—¿Cuándo supiste que se había acabado?

—Creo que una parte de mí siempre supo que nunca había empezado de verdad. —Camille se apartó de la ventana, encontrándose con los ojos de Lou en la penumbra—. Nunca nos peleábamos porque no nos importaba lo suficiente como para pelear. Nunca nos echábamos de menos cuando estábamos separados. La ruptura fue fácil, demasiado fácil. Sabía que se estaba viendo con la animadora y que llevaba tiempo haciéndolo. Simplemente... dejamos de fingir.

—Y entonces viniste a Phoenix Ridge.

—Y entonces vine a Phoenix Ridge. —Camille tomó aire de forma temblorosa—. Y te conocí a ti. Y todo lo que creía entender sobre mí misma se desmoronó.

La expresión de Lou se suavizó. —Camille...

—Nunca me lo había cuestionado antes. —Las palabras salían ahora más rápido, años de represión encontrando finalmente una vía de escape—. Ser heterosexual. Que me gustaran los hombres. Simplemente... se daba por sentado. Por todo el mundo, incluida yo. Salía con chicos en el instituto porque era lo que se hacía. Salía con hombres en la universidad porque era lo que se hacía. Y nada de aquello me parecía mal, exactamente. Simplemente, nunca me pareció que estuviera bien.

—No tienes que darme explicaciones.

—Quiero hacerlo. —Camille buscó la mano de Lou, necesitando el contacto como si fuera oxígeno—. Quiero que lo entiendas. Cuando te miro, cuando te toco, cuando estamos juntas... es la primera vez que siento que algo está bien. Es como si toda mi vida hubiera estado leyendo una partitura en el tono equivocado y, de repente, alguien me hubiera entregado la versión correcta.

Lou la atrajo hacia sí, rodeándola con sus brazos en un abrazo que era a la vez consuelo y posesión.

—He sabido que era gay desde los doce años —dijo Lou suavemente—. Nunca tuve que descifrarlo; simplemente estaba ahí, innegable, tan fundamental como el color de mis ojos. No puedo imaginarme cómo es descubrirlo más tarde. Que toda tu identidad cambie de golpe.

—Es aterrador. —Camille hundió la cara en el hombro de Lou, inhalando su aroma familiar: sudor limpio, champú de hotel y algo terrenal debajo que era puramente Lou—. Toda mi carrera, toda mi imagen pública, se basa en una versión de mí que no es real. Y ahora no sé cómo ser otra cosa.

—Eres la misma persona que has sido siempre. Solo que ahora te conoces mejor.

—¿De verdad? —Camille se apartó lo suficiente para mirar a Lou a la cara—. A veces siento que me estoy conociendo por primera vez. Y no sé si me gusta lo que encuentro.

—A mí sí. —La voz de Lou era firme y segura—. Me gusta todo de ti. La de verdad. La que tiene miedo y está confundida y es lo bastante valiente como para admitirlo.

Algo se rompió en el pecho de Camille. Las lágrimas que había estado conteniendo desde la rueda de prensa se desbordaron, trazando senderos calientes por sus mejillas. Lou las secó con la suavidad de sus pulgares, con sus ojos verdes rebosantes de algo que parecía amor.

—Me estoy enamorando de ti —susurró Camille—. Eso es lo que más me asusta. No es la prensa, ni las preguntas, ni siquiera salir del armario. Es cuánto deseo esto. Cuánto te deseo a ti.

Lou la besó.

El beso fue suave al principio, tierno y dubitativo, dándole a Camille espacio para apartarse si lo necesitaba. Los labios de Lou estaban cálidos, sabían a menta y resultaban acogedores. Pero Camille no quería apartarse. Quería caer más hondo, perderse en la única persona que hacía que el caos pareciera manejable.

Sus manos buscaron los hombros de Lou, aferrándose con fuerza mientras el beso se intensificaba. La lengua de Lou se deslizó contra la suya, lenta y deliberada, con sabor a café y a algo más dulce debajo. El calor se acumuló en el bajo vientre de Camille, familiar ya, pero no por ello menos devastador.

—Te quiero —jadeó Camille contra la boca de Lou—. Quiero sentirte. Quiero olvidarlo todo excepto esto.

La respuesta de Lou fue guiarla hacia la cama.

Se movían con el ritmo particular de las amantes que están aprendiendo a conocerse: deteniéndose para besarse, para tocarse, para simplemente mirarse. Las manos de Lou buscaron el dobladillo del polo del equipo de Camille, levantándolo lentamente sobre su cabeza. El aire fresco golpeó la piel desnuda de Camille y ella se estremeció; no sabía si de frío o de anticipación.

—Eres tan hermosa —dijo Lou con voz ronca por el deseo. Sus dedos recorrieron la curva de la clavícula de Camille, el perfil de sus pechos sobre el sujetador deportivo que aún llevaba puesto—. Cada vez que te miro, no puedo creer que seas real.

—Yo podría decir lo mismo de ti. —Camille buscó la camiseta de Lou, quitándosela con menos paciencia de la que Lou había mostrado. Necesitaba sentir piel con piel, necesitaba la realidad tangible del cuerpo de Lou contra el suyo.

El sujetador deportivo de Lou fue el siguiente en caer, luego el de Camille, y se quedaron pecho contra pecho bajo la tenue luz del hotel. La sensación de los pechos de Lou contra los suyos hizo que Camille ahogara un grito; suaves donde Lou solía ser dura, íntimos de una forma que le robaba el aliento.

Cayeron juntas sobre la cama, y el colchón cedió bajo su peso combinado. Las sábanas estaban frescas contra la espalda de Camille, en marcado contraste con el calor del cuerpo de Lou presionado contra su frente.

Lou se tomó su tiempo. Besó el cuello de Camille, deteniéndose a saborear el punto donde el pulso martilleaba contra la piel. Recorrió con sus labios las clavículas de Camille, descendió por la curva de su pecho, cartografiando un territorio que se estaba volviendo familiar pero que nunca dejaba de ser fascinante.

—Dime qué quieres —murmuró Lou contra la curva del pecho de Camille—. Quiero dártelo todo.

—Tu boca. —Las palabras salieron entrecortadas, desesperadas —. Por favor, Lou. Tu boca.

Lou obedeció.

El primer roce de los labios con el pezón hizo que Camille se arqueara sobre la cama, enredando los dedos en el pelo oscuro de Lou. Lou la provocó con la lengua y los dientes: suave al principio, luego con más fuerza cuando los jadeos de Camille le indicaron que quería más. Se explayó con un pecho y luego con el otro, hasta que Camille empezó a retorcerse bajo ella, con las caderas buscando una fricción que no lograban encontrar.

—Lou... —La voz de Camille se quebró al pronunciar su nombre —. Por favor. Necesito...

—Sé lo que necesitas. —Lou siguió besando más abajo, cruzando el plano tembloroso del vientre de Camille. Sus dedos encontraron la cinturilla de los leggings de Camille, bajándolos con una lentitud agónica—. Pero quiero tomarme mi tiempo. Quiero que sientas cada segundo de esto.

Los leggings desaparecieron, y luego la ropa interior, dejando a Camille desnuda y expuesta ante la mirada hambrienta de Lou. La vulnerabilidad debería haber sido aterradora; lo había sido la primera vez. Pero ahora se sentía como una liberación. Como quitarse un disfraz que había llevado tanto tiempo que había olvidado que no era su propia piel.

—Abre las piernas para mí —dijo Lou con voz baja y autoritaria.

Camille obedeció. Dejó que Lou se acomodara entre sus muslos, dejó que el aire fresco rozara sus lugares más sensibles. Lou la miró durante un largo momento —bebiéndose la imagen, memorizando los detalles— antes de bajar la boca.

La primera caricia de la lengua de Lou fue reverente. Lenta. Una adoración más que una conquista.

Camille gimió, apretando los puños en las sábanas del hotel, mientras Lou la exploraba con una paciencia demoledora. Cada lametón enviaba ondas de choque a través de su sistema nervioso; el placer aumentaba en incrementos lentos y constantes, en lugar de las prisas desesperadas de sus encuentros anteriores. Lou la estaba saboreando: aprendiendo los puntos que la hacían jadear, los ritmos que hacían que sus caderas se agitaran, la presión precisa que acumulaba sensación sin llegar a empujarla al abismo.

—Dios... —La voz de Camille era ronca—. Lou, eso se siente... no puedo...

Lou tarareó contra ella, y la vibración añadió otra capa de sensación que hizo que Camille se sintiera casi mareada. Su lengua rodeaba el clítoris de Camille con una precisión exasperante, sin darle nunca la presión suficiente para lanzarla al orgasmo, manteniéndola suspendida en un tormento exquisito.

—Por favor. —Camille no reconoció su propia voz, cruda y suplicante—. Por favor, Lou, necesito correrme. Necesito...

La respuesta de Lou fue deslizar tres dedos dentro de ella.

La dilatación era perfecta: plena y satisfactoria de una forma que hizo que Camille gritara. Los dedos de Lou se curvaron, encontrando el punto que hacía que todo se volviera blanco, y su boca aumentó la presión en ese mismo instante.

El orgasmo estalló en Camille como una ola rompiendo en la orilla. Su espalda se arqueó separándose de la cama, sus músculos se contrajeron alrededor de los dedos de Lou y el placer irradió desde lo más profundo hasta que cada terminación nerviosa vibró con él. De su garganta brotaron sonidos —jadeos, gemidos y el nombre de Lou repetido como una oración— fuera de su control, más allá de todo excepto la sensación mientras crecía, rompía y volvía a crecer.

Lou no se detuvo.

Incluso cuando el primer orgasmo empezó a desvanecerse, ella siguió moviéndose: acariciando con los dedos, rodeando con la lengua, construyendo algo más. Camille apenas tuvo tiempo de

recuperar el aliento antes de que otra ola se alzara, esta vez más profunda e intensa que la primera.

—Lou... —Su voz se quebró—. No puedo... es demasiado...

—Puedes. —El aliento de Lou era cálido contra su piel hipersensible—. Uno más. Dame uno más.

El segundo orgasmo la recorrió con una intensidad que rozaba lo abrumador. La visión de Camille se oscureció por los bordes, su cuerpo temblaba incontroladamente mientras el placer la consumía y sentía el ya familiar flujo cálido y húmedo de líquido acumulándose bajo ella en el edredón. Fue vagamente consciente de que los dedos de Lou salían suavemente de ella, de un beso tierno en la parte interna del muslo, de Lou trepando para abrazarla mientras los temblores remitían lentamente.

—Te tengo —murmuró Lou contra su pelo—. Te tengo.

Camille se aferró a ella, con lágrimas escapándosele por las comisuras de los ojos; no de tristeza, sino por la pura intensidad de lo que acababa de experimentar. Lou la sostuvo en todo momento, acariciándole la espalda, presionando suaves besos en su sien.

Cuando finalmente Camille encontró su voz, esta sonó quebrada y llena de asombro. —¿Qué es esto? ¿Qué somos?

—Lo que tú quieras que seamos. —Lou le acunó la cara con la mano, secándole una lágrima con el pulgar—. No me voy a ningún lado.

—Me estoy enamorando de ti —las palabras brotaron antes de que Camille pudiera detenerlas: crudas, honestas y aterradoras en su verdad—. Esto no es una duda ni una confusión. Es un hecho. Me estoy enamorando de ti y no sé cómo hacerlo mientras me escondo.

Los ojos de Lou brillaron en la penumbra. —No tienes que decidir nada esta noche. Tenemos tiempo.

—¿Lo tenemos? —Camille presionó su frente contra la de Lou—. Cada día que me escondo me siento como una mentira. Cada pregunta que esquivo, cada rumor que niego... desgasta algo por dentro. No quiero construir nuestra relación sobre una base de secretos.

—Entonces no lo haremos. No para siempre. —Lou la besó suavemente—. Cuando estés lista —cuando estemos listas— lo

resolveremos juntas. Pero esta noche no tiene por qué ser de decisiones. Esta noche puede ser simplemente sobre esto.

Besó a Camille de nuevo, más profundamente esta vez, y Camille se dejó llevar. Se permitió olvidar, por ahora, las complicaciones que esperaban fuera de esta habitación. Las preguntas, las cámaras y el peso de las expectativas públicas.

Aquí, en los brazos de Lou, nada de eso importaba.

Hicieron el amor de nuevo, más despacio esta vez; Camille exploró el cuerpo de Lou con la misma atención que Lou le había dedicado al suyo. Besó el plano del vientre de Lou, saboreando el salitre y el deseo en su piel. Aprendió los lugares que la hacían jadear: el punto sensible bajo el ombligo, el aire que tomaba bruscamente cuando la boca de Camille encontraba la cara interna de su muslo. Usó su lengua con una confianza creciente hasta que Lou se aferró al cabecero, con las caderas moviéndose contra la boca de Camille y la voz rompiéndose en sonidos que hicieron que el propio deseo de Camille volviera a dispararse.

Cuando Lou llegó al clímax, lo hizo con una crudeza que Camille nunca le había visto; las defensas despojadas, el placer escrito en cada línea de su cuerpo. La reciprocidad se sintió sagrada, una ofrenda mutua de vulnerabilidad que las unía de formas que las palabras nunca lograrían.

Después, yacieron enredadas en las sábanas húmedas y revueltas, con el sudor enfriándose en su piel y la ciudad centelleando tras la ventana como una promesa o una amenaza. El brazo de Lou rodeaba la cintura de Camille, con su respiración cálida y constante contra el hombro de Camille. La habitación olía a sexo, a sudor y a esa intimidad particular de dos cuerpos que se han reconocido en la oscuridad.

—Esto no es una fase —dijo Camille en voz baja—. No es confusión, ni experimentación, ni yo intentando aclarar mis ideas.

—Lo sé. —La voz de Lou era suave, segura.

—Soy gay. O bisexual. O... sea cual sea la palabra, incluye quererte a ti. —Camille giró la cabeza, encontrándose con los ojos de Lou—. Eso es lo que sé. De eso es de lo que estoy segura.

Lou sonrió; esa sonrisa rara y sin reservas que transformaba su rostro habitualmente serio. —Eso es suficiente. Eso es más que suficiente.

Camille la besó de nuevo, sellando la promesa entre ambas. Los dedos de Lou trazaron patrones ociosos en su cadera, y Camille se abandonó al contacto, memorizando su peso y su calor.

Fuera, Nueva York seguía girando: las sirenas aullando a lo lejos, el tráfico zumbando veinte pisos más abajo, el motor interminable de una ciudad que nunca se detiene. Indiferente a la revolución silenciosa que estaba ocurriendo en esa habitación de hotel anónima.

Pero dentro, todo había cambiado.

# 14

El ascensor emitió un pitido. Lou retrocedió, recuperando la distancia profesional, mientras las puertas se abrían a la planta del aparcamiento donde esperaba el autobús del equipo.

Camille la siguió fuera, con el corazón todavía a mil pero sintiendo que el pánico empezaba a transformarse en algo más manejable. La calma de Lou era contagiosa; la seguridad imperturbable de alguien que había pasado décadas lidiando exactamente con ese tipo de escrutinio.

El autobús ya estaba medio lleno cuando subieron, y el aire estaba cargado con ese olor particular del agotamiento tras el partido: sudor, vendajes deportivos y la adrenalina persistente de la victoria. Frankie se había adueñado de la fila de atrás, con Elise a su lado con una tableta abierta en las estadísticas del partido. Rowan estaba sentada sola cerca del medio, con los auriculares puestos, ya perdida en cualquier música que la ayudara a desconectar. El ruido habitual del triunfo llenaba el espacio: risas cansadas, debates sobre jugadas repetidas, la satisfacción particular de un equipo que se había demostrado algo a sí mismo.

Camille se sentó tres filas por delante de Lou. Distancia profesional. No hay nada que ver aquí. El asiento de vinilo crujió bajo ella mientras se acomodaba, y presionó la frente contra el frío

cristal de la ventana, viendo pasar el muelle de carga del estadio mientras el autobús arrancaba.

Pero pudo sentir la mirada de Lou en la nuca durante todo el trayecto al aeropuerto. Podía percibir la conexión vibrando entre ellas a pesar de la separación física, el hilo invisible que se tensaba cada vez que recordaba lo que habían hecho la noche anterior. Lo que significaban la una para la otra ahora.

El aeropuerto fue su propia prueba de fuego: aficionados esperando cerca de la puerta, con los móviles fuera y listos, la última oportunidad para hacerse fotos antes de que el equipo desapareciera en la terminal de vuelos chárter. Las brillantes luces del vestíbulo hicieron que a Camille le dolieran los ojos tras el oscuro trayecto en autobús, y el ruido de la multitud la golpeaba como un peso físico.

Sonrió, firmó y posó, dejando que su formación mediática la guiara a través de gestos que habría podido realizar dormida. El rotulador en su mano dejó trazos negros en sus dedos, y le dolían las mejillas de tanto mantener esa expresión perfecta para las cámaras.

Una adolescente le tendió una camiseta. —Eres mi heroína —dijo, con la voz temblorosa por la intensidad—. Quiero jugar exactamente como tú.

Las palabras golpearon a Camille en un lugar inesperado. Miró a la chica —de unos dieciséis años, con la complexión larguirucha de una atleta en desarrollo y unos ojos que contenían toda la esperanza hambrienta que Camille recordaba de su propia juventud—.

—Trabaja más duro que nadie —le dijo Camille, firmando la camiseta con esmerada atención—. Y no dejes que nadie te diga qué es posible.

La chica radiaba de felicidad. Detrás de ella, Lou mantenía un intercambio similar con un grupo de aficionados, con una sonrisa más suave que la versión para los medios que lucía Camille.

Por eso era importante. No solo por los partidos, la clasificación o el sueño de jugar en la PWHL, sino por las niñas que miraban, las que necesitaban ver a mujeres triunfando al más alto nivel, las que crecerían creyendo que ellas también podrían hacerlo.

Si Camille salía del armario, esas niñas verían algo más. Verían que se podía ser lesbiana y tener éxito. Que se podía ser honesta sobre a quién amabas sin perder todo aquello por lo que habías trabajado.

*Si salía del armario.*

El peso de esa posibilidad se asentó en su pecho mientras subía al vuelo chárter. Era diferente al pánico de la sala de prensa; más pesado, más complejo, enredado con la esperanza y el terror y el dolor particular de desear algo que no estaba segura de ser lo bastante valiente como para tomarlo.

Lou se dejó caer en el asiento a su lado. El avión estaba configurado para el equipo, con asientos más anchos y más espacio para las piernas que en los vuelos comerciales, pero aun así estarían a la vista de cualquiera que mirara en su dirección.

—¿Estás bien? —La voz de Lou era apenas un susurro—.

—No —Camille clavó la mirada en el respaldo del asiento de delante, observando a la tripulación completar los preparativos previos al vuelo—. Pero lo estaré.

—Las fotos te han alterado de verdad.

—No son solo las fotos —Camille se arriesgó a lanzar una mirada de reojo. El perfil de Lou estaba iluminado por la tenue luz de la cabina; fuerte, firme e insoportablemente bello—. Es todo. Las preguntas, el escrutinio, la forma en que me miran como si les debiera acceso a cada parte de mi vida. He lidiado con ello durante años, pero ahora es diferente. Porque ahora hay algo real que ocultar.

La mano de Lou buscó la suya en la oscuridad entre sus asientos. Ocultas a la vista pero infinitamente presentes.

—He estado ocultándome toda la vida —dijo Lou en voz baja—. Te acabas acostumbrando. Aprendes qué mentiras son seguras, qué verdades son peligrosas, cómo dar a la gente lo justo para satisfacer su curiosidad sin exponer lo que importa.

—Eso suena agotador.

—Lo es —el pulgar de Lou trazó un círculo lento contra la palma de Camille—. Pero también me ha dado esto: la capacidad de

proteger algo preciado. De mantener a los lobos alejados de la puerta hasta estar lista para enfrentarme a ellos.

—¿Estás lista ahora?

La pregunta quedó suspendida entre ellas mientras el avión empezaba a rodar hacia la pista.

—No lo sé —admitió Lou—. Pero por primera vez en mi vida, creo que quiero estarlo.

Los motores rugieron mientras despegaban hacia la noche de Nueva York, dejando atrás la resplandeciente extensión de la ciudad. El avión viró y, a través de la pequeña ventanilla ovalada, Camille vio cómo las luces se reducían a puntos; la cuadrícula de Manhattan se volvía abstracta, el Hudson una cinta oscura serpenteando entre los distritos. La geografía de su antigua vida se volvía distante e irreal.

En algún lugar ahí abajo, los periodistas estaban redactando las crónicas del partido de esta noche. Los editores estaban decidiendo si las fotos del restaurante merecían un titular. Las redes sociales bullían con especulaciones y rumores, esa máquina interminable que convertía los momentos privados en consumo público.

Pero aquí arriba, a diez mil metros sobre el ruido, la mano de Lou estaba cálida en la suya. Y eso importaba más que todo lo demás.

Camille apoyó la cabeza contra el respaldo, sintiendo que el agotamiento finalmente alcanzaba a la adrenalina que la había sostenido durante el partido, la rueda de prensa y el pánico posterior. Sus ojos se cerraron y se permitió imaginar un futuro donde ocultarse no fuera necesario. Donde pudiera estar al lado de Lou a la luz del día y llamarla por lo que era.

*La mujer de la que estaba enamorada.*

El pensamiento debería haberla aterrorizado. En cambio, envuelta en el ronroneo de los motores y el calor de la presencia de Lou a su lado, lo sintió como volver a casa.

# 15

Lou nunca se había enamorado antes.

Se dio cuenta de ello en algún punto sobre Pensilvania, a treinta mil pies de altura sobre el mosaico de granjas y bosques que separaba Nueva York de Phoenix Ridge. Bajo ella, el mundo estaba organizado en pulcros cuadrados y rectángulos: reconocible, abarcable, cartografiado. Sobre ella, el cielo de la mañana se extendía infinitamente hacia un horizonte que no alcanzaba a ver.

A su lado, Camille dormía.

Su cabeza se había ladeado hasta el hombro de Lou en algún lugar sobre Ohio; su cabello rubio caía sobre el brazo de Lou como una cortina de seda. Su respiración era lenta y acompasada, su rostro relajado de una forma que nunca lo estaba cuando estaba despierta. Sin la constante puesta en escena de su personaje público, Camille parecía más joven. Más suave. Inbearablemente hermosa.

Lou giró la cabeza, aspirando el aroma del champú de Camille, algo caro y floral que probablemente costaba más que el presupuesto mensual de Lou para la compra. La intimidad del momento le oprimía el pecho. Así de cerca podía contar las pestañas de Camille, podía trazar las tenues pecas del puente de su nariz que el maquillaje solía ocultar.

La noche anterior algo había cambiado. No solo el sexo —aunque el recuerdo del cuerpo de Camille bajo el suyo todavía hacía que el calor inundara el vientre de Lou—, sino todo lo que conllevaba. Las confesiones. Las lágrimas. La cruda honestidad de dos personas que finalmente se mostraban tal como eran.

—Me estoy enamorando de ti.

Las palabras de Camille resonaron en la memoria de Lou, y algo cálido y aterrador floreció en respuesta. Había pasado toda su vida manteniendo a la gente a raya. Protegiéndose precisamente de este tipo de vulnerabilidad. Y ahora aquí estaba, en un vuelo chárter rodeada de compañeras, con el corazón al descubierto ante una mujer que podría destrozarlo sin ni siquiera intentarlo.

La mano de Camille se había desplazado hasta el muslo de Lou en algún momento del vuelo. El peso resultaba cálido a través de la fina tela del pantalón de chándal de Lou, con los dedos curvados relajadamente sobre el músculo. Un gesto inconsciente de posesión que hizo que Lou quisiera cubrirlo con su propia mano. Mantenerlo allí. No soltarlo nunca.

Pero no podía. Aquí no. Con todo el equipo disperso por la cabina, cualquiera de ellas podía echar un vistazo y verlas.

Lou se obligó a quedarse perfectamente quieta. A mantener la respiración pausada. A no hacer nada que pudiera atraer la atención hacia la mujer dormida a su lado o hacia los sentimientos que se reflejaban en su rostro por mucho que intentara ocultarlos.

La cabina estaba tranquila; la mayor parte del equipo dormía para recuperarse del agotamiento tras el partido y de la celebración nocturna que le había seguido. Frankie roncaba suavemente tres filas más atrás. Elise llevaba puestos los auriculares y tenía los ojos cerrados, absorta en cualquier podcast que la ayudara a desconectar. Rowan estaba sentada sola cerca de la parte delantera, leyendo algo en su tableta con la concentración particular de alguien que no quiere ser molestado.

«A salvo», se dijo Lou. Estaban a salvo. Nadie miraba. A nadie le importaba.

El pensamiento duró exactamente diecisiete segundos.

Mara Ellison salió de la zona de la cabina de mando, donde había estado hablando con la tripulación de vuelo sobre la hora de llegada. Avanzó por el estrecho pasillo con el paso firme de quien es dueño de cada espacio en el que entra, con sus ojos afilados recorriendo la cabina con la evaluación instintiva de una entrenadora.

Esos ojos se posaron en Lou y Camille.

En la cabeza rubia que descansaba sobre el hombro de Lou. En la mano apoyada sobre el muslo de Lou. En la particular intimidad de su postura, que hablaba de algo mucho más profundo que dos compañeras de equipo compartiendo espacio en un vuelo.

A Lou se le dio un vuelco el corazón.

La expresión de Mara no cambió. Aquello fue casi peor de lo que habría sido una reacción: esa estudiada inexpresión que significaba que estaba procesando, archivando información para usarla más tarde. Mantuvo la mirada de Lou durante un largo instante, con algo brillando en sus ojos que podría haber sido comprensión, decepción o ambas cosas.

Luego continuó por el pasillo, desapareciendo hacia la parte trasera del avión sin decir una palabra.

Lou se quedó petrificada, con el pecho apretado por un repentino pavor. Le habían sudado las palmas de las manos y el aire confortable de la cabina de repente le resultó asfixiante. Camille seguía durmiendo, ajena al terremoto que acababa de sacudir el suelo bajo sus pies. Su respiración seguía siendo rítmica, su rostro estaba en paz, totalmente inconsciente de que su cuidadoso secreto acababa de ser descubierto.

Mara lo sabía.

El peso de ese pensamiento oprimía el pecho de Lou como algo físico. Nueve años llevaba jugando en Phoenix Ridge, nueve años manteniendo la cabeza baja y su vida personal invisible. Y en un momento de descuido, en un vuelo en el que se había permitido sentirse segura, lo había echado todo a perder.

Las palabras daban vueltas en la mente de Lou en un bucle infinito mientras el avión comenzaba el descenso hacia Phoenix Ridge. Mara lo sabía. Mara, que había sido contratada para convertir a este equipo en ganador. Mara, que valoraba la disciplina por

encima de todo. Mara, que tenía el poder de hacerles la vida muy difícil si decidía que esta relación era una distracción.

Lou se movió con delicadeza, retirando la cabeza de Camille de su hombro mientras el capitán anunciaba la aproximación. Camille se despertó lentamente, parpadeando ante la luz de la cabina; sus ojos azules buscaron los de Lou con una sonrisa somnolienta que hizo que a Lou le doliera el pecho.

—Ya casi estamos en casa —dijo Lou en voz baja.

—Mmm. —Camille se estiró y su mano resbaló del muslo de Lou —. Me he pasado todo el vuelo durmiendo. Deberías haberme despertado.

—Necesitabas descansar.

La sonrisa de Camille se desvaneció un poco al leer algo en la expresión de Lou. —¿Pasa algo?

—Nada. —La mentira le supo amarga a Lou—. Solo estoy cansada.

El aterrizaje fue suave y el desembarque eficiente. Lou se movió mecánicamente, recogiendo su equipaje de mano, avanzando por el pasillo con sus compañeras, entornando los ojos ante el brillante sol de Phoenix Ridge mientras cruzaban la pista hacia la terminal.

El contraste entre Nueva York y Phoenix Ridge era chocante. Aquí, el aire olía a salvia y polvo en lugar de a humo de coches y pizza. El cielo se extendía en un azul infinito, sin rascacielos que lo empañaran, y las montañas en la distancia se alzaban marrones y sólidas contra el horizonte. El aeropuerto de Phoenix Ridge era pequeño, regional, nada que ver con el caos del JFK o LaGuardia. El calor seco las envolvió como un abrazo familiar tras el frío cortante de Nueva York.

Lou inspiró profundamente, intentando serenarse en aquel paisaje conocido. Este era su hogar. Aquí era donde había construido su vida, su carrera, su mundo cuidadosamente estructurado. Y ahora ese mundo se estaba resquebrajando por las costuras.

Estaba bajando del autobús del equipo al llegar al pabellón de las Valkyries cuando la voz de Mara cortó el parloteo del equipo.

—Calder. Laurent-Dubois. A mi despacho. Ahora.

La sangre de Lou se heló.

Intercambió una mirada con Camille; vio el destello de pánico en esos ojos azules antes de que el entrenamiento de Camille con los medios entrara en juego, suavizando su expresión hacia una estudiada neutralidad. Siguieron a Mara en silencio, sintiendo las miradas curiosas de sus compañeras clavadas en sus espaldas mientras se separaban del grupo.

El despacho de Mara estaba en el ala administrativa del pabellón, una sala austera dominada por pizarras blancas cubiertas de diagramas de jugadas y un escritorio apilado con informes de ojeadores. Cerró la puerta tras ellas con un clic rotundo y luego se giró para mirarlas con los brazos cruzados.

—Siéntense.

Se sentaron. Las sillas eran incómodas, de plástico rígido, diseñadas para ser funcionales más que cómodas. La rodilla de Lou rebotaba inquietamente bajo el escritorio, un hábito nervioso que nunca había sido capaz de corregir.

Mara las estudió durante un largo rato con expresión indescifrable. Cuando finalmente habló, su voz fue tranquila pero firme.

—Voy a decir esto una vez y no volveremos a discutirlo a menos que las circunstancias nos obliguen. ¿Entendido?

Lou asintió. A su lado, Camille hizo lo mismo.

—No me importa con quién se acuesten. No me importa con quién salgan, a quién amen o con quién pasen sus noches. Su vida personal es asunto suyo, y no tengo ni el derecho ni el deseo de controlarla. —La mirada de Mara se volvió más aguda—. Pero su vida profesional sí es asunto mío. Y en este momento, su vida profesional está dedicada a un único objetivo: meter a este equipo en la PWHL.

—Entrenadora... —empezó Camille.

—No he terminado. —Mara levantó una mano—. Las dos sois jugadoras con talento. De las mejores que he entrenado. Pero el

talento por sí solo no gana campeonatos. El enfoque sí. La disciplina también. La capacidad de dejar a un lado las complicaciones personales y darlo todo por el juego; eso es lo que separa a los ganadores de los mediocres.

Se inclinó hacia delante, bajando la voz. —Lo que vi en ese avión me dice que se están distrayendo. Y la distracción, en este punto de la temporada, podría costárnoslo todo.

A Lou se le revolvió el estómago. Había sido tan cuidadosa. Ambas lo habían sido. Y aun así, Mara lo había visto de un solo vistazo.

—No estamos distraídas —dijo Lou con la voz más áspera de lo que pretendía—. Nuestro juego ha sido...

—Vuestro juego ha sido excepcional —admitió Mara—. Vuestra química en el hielo es innegable. Pero nos quedan cinco partidos, tres de ellos contra equipos que estarían encantados de eliminarnos de la competición. Un mal partido, un momento de distracción, y se acabó. Todo el trabajo que hemos hecho esta temporada se habrá esfumado.

La mano de Camille buscó la de Lou bajo el escritorio. Le dio un apretón y luego la soltó.

—¿Qué quiere que hagamos? —preguntó Camille en voz baja.

—Quiero que sean inteligentes. —Los ojos de Mara se movieron entre ambas—. Quiero que mantengan lo que sea que tengan en el ámbito privado y bajo control. Nada de muestras públicas, nada de comportamientos sospechosos, nada que pueda suscitar rumores o cotilleos que se conviertan en una distracción para el resto del equipo. ¿Pueden hacerlo?

—Sí —dijeron al unísono.

—Bien. —Mara se levantó, dando por terminada la conversación —. Pues ya hemos terminado. Idos a casa. Descansad. Mañana entrenamiento a las siete en punto.

Lou se levantó con las piernas temblorosas, con Camille a su lado. Llegaron a la puerta antes de que la voz de Mara las detuviera.

—Una cosa más.

Lou se giró. La expresión de Mara se había suavizado ligeramente; no era exactamente cordialidad, pero era algo más

parecido a la comprensión de lo que Lou esperaba.

—Por lo que pueda valer —dijo Mara en voz baja—, espero que funcione. Ambas os merecéis ser felices. Solo que... no a expensas de todo por lo que habéis trabajado. El momento oportuno es importante.

Las palabras deberían haber sido reconfortantes. En cambio, se asentaron en el pecho de Lou como si fueran piedras.

Caminaron hacia el aparcamiento en silencio, con el sol pegando fuerte sobre sus hombros. El coche de Camille estaba aparcado cerca del de Lou, ambos en la sección del equipo. La distancia entre los vehículos parecía una metáfora que Lou no quería analizar.

—Tiene razón, lo sabes. —Lou se detuvo junto a su camioneta con las llaves en la mano—. Sobre el momento oportuno. Sobre las distracciones.

Camille frunció el ceño. —Lou...

—He visto tu cara ahí dentro —Lou no podía sostenerle la mirada —. Estabas aterrorizada. En el momento en que Mara ha dicho que lo sabía, parecía que querías que el suelo te tragara.

—Claro que tenía miedo. Cualquiera lo tendría. —Camille intentó cogerle la mano, pero Lou dio un paso atrás—. Lou, ¿de qué va esto?

—Esto va de que estoy siendo realista. —Las palabras le rasparon la garganta a Lou como cristales rotos—. Tú misma lo dijiste: no estás preparada. Para salir del armario, para hacerlo público, para nada de eso. Y ahora nuestra entrenadora lo sabe, lo que significa que es solo cuestión de tiempo que alguien más se dé cuenta. Antes de que la prensa se entere. Antes de que toda tu vida cuidadosamente construida se desmorone por mi culpa.

—Eso no es...

—Soy un lastre. —Lou finalmente la miró, y el dolor en los ojos azules de Camille casi quiebra su determinación—. Para ti, para el equipo, para todo por lo que has trabajado. Mara tiene razón. Necesitamos concentrarnos. Necesitamos ganar estos partidos y clasificarnos para la PWHL. Y no podemos hacerlo si somos... —Se interrumpió, incapaz de terminar la frase. No encontraba palabras para el terror que había echado raíces en su pecho: el miedo a que

amar a Camille les costara todo a ambas, a que la felicidad que había vislumbrado en aquella habitación de hotel fuera un espejismo construido sobre arena.

—Lou. —A Camille se le quebró la voz—. Por favor, no hagas esto.

—No estoy haciendo nada. —Lou abrió la puerta de su camioneta, interponiendo el metal entre ambas como un escudo—. Solo... necesito espacio. Necesito pensar. Ambas lo necesitamos.

Se subió antes de que Camille pudiera rebatirle nada, antes de que su propia determinación se desmoronara. El motor rugió al arrancar, ahogando lo que fuera que Camille estaba diciendo mientras ella salía de la plaza de aparcamiento.

Por el espejo retrovisor, vio a Camille sola en el aparcamiento vacío, viendo cómo Lou se alejaba. Su pelo rubio captaba la luz del sol, volviéndose dorado. Incluso a esa distancia, Lou podía ver la desolación en su postura: el hundimiento de sus hombros, la forma en que sus brazos colgaban inertes a los costados.

Lou obligó a sus ojos a volver a la carretera.

El trayecto a casa duró veinte minutos; veinte minutos de aferrarse al volante con los nudillos blancos, de contener lágrimas que amenazaban con caer, de cuestionarse cada palabra que acababa de decir. Le temblaban tanto las manos que tuvo que detenerse en el arcén dos veces, agarrando el volante hasta que le dolieron los dedos mientras se obligaba a respirar para superar el pánico.

Cada kilómetro que ponía entre ella y Camille se sentía como un cuchillo girando en su pecho. Cada semáforo que se ponía en verde parecía un paso más por un camino que no quería recorrer.

Pero Mara tenía razón. El momento oportuno era importante. Y justo ahora, en el punto más crucial de la temporada de Phoenix Ridge, Lou no podía permitirse que su corazón se impusiera a su cabeza.

Entró en el camino de entrada de su casa cuando el sol comenzaba su descenso hacia las montañas. Su pequeña casa se veía igual que siempre: modesta, práctica, el tipo de lugar en el que

alguien construye una vida sin esperar que nadie más la comparta. Verla hizo que a Lou le doliera el pecho de una forma nueva.

Esto era lo que ella había elegido. Invisibilidad. Seguridad. Una vida lo suficientemente pequeña como para protegerla.

Y por primera vez en años, Lou se preguntó si esa protección había valido la pena.

Se quedó sentada en la camioneta durante mucho tiempo, con el motor apagado, viendo cómo cambiaba la luz a medida que el sol bajaba más. En algún lugar de la ciudad, Camille probablemente estaría haciendo lo mismo: sentada a solas, sufriendo, intentando dar sentido a lo que acababa de ocurrir entre ellas.

Lou había causado esto. Había herido a la mujer que amaba para protegerlas a ambas de un futuro que le daba demasiado miedo afrontar.

No se le escapaba la ironía. Había pasado toda su vida siendo invisible para evitar precisamente este tipo de dolor. Y ahora lo único que le dolía más que ser vista era la idea de perder a Camille por completo.

Pero no sabía cómo ser valiente. No sabía cómo dar un paso hacia la luz después de décadas en las sombras.

Así que se quedó sentada en su camioneta, a solas con sus decisiones, y vio cómo el cielo de Phoenix Ridge se teñía de oro a naranja y de naranja a rojo.

# 16

El hielo nunca se había sentido tan hostil.

Camille conocía a las Forest Vale Titans por su reputación: un equipo que jugaba al límite de lo legal, que utilizaba la intimidación y la agresión como armas tanto como la habilidad. Pero saber algo de forma intelectual y experimentarlo físicamente eran dos cosas totalmente distintas. Cada turno desde el saque inicial había sido una batalla, el tipo de hockey agotador y brutal que dejaba moratón sobre moratón y hacía que cada zancada se sintiera como escalar una montaña.

Estaba agotada. Emocionalmente. Físicamente. Mentalmente.

Le dolían los músculos por las constantes colisiones, las interminables batallas contra las vallas donde los codos buscaban las costillas y los sticks encontraban las espinillas. Ya había recibido dos golpes fuertes solo en el primer periodo, ambos lo bastante limpios como para que los árbitros no pitaran nada, pero lo suficientemente castigadores como para dejarle hematomas floreciendo bajo las protecciones. Las Titans no intentaban ganarles; intentaban romperlas.

Hacía seis días que Lou se había marchado en el coche dejándola en el aparcamiento. Seis días de silencio, de distancia profesional en el hielo, de la mirada de Lou pasando de largo como si fuera

invisible. Seis días fingiendo que todo iba bien mientras sentía el corazón en carne viva.

El ruido de la multitud la envolvió mientras se preparaba para otro saque neutral, un muro de sonido que ya apenas registraba. La central de Forest Vale que tenía enfrente era grande, de aspecto rudo, con una cicatriz que le partía la ceja y una sonrisa que prometía violencia.

El disco cayó.

Después de eso, todo sucedió rápido.

Camille ganó el saque de centro y envió el disco hacia atrás, hacia Frankie en la defensa. Comenzó su esprint por el hielo, anticipando el pase de salida que le daría una oportunidad en la zona ofensiva. El público gritaba, las luces brillaban y, en algún lugar de su visión periférica, alcanzó a ver a Lou moviéndose a su posición para apoyar el ataque.

No vio venir el golpe.

La defensa de las Titans la pilló por el lado ciego; un golpe limpio, técnicamente legal, pero medido con una precisión maliciosa para atrapar a Camille en su momento más vulnerable. Hombro contra hombro y, por un instante, Camille salió volando, con el cuerpo rotando de formas que la física no debería permitir.

Entonces impactó contra el hielo.

Su rodilla se dobló mal. Registró la náusea de la torsión de los ligamentos antes de que llegara el dolor: medio segundo de una sensación terrible, su cuerpo diciéndole que algo había sucedido y que no tenía vuelta atrás. Y entonces el dolor la golpeó, y todo lo demás dejó de existir.

Camille gritó.

No pudo evitarlo. El sonido desgarró su garganta mientras una agonía incandescente explotaba en su rodilla, irradiando hacia el muslo y hacia la espinilla hasta que sintió toda la pierna en llamas. Se encogió sobre la lesión por instinto, con las manos aferradas a la rodilla sobre las protecciones, tratando de comprender qué se acababa de romper dentro de ella.

Sonó el silbato. La rodearon gritos: compañeras, árbitros, el rugido de la grada pasando de la emoción a la preocupación. Camille

no podía concentrarse en nada de eso. Solo podía centrarse en el dolor y en la terrible certeza de que algo iba muy, muy mal.

—Camille —la voz de Frankie sonó cercana y urgente—. Camille, no te muevas. Ya viene la ayuda.

—Mi rodilla... —Las palabras salieron estranguladas, apenas audibles incluso para ella misma—. Frankie, mi rodilla...

—Lo sé. No te muevas. Los médicos están en camino.

Había manos sobre ella ahora; suaves, profesionales, el equipo médico que vivía para momentos como este. Camille se obligó a abrir los ojos, se obligó a mirar las caras que se cernían sobre ella. La doctora Hamilton, la médico del equipo, ya estaba lanzando preguntas de evaluación. —¿Cómo ha pasado? ¿Qué has sentido? ¿Puedes mover los dedos del pie?

Respondió con el piloto automático, con su cerebro aportando información mientras su corazón gritaba.

Ahora no. Así no. No cuando estaban tan cerca.

—Tenemos que sacarla del hielo —dijo la doctora Hamilton, con una voz calmada que no encajaba con la preocupación de sus ojos —. ¿Puede apoyarla un poco?

Camille lo intentó. El intento le envió nuevas punzadas de agonía por la rodilla, y se desplomó de nuevo contra el hielo con un sollozo.

—Camille —ordenó Hamilton—. Vamos a llevarla a la sala de curas.

Los siguientes minutos se fundieron en una bruma de movimiento y dolor. Unas manos fuertes la subieron a la camilla, la sujetaron, la llevaron por el hielo hacia el túnel. El público aplaudió —ese sonido particular de los aficionados mostrando su apoyo a un jugador lesionado—, pero Camille no pudo agradecerlo. Solo podía mirar las luces del pabellón pasando sobre ella mientras intentaba respirar entre oleadas de náuseas.

Vio fugazmente a Lou cuando la pasaron por delante del banquillo. Solo fue un destello: unos ojos verdes muy abiertos por algo que podría haber sido miedo, unas manos agarrando la valla con tanta fuerza que los nudillos estaban blancos. Entonces el túnel se la tragó, y Lou desapareció.

La sala de curas era luminosa y estéril, con olor a antiséptico y al frío particular de los espacios médicos. La pasaron a la mesa de exploración, le cortaron el equipo de protección con una eficiencia experta y comenzaron el proceso de evaluar los daños.

Camille miraba al techo e intentaba no llorar.

—La buena noticia —dijo la doctora Hamilton tras lo que parecieron horas de palpaciones y pruebas— es que no parece que sea el ligamento cruzado anterior. La articulación es estable. Pienso que es un esguince del ligamento lateral interno, posiblemente con algún problema de menisco. No lo sabremos con certeza hasta que le hagamos una resonancia.

—¿Cuánto tiempo? —La pregunta le raspó la garganta hasta dejarla en carne viva—. ¿Cuánto tiempo estaré fuera?

—No nos adelantemos. La prueba nos dirá más.

—¿Cuánto tiempo? —Camille se incorporó sobre los codos, ignorando el nuevo pinchazo de dolor—. Los partidos de clasificación. Nos quedan cuatro. ¿Podré jugar?

Hamilton dudó. Esa duda le dijo a Camille todo lo que necesitaba saber.

—Depende de lo que muestre la resonancia —dijo finalmente—. En el mejor de los casos, unas semanas de rehabilitación. En el peor... —Dejó la frase en el aire, pero Camille escuchó las palabras no dichas: en el peor de los casos, tu temporada se ha acabado.

Las lágrimas que había estado conteniendo finalmente brotaron.

Había trabajado mucho para llegar hasta aquí. Había sacrificado tanto: Nueva York, su relación con Mario (fuese lo que fuese aquello), su imagen pública cuidadosamente construida. Había venido a Phoenix Ridge para demostrar que podía ser algo más que una atleta famosa, algo más que la novia célebre de Mario King. Había encontrado algo real aquí. Algo por lo que valía la pena luchar.

Y ahora su cuerpo la traicionaba en el peor momento posible.

—Tengo que llamar a alguien. —Las palabras salieron antes de que la decisión estuviera plenamente formada—. ¿Puedo... puedo tener un momento?

Hamilton asintió, haciendo salir a su personal de la sala con discreción profesional. La puerta se cerró tras ellos, dejando a

Camille sola con su dolor, su miedo y el móvil que alguien había recuperado de su taquilla.

Su pulgar se cernió sobre el nombre de Lou en sus contactos.

Tres días de silencio. Tres días de Lou tratándola como a una extraña. Tres días fingiendo que lo que habían construido no significaba nada, que la mujer a la que amaba no se había alejado de ella en un aparcamiento.

Pero Camille la necesitaba. Necesitaba la presencia constante de Lou, su seguridad tranquila, su capacidad para hacer que el caos pareciera manejable. La idea de ir al hospital sola, de esperar los resultados de las pruebas en una sala estéril sin nadie que le diera la mano, era insoportable.

Casi pulsó el botón de llamada.

Pero entonces imaginó qué pasaría si Lou venía. Las preguntas. Las miradas. Las inevitables especulaciones de las compañeras y el personal sobre por qué Lou Calder lo había dejado todo para acompañar a Camille Laurent-Dubois a una cita médica. La fábrica de rumores se pondría a mil por hora, y la advertencia de Mara resultaría profética.

Distracción. Así las había llamado Lou. Un lastre.

Camille dejó el teléfono.

Haría esto sola. En realidad, llevaba años haciéndolo todo sola: la soledad de la vida pública, el aislamiento de estar constantemente representando una versión de sí misma que no era del todo real. Había sobrevivido a eso. Podría sobrevivir a esto.

Aunque se sintiera como si otra pieza de su corazón se rompiera.

La puerta se abrió y la doctora Hamilton regresó con una silla de ruedas y una expresión de simpatía.

—La sala de resonancia ya está lista para usted. La gente de Astoria ha organizado el transporte; estará en el Hospital Phoenix Ridge en veinte minutos.

—Gracias. —La voz de Camille salió más firme de lo que esperaba—. ¿Alguna noticia del partido?

—Vamos ganando por uno y quedan ocho minutos. —Hamilton la ayudó a sentarse en la silla de ruedas, con cuidado con su pierna

herida—. Sus compañeras están jugando con todas sus fuerzas. Están jugando por usted.

Las palabras deberían haber sido reconfortantes. En cambio, se retorcieron en las entrañas de Camille como un cuchillo. Sus compañeras estaban ahí fuera luchando, y a ella se la llevaban como si fuera mercancía dañada. Lou seguía en el hielo en este momento, defendiendo la ventaja y sacrificando su cuerpo, mientras Camille estaba sentada inútil en una silla de ruedas esperando a descubrir si su temporada había terminado.

El traslado al hospital fue una confusión de luces fluorescentes y el olor particular de las instalaciones médicas de todas partes. El conductor de la ambulancia intentó entablar conversación, algo sobre el partido y lo bien que había estado jugando, pero las palabras rebotaron en Camille como piedras sobre el hielo. La rodilla le palpitaba con cada latido, un tamborileo implacable que hacía imposible pensar en otra cosa.

La entrada de urgencias del Hospital Phoenix Ridge era todo cristal y cromo, dolorosamente brillante. La silla de ruedas se sentía clínica, impersonal, un vehículo para alguien que no podía valerse por sí misma. El personal con uniformes sanitarios pasaba de largo con eficiencia experimentada, apenas mirándola a la cara. Para ellos, era solo otra lesión, otro historial, otro cuerpo que procesar a través del sistema.

La llevaron a la sala de resonancia magnética, le explicaron el procedimiento y la introdujeron en la máquina que dictaría su destino.

Cuarenta y cinco minutos de yacer perfectamente inmóvil mientras los imanes zumbaban a su alrededor, con el traqueteo y el estrépito de la máquina formando patrones que casi parecían código morse; solo que nadie enviaba mensajes, nadie escuchaba. Cuarenta y cinco minutos mirando el techo curvo del escáner, con la superficie de plástico a centímetros de su cara, lo bastante cerca como para desencadenar algo claustrofóbico que Camille nunca había sabido que poseía. Los auriculares que le habían dado emitían música clásica, algo insulso y orquestal que no hacía nada por ocultar los

sonidos industriales de la máquina examinándola de dentro hacia fuera.

Intentó contar sus respiraciones. Intentó pensar en la técnica, en ejercicios de patinaje, en cualquier cosa que no fuera la pregunta que martilleaba su cráneo al compás de su corazón: qué gravedad tiene, qué gravedad tiene, qué gravedad tiene.

Cuarenta y cinco minutos intentando no pensar en todo lo que estaba en juego.

Su carrera. Su equipo. Su relación con Lou; lo que fuera que quedara de ella.

Para cuando la sacaron de la máquina, Camille estaba agotada de una forma que iba más allá de lo físico. La adrenalina se había desvanecido, dejando atrás un dolor sordo que abarcaba todo su cuerpo. La rodilla le palpitaba con cada latido, un recordatorio constante de lo rápido que podía cambiar todo.

—Los resultados tardarán unas horas —dijo el técnico, ayudándola a volver a la silla de ruedas—. La doctora Hamilton la llamará en cuanto estén listos.

Horas. Tenía horas de espera por delante, sola en una habitación de hospital con nada más que sus pensamientos y sus miedos.

La trasladaron a una habitación privada para esperar; una pequeña cortesía organizada por el equipo, supuso. La cama era estrecha e incómoda, y el delgado colchón no hacía nada por amortiguar su cuerpo dolorido. Las luces zumbaban sobre ella con ese zumbido fluorescente particular que parecía diseñado para hacer que todo se sintiera más clínico, más estéril, más solitario. Un monitor en algún lugar del pasillo pitaba a intervalos constantes, marcando el tiempo de una manera que hacía que cada minuto pareciera una hora.

La ventana daba al aparcamiento: hileras de coches cociéndose bajo el sol de Phoenix Ridge, con sus superficies metálicas devolviendo un resplandor blanco e hirviente. No eran exactamente vistas. Solo un recordatorio de que el mundo continuaba sin ella, que la gente conducía para ir a cenar y hacía la compra y vivía sus vidas normales mientras ella yacía aquí esperando saber si su temporada había terminado.

El silencio le presionaba los oídos como un peso físico. Camille sacó el móvil y se quedó mirando la pantalla.

No había mensajes de Lou.

Las Valkyries habían ganado 3-2, según la notificación deportiva que apareció. Una victoria muy trabajada que mantenía vivas sus esperanzas de clasificación. Frankie había marcado el gol de la victoria a falta de dos minutos. Rowan había jugado el partido de su vida en la defensa.

Y Camille no había visto nada, no había contribuido en nada a la victoria más allá de lesionarse y hacer que todo el mundo se preocupara.

Volvió a desplazarse por sus contactos. El nombre de Lou estaba allí, tres letras que contenían multitudes. Todo lo que tenía que hacer era pulsar llamar. Todo lo que tenía que hacer era tender la mano, admitir que tenía miedo, pedir lo que necesitaba.

Pero Lou había sido clara. Necesitaba espacio. Estaba protegiéndolas a ambas al alejarse.

Quizás esto era lo que Camille se merecía. Quizás esto era el universo diciéndole que querer demasiado siempre llevaba a perderlo todo. Había querido a Lou, había querido una vida más allá del espectáculo y la imagen pública, había querido algo real, complicado y vivo.

Y ahora estaba sola en una habitación de hospital, esperando a saber si su rodilla volvería a ser la misma, mientras la mujer a la que amaba fingía que no existía.

Camille dejó el teléfono sobre las rígidas sábanas del hospital y cerró los ojos.

Esta vez las lágrimas acudieron en silencio; no fueron los sollozos desesperados del hielo, sino la filtración lenta y constante de alguien a quien se le han acabado las formas de luchar. Dejó que cayeran, dejó que la almohada las absorbiera, se permitió sentir todo el peso de lo que había perdido.

No solo su rodilla. No solo su temporada.

Sino la esperanza que acababa de empezar a florecer antes de que Lou se marchara. La posibilidad de algo real y duradero por lo que valiera la pena arriesgarse. El futuro que había vislumbrado en

habitaciones de hotel y conversaciones susurradas; un futuro donde podía ser plenamente ella misma, plenamente amada, plenamente vista.

Ahora, el silencio al otro lado del teléfono de Lou se sentía permanente. Definitivo. Como una puerta que se cierra y que Camille no estaba segura de que pudiera volver a abrirse nunca.

# 17

Las Valkyries ganaron 3-2.

El marcador bien podría haber estado escrito en un idioma extranjero.

Lou se quedó ante la puerta del apartamento de Camille y se dijo a sí misma que eso era lo único que importaba. El equipo había salido adelante a pesar del caos, a pesar de la lesión, a pesar de la brutal agresividad del juego de los Titans. Frankie había marcado dos veces. Rowan había bloqueado tres tiros que habrían empatado el partido en el último minuto. Habían sobrevivido.

Pero la supervivencia le parecía vana cuando no podía dejar de pensar en cómo se habían llevado a Camille fuera del hielo.

Llamó a la puerta.

La puerta se abrió casi de inmediato; era Camille con muletas, con la pierna herida cuidadosamente colocada, y con el rostro pálido y demacrado de una forma que hacía que a Lou le doliera el pecho. La rodillera ortopédica que envolvía su rodilla parecía algo extraño y fuera de lugar, una pieza de equipo que no tenía nada que hacer en el cuerpo atlético de Camille.

—Has venido. —La voz de Camille sonó ronca, exhausta.

—Claro que he venido.

Lou entró sin esperar a que la invitaran. El apartamento estaba a oscuras, con las cortinas echadas contra el atardecer, y olía a

antiséptico y a algo floral; quizás el perfume de Camille, o las velas repartidas por todas las superficies. El aire acondicionado zumbaba suavemente, manteniendo el espacio fresco a pesar del calor del desierto que hacía fuera, y en algún lugar de la cocina un grifo goteaba con un ritmo constante. El lugar era hermoso de esa manera cuidadosa y estudiada en la que todo lo relacionado con Camille era hermoso, pero esta noche solo parecía vacío. Solitario. Como un escenario después de que el público se hubiera marchado a casa.

Camille apoyó las muletas contra la pared y avanzó a pequeños saltos hacia el sofá, con unos movimientos cuidadosos y doloridos. Lou la agarró por el codo, la sostuvo para darle estabilidad y la ayudó a dejarse caer sobre los cojines. El contacto envió una descarga eléctrica por el brazo de Lou; tres días sin tocarla, y su cuerpo respondía como una planta reseca por la sequía que finalmente recibe la lluvia.

No hablaron.

Había demasiado que decir, y no existían las palabras adecuadas. La advertencia de Mara resonaba en la mente de Lou en un bucle infinito: distracción, lastre, concentración. El miedo en los ojos de Camille cuando su entrenadora las había confrontado. La forma en que Camille se había estremecido cuando Mara pronunció la palabra «relación», como si el mero reconocimiento fuera peligroso.

Lou debería haber mantenido las distancias. Debería haber enviado un mensaje para ver cómo estaba, tal vez pasarse mañana cuando las emociones no estuvieran tan a flor de piel. Debería haber hecho cualquier cosa excepto lo que estaba haciendo ahora, que era hincar las rodillas junto al sofá y estrechar a Camille entre sus brazos.

Camille se desmoronó contra ella.

El sollozo que escapó fue silencioso, amortiguado contra el hombro de Lou, pero rompió algo en el pecho de Lou que ella no sabía que seguía intacto. Se aferró con más fuerza, con una mano acunando la parte posterior de la cabeza de Camille y la otra rodeando su cintura, anclándolas a ambas contra la corriente que amenazaba con arrastrarlas.

—Tenía tanto miedo —la voz de Camille apenas era un susurro—, cuando me caí, lo único que podía pensar era: «¿Y si esto es todo? ¿Y si no puedo volver a jugar? ¿Y si decepciono a todo el mundo?».

—No has decepcionado a nadie.

—Y luego en el hospital, esperando los resultados del escáner, me moría de ganas de llamarte —Camille se apartó lo suficiente para encontrarse con los ojos de Lou, con su mirada azul anegada en lágrimas—. Pero no podía. Porque si venías, la gente preguntaría por qué. Y yo no podía... no estaba preparada...

—Lo sé —Lou apartó una lágrima de la mejilla de Camille con el pulgar—. Lo sé.

El beso ocurrió sin una decisión consciente; sus bocas se buscaron en la semi-penumbra, desesperadas y hambrientas y teñidas de miedo. Camille sabía a sal y a la infusión de hierbas que probablemente había estado bebiendo para los nervios. Sus labios eran suaves, su lengua insistente, y Lou se dejó ahogar en ello porque ahogarse se sentía mejor que pensar.

—Te necesito —los dedos de Camille se enredaron en el pelo de Lou, atrayéndola más cerca—. Por favor. Necesito sentir algo que no sea esto.

Lou lo comprendía. El miedo a la lesión, la presión de la temporada, el peso de todo lo que no se estaban diciendo... todo ello exigía una vía de escape. Y esto, la conexión física entre ellas, era el único lenguaje que podían hablar ahora mismo sin arriesgarlo todo.

Ayudó a Camille a recostarse contra los cojines del sofá, teniendo cuidado con su rodilla herida. La camiseta de Camille salió primero —una de estilo henley de color gris suave que olía a su champú—, revelando el sujetador deportivo debajo. Lou lo desabrochó con dedos expertos, viendo cómo la tela caía para exponer los pechos que había memorizado en habitaciones de hotel y en las duchas de los vestuarios.

Hermosa. Camille era tan jodidamente hermosa que dolía mirarla.

Lou bajó besando el cuello de Camille, saboreando la sal de las lágrimas secas y la dulzura de su piel. La cabeza de Camille cayó

hacia atrás contra el brazo del sofá, y se le cortó la respiración mientras la boca de Lou bajaba más. La curva de su pecho, el pezón erguido, la sensible zona de debajo... Lou adoró cada centímetro con labios y lengua, arrancando suaves jadeos que llenaban el silencioso apartamento.

—Lou... —la voz de Camille se quebró al pronunciar su nombre.

—Aquí estoy —Lou siguió besando hacia abajo, cruzando el plano tembloroso del vientre de Camille—. Aquí me tienes.

Los pantalones cortos fueron más complicados, ya que requerían una maniobra cuidadosa sobre la rodillera. Lou los bajó lentamente, levantando la pierna herida de Camille con manos suaves, presionando un beso en la parte interna de su rodilla sana como disculpa por la torpeza. La ropa interior fue lo siguiente: algodón negro sencillo que de alguna manera lucía increíblemente elegante contra la piel de Camille.

Y entonces Camille quedó desnuda, excepto por la rodillera, extendida en su propio sofá como una ofrenda, y a Lou se le secó la boca de deseo.

Se situó entre los muslos de Camille, con cuidado de no poner peso cerca de la pierna herida. La posición puso su rostro a la altura del sexo de Camille; sonrosado y reluciente, con el dulce aroma de la excitación cortando cualquier otra cosa en la habitación. Lou presionó un beso en la parte interna de un muslo de Camille, luego en el otro, prolongando la anticipación hasta que las caderas de Camille se elevaron en una súplica silenciosa.

La primera caricia de la lengua de Lou arrancó un gemido que hizo que el calor se acumulara en su propio vientre. Camille sabía a deseo y a desesperación, a todo lo que Lou había estado anhelando durante días de distancia profesional. La lamió despacio, deliberadamente, aprendiendo las respuestas de Camille de nuevo: la forma en que jadeaba cuando Lou rodeaba su entrada, la forma en que sus muslos temblaban cuando la lengua de Lou encontraba su clítoris.

—Por favor... —los dedos de Camille se enredaron en el pelo de Lou, acercándola más—. Por favor, necesito...

Lou le dio lo que necesitaba.

Selló su boca sobre el clítoris de Camille y succionó suavemente; el jadeo resultante envió una oleada de satisfacción por su propio cuerpo. Luego pasó a dar pasadas largas y lentas con el plano de la lengua, acumulando presión con una atención paciente a cada escalofrío y jadeo. Las caderas de Camille se mecían contra su boca, buscando la sensación, y Lou dejó que ella marcara el ritmo. Esto era lo que Camille necesitaba: sentir que tenía el control de algo, saber que su cuerpo aún funcionaba, perderse en el placer en lugar de en el miedo.

Lou deslizó dos dedos en su interior mientras su lengua continuaba el asalto. Camille gritó, arqueando la espalda, con sus paredes internas apreatando los dedos de Lou con una intensidad voraz. La rodillera captó la luz mientras ella se movía, un crudo recordatorio de vulnerabilidad que hizo que Lou se esforzara más, queriendo reemplazar el recuerdo del dolor por algo mejor.

—Ahí mismo... —la voz de Camille se había vuelto aguda y sin aliento—. Dios, Lou, justo ahí...

Lou curvó los dedos, encontrando el punto que hacía que Camille viera las estrellas. Aumentó el ritmo, lengua y dedos trabajando al unísono, llevando a Camille cada vez más alto con cada movimiento. Los sonidos que llenaban el apartamento eran obscenos y hermosos; húmedos y desesperados y crudos de una manera que hacía que la propia excitación de Lou pulsara entre sus muslos.

Camille llegó al clímax con un sollozo, con todo su cuerpo estremeciéndose mientras el orgasmo la atravesaba. Lou la sostuvo durante todo el proceso, suavizando el contacto a medida que los temblores remitían, presionando suaves besos sobre la carne sensible hasta que los dedos de Camille se aflojaron en su pelo.

Cuando Lou levantó la vista, Camille la miraba con unos ojos que albergaban demasiadas emociones como para nombrarlas. Su pelo rubio estaba desparramado por el cojín, enredado y salvaje, y su pecho todavía subía y bajaba con los estertores del placer.

—Ven aquí —dijo Camille con voz ronca. Tiró de la camiseta de Lou, atrayéndola hacia arriba a lo largo de su cuerpo—. Te toca a ti. Quiero... necesito saborearte.

Las palabras enviaron fuego por las venas de Lou. Se desnudó rápido —camiseta, sujetador deportivo, los pantalones de chándal que traía del estadio— hasta quedar tan desnuda como Camille. El aire fresco del apartamento le puso la piel de gallina, pero la mirada de Camille era lo bastante caliente como para quemar.

—Siéntate en mi cara —las manos de Camille guiaron las caderas de Lou—. Por favor. Te quiero así.

A Lou se le cortó la respiración. Esto era nuevo; se habían explorado en duchas y camas de hotel, pero nunca exactamente así. La vulnerabilidad de la posición la hizo vacilar, con su cuerpo suspendido sobre el rostro de Camille mientras la duda se filtraba.

Pero Camille la miró con un deseo tan evidente que la duda no tuvo ninguna oportunidad.

Lou se bajó lentamente, con los muslos a horcajadas sobre la cabeza de Camille, y el primer contacto de la lengua de Camille la hizo jadear. Camille la lamió con una precisión hambrienta, con sus manos agarrando las caderas de Lou para mantenerla en su sitio, con la lengua trabajando con unos movimientos que hicieron que la visión de Lou se nublara.

—Joder... —la palabra escapó antes de que Lou pudiera detenerla. Se apoyó contra el brazo del sofá, con sus caderas moviéndose instintivamente contra la boca de Camille. La sensación era abrumadora: calor húmedo, presión deliberada y los suaves gemidos de Camille vibrando contra su parte más sensible.

La lengua de Camille rodeó su clítoris y luego se aplanó para dar pasadas amplias que hicieron temblar los muslos de Lou. Sus manos apretaron las caderas de Lou con más fuerza, manteniéndola en su sitio, tomando el control del ritmo de una forma que hizo que la respiración de Lou se entrecortara. El placer aumentaba de forma constante, Camille aprendiendo qué hacía que el aliento de Lou se detuviera, ajustando su técnica con cada jadeo y gemido. Lou sintió que subía hacia el clímax, con su cuerpo tensándose ante el placer que Camille le estaba dando.

—Así mismo... —la voz de Lou sonó rota, desesperada—. Camille, voy a...

Camille succionó su clítoris en el momento exacto, y Lou estalló.

El orgasmo la desgarró con una intensidad violenta, con sus caderas sacudiéndose contra la boca de Camille mientras oleada tras oleada de placer recorría su cuerpo. Un grito brotó de su garganta —el nombre de Camille, tal vez, o simplemente un sonido inarticulado de liberación—, y no le importó quién pudiera oírla a través de las paredes del apartamento.

Cuando finalmente aterrizó, sus brazos temblaban por el esfuerzo de sostenerse. Lou se apartó de la cara de Camille y se desplomó a su lado en el sofá, con sus cuerpos húmedos de sudor apretados el uno contra el otro.

Se quedaron allí tumbadas mientras la luz pasaba de un naranja crepuscular a un púrpura profundo, el silencio extendiéndose entre ellas como un aliento contenido. El sofá era demasiado estrecho para dos mujeres adultas, sus cuerpos presionados por la necesidad tanto como por el deseo. Lou trazaba dibujos ociosos en la cadera de Camille, memorizando su curva, mientras los dedos de Camille jugaban con el pelo corto de la nuca de Lou. El apartamento se había oscurecido; la única luz provenía ahora de las farolas de fuera que se filtraban por las cortinas en franjas ámbar por el suelo.

Ninguna de las dos habló.

Había consuelo en el silencio, la intimidad de unos cuerpos que acababan de dar y recibir placer, el entendimiento callado de que las palabras no eran necesarias. Pero también había algo más. Algo para lo que Lou no tenía palabras, una distancia que no tenía nada que ver con el espacio físico.

La respiración de Camille se había estabilizado, pero Lou se daba cuenta de que no estaba dormida. La tensión en su cuerpo era demasiado patente, la inmovilidad demasiado deliberada. Fuera lo que fuese lo que Camille estaba pensando, no lo estaba compartiendo.

Y Lou, a pesar de sus deseos de comprender, no se atrevía a preguntar.

La advertencia de Mara resonó de nuevo en su mente: distracción, lastre, concentración. El equipo las necesitaba alerta. Los partidos de clasificación no esperarían a que ellas aclararan sus

sentimientos. Cada momento pasado enredadas en este sofá era un momento arriesgando todo por lo que habían trabajado.

Pero marcharse se sentía imposible. Quedarse se sentía peligroso. Y Lou no sabía cómo navegar en el espacio intermedio.

Presionó un beso en el hombro de Camille, saboreando la sal y la satisfacción en su piel.

—Debería irme —murmuró Lou.

Los brazos de Camille se apretaron a su alrededor solo un instante —una protesta silenciosa que duró exactamente dos latidos — antes de soltarla.

—Vale.

Una palabra. Sin argumentos, sin súplicas para que se quedara, sin reconocer todo lo que no estaban diciendo. Solo un «vale», pronunciado en un tono cuidadoso y deliberadamente neutral.

Lou se vistió en la oscuridad, con los músculos doloridos por el partido, el sexo y el agotamiento emocional de fingir que todo estaba bien. Camille la observaba desde el sofá, con su pierna lesionada apoyada en una almohada y su expresión ilegible entre las sombras.

En la puerta, Lou hizo una pausa. Se volvió.

—Los resultados del escáner...

—Esguince del ligamento colateral medial. Posible afectación del menisco. —La voz de Camille era firme. Clínica—. Parece que serán de cuatro a seis semanas. Sabremos más después de la revisión.

De cuatro a seis semanas. Los partidos de clasificación habrían terminado para entonces. De una forma u otra, el destino de la temporada se decidiría sin Camille sobre el hielo.

—Lo siento —dijo Lou.

—No lo sientas. —La sonrisa de Camille no llegó a sus ojos—. Ya me las apañaré. Siempre lo hago. Así es el hockey —se encogió de hombros.

Lou asintió, con la garganta demasiado apretada para hablar. Quería decir algo más: «te quiero», tal vez, o «superaremos esto», o incluso solo «quédate». Pero las palabras se quedaron alojadas tras sus dientes, atrapadas por el miedo, el agotamiento y el peso de todo lo que Mara había dicho sobre las distracciones.

Salió al pasillo y cerró la puerta tras de sí, dejando a Camille sola en el oscuro apartamento con su lesión, sus temores y el silencio que lo decía todo.

El camino a casa fue un borrón de farolas, estática de radio y la soledad particular de amar a alguien que se le escurría entre los dedos.

Algo había cambiado entre ellas esta noche. Lou podía sentirlo como una grieta en el hielo: invisible para el observador casual, pero peligrosa para cualquiera que supiera dónde mirar. El sexo había sido desesperado y bueno, pero no había arreglado nada. En todo caso, había puesto su distancia de relieve con más dureza.

Se estaban quebrando. Y Lou, a pesar de toda su fuerza y entereza, no sabía cómo detenerlo.

Entró en su entrada y se quedó sentada a oscuras, con el motor dando chasquidos mientras se enfriaba. El teléfono se sentía pesado en su mano. La pantalla brillaba con fuerza en la oscuridad, con el nombre de Camille al principio de su hilo de mensajes; el último texto era un simple *Ya estoy en casa sana y salva* de hacía días.

Lou escribió. Borró. Volvió a escribir.

# TENEMOS QUE HABLAR

No. Demasiado ominoso. Demasiado parecido a lo que era en realidad.

***He estado pensando en lo que dijo Mara.***

Borrar. Borrar. Borrar.

Sus pulgares sobrevolaron el teclado. Las palabras que necesitaba decir eran imposibles de pronunciar en voz alta; lo había demostrado esta noche, huyendo del apartamento de Camille como una cobarde en lugar de decírselo a la cara.



No fue hasta días después, mientras yacía inquieta en la cama, con el cuerpo aún dolorido por el brutal partido, cuando Lou finalmente envió el mensaje.

# CAMILLE. NO PUEDO SEGUIR ASÍ

Lou se quedó mirando las palabras. Parecían incorrectas. Se sentían mal. Siguió escribiendo. Todo en este momento estaba mal, pero no veía otra forma de avanzar. No con el futuro del equipo pendiente de un hilo. No con la advertencia de Mara resonando en sus oídos. No con el terror de ser vista, de ser conocida, de ser vulnerable de formas que había pasado toda su vida evitando.

Su pulgar encontró el botón de enviar.

Lo pulsó antes de poder cambiar de opinión.

# 18

El mensaje de texto llegó a las 7:47 de la mañana, mientras Camille estaba a mitad de una serie en la prensa de piernas.

Su teléfono vibró contra el suelo de goma del gimnasio y la pantalla se iluminó con el nombre de Lou. El corazón de Camille dio un brinco, como siempre que Lou se ponía en contacto con ella; ese aleteo particular de anticipación que se había vuelto tan familiar como su propio latido durante las últimas semanas.

Terminó su serie, se limpió las manos con la toalla y cogió el teléfono.

***No puedo seguir haciendo esto. Me está volviendo loca y Mara tiene razón: tenemos que centrarnos en el equipo. Lo siento.***

Camille leyó las palabras tres veces. Cuatro. Cinco.

No cambiaron.

La máquina de prensa de repente le pareció fría debajo de ella; el asiento acolchado que había resultado cómodo unos segundos antes ahora era duro e implacable. Las luces fluorescentes del gimnasio zumbaban en el techo, demasiado brillantes, bañándolo todo con un blanco clínico y crudo. La rodilla le latía bajo la rodillera,

un recordatorio sordo de todo lo que ya había salido mal esta semana.

# NO PUEDO SEGUIR HACIENDO ESTO

Las palabras se volvieron borrosas mientras las lágrimas le escocían en los ojos. Pestañeó para contenerlas y se obligó a respirar, pero el pecho se le había tensado de una forma que no tenía nada que ver con el entrenamiento. A su alrededor, el gimnasio bullía con los sonidos habituales del entrenamiento matutino —el chocar de las pesas, el zumbido de las máquinas, el golpe sordo de alguien corriendo en una cinta—, pero ahora todo se sentía amortiguado, como si lo escuchara bajo el agua.

Elise estaba a dos máquinas de distancia, siguiendo su propia rutina de rehabilitación. Levantó la vista con sus ojos oscuros cargados de preocupación.

—¿Camille? ¿Estás bien?

—Bien —La palabra salió áspera, poco convincente. Camille metió el teléfono en el bolsillo de su sudadera y respiró hondo, lista para otra serie ligera de rehabilitación con su pierna mala—. Solo estoy cansada.

Se esforzó por completar otra serie, con su rodilla lesionada gritando en protesta, pero el dolor físico fue casi bienvenido. Le dio algo en lo que concentrarse además de en la sensación de que su corazón se estaba partiendo en dos. En la forma en que las palabras

de Lou se repetían en su mente en un bucle infinito: *No puedo seguir haciendo esto.*

El gimnasio olía a goma y sudor, y a ese olor químico particular de los productos de limpieza. Alguien había dejado las ventanas entreabiertas y una brisa cálida entraba del exterior, trayendo consigo el sonido lejano del tráfico y la brillante mañana de Phoenix Ridge. Camille intentó anclarse en esos detalles: la textura de los mangos acolchados bajo sus palmas, el ritmo de su respiración, el pitido constante del monitor de frecuencia cardíaca en la máquina de al lado. Cualquier cosa para no ahogarse en el mensaje de texto que le quemaba en el bolsillo.

Hace tres días habían estado enredadas en su sofá, la boca de Lou entre sus muslos, un placer tan intenso que lo había bloqueado todo lo demás. Hace tres días Lou la había abrazado como si ella importara, como si ellas importaran, como si lo que fuera que estaba creciendo entre ambas valiera la pena ser protegido.

Y ahora esto. Un mensaje. Ni siquiera una llamada telefónica.

Camille terminó su serie y se quedó allí sentada, respirando con dificultad, mirando al techo mientras las lágrimas surcaban sus mejillas en silencio. Se las secó antes de que Elise pudiera darse cuenta, pero le temblaban las manos. Le temblaba todo el cuerpo.

Elise apareció a su lado con una botella de agua en la mano. —Oye. —Su voz era tan amable que a Camille se le cerró la garganta —. Sea lo que sea lo que esté pasando, no tienes que fingir conmigo.

—No estoy... —A Camille se le quebró la voz. Se aclaró la garganta e intentó de nuevo—: Estoy bien. De verdad.

Elise no insistió. Se limitó a entregarle la botella de agua y se sentó en el banco de la máquina adyacente, con una presencia sólida y paciente. El silencio entre ellas no era incómodo; era el silencio de alguien que comprendía que, a veces, necesitas más un testigo que un consejo.

Camille se preguntó cuánto sabría Elise. Ella y Lou habían sido amigas durante años. ¿Habría notado Elise la forma en que Lou miraba a Camille en el vestuario? ¿Habría adivinado lo que estaba ocurriendo entre ellas, los momentos robados, los toques secretos y

la relación que había crecido en las sombras? La posibilidad de que otros hubieran visto lo que tanto se habían esforzado por ocultar hizo que a Camille se le revolviera el estómago.

Camille bebió el agua fría sin saborearla. El teléfono le quemaba en el bolsillo como un hierro al rojo vivo.

—Necesito aire —dijo finalmente—. Voy a por un café a Lavender's. Para despejarme.

Elise asintió. —¿Quieres compañía?

—No. Yo... no. Gracias.

Se suponía que caminar hasta Lavender's con las muletas la ayudaría. El aire de la mañana era fresco a pesar del sol de Phoenix Ridge, el tipo de clima que normalmente le levantaba el ánimo a Camille. Las palmeras se mecían suavemente junto a la acera, proyectando sombras cambiantes sobre el cemento, y en algún lugar cercano un sistema de riego siseaba mientras regaba un césped impecable. Sonidos normales. Vistas normales. Una mañana normal en Phoenix Ridge, mientras el mundo entero de Camille se desmoronaba.

Pero sus muletas hacían que el trayecto fuera torpe y lento, y cada paso le enviaba nuevas sacudidas de dolor a la rodilla que se mezclaban con el dolor de su pecho hasta que no podía distinguir cuál le dolía más.

Empujó la puerta de la cafetería y la campana familiar sonó sobre su cabeza con alegre indiferencia ante su miseria.

Y fue a estrellarse directamente contra un muro de cámaras.

—¡Camille! ¡Camille, por aquí!

—¿Es cierto que está saliendo con Lou Calder?

—Las fuentes dicen que las han visto juntas varias veces. ¿Quiere hacer algún comentario?

Había reporteros por todas partes; cinco o seis de ellos abarrotaban la pequeña cafetería, con teléfonos y cámaras apuntando a su cara como si fueran armas. Lavender, tras el mostrador, parecía horrorizada, paralizada mientras servía un café con leche que nunca terminaría. Los otros clientes se habían dispersado hacia los bordes de la sala, observando el espectáculo

con la fascinación particular de los que presencian un accidente de coche.

A Camille se le hundió el estómago.

—Sin comentarios. —Intentó retroceder hacia la puerta, pero con las muletas se movía con torpeza y su pierna lesionada se negaba a cooperar—. Solo he venido a por un café.

—¿Es Lou Calder su novia?

—¿Es usted lesbiana, Camille?

—¿Lo sabe Mario?

Las preguntas se sucedían a toda velocidad, y cada una aterrizaba como un golpe. La visión de Camille se nubló y los rostros de los reporteros se desdibujaron en una masa indistinta de ojos hambrientos y luces intermitentes. El pulso le atronaba con tanta fuerza que podía oírlo en sus oídos, ahogando todo lo demás. La cafetería de repente le pareció demasiado pequeña, las paredes la oprimían y el olor a café y bollería le revolvía el estómago. La cámara del teléfono de alguien hizo clic repetidamente, con un sonido parecido al de una ametralladora.

Aquella era su pesadilla. El escenario exacto que había temido desde el momento en que besó a Lou en aquella ducha: la exposición, las preguntas, la disección pública de algo privado y preciado.

No estaba preparada para esto. No estaba preparada para responder a preguntas que ni siquiera se había respondido del todo a sí misma. La relación con Lou —fuera lo que fuese, fuera lo que pudiera haber llegado a ser— debía ser privada. Protegida. De ellas.

Y ahora estaba siendo analizada en una cafetería por extraños que no se preocupaban por su dolor, sino solo por su historia.

—No tengo ningún comentario que hacer sobre mi vida personal. —La voz de Camille salió más firme de lo que esperaba; años de entrenamiento con los medios de comunicación florecieron a pesar del pánico que le atenazaba la garganta—. Por favor, respetad mi privacidad.

—Pero las fotos…

—No hay fotos. —Incluso mientras lo decía, Camille se preguntó si sería verdad. Alguien había hablado. Alguien había visto algo. ¿De

qué otra forma lo sabrían?

—Nuestras fuentes son muy fiables, Camille. Varios testigos han confirmado…

—He dicho que sin comentarios.

Pasó de largo haciendo presión con las muletas, que se engancharon en el pie de alguien, casi haciéndola caer de bruces. Una mano se alargó para estabilizarla —uno de los reporteros, y reconocerlo le provocó una sacudida de repulsión— y se apartó con tanta violencia que estuvo a punto de caerse de todas formas.

La puerta. Tenía que llegar a la puerta.

Camille salió despedida a la acera, y el sol de la mañana la agredió en los ojos tras la penumbra del interior de la cafetería. Un taxi estaba parado al ralentí en la esquina, dejando a un pasajero, y ella se precipitó hacia él con la energía desesperada de alguien que huye de un edificio en llamas. Sus muletas se engancharon en la acera irregular y tropezó, casi cayéndose, pero la adrenalina la mantuvo en pie. No podía caerse. No aquí. No delante de ellos.

—Conduzca —le dijo al chófer mientras se desplomaba en el asiento trasero, con las muletas golpeando contra la puerta—. Por favor. A cualquier parte. Conduzca.

El taxi se alejó del bordillo y Camille vio cómo Lavender's se hacía pequeña en la ventanilla trasera; los reporteros salían a raudales a la acera, gritando todavía preguntas, y sus voces se desvanecieron a medida que la distancia las engullía. Uno de ellos ya estaba al teléfono, probablemente llamando a un editor, probablemente redactando ya el titular que perseguiría a Camille el resto de su carrera.

***La estrella del hockey huye de las preguntas sobre su romance lésbico secreto.***
***Camille Laurent-Dubois y Lou Calder: la historia de amor que Phoenix Ridge no vio venir.***
***De Mario King a una mujer misteriosa: dentro del impactante nuevo romance de Camille.***

Los titulares se escribían solos en su mente, cada uno peor que el anterior.

Entonces llegaron las lágrimas.

No las lágrimas silenciosas y dignas del gimnasio, sino unos sollozos feos que le sacudían el cuerpo y que salían de su pecho como si algo se le estuviera arrancando de cuajo. Se apretó la mano contra la boca, intentando ahogar los sonidos, pero el conductor ya se había dado cuenta. Sus ojos se encontraron con los de ella en el espejo retrovisor; con simpatía pero incómodo, la mirada de alguien que se había apuntado para transportar pasajeros, no para presenciar crisis nerviosas.

—¿A algún sitio en particular, señorita?

Camille negó con la cabeza. No tenía adónde ir. Su apartamento ahora le parecía contaminado: recuerdos de Lou por todas partes, el sofá donde habían hecho el amor, la cama donde se habían susurrado secretos en la oscuridad. No podía enfrentarse al pabellón, no podía enfrentarse a sus compañeras de equipo con sus preguntas y su preocupación. No podía enfrentarse a nadie.

Lou había terminado las cosas por mensaje de texto.

Los medios de comunicación se habían enterado de lo suyo de alguna manera.

Y Camille estaba sola en la parte trasera de un taxi, llorando tan fuerte que no podía respirar, con la rodilla palpitando y el corazón hecho pedazos, sin tener ni idea de cómo recomponer nada de eso.

Buscó a tientas su teléfono, pensó en llamar a Lou: exigirle una explicación, rogarle que se lo replantease, gritarle por la cobardía de romper por mensaje. Su pulgar se detuvo sobre el contacto de Lou: la foto era de hacía semanas, con Lou sonriendo en un raro momento de descuido. Pero ¿qué sentido tendría? Lou había tomado su decisión. Las palabras eran claras: *No puedo seguir haciendo esto.*

Quizá Lou tuviera razón. Quizá aquello hubiera sido un error desde el principio: dos personas de mundos diferentes intentando construir algo en las sombras, pensando que la oscuridad las protegería. Quizá el amor siempre costara algo, y Camille había sido una tonta al pensar que podía tener aquello sin pagar el precio.

Pero, por Dios, no esperaba que el precio fuera tan alto.

—Señorita… —La voz del conductor interrumpió su espiral—. ¿Se encuentra bien ahí atrás?

—No —La palabra escapó antes de que pudiera detenerla, cruda y honesta de una forma que nunca lo era con extraños—. No, la verdad es que no.

El conductor asintió lentamente, con ojos amables en el espejo. —Hay un parque más adelante. Es agradable y tranquilo a estas horas de la mañana. A veces ayuda simplemente… sentarse un rato.

Camille se secó los ojos con el dorso de la mano. —Eso suena bien. Gracias.

La dejó en un pequeño parque en el que nunca se había fijado: una mancha de verde encajada entre edificios de oficinas, con bancos de madera a la sombra de los olivos y una fuente murmurando en el centro. Camille le pagó el doble de la tarifa y cojeó hasta el banco más cercano, con sus muletas dejando surcos en la hierba.

Se quedó allí sentada durante mucho tiempo, mirando la fuente y dejando que las lágrimas se secaran en sus mejillas. Una paloma aterrizó cerca de sus pies, picoteando migajas invisibles en la hierba. Un hombre de negocios pasó por delante sin mirarla, absorto en su teléfono. El mundo seguía girando, indiferente a su devastación.

El sol subió más alto, las sombras cambiaron a su alrededor y, poco a poco, el pánico retrocedió hacia algo más sordo. Más manejable. El dolor hueco de la pérdida se asentó en sus huesos como si tuviera intención de quedarse. La rodilla le latía al compás de su corazón, un recordatorio constante de todas las formas en que su cuerpo le había fallado esta semana.

No dejaba de pensar en la última vez que había visto a Lou: la forma en que Lou la había besado al despedirse en la puerta, la distancia prudente en sus ojos que Camille había intentado ignorar. ¿Acaso Lou ya estaba planeando esto? ¿Se habrían estado formando las palabras de aquel mensaje en su mente incluso mientras hacían el amor?

El pensamiento la puso enferma.

Lou se había ido.

El secreto había salido a la luz, o estaba tan cerca de salir que apenas importaba.

Y Camille tenía que averiguar qué venía después.

Su teléfono vibró. Otro mensaje, este de Elise: *Me he enterado de lo que ha pasado en Lavender's. ¿Estás bien? Llámame si necesitas algo.*

Camille miró el mensaje durante un buen rato. Luego escribió: *No estoy bien. Pero lo estaré.*

No estaba segura de si eso era cierto. Pero parecía el tipo de cosas que se dicen cuando la alternativa es admitir que todo se ha desmoronado y que no tienes ni idea de cómo recoger los pedazos.

La fuente seguía murmurando. El sol seguía brillando. En algún lugar al otro lado de la ciudad, Lou estaba probablemente en el pabellón, siguiendo los pasos del entrenamiento, fingiendo que todo iba bien. Fingiendo que no acababa de destrozar el corazón de Camille con doce palabras en la pantalla de un teléfono.

Camille se sentó sola en un banco de un parque que nunca antes había visto, preguntándose si el amor era siempre así de devastador o si simplemente ella había tenido la mala suerte de encontrar a alguien a quien valiera la pena perder. Preguntándose si venir a Phoenix Ridge había sido la peor decisión de su vida, o si conocer a Lou —a pesar de todo— era exactamente lo que necesitaba.

No tenía respuestas. Todo lo que tenía era una rodilla lesionada, un corazón roto y la certeza de que, cuando finalmente abandonara aquel banco, tendría que enfrentarse a lo que fuera que viniera después.

Por ahora, se quedó allí. Dejó que la fuente murmurara y que el sol brillara y que el mundo siguiera girando sin ella. Dejó que el parque contuviera su pena mientras ella descubría cómo cargar con ella por sí misma.

Por ahora, bastaba con respirar.

# 19

La bocina final sonó como un toque de difuntos, nítida y absoluta. LA Vixens 4, Phoenix Ridge Valkyries 2. Fin del partido.

Lou se quedó parada en el centro del hielo, con el stick colgando inerte a su costado, y observó a las Vixens celebrar su victoria. Se abrazaban, alzaban los puños al aire, patinaban en esos círculos jubilosos que suelen trazar los ganadores mientras los perdedores permanecen petrificados ante los restos de su propio fracaso. Su guardameta estaba de rodillas, con la máscara levantada y lágrimas de alegría recorriéndole el rostro. Su capitana alzaba un puño hacia su afición, empapándose de su adoración.

El ruido de la multitud era ensordecedor: los fans de LA vitoreando, los seguidores visitantes de Phoenix Ridge sentados en un silencio atónito; esa acústica particular de la derrota que Lou había aprendido a reconocer tras largos años de juego. El estadio olía a palomitas, a cerveza derramada y a la fría esencia metálica del propio hielo.

Habían perdido. Otra vez.

Ella había jugado fatal. Cada pase había sido una fracción de segundo demasiado lento, cada lectura defensiva llegaba tarde, cada batalla física la perdía contra rivales que parecían más despiertas, más hambrientas, más presentes de lo que Lou había estado en toda la noche. Las Vixens habían detectado su debilidad y la habían

explotado sin piedad, atacando su lado de la pista y forzándola a cometer errores que no debería haber cometido.

Sin Camille, la ofensiva se había bloqueado y estancado. Sin la estabilidad habitual de Lou, la defensa se había desmoronado. Todo el equipo había sentido la ausencia: la de su máxima goleadora, la de la concentración de su capitana, la de la cohesión que las había impulsado durante la primera mitad de la temporada.

Lou patinó hacia el túnel, con las piernas pesadas y el pecho oprimido por algo parecido a la vergüenza. El vestuario del equipo visitante aguardaba al final de un pasillo sombrío, con las paredes cubiertas de estandartes y fotos de campeonatos de sus oponentes; una galería de éxitos que se mofaba de las aspiraciones de las Valkyries.

Frankie la alcanzó en el túnel, con el rostro marcado por la cicatriz y gesto sombrío.

—Lou...

—No. —La palabra salió más cortante de lo que Lou pretendía—. Simplemente... no lo hagas.

El vestuario estaba sumido en ese silencio particular que invade a los equipos tras una derrota dolorosa; no el silencio devastado de una eliminación en los playoffs, sino la quietud desinflada de la duda acumulada. Las jugadoras estaban sentadas en sus sitios, quitándose el equipo con movimientos mecánicos, sin que nadie cruzara la mirada con nadie. El aire olía a sudor, a derrota y al caucho de la cinta de hockey al ser arrancada.

Lou se sentó en su banco y se quedó mirando sus guantes. Eran unos guantes viejos, desgastados y suaves por los años de uso, con el cuero manchado por el esfuerzo de incontables partidos. Las palmas estaban agrietadas tras años de empuñar sticks, y los dedos habían tomado la forma exacta de sus manos. Había llevado esos guantes en campeonatos y en momentos de angustia, en temporadas gloriosas y en temporadas desastrosas. La habían visto en sus mejores y en sus peores momentos.

Esta noche había sido su peor momento.

Se quitó los guantes despacio, metódicamente, ganando tiempo antes de tener que enfrentarse a nadie. La cinta de sus muñecas

estaba sudada y arrugada, y la desenrolló con unos dedos que temblaban ligeramente. A su alrededor, los sonidos del vestuario continuaban: el equipo golpeando el suelo, las duchas abriéndose, algún que otro murmullo de conversación que moría rápidamente.

La puerta se abrió de golpe y Mara entró con paso firme, con el rostro crispado por la expresión típica de una entrenadora que acaba de ver cómo su equipo se desmorona.

—Calder. A mi despacho. Ahora.

Lou se levantó sobre unas piernas que no sentía del todo como suyas y siguió a Mara por el pasillo hasta la pequeña sala que el estadio reservaba para los entrenadores visitantes. Era un lugar angosto y genérico, con un escritorio de metal, dos sillas de plástico y unas luces fluorescentes que hacían que todo el mundo pareciera agotado. Mara cerró la puerta tras ellas con un clic rotundo.

—¿Qué demonios ha sido eso? —La voz de Mara era baja, controlada, pero la ira que subyacía en ella era inconfundible—. Eso no ha sido hockey. Ha sido la sombra de una jugadora de hockey llevando su camiseta y esperando que nadie se diera cuenta.

Lou no tenía respuesta. Se quedó allí, todavía con los patines y las protecciones puestos, sintiendo cómo el sudor se secaba frío sobre su piel, aceptando la crítica porque se merecía cada palabra.

—La necesitábamos esta noche —continuó Mara, con la voz cortante como una cuchilla—. El equipo necesitaba a su capitana: presente, concentrada, liderando con el ejemplo. En su lugar, he tenido a un zombi con uniforme, limitándose a cumplir el expediente, cometiendo errores que nos han costado goles. Rowan ha defendido mejor que usted, y es una delantera cubriendo un hueco en la línea azul porque andamos escasas por las lesiones.

Aquellas palabras dolieron porque eran ciertas. Rowan, que solo llevaba unas semanas con el equipo, había puesto más corazón esta noche del que Lou había sido capaz de reunir. Ese conocimiento se asentó en el estómago de Lou como una piedra.

—Lo sé. —La voz de Lou salió ronca—. Lo sé. Lo siento.

—Sentirlo no nos mete en la PWHL. —Mara se apoyó contra el escritorio, con los brazos cruzados sobre el pecho—. Nuestros cálculos para la clasificación acaban de empeorar significativamente.

Necesitábamos los puntos de este partido. El siguiente es Boston, y están jugando el mejor hockey de su temporada. Si no ganamos ese partido...

—Sé cómo están los números.

—Entonces actúe en consecuencia. —Los ojos de Mara se clavaron en ella—. Sea lo que sea lo que le esté pasando —cualquiera que sea la situación personal que le esté devorando la concentración—, tiene que solucionarlo. Ya. Porque este equipo no puede permitirse otra actuación como la de esta noche.

Lou tensó la mandíbula. La situación personal. Como si pudiera simplemente «solucionar» el hecho de que había terminado las cosas con Camille mediante un mensaje de texto, que había elegido la salida de los cobardes porque enfrentarse a Camille directamente habría quebrado su determinación. Como si pudiera compartimentar esa sensación de que le habían vaciado el corazón, dejando atrás solo los bordes vivos del dolor.

—¿Me oye, Calder?

—La oigo.

—Bien. —Mara se incorporó—. Ahora vaya a asearse y suba al autobús. Tenemos un viaje largo de vuelta a Phoenix Ridge, y usted tiene mucho en lo que pensar.

Lou llegó hasta la puerta antes de que Mara volviera a hablar.

—Por lo que valga... No creo que alejarse de lo que fuera que pasara entre usted y Laurent-Dubois fuera la respuesta. Le dije que se concentrara. No le dije que se destrozara por dentro.

Las palabras aterrizaron como un puñetazo. Lou se aferró al marco de la puerta, con los nudillos blancos contra el metal, y no se dio la vuelta.

—No sabe de lo que habla.

—Sé reconocer un corazón roto cuando lo veo. —La voz de Mara se había suavizado, pero solo un poco—. Y reconozco a una jugadora intentando sacrificar su felicidad por el equipo. A veces esos sacrificios merecen la pena. Otras veces, no son más que otra forma de cobardía.

Lou salió antes de que Mara pudiera decir nada más. El pasillo estaba oscuro y vacío, y los sonidos de la celebración del equipo

local se oían distantes a través de las paredes. Se apoyó contra el hormigón un momento, presionando las palmas contra la superficie fría, intentando recordar cómo se respiraba.

Cobardía. La palabra resonaba en su cráneo, afilada y acusadora. Mara tenía razón. Lou había pasado tanto tiempo protegiéndose que se había olvidado de cómo arriesgarse. Y ahora, esa evasión le había costado todo: su relación, su concentración y, quizá, la oportunidad de su equipo de entrar en la PWHL.

Se separó de la pared y se dirigió a las duchas.

El viaje en autobús de vuelta a Phoenix Ridge fueron horas de autopista y silencio. El vehículo rugía en la noche, con el motor emitiendo un zumbido constante que llenaba los huecos donde debería haber habido conversación. Lou iba sentada sola cerca de la parte delantera, mirando por la ventana hacia la oscuridad del desierto, viendo cómo los faros de los coches que pasaban creaban breves constelaciones en la negrura. El aire acondicionado zumbaba sobre su cabeza y, en algún lugar al fondo, el móvil de alguien reproducía música con un volumen demasiado bajo para identificarla.

El equipo se desparramaba detrás de ella en diversos estados de agotamiento y decepción; nadie hablaba mucho, la energía habitual tras los partidos había desaparecido por completo. Unas pocas jugadoras dormían con la cabeza ladeada contra los respaldos o apoyada en las ventanas frías. Otras miraban sus teléfonos, pasando el dedo por la pantalla sin ver nada, usando el resplandor azul como una barrera para no tener que procesar la derrota.

Frankie intentó sentarse a su lado en dos ocasiones. La expresión de Lou la hizo retroceder ambas veces; esa mirada cerrada y particular que Lou había perfeccionado tras años de mantener a la gente a distancia. Ni siquiera su mejor amiga podía traspasar esos muros esta noche.

Elise se cruzó con su mirada una vez, con los ojos cargados de preocupación y algo parecido a la comprensión, pero tampoco se acercó. Quizá se había corrido la voz sobre lo que fuera que estaba pasando con Camille. Quizá todo el equipo se había dado cuenta de lo que Lou había sido demasiado estúpida para ocultar.

Ya no importaba. Nada importaba excepto el dolor hueco en el pecho de Lou y el conocimiento de que había fallado: le había fallado al equipo, se había fallado a sí misma y le había fallado a Camille al dejarla sola en aquel apartamento oscuro con nada más que un mensaje de texto como compañía.

Las palabras de Mara resonaban en su mente: «A veces esos sacrificios no son más que otra forma de cobardía».

¿Era eso lo que estaba pasando? ¿Se había convencido a sí misma de que estaba siendo noble —dando un paso atrás por el bien del equipo, protegiendo a Camille de las complicaciones de una relación pública— cuando en realidad solo había huido por miedo? ¿Había usado la advertencia de Mara como una excusa para retirarse antes de salir más herida?

La carretera se extendía ante ella, infinita y oscura. Lou apoyó la frente contra el cristal frío e intentó recordar por qué había pensado que todo esto era una buena idea.

Había pasado toda su vida siendo invisible. Jugando un hockey sólido y fiable mientras las jugadoras más llamativas se llevaban los titulares. Manteniendo la cabeza baja y su vida personal en privado, sin correr nunca riesgos que pudieran llamar la atención o crear complicaciones. Había sido una estrategia de supervivencia, pulida durante décadas de navegar por un mundo que no siempre dejaba espacio para mujeres que tenían su aspecto y amaban como ella.

Eso la había mantenido a salvo. La había mantenido empleada en un deporte que no siempre valoraba a mujeres como ella. Le había dado una carrera, un propósito, un lugar al que pertenecer.

Pero también la había mantenido sola. Y ahora, a los treinta y cuatro años, empezaba a comprender el coste de esa seguridad.

Y ahora, cuando finalmente había encontrado a alguien por quien valía la pena ser visible, le había entrado el pánico. Había elegido el aislamiento en lugar de la intimidad, la seguridad en lugar del riesgo, la comodidad familiar de la soledad por encima de la aterradora posibilidad de ser conocida de verdad.

El autobús entró en Phoenix Ridge a las tres de la mañana. El aparcamiento del estadio estaba vacío, el edificio a oscuras salvo por las luces de seguridad; todas las instalaciones se sentían

abandonadas en las horas muertas de la madrugada. Lou recogió su bolsa y caminó hacia su camioneta en piloto automático, con su cuerpo realizando movimientos que su mente apenas registraba.

Su teléfono tenía tres mensajes. Uno de Frankie: *Estoy aquí si necesitas hablar.* Uno de Elise: *Sea lo que sea lo que pase, no tienes que afrontarlo sola.* Y uno de un número que no conocía, probablemente algún reportero que había conseguido su contacto de alguna manera.

Nada de Camille.

Por supuesto que no había nada de Camille. ¿Por qué iba a haberlo? Lou había dejado su elección clara como el agua con ese mensaje; doce palabras que habían demolido todo lo que habían construido juntas. Ni siquiera le había dado a Camille el respeto de una llamada, de una conversación, de una oportunidad para discutir o llorar o convencer a Lou de que se quedara. Había tomado el camino del cobarde, enviándole un adiós por texto desde la seguridad de la distancia, y luego había apagado el móvil para no tener que enfrentarse a la respuesta.

¿Qué podría quedarle a Camille por decirle ahora? ¿Qué puede decir nadie después de semejante desplante?

Lou condujo a casa aturdida, viendo pasar las calles familiares de Phoenix Ridge como un sueño medio recordado. Su pequeña casa la esperaba al final de la calle, oscura y vacía, tan solitaria como ella había vuelto su vida. La luz del porche se había fundido hacía días y ella no se había molestado en cambiarla. El césped necesitaba un corte. El buzón estaba a reventar de catálogos y folletos que nunca leería. Pequeños descuidos que se habían acumulado mientras ella estaba ocupada intentando ser fuerte para todo el mundo excepto para sí misma.

Aquella noche no durmió. En su lugar, se sentó a la mesa de la cocina, con la vieja superficie de madera marcada por años de comidas en solitario, mirando fijamente la pared que necesitaba una mano de pintura y el calendario que todavía mostraba el mes pasado. La casa estaba demasiado silenciosa: solo se oía el zumbido del frigorífico y el crujido ocasional de la madera al asentarse.

Lou revivió cada momento de su relación con Camille, desde el encuentro en las duchas hasta el sexo desesperado en el sofá de la otra. Cada beso, cada caricia, cada confesión susurrada en la oscuridad. El aspecto del rostro de Camille bajo la luz de la mañana. El sonido de su risa cuando Lou decía algo inesperado. La forma particular en que su cuerpo se movía cuando era feliz.

Había tenido algo real. Algo precioso. Y lo había tirado a la basura porque tenía demasiado miedo para aferrarse a ello.

Cuando el sol finalmente se alzó sobre las montañas de Phoenix Ridge, Lou tomó una decisión. No una valiente —no estaba segura de que le quedara nada de valor—, sino una necesaria.

Cogió su teléfono y redactó un mensaje para Mara y Astoria.

***Renuncio a la capitanía. El equipo se merece un liderazgo mejor del que puedo ofrecer ahora mismo. Seguiré apoyando desde el banquillo, pero otra persona tiene que llevar la C.***

Pulsó enviar antes de poder echarse atrás.

El teléfono vibró casi de inmediato con un acuse de recibo de Mara; solo un breve *Recibido. Lo discutiremos mañana.* Sin juicios ni discusiones, solo la eficiencia clínica de una entrenadora que lidiaba con otra complicación en una temporada de por sí ya complicada.

Lou dejó el teléfono boca abajo sobre la mesa y esperó a que llegaran el resto de las consecuencias. No sabía qué pasaría después: si Astoria aceptaría su dimisión, si el equipo se recuperaría, si alguna vez encontraría la forma de volver a ser la persona que era antes de que Camille entrara en su vida y lo pusiera todo patas arriba.

Una cosa era segura: no podía seguir fingiendo. No podía seguir liderando un equipo cuando apenas podía liderarse a sí misma. No podía seguir llevando la C de capitana cuando había demostrado que no era digna de esa responsabilidad.

El sol ascendió más alto, pintando la cocina con franjas de oro y sombra, y Lou se quedó allí sentada, a solas con sus elecciones y

sus consecuencias.

# 20

La cafetería Lavender estaba casi vacía a las dos de la tarde de un tranquilo martes.

Camille estaba sentada en el reservado de la esquina, de espaldas a la pared, con una gorra de béisbol descolorida calada hasta las cejas sobre su pelo rubio sin lavar y unas gafas de sol de gran tamaño ocultándole casi todo el rostro. Apenas se había mirado al espejo antes de salir de su apartamento. El disfraz era patético —parecía exactamente una celebridad intentando pasar desapercibida—, pero era mejor que la alternativa. Los reporteros habían estado en todas partes desde el enfrentamiento de la semana pasada, acampados frente a su apartamento, esperando en el estadio, apareciendo en restaurantes y supermercados con sus cámaras y sus preguntas implacables.

# ¿ES CIERTO LO SUYO CON LOU CALDER?

¿CUÁNDO SE DIO CUENTA DE QUE ERA LESBIANA?

## *¿Lo sabe Mario?*

Había dejado de ir a casi cualquier sitio. Se quedaba en su apartamento con las persianas bajadas, pidiendo comida a domicilio y viendo cómo las paredes se le echaban encima. Los días se habían vuelto difusos: despertarse, ir al gimnasio, hacer los ejercicios de rehabilitación, llorar, dormir, repetir. Su teléfono estaba lleno de mensajes sin contestar de su agente, de su madre, de antiguas compañeras de equipo que habían visto los titulares. Las únicas llamadas que había atendido eran las del médico del equipo sobre su rodilla.

El único motivo por el que estaba aquí ahora era porque Elise le había enviado cuatro mensajes de texto con una urgencia cada vez mayor hasta que Camille finalmente aceptó reunirse con ella.

Elise estaba sentada frente a ella, con dos lattes intactos entre ambas, y sus ojos oscuros reflejaban una preocupación que le daban ganas de llorar a Camille. Los asientos de vinilo del reservado crujieron cuando Elise cambió de postura, con sus manos fuertes envueltas alrededor de la taza de café como si intentara extraer calor de ella.

—Tienes que oír esto de alguien a quien le importas —dijo Elise en voz baja—. Lou ha dejado de ser la capitana.

Las palabras cayeron como un golpe.

La mano de Camille dio un sacudida, casi volcando su latte. La taza de cerámica raspó contra la mesa y el café se desbordó por el borde. Apenas se dio cuenta. Todo su cuerpo se había quedado frío a pesar del calor de la cafetería, un entumecimiento que se extendía por sus extremidades como el hielo formándose en un estanque.

—Lou ha dejado de ser la capitana.

Hizo que Elise lo repitiera porque seguramente lo había oído mal. Pero la expresión de Elise confirmó la terrible verdad.

Camille esperaba malas noticias —se había estado preparando para ello desde que Elise le escribió pidiendo una cita—. Pero esto era peor de lo que se había imaginado. Lou había construido toda su identidad en torno a ser la líder de las Valkyries, la presencia constante que mantenía unido al equipo en todas las tormentas. Durante nueve años, había llevado esa C en su camiseta como una armadura. La capitanía no era solo un título para ella; era quien era.

—¿Cuándo? —La voz de Camille salió rasposa, desgarrada por días de llanto.

—Hace dos días. Después de que perdiéramos contra LA. —Los dedos de Elise se apretaron contra su taza—. Les envió un mensaje a Mara y a Astoria. Dijo que el equipo merecía un liderazgo mejor del que ella podía ofrecer en este momento.

—¿Y lo aceptaron?

—Mara no quería, pero Lou insistió. Dijo que no cambiaría de opinión dijera quien dijera lo que dijera. —Elise hizo una pausa, con expresión cautelosa—. No ha vuelto al estadio desde entonces. No contesta al teléfono. Frankie fue a su casa ayer; las luces estaban encendidas, pero Lou no abrió la puerta.

El pecho de Camille se contrajo alrededor del dolor que vivía allí ahora, un peso permanente que hacía que respirar pareciera un trabajo costoso. Ella había causado esto. Quizá no directamente, pero la cadena de acontecimientos conducía de vuelta a ella; a ellas, a lo que fuera que hubieran estado construyendo antes de que todo se desmoronara.

—¿Cómo está el equipo? —La pregunta parecía insuficiente, pero Camille no sabía qué más preguntar.

—Perdido. Confuso. Se supone que jugamos contra Boston dentro de tres días y nuestra mejor jugadora defensiva acaba de abandonar el liderazgo. —La voz de Elise era cuidadosamente neutra, pero la frustración se filtraba de todos modos—. Los cálculos para la clasificación son brutales ahora. Tendríamos que ganar todos los partidos que quedan para tener una oportunidad, y sin Camille marcando goles y sin Lou manteniendo unida la defensa...

No terminó la frase. No hacía falta.

—Lo siento. —Las lágrimas asomaron a los ojos de Camille tras las gafas de sol—. Nunca quise que pasara nada de esto.

—Sé que no fue así. —Elise alargó la mano sobre la mesa y le apretó la suya—. Nada de esto es culpa tuya. Tú no obligaste a Lou a alejarse. Tú no hiciste que los reporteros empezaran a hacer preguntas. Solo estás atrapada en medio de algo que se hizo más grande de lo que ninguna de las dos esperaba.

—Pero si yo no hubiera... si nosotras no hubiéramos...

—¿Si no os hubierais qué? ¿Enamorado la una de la otra? —La expresión de Elise se suavizó—. Camille, conozco a Lou desde hace cinco años. Nunca la he visto mirar a nadie como te mira a ti. Lo que sea que pasara entre vosotras... eso era real. Era importante. Y merecía algo mejor que cómo ha terminado.

Las lágrimas brotaron, resbalando bajo las gafas de sol y trazando surcos calientes por las mejillas de Camille. Se las secó con dedos temblorosos, agradecida por la cafetería vacía, por el anonimato del reservado de la esquina, por la presencia constante de Elise al otro lado de la mesa.

—Terminó las cosas por mensaje —susurró Camille—. Doce palabras. *Ya no puedo seguir con esto, me está volviendo loca*. Como si todo lo que compartimos fuera solo una distracción que necesitaba eliminar.

—Eso suena a que Lou tiene miedo, no a que Lou esté siendo sincera. —La voz de Elise era suave pero firme—. Ella hace esto: se cierra cuando las cosas se vuelven demasiado reales. Se convence a

sí misma de que está protegiendo a todo el mundo al alejarlos. Es su patrón de conducta, y lo ha sido desde que la conozco.

—Entonces, ¿qué se supone que debo hacer? ¿Esperar a que resuelva sus problemas mientras se me rompe el corazón y el equipo se desmorona?

—No lo sé. —Elise sacudió la cabeza lentamente—. Ojalá tuviera respuestas. Lo único que sé es que veros sufrir a las dos por separado es doloroso. Y no creo que ninguna de las dos vaya a salir de esta sin la otra.

Se quedaron sentadas en silencio un momento, con la música ambiental de la cafetería llenando el espacio entre ellas, alguna suave canción acústica que Camille reconoció vagamente de un anuncio. La máquina de café siseaba tras el mostrador, moliendo granos y vaporizando leche para clientes que tenían problemas ordinarios como qué latte pedir o si acompañarlo con un dulce. Tras el ventanal, el sol de Phoenix Ridge caía implacable sobre una acera por la que Camille no podía caminar sin ser fotografiada.

Un par de mujeres estaban sentadas en una mesa cercana, tomadas de la mano, completamente absortas la una en la otra. La imagen hizo que a Camille se le cerrara la garganta. Esas podrían haber sido ella y Lou, en un mundo diferente. En un mundo donde Camille hubiera sido más valiente, donde Lou hubiera tenido menos miedo, donde el amor no viniera con un precio adjunto.

—¿Y mi rodilla? —preguntó Camille, cambiando de tema porque no soportaba hablar más de Lou—. ¿Alguna noticia del equipo médico sobre cuándo podré jugar? Me siento mejor.

—Quieren hacerte otra resonancia la semana que viene. El ligamento lateral interno está curando, pero todavía les preocupa el menisco. —La expresión de Elise pasó a ser algo más clínica—. En el mejor de los casos, podrías recibir el alta para el último partido de la temporada. Pero eso es ser optimista.

El último partido de la temporada. Si es que las Valkyries tenían alguna posibilidad de clasificarse para entonces.

—Así que soy inútil. —Camille se rió, pero no había humor en ello —. Vine aquí para ayudar a este equipo a llegar a la PWHL y, en lugar de eso, lo he arruinado todo. La capitana ha dimitido por mi

culpa. Los medios nos tratan como a un circo. Mi rodilla está rota. ¿Qué he aportado exactamente además de caos?

—Has aportado goles. Liderazgo. Una química con Lou que hizo que toda la ofensiva funcionara. —La voz de Elise se volvió cortante —. Deja de fingir que no eres nada. Este equipo estaba pasando apuros antes de que tú llegaras. Ayudaste a que mejoráramos. El hecho de que las cosas se hayan complicado no borra eso.

Camille quería creerla. Quería sentir que su presencia en Phoenix Ridge había significado algo más que los escombros esparcidos a su alrededor. Pero sentada aquí disfrazada, escondiéndose de las cámaras, separada de la mujer a la que amaba por muros que ninguna de las dos parecía capaz de derribar... era difícil ver otra cosa que no fuera el fracaso.

—No sé qué hacer ahora —admitió. La confesión le desgarró la garganta—. Siempre he tenido un plan. Siempre he sabido cuál era el movimiento correcto, la elección estratégica, el camino que haría avanzar mi carrera. Cuando tenía diecisiete años, planifiqué la siguiente década de mi vida: en qué equipos jugar, qué contratos publicitarios buscar, cómo construir una marca que durara más allá de mis años como jugadora.

Se rió, pero no había humor en ello.

—Cada relación, cada entrevista, cada sesión de fotos... todo estaba calculado. Incluso Mario era parte del plan. Salir con una estrella del baloncesto, aumentar mi perfil, usar su plataforma para impulsar la mía. —Las palabras le supieron amargas—. Pero esto... —hizo un gesto vago a todo lo que la rodeaba—. No sé cómo jugar esta partida.

—Tal vez esa sea la cuestión. —Elise se inclinó hacia delante, con los codos sobre la mesa—. Tal vez esta sea la parte en la que dejas de jugar y empiezas a vivir. Deja de calcular el movimiento correcto y empieza a guiarte por lo que sientes.

—Eso suena aterrador.

—La mayoría de las cosas importantes lo son. —Elise sonrió, una sonrisa pequeña y triste que contenía años de su propia sabiduría ganada a pulso—. Yo también pasé mucho tiempo intentando controlar mi vida. Planificando cada paso, evitando cada riesgo. Y

entonces me enamoré de alguien que hizo que todos mis planes carecieran de sentido. Fue lo mejor que me ha pasado nunca.

—¿Qué hiciste?

—Entré en pánico. La alejé. Cometí todos los errores que tú estás cometiendo ahora mismo. —Los ojos de Elise se encontraron con los suyos, firmes y seguros—. Y luego me di cuenta de que una vida vivida con seguridad es una vida vivida a medias. Así que di el salto. Diez años después, todavía sigo cayendo.

El barista anunció algo desde detrás del mostrador —un nombre, un pedido listo para recoger— y el hechizo de la conversación se rompió. Elise miró su reloj y su expresión cambió a una de disculpa.

—Tengo que ir a entrenar. Vamos a hacer ejercicios tácticos con los que estén lo bastante sanos para patinar. —Se levantó y luego se detuvo, mirando a Camille con algo que podría haber sido esperanza —. Piensa en lo que te he dicho. Sobre Lou. Sobre todo esto.

—Lo haré.

—¿Y Camille? —Elise se acercó y le apretó el hombro—. Por lo que vale... creo que lo vuestro merece que luchéis por ello. Creo que Lou también lo piensa, aunque tenga demasiado miedo para admitirlo. No te rindas con ella todavía.

Entonces se marchó; la puerta morada de la cafetería se cerró tras ella, dejando a Camille a solas con dos lattes fríos y el peso de todo lo que había perdido.

Se quedó sentada allí mucho tiempo después de que Elise se fuera. Dejó que las sombras de la tarde se alargaran por el suelo. Dejó que las lágrimas se secaran y que el dolor se asentara en algo casi soportable. La cafetería se llenó y se vació a su alrededor; clientes que iban y venían, el barista cantando los pedidos, el ritmo ordinario de un mundo que seguía girando a pesar del pesar de Camille.

Lou lo había dejado. No solo la relación, sino también la capitanía. Había quemado todo lo que había construido porque tenía demasiado miedo de afrontar lo que estaba surgiendo entre ellas. Había tomado el camino del cobarde, escondiéndose en su casa con las luces encendidas y la puerta cerrada, negándose a contestar llamadas o a abrirse a la gente que la quería.

Pero Camille había hecho lo mismo, ¿verdad? Se había arrastrado hasta su apartamento, había bajado las persianas y había dejado que la oscuridad la tragara por completo. Había aceptado el rechazo de Lou sin luchar, sin protestar, sin hacer ninguna de las cosas que habría hecho si fuera la mujer que afirmaba ser.

Y Camille se lo había permitido. Se lo había permitido a ambas. Había aceptado aquel mensaje de texto sin pelear, sin exigir una conversación real, sin hacer nada excepto meterse en un agujero a lamerse las heridas.

Quizá Elise tenía razón. Quizá esta era la parte en la que dejaba de calcular y empezaba a sentir.

Quizá esta era la parte en la que luchaba.

Camille sacó su teléfono, miró la pantalla durante un largo momento y luego abrió sus contactos. No el nombre de Lou, todavía no. Había algo que tenía que hacer primero.

Buscó el número de Astoria Shepry y pulsó llamar antes de que pudiera arrepentirse.

—Camille —la voz de Astoria era nítida, profesional, pero no desagradable—. Me preguntaba cuándo sabría de usted.

—Necesito reunirme con usted. Con Mara y con usted. —La voz de Camille salió más firme de lo que esperaba—. Mañana, si es posible. Hay algo que necesito decirles. Algo que debería haber dicho hace mucho tiempo.

Hubo una pausa al otro lado de la línea. Luego: —En el despacho de Mara, a las nueve en punto. Allí estaremos.

—Gracias. —Las palabras eran insuficientes para lo que sentía, pero tendrían que bastar.

Camille colgó y miró su teléfono durante otro largo momento. Su corazón palpitaba tan fuerte que podía sentirlo en la garganta, sus palmas estaban empapadas de sudor, y cada instinto que había desarrollado durante años de gestión estratégica de su imagen le gritaba que se lo pensara mejor. ¿Qué estaba haciendo? Había pasado toda su carrera controlando narrativas, gestionando apariencias, asegurándose de que cada declaración pública estuviera calculada para obtener el máximo beneficio. Y ahora estaba a punto de hacerlo saltar todo por los aires.

Por Lou.

Por sí misma.

Por la oportunidad de algo real, aunque le costara todo lo que había construido.

Pero Elise tenía razón. Había terminado de jugar. De calcular. De esconderse en las sombras mientras la mujer a la que amaba se destruía a sí misma por miedo.

Mañana contaría la verdad. Se pondría delante de Astoria y de Mara y diría las palabras que había tenido demasiado miedo de pronunciar: «Estoy enamorada de Lou Calder. Soy lesbiana, o bisexual, o cualquier palabra que encaje. Y estoy cansada de fingir lo contrario».

Y luego iría a buscar a Lou. Llamaría a esa puerta hasta que Lou abriera, diría lo que hiciera falta decir para derribar los muros que Lou había construido a su alrededor. Lucharía por lo que habían empezado a construir, porque algunas cosas merecían la pena.

Por primera vez en semanas, Camille sintió algo más que desesperación.

Era esperanza. Pequeña, frágil y aterradora, parpadeando como una vela en una habitación a oscuras, pero presente. Viva.

Y pensaba aferrarse a ella con todo lo que le quedaba.

# 21

El camino hasta el despacho de Mara le pareció como el paseo hacia una ejecución.

La rodilla de Camille estaba mejorando, pero las muletas se le clavaban en las axilas mientras avanzaba por el pasillo administrativo del pabellón. Las luces fluorescentes del techo bañaban todo con ese resplandor institucional tan particular: demasiado brillante, demasiado plano, eliminando por igual sombras y secretos. Su reflejo parpadeaba en el cristal de las vitrinas de trofeos que bordeaban la pared, distorsionado y desconocido; una mujer en muletas que apenas se reconocía ya a sí misma. El pasillo estaba vacío a las 8:55 de la mañana; la mayoría del personal no llegaba hasta las nueve, y las jugadoras no aparecerían hoy para el entrenamiento hasta más tarde. El silencio amplificaba cada sonido: el chirrido de las conteras de goma sobre el linóleo, el zumbido lejano del climatizador, el rápido latido del corazón de Camille contra sus costillas.

Se había pasado toda la noche ensayando lo que iba a decir. Había practicado frente al espejo del baño hasta que las palabras empezaron a sonar huecas, había escrito notas que había roto y reescrito tres veces antes de renunciar por completo al guion. Tenía los ojos irritados por la falta de sueño, y las manos le temblaban ligeramente por el exceso de café y la falta de comida. Las palabras

seguían pareciéndole inadecuadas: demasiado grandes, demasiado pequeñas, demasiado y no lo suficiente, todo al mismo tiempo.

Pero ya se había cansado de esperar el momento perfecto. Se había cansado de esconderse tras la planificación estratégica, la gestión de imagen y todos los cálculos cuidadosos que habían definido su carrera. Las palabras de Elise resonaban en su mente: *una vida vivida con cautela es una vida vivida a medias*. Hoy iba a ser sincera. Costara lo que costase.

La puerta del despacho de Mara estaba cerrada, con una franja de luz visible bajo el marco. Camille se detuvo fuera, ajustando el agarre de las muletas y obligando a su respiración a ralentizarse. Podía oír voces apagadas en el interior: Mara y Astoria, ya sumidas en una conversación sobre cualquier crisis a la que se enfrentara el equipo hoy.

Llamó a la puerta.

—Adelante.

El despacho de Mara estaba exactamente como Camille recordaba: la pizarra blanca cubierta de diagramas de jugadas, el escritorio apilado con informes de ojeadores, y el tenue olor a café y a rotuladores de pizarra impregnando el pequeño espacio. Una barrita de proteínas a medio comer yacía abandonada cerca del teléfono, evidencia de una entrenadora que ya llevaba horas trabajando. Mara estaba sentada tras el escritorio, con su pelo canoso recogido en su habitual y práctica coleta, las gafas de lectura posadas en la nariz y una expresión guardada pero curiosa. Astoria estaba de pie junto a la ventana, recortada contra el sol de la mañana de Phoenix Ridge, con su traje a medida tan impecable como siempre a pesar de la hora temprana. Un reloj de oro captó la luz cuando se giró, y a Camille le impactó el contraste: el profesionalismo sereno de ellas frente a los bordes deshilachados de su propia desesperación.

Ambas mujeres se giraron cuando entró Camille. Sus rostros mostraban el recelo particular de quienes esperan malas noticias y no están seguros de qué forma tomarán.

—Siéntese —dijo Mara señalando la silla frente a su escritorio.

Camille se sentó, con la pierna herida estirada con cuidado frente a ella. Apoyó las muletas contra el escritorio y, por un momento, se limitó a mirar a las dos mujeres que tenían tanto poder sobre su carrera y, por extensión, sobre su futuro con Lou.

—Gracias por recibirme —empezó—.

—Has dicho que había algo que nos tenías que contar —la voz de Astoria era cortante, profesional—. Dado todo lo que ha pasado esta semana, tengo mis sospechas sobre qué podría ser.

—Seguro que sí. —A Camille le sudaban las manos. Se las secó en los muslos, un gesto que nunca habría hecho antes en una reunión formal. Pero aquello no era una reunión formal. Era algo completamente distinto—. Ya no quiero más conjeturas. He terminado de esconderme. Así que voy a soltarlo sin más.

Inspiró profundamente.

—Estoy enamorada de Lou Calder.

Las palabras aterrizaron en la habitación, sólidas e innegables. Camille esperaba que se sintieran como un final, el colapso definitivo de la imagen cuidadosa que se había pasado años construyendo. En cambio, las sintió como libertad. Como si se quitara un disfraz que había llevado tanto tiempo que había olvidado que no era su piel.

Mara y Astoria intercambiaron una mirada imposible de leer.

—Lo sabemos —dijo Mara finalmente—. Lo sé desde el vuelo de vuelta de New York.

—Y yo lo supe desde que os vi juntas en el hielo —añadió Astoria —. La forma en que jugáis juntas, la química... no es algo que tengan las compañeras de equipo. Es algo que tienen las amantes.

Camille las miró a ambas, y su discurso tan ensayado se disolvió en la confusión. Todas aquellas noches de pánico, todos esos momentos robados cargados de culpa... y ellas lo habían visto de todos modos—. Lo sabíais. Todo este tiempo, ambas lo sabíais.

—Os dimos espacio para que lo descubrierais vosotras mismas. —Mara se reclinó en su silla, suavizando ligeramente su expresión. Se quitó las gafas de lectura y las dejó sobre el escritorio, un gesto que de alguna manera la hacía parecer más humana, más accesible —. No nos correspondía forzar la conversación. Pero sí, lo sabíamos.

—Entonces también sabréis qué ha pasado. —A Camille se le quebró la voz—. Lou terminó las cosas. Renunció a la capitanía. Se ha encerrado porque cree que está protegiendo a todo el mundo desapareciendo. Y el equipo se está desmoronando sin ella.

—Todo es cierto. —Astoria se movió desde la ventana a la silla junto a Camille, sentándose con la elegancia contenida de alguien acostumbrada a dominar salas—. Por eso nos alegra que hayas venido a vernos. Estábamos debatiendo cómo manejar esta situación cuando has llamado.

—¿Manejarla cómo?

—Lou es el corazón de este equipo —dijo Mara—. Lo ha sido durante nueve años. Perderla como capitana, perder su enfoque y su presencia, es devastador, independientemente de lo que pase con la clasificación. La necesitamos de vuelta.

—Lo sé. —A Camille se le cerró la garganta—. Por eso estoy aquí. Quiero traerla de vuelta. Quiero... —Hizo una pausa, buscando las palabras adecuadas—. Quiero salir del armario. Públicamente. Decir la verdad sobre quién soy y qué siento por Lou. Porque creo que es la única forma de demostrarle que esto es real. Que no me avergüenzo. Que estoy dispuesta a luchar por nosotras.

Astoria la estudió durante un largo momento—. ¿Entiendes lo que eso significaría para tu carrera? Los patrocinios, el escrutinio de los medios, la narrativa pública... todo eso cambiaría.

—Lo sé.

—Algunos patrocinadores te dejarán. Otros te aceptarán. Te convertirás en un símbolo, quieras o no: para la comunidad LGBTQ, para el deporte femenino, para la autenticidad en el atletismo. —Los ojos oscuros de Astoria eran penetrantes pero no crueles—. Es un peso muy grande.

—Lo sé —repitió Camille—. Pero he estado cargando con uno más pesado. Fingiendo ser alguien que no soy. Saliendo con hombres por relaciones públicas mientras mi corazón quería otra cosa. Construyendo una vida sobre un cimiento de mentiras. —Su voz se estabilizó con convicción—. He terminado con eso. Venga lo que venga después —los patrocinadores, los medios, el escrutinio público—, al menos será real. Al menos seré yo.

Mara se inclinó hacia delante, con los codos en el escritorio—. ¿Qué necesitas de nosotras?

—Vuestro apoyo. Cuando lo haga público, cuando lleguen las preguntas, necesito saber que Phoenix Ridge me respalda. —Camille miró a ambas—. Y necesito saber que me ayudaréis a traer a Lou de vuelta. No solo como capitana, sino como ella misma. Como la mujer a la que amo.

Otro intercambio de miradas entre Mara y Astoria. Algo pasó entre ellas: una decisión tomada, un cálculo completado.

—Tiene todo nuestro apoyo —dijo Astoria—. Phoenix Ridge valora la autenticidad. Creemos en nuestras jugadoras como personas íntegras, no solo como atletas. Cuando esté lista para hacer una declaración, nuestro equipo de relaciones públicas la ayudará a redactar el mensaje.

—¿Y Lou? —preguntó Camille.

La expresión de Mara se volvió pensativa—. Lou tiene que tomar su propia decisión sobre volver. No podemos forzar eso. Pero si puedes llegar a ella, si puedes romper cualquier muro que haya construido a su alrededor, la recibiremos con los brazos abiertos.

—La capitanía la estará esperando —añadió Astoria—. Si ella la quiere de vuelta.

El alivio inundó a Camille, aflojando el nudo que se había instalado en su pecho hacía días. No esperaba que fuera tan fácil; se había preparado para la resistencia, para las complicaciones, para los cuidadosos cálculos corporativos que solían regir estas conversaciones. Pero Mara y Astoria le ofrecían algo que no se había atrevido a esperar: apoyo incondicional.

—Gracias —dijo, con la voz pastosa por la emoción—. A las dos. No sabía si...

—Camille. —Mara la interrumpió con suavidad—. Le puse las cosas difíciles con las distracciones porque me preocupaba el equipo. Pero nunca quise que ocultara quién es. Y nunca quise que Lou sacrificara su felicidad por el juego. La mejor versión de este equipo las incluye a las dos, íntegras y sinceras. Eso es lo que quiero. Eso es por lo que todas luchamos.

Camille se secó los ojos con el dorso de la mano, un gesto que la habría mortificado hace un mes pero que ahora apenas registraba. Había cosas más importantes que las apariencias. Cosas más importantes que la gestión de imagen y el posicionamiento estratégico.

Cosas como el amor. Como la verdad. Como la mujer que esperaba en algún lugar de la ciudad, sola en su casa con las luces encendidas y la puerta cerrada.

—Debería irme —dijo Camille, echando mano de sus muletas—. Hay alguien a quien tengo que ver.

—Vaya a buscarla. —La sonrisa de Mara fue pequeña pero genuina—. Y dígale que la echamos de menos. Todo el equipo.

Camille llegó a la puerta antes de que la voz de Astoria la detuviera.

—Por lo que valga, creo que es muy valiente. Las dos lo sois. El mundo necesita más gente dispuesta a ser honesta sobre a quién ama.

Las palabras permanecieron con ella mientras recorría de nuevo el pasillo, atravesaba el vestíbulo del pabellón y salía al aparcamiento, donde el sol de la mañana ya estaba calentando el asfalto. El calor la golpeó en cuanto cruzó las puertas: esa intensidad particular de Phoenix Ridge que convertía el aire mismo en algo espeso y pesado. Su coche esperaba donde lo había dejado —un sedán práctico que conducía ella misma porque nunca le habían gustado los chóferes— y se deslizó tras el volante mientras su rodilla protestaba ante cada movimiento. El volante estaba caliente bajo sus palmas. El aire acondicionado cobró vida con un gemido, llenando el coche con una ráfaga de aire cálido que se fue enfriando poco a poco mientras ella permanecía allí sentada, reuniendo el valor para lo que venía a continuación.

La casa de Lou estaba a veinte minutos, cerca de las montañas. Veinte minutos de calles secundarias y semáforos, y de la geografía particular de Phoenix Ridge que Camille había empezado a conocer durante su estancia allí.

Lou se estaba escondiendo, retrocediendo, convencida de que su amor era un lastre en lugar de un regalo. Que su presencia era una

carga en lugar de una bendición.

Camille apretó el volante hasta que le dolieron los nudillos. Aún podía dar media vuelta. Aún podía conducir de vuelta a su apartamento, meterse en la cama y dejar que la pena, la distancia y la imposibilidad de todo aquello la tragaran entera. Eso es lo que habría hecho la antigua Camille, la versión estratégica y calculadora de sí misma que se había pasado años construyendo muros alrededor de su corazón.

Pero ya no era esa mujer. Lou la había cambiado, había abierto algo que había estado sellado tanto tiempo que Camille había olvidado que existía.

Iba a hacer que Lou cambiara de opinión.

El vecindario estaba tranquilo cuando llegó: una modesta colección de casas de céspedes bien cuidados y canastas de baloncesto en las entradas, el tipo de lugar donde las familias criaban a sus hijos y los vecinos se prestaban tazas de azúcar. Una mujer que paseaba a un golden retriever miró el coche de Camille pero no se detuvo, absorta en cualquier podcast o música que sonara en sus auriculares. La vida ordinaria ocurría a su alrededor mientras Camille se preparaba para derribar los últimos muros que se interponían entre ella y la mujer que amaba.

La casa de Lou estaba cerca del final de la calle; su pequeño jardín estaba algo descuidado y la luz del porche apagada a pesar de la hora. La casa en sí era modesta: una vivienda de una sola planta con el revestimiento azul descolorido y contraventanas que alguna vez habían sido blancas. Aquí era donde Lou había construido su vida, en este rincón tranquilo de Phoenix Ridge. Aquello era su hogar.

Camille aparcó junto a la acera y se quedó allí sentada un momento, reuniendo valor. A través de la ventana del salón, pudo ver movimiento: una sombra pasando tras las cortinas, el parpadeo de una pantalla de televisión. Lou estaba en casa. Lou estaba viva y presente, y probablemente al tanto del coche desconocido frente a su casa.

Era hora de dejar de esconderse.

Camille cogió las muletas y subió por el camino de entrada, dando cada paso con deliberación a pesar del dolor sordo en la rodilla. El cemento estaba agrietado en algunos puntos, desgastado por los veranos de Phoenix Ridge y las lluvias de invierno. Una maceta de cerámica estaba junto a la puerta, vacía y blanqueada por el sol, esperando flores que nadie había plantado.

Llamó. Tres golpes secos contra la madera, lo suficientemente fuertes como para resonar en la quietud de la mañana.

Silencio. La sombra tras la cortina se detuvo, congelada, como un animal que presiente a un depredador. El pulso de Camille tronaba tan fuerte que podía sentirlo en la garganta. Un pájaro cantó en algún lugar cercano, ajeno al drama que se desarrollaba en aquel porche tranquilo.

—Lou. —Camille alzó la voz, sin importarle si los vecinos la oían. Sin importarle nada excepto la mujer al otro lado de esa puerta—. Sé que estás ahí dentro. No me iré hasta que hables conmigo.

Más silencio. Los segundos se estiraron, cada uno una eternidad. Camille presionó la palma de la mano contra la puerta, como si pudiera atravesar la madera y atraer a Lou hacia ella solo por la fuerza de su voluntad. Entonces se oyeron pasos, pesados y reacios, acercándose a la puerta.

La cerradura hizo clic. La puerta se abrió.

Y Lou estaba allí, con peor aspecto de lo que Camille la había visto nunca: el pelo sin lavar, ojeras bajo sus ojos verdes y llevando la misma camiseta gastada de las Valkyries con la que probablemente llevaba días durmiendo. Su rostro era una máscara de agotamiento y de algo que bien podría ser dolor.

—No deberías estar aquí —dijo Lou, con voz ronca.

—Probablemente no. —Camille se apoyó en sus muletas, sosteniendo la mirada de Lou sin vacilar—. Pero estoy aquí. Y no me voy a ir a ninguna parte hasta que hablemos.

Lou la miró fijamente durante un largo momento, sopesando, calculando, probablemente buscando una excusa para cerrar la puerta. Pero algo en su expresión cambió, se rompió, cedió.

Dio un paso atrás.

Y Camille entró.

# 22

El interior de la casa de Lou estaba en penumbra y en silencio, con las persianas bajadas contra el sol de Phoenix Ridge. El salón olía a café frío y a ese aire viciado propio de los espacios que no se han ventilado en días. Había revistas esparcidas por la mesa de centro, correo sin abrir apilado en la encimera de la cocina y una manta enredada en el sofá donde, claramente, Lou había estado durmiendo en lugar de usar su dormitorio.

Camille lo asimiló todo de un vistazo: la evidencia del aislamiento autoimpuesto de Lou, la manifestación física de los muros que había construido a su alrededor. Se le encogió el corazón ante aquella visión. Esa mujer brillante y feroz, reducida a esconderse en su propia casa porque tenía demasiado miedo de enfrentar lo que estaba creciendo entre ellas.

—No deberías haber venido —dijo Lou. Su voz sonaba áspera, desgarrada por días de silencio, de llanto o de ambas cosas. Estaba de espaldas al salón, con los brazos cruzados sobre el pecho a modo de armadura—. Te dije que se había acabado.

—Me lo dijiste por mensaje. —Camille apoyó las muletas contra la pared y se dejó caer con cuidado en el brazo del sofá, aliviando el peso de su rodilla lesionada—. Doce palabras. Después de todo lo que compartimos, me diste doce palabras y luego desapareciste.

Lou se estremeció, encogiendo los hombros hacia las orejas. —No sabía qué más decir.

—Entonces deja que diga algo yo. —La voz de Camille era firme; las palabras que había ensayado toda la noche por fin cobraban forma—. Vengo del despacho de Mara. Les he hablado a ella y a Astoria de lo nuestro. De lo que siento por ti.

Lou se giró entonces, con los ojos verdes muy abiertos por la sorpresa. —¿Qué has hecho qué?

—Les he dicho la verdad. Que estoy enamorada de ti. Que he terminado de esconderme, de fingir, de tener miedo de lo que la gente pueda pensar, decir o escribir sobre mí. —Camille sostuvo la mirada de Lou sin pestañear—. Ya lo sabían. Lo saben desde hace semanas. Y nos apoyan... a las dos.

—Eso es... —Lou sacudió la cabeza, y su pelo sin lavar le cayó sobre la cara—. Eso no cambia nada. Jugué de pena y perdimos el partido de Los Ángeles. Le fallé al equipo. Sigo siendo un desastre. He renunciado a la capitanía. Ni siquiera puedo...

—Renunciaste porque estabas asustada, porque pensaste que alejar a todo el mundo de alguna manera mejoraría las cosas —dijo Camille, impulsándose desde el brazo del sofá e ignorando la protesta de su rodilla para acortar la distancia entre ellas—. Pero lo único que has hecho ha sido romperte tu propio corazón y el mío. Y el del equipo. Nos estamos desmoronando sin ti.

Los ojos de Lou brillaron con lágrimas contenidas. —No sé cómo hacer esto. No sé cómo ser lo que tú necesitas y lo que el equipo necesita y seguir siendo yo misma.

—Entonces deja que te ayude a descubrirlo. —Camille alargó la mano, rozando con los dedos la mejilla de Lou, a quien se le cortó la respiración ante el contacto—. Deja que sea tu compañera. En todo. Dentro y fuera del hielo.

—Camille...

—Voy a salir del armario públicamente. Voy a contarle a todo el mundo lo nuestro, quién soy realmente —las palabras brotaron de ella, urgentes y sinceras—. No porque tenga que hacerlo, sino porque quiero. Porque quererte es lo más honesto que he hecho nunca, y estoy harta de tratar la honestidad como si fuera un lastre.

Lou levantó la mano para cubrir la de Camille donde descansaba contra su mejilla. Su palma estaba caliente, sus dedos temblaban ligeramente. —¿Harías eso? ¿Arriesgarías todo lo que has construido?

—Haría mucho más que eso. —Camille se acercó más, lo suficiente para sentir el calor del cuerpo de Lou, para oler los rastros de sueño y café que se aferraban a su piel—. Lo quemaría todo si eso fuera lo necesario para estar contigo. Porque nada de eso importa —los patrocinios, la imagen, los cálculos minuciosos—; nada significa nada si no te tengo.

La primera lágrima rodó por la mejilla de Lou, captando la tenue luz de la ventana. —He tenido tanto miedo. Estaba tan convencida de que quererte lo arruinaría todo. De que destruiría tu carrera, o las posibilidades del equipo, o…

—No estás destruyendo nada —le susurró Camille, secándole la lágrima con el pulgar—. Eres lo mejor que me ha pasado nunca. Lo más real que he tenido jamás.

La entereza de Lou se quebró entonces, de forma total y completa; los muros que había pasado días construyendo se desmoronaron como papel bajo la lluvia. Se lanzó hacia adelante y capturó la boca de Camille en un beso que sabía a sal, a desesperación y a la dulzura particular del reencuentro.

Camille le devolvió el beso con todo lo que tenía: todo el miedo, el anhelo y la esperanza que se habían ido acumulando desde aquel primer mensaje de texto, desde aquella primera noche en el sofá, desde el momento en que miró al otro lado del vestuario y vio algo en la mirada firme de Lou Calder que lo cambió todo.

—Te he echado de menos —jadeó Lou contra sus labios—. Cada día. Cada hora. No paraba de buscar el móvil para escribirte y luego recordaba...

—Lo sé. —Las manos de Camille se deslizaron por el cabello de Lou, enredándose en los mechones descuidados, atrayéndola más cerca—. Lo sé. Pero ya estoy aquí. No me voy a ninguna parte.

Tropezaron juntas hacia el pasillo; las manos de Lou buscaban las caderas de Camille mientras las muletas de esta quedaban abandonadas en algún lugar junto a la puerta principal. Su rodilla

protestó por el movimiento, pero apenas se dio cuenta; no había lugar para el dolor, no cuando Lou le besaba el cuello, la mandíbula, ese punto sensible detrás de la oreja que hacía que a Camille le flaquearan las rodillas.

El dormitorio de Lou era pequeño y sencillo: una cama de matrimonio con las sábanas revueltas, una cómoda cubierta de fotos del equipo y recuerdos de campeonatos, y unas cortinas que bloqueaban la mayor parte de la luz del día. La habitación olía a Lou, esa combinación particular de jabón de lavadora y esfuerzo físico que Camille había empezado a asociar con la seguridad, con el hogar.

—Tu rodilla... —empezó Lou, apartándose un poco.

—Está bien. —Camille empujó suavemente a Lou hacia la cama, observando cómo se sentaba en el borde y cómo la luz tenue resaltaba las facciones de su cara—. Deja de preocuparte por mi rodilla y empieza a preocuparte por quitarte esa ropa.

La risa de Lou fue repentina y genuina, la primera risa de verdad que Camille le oía en semanas. —Mandona.

—Te encanta.

—Te quiero. —Las palabras salieron suaves, casi con asombro, como si Lou las estuviera escuchando por primera vez—. Debería haberlo dicho antes. Debería haberlo dicho cada día en lugar de salir huyendo.

Camille se sentó en la cama junto a Lou, con cuidado de su pierna herida pero negándose a que eso la frenara. —Dilo ahora. Dilo tantas veces como quieras. Tenemos tiempo.

Las manos de Lou buscaron el dobladillo de la camiseta de Camille; sus dedos se sentían frescos contra la piel acalorada de Camille. —Te quiero. Te quiero desde que entraste en ese vestuario comportándote como si el lugar fuera tuyo.

La camiseta salió, y entonces la boca de Lou se posó en la clavícula de Camille, en su hombro, en la curva de su pecho por encima del encaje del sujetador. Cada beso era lento y deliberado; no era la urgencia desesperada de sus encuentros anteriores, sino algo más cuidadoso. Más intencionado.

—Me encanta tu seguridad —murmuró Lou contra la piel de Camille—. La forma en que exiges lo que quieres sin pedir perdón.

Desabrochó el sujetador de Camille y dejó que cayera; su boca encontró un pezón mientras su pulgar trazaba círculos alrededor del otro. Camille se arqueó ante el contacto, conteniendo el aliento mientras el calor se acumulaba en su vientre.

—Me encanta tu cuerpo. —La lengua de Lou trazó un camino por el esternón de Camille, deteniéndose para presionar un beso en sus costillas—. La forma en que te mueves en el hielo. La forma en que te mueves en cualquier parte.

Los dedos de Camille forcejearon con la camiseta de Lou, desesperados por sentir piel contra piel. —Llevas demasiada ropa.

Lou se apartó lo suficiente para quitarse la camiseta y el top deportivo en un movimiento fluido. Su cuerpo era tan familiar como el de la propia Camille ahora: el músculo magro, las cicatrices de años de juego, la forma particular en que sus pechos encajaban en las palmas de Camille cuando esta los buscaba.

—¿Mejor? —preguntó Lou, con un rastro de esa antigua confianza regresando a su voz.

—En ello estamos.

Se despojaron del resto de la ropa en una maraña de extremidades y risas, sus movimientos torpes por la emoción y la necesidad. Cuando por fin yacieron desnudas juntas, con las sábanas frescas contra su piel ardiente, Camille se tomó un momento solo para mirar, para trazar las líneas del cuerpo de Lou con los ojos, para memorizar cada curva y cada ángulo.

—Eres preciosa —susurró.

Las mejillas de Lou se sonrojaron, con ese tono rosado particular que Camille había aprendido que significaba que estaba conmovida. —Tú eres la preciosa. Dorada y perfecta y...

—Tuya —dijo Camille, y tiró de Lou hacia arriba para que quedara sobre ella, jadeando ante el contacto de cuerpo entero, ante la forma en que sus piernas se entrelazaban—. Soy tuya, Lou. Si me quieres.

—Te quiero —a Lou se le quebró la voz al decir las palabras—. Lo quiero todo. Todo de ti. Toda tú.

Besó a Camille de nuevo, más profundamente esta vez, su lengua deslizándose contra la de Camille en un ritmo que prometía más. Su mano bajó por el costado de Camille, sobre la curva de su cadera, hasta detenerse en su muslo interno. La proximidad hizo que las caderas de Camille se elevaran, buscando el contacto, buscando la liberación.

—Por favor —jadeó Camille contra la boca de Lou—. Tócame.

Los dedos de Lou se deslizaron por la humedad acumulada entre los muslos de Camille, y ambas gimieron ante el contacto: Camille por el alivio de ser finalmente tocada, Lou ante la evidencia de cuánto la deseaba Camille.

—¿Así? —El pulgar de Lou encontró el clítoris de Camille, rodeándolo lentamente, acumulando presión sin dar lo suficiente.

—Más. Necesito...

Dos dedos se deslizaron dentro, y la cabeza de Camille cayó hacia atrás sobre la almohada. La mano de Lou se movía en un ritmo constante, su pulgar manteniendo la presión sobre el clítoris de Camille mientras sus dedos se curvaban para encontrar ese punto que hacía que Camille viera las estrellas.

—Estás tan mojada por mí. —La voz de Lou era ronca por la excitación, sus propias caderas balanceándose ligeramente contra el muslo de Camille—. Tan caliente y mojada y...

—Porque llevo días pensando en esto. —Las manos de Camille se aferraron a los hombros de Lou, con las uñas clavándose en el músculo mientras el placer crecía—. Cada noche. Cada mañana. Tocándome y fingiendo que eras tú.

Lou gimió e incrementó el ritmo, con los dedos penetrando más profundo, con más fuerza. —Enséñame. Enséñame qué hacías cuando pensabas en mí.

La mano de Camille se deslizó entre sus cuerpos, sus dedos encontrando el clítoris de Lou con facilidad experta. Lou jadeó y su ritmo se volvió errático, sus caderas impulsándose hacia adelante contra el contacto.

—Así —murmuró Camille, rodeando el clítoris de Lou con la misma deliberación pausada que Lou había usado con ella—. Te

imaginaba encima de mí, tal que así. Imaginaba los sonidos que haces cuando te toco aquí...

Presionó más fuerte, y Lou emitió un sonido que era medio gemido, medio sollozo; sus dedos retomaron el movimiento dentro de Camille con una urgencia renovada.

Encontraron un ritmo juntas: dar y recibir, empujar y tirar, el placer creciendo en oleadas que rompían y retrocedían para luego romper más alto. La mano libre de Lou se apoyaba contra el colchón junto a la cabeza de Camille, sus músculos temblando por el esfuerzo de sostenerse mientras sus caderas rodaban contra la mano de Camille.

—Estoy cerca —jadeó Camille—. Lou, estoy...

—Córrete para mí. —Los ojos de Lou se encontraron con los suyos, esas profundidades verdes ardiendo de amor, deseo y reverencia—. Deja que te vea. Deja que te sienta.

El orgasmo se estrelló contra Camille como una ola rompiendo en la orilla: repentino y abrumador, el placer irradiando desde su centro hasta llenar cada terminación nerviosa. Gritó el nombre de Lou, su cuerpo arqueándose sobre el colchón, sus paredes internas apretándose alrededor de los dedos de Lou mientras la liberación la sacudía entera.

Lou la acompañó durante todo el proceso, suavizando los dedos pero sin detenerse, prolongando el placer hasta que Camille quedó temblorosa, hipersensible y completamente deshecha.

—Tu turno. —La voz de Camille salió ronca, rota. Sus dedos, que se habían detenido durante su propio orgasmo, reanudaron el movimiento contra el clítoris de Lou—. Quiero verte desmoronarte.

Lou ya estaba cerca; Camille podía sentirlo en la tensión de sus músculos, en la aceleración de su respiración, en la forma en que sus caderas se movían en pequeños círculos desesperados contra la mano de Camille.

—Mírame —ordenó Camille, y Lou abrió los ojos de par en par, encontrándose con los suyos—. Quiero verte la cara cuando te corras.

Presionó más fuerte, rodeó más rápido, y Lou se rompió con un grito que resonó en las paredes del dormitorio. Todo su cuerpo

tembló, sus brazos cedieron y se desplomó a medias sobre Camille, con la cara enterrada en el hueco del cuello de su compañera mientras el orgasmo pulsaba a través de ella.

Yacieron entrelazadas, respirando con dificultad, sus cuerpos brillantes de sudor. El corazón de Camille latía tan fuerte que estaba segura de que Lou podía oírlo, de que podía sentirlo allí donde sus pechos presionaban el uno contra el otro.

—Eso ha sido... —empezó Lou.

—No ha sido suficiente. —Camille se movió debajo de ella, con las manos ya vagando por la espalda de Lou hasta acunar su trasero —. Quiero más. Quiero hacer que te corras otra vez.

Lou levantó la cabeza, con los ojos oscuros de un deseo renovado. —Camille...

—Túmbate.

Lou rodó sobre su espalda y Camille la siguió, acomodándose entre sus muslos. Su rodilla lesionada protestó por la posición, pero ella la ignoró; había cosas más importantes en las que centrarse. Como la forma en que los muslos de Lou se abrían para ella. Como la evidencia brillante de la excitación de Lou, todavía hinchada y sensible tras su orgasmo.

Camille deslizó dos dedos dentro de Lou y observó cómo se transformaba su rostro: el entrecortarse de su aliento, el aleteo de sus párpados, la forma en que sus labios se entreabrían en un gemido silencioso.

—¿Está bien así? —preguntó Camille, aunque el cuerpo de Lou ya estaba respondiendo por ella, con sus caderas elevándose para recibir los dedos de Camille más profundamente.

—Más que bien. —La mano de Lou buscó la de Camille donde descansaba en su cadera—. No pares. Por favor, no pares.

Camille no paró. Marcó un ritmo que al principio fue lento, casi tortuosamente lento, dejando que Lou sintiera cada embestida, cada giro de sus dedos. La mano libre de Lou se cerró en un puño sobre las sábanas, su espalda se arqueó, su respiración se volvió anhelante y entrecortada.

—Tócate —instruyó Camille—. Quiero mirar.

La mano de Lou bajó por su propio cuerpo, sus dedos encontrando su clítoris. Camille observó, hipnotizada, cómo Lou rodeaba, presionaba y jadeaba, sus músculos internos vibrando alrededor de los dedos de Camille con cada caricia.

—Estás tan preciosa así. —Camille aumentó el ritmo, igualando el de los dedos de Lou en su clítoris—. Tan receptiva. Tan mía.

—Tuya. —La voz de Lou apenas fue un susurro—. Camille, estoy...

—Lo sé. —Camille penetró con más fuerza, más rápido—. Córrete para mí otra vez. Déjame sentirlo.

El segundo orgasmo de Lou tardó más en fraguarse, pero fue devastador cuando llegó: todo su cuerpo se tensó, su espalda se separó del colchón y sus paredes internas se aferraron a los dedos de Camille en pulsos rítmicos. Se corrió con el nombre de Camille en los labios, con lágrimas resbalando por sus sienes hasta humedecer la almohada bajo su cabeza.

Camille liberó sus dedos con suavidad y subió por el cuerpo de Lou, presionando besos tiernos en su clavícula, su cuello y sus mejillas manchadas de lágrimas. Los brazos de Lou la rodearon, sosteniéndola con fuerza, como si fuera alguien preciosa, frágil y digna de protección.

—Te quiero —susurró Lou en el cabello de Camille—. Te quiero tanto que me aterra.

—Lo sé —dijo Camille, acomodándose al lado de Lou, con la cabeza en su hombro y las piernas entrelazadas—. A mí también me aterra. Pero prefiero estar aterrada contigo que a salvo sola.

Permanecieron en silencio durante un largo rato, mientras la habitación se caldeaba a su alrededor y sus latidos se ralentizaban gradualmente hasta acompasarse.

—¿Y qué pasa ahora? —La voz de Lou era suave, casi vacilante —. ¿Con nosotras?

Camille se incorporó sobre un codo, mirando el rostro de Lou: la vulnerabilidad que mostraba, la esperanza que tanto se esforzaba por ocultar. —Ahora estamos juntas. De verdad. Sin más escondites, ni secretos, ni fingir que solo somos compañeras de equipo.

—¿Estás segura? ¿Incluso con todo lo que te va a costar?

—Estoy segura. —Camille trazó la mandíbula de Lou con la punta del dedo—. Pero hay algo más que necesito pedirte.

La expresión de Lou se volvió precavida. —¿Qué?

—Vuelve al equipo. Recupera la capitanía. Nos queda un partido más —contra las Wildcats— y va a ser el más difícil de la temporada. —La voz de Camille era firme pero dulce—. El equipo necesita a su capitana. Yo te necesito a ti en el hielo.

Lou guardó silencio un buen rato, escudriñando con sus ojos verdes el rostro de Camille. —¿De verdad crees que puedo hacerlo? ¿Después de todo?

—Creo que eres la mejor defensa de esta liga, y creo que te has estado escondiendo de eso porque es más fácil que enfrentarte a aquello de lo que eres capaz. —Camille levantó la mano para acunar la mejilla de Lou—. No eres solo una buena líder, Lou. Eres increíble. Y te necesitamos. Todas.

Más silencio. Entonces la mano de Lou cubrió la de Camille, presionándola con más fuerza contra su mejilla.

—De acuerdo.

—¿De acuerdo?

—Volveré. Hablaré con Mara y Astoria mañana. Recuperaré la C si me aceptan. —La voz de Lou se fortalecía con cada palabra, y algo de aquel antiguo fuego regresaba a sus ojos—. Pero solo hago esto si tú estás a mi lado. En el hielo y fuera de él.

—Siempre. —Camille se inclinó para depositar un suave beso en los labios de Lou—. Compañeras. En todo.

Se acomodaron de nuevo en los brazos de la otra mientras el sol de finales de la mañana encontraba grietas en las cortinas y pintaba rayas doradas sobre las sábanas revueltas. El cuerpo de Camille sentía un cansancio placentero, sus músculos estaban relajados y calientes, y su corazón estaba más lleno que nunca.

—¿Camille? —La voz de Lou sonaba somnolienta, mientras sus dedos trazaban patrones perezosos en la espalda de Camille.

—¿Mmm?

—Me siento segura contigo. —Los brazos de Lou se apretaron a su alrededor—. Más segura de lo que me he sentido en años. Como si por fin pudiera dejar de huir.

Camille se apretó más contra ella, respirando el aroma de la piel de Lou, memorizando este momento: el calor, el peso de los brazos de Lou, el latido constante de su corazón.

—Entonces deja de huir —susurró—. Yo te tengo.

# 23

El vestuario se quedó en silencio cuando entró Lou.

El olor fue lo primero que la golpeó: desinfectante para el equipo, sudor y ese almizcle particular de un equipo que se prepara para la batalla. Las luces fluorescentes zumbaban sobre su cabeza, bañándolo todo con ese crudo resplandor institucional. Veinte pares de ojos siguieron sus movimientos; algunos con asombro, otros con recelo, otros con una tímida esperanza. Lou llevaba días evitando este lugar, escondida en su casa como un animal herido, dejando que el equipo se las apañara sin ella. Ahora estaba en el umbral con la bolsa de deporte al hombro y la C de capitana ardiendo en su pecho como una marca a fuego, enfrentándose a las consecuencias de su ausencia.

Mara estaba junto a la pizarra blanca con un rotulador en la mano y una expresión cuidadosamente neutral. Los diagramas de jugadas a sus espaldas estaban cubiertos de flechas y equis; la preparación para el partido contra las Wildcats que lo decidiría todo.

—Calder —la voz de Mara no delataba nada, su rostro era tan ilegible como la piedra—. Me alegra que hayas podido unirte a nosotras.

Lou tragó saliva con dificultad, con el sabor metálico del miedo en la lengua. —Lo siento. Por todo. Por desaparecer cuando más me necesitabais.

—Guárdate las disculpas para después de que nos clasifiquemos —Mara señaló el sitio vacío al lado de Frankie—. Equípate. Tenemos trabajo que hacer.

Lou cruzó hasta su taquilla, plenamente consciente de que cada mirada la seguía. El rostro con cicatrices de Frankie se partió en una sonrisa cuando se sentó, y su mano grande aterrizó en el hombro de Lou con un apretón que decía más de lo que las palabras podrían expresar.

—Bienvenida de nuevo, capitana. —La voz de Frankie sonaba ronca por la emoción—. Pensaba que te habíamos perdido para siempre.

—Hace falta algo más que un corazón roto para mantenerme alejada —Lou miró hacia la esquina del vestuario, donde Camille estaba sentada con ropa de calle y su rodilla lesionada apoyada en un arcón de material. Sus ojos se encontraron, y el calor que pasó entre ellas valió cada día de miedo y aislamiento.

Mara dio unas palmadas para captar la atención de todas. —Escuchadme. Las Wildcats son el mejor equipo de la liga. Su ofensiva es despiadada, su defensa es hermética y no han perdido ni un solo partido ni esta temporada ni la anterior. Sobre el papel, no tenemos ninguna posibilidad.

Hizo una pausa, dejando que las palabras calaran. El equipo se movió con inquietud; todas conocían los números, las probabilidades imposibles, la forma en que cada analista deportivo ya las había dado por muertas.

—Pero el papel no juega al hockey. —La voz de Mara se endureció con convicción—. Lo hacen las jugadoras. Y mirando alrededor de esta sala, veo a algunas de las jugadoras más talentosas y decididas que he entrenado nunca. Veo a mujeres que han luchado contra lesiones, crisis personales y suficiente drama para llenar un culebrón. Veo a un equipo que se niega a rendirse.

A Lou se le cerró la garganta. Mara tenía un don para eso: para llegar al corazón de un equipo y sacar el fuego que yacía enterrado.

—Esta semana vamos a entrenar más duro que nunca. Nos vamos a dejar la piel en el hielo en cada maldito entrenamiento. Cuando nos enfrentemos a las Wildcats, quiero que miren al otro

lado de la pista y vean a un equipo que tiene hambre. Un equipo que no tiene miedo. Un equipo que no tiene nada que perder y todo que demostrar.

Mara señaló con su rotulador los diagramas de jugadas. —Ahora, hablemos de estrategia.

La siguiente hora fue un borrón de equis y círculos, ajustes de posición y patrones de tiempo. Lou lo absorbió todo, con su mente volviendo a ese modo táctico que había abandonado durante su exilio autoimpuesto. Las Wildcats tenían debilidades —sutiles, ocultas tras su historial dominante—, y Mara había encontrado cada una de ellas.

Cuando terminó la sesión de estrategia, Mara miró a Lou con una expresión que era a partes iguales un desafío y una invitación. —¿Capitana? ¿Algo que añadir?

Lou se puso en pie, con las piernas más firmes de lo que habían estado en días. El equipo se giró para mirarla; veinte pares de ojos que albergaban incertidumbre, esperanza y ese hambre particular por algo en lo que creer.

—Os debo una explicación a todas. —Su voz sonó ronca—. Desaparecí porque tenía miedo. Miedo de lo mucho que estaba sintiendo, miedo de lo que eso pudiera costarle al equipo, miedo de ser vulnerable de una manera que no lo había sido desde que me uní a esta liga por primera vez.

Volvió a mirar a Camille, cobrando fuerzas de esos ojos azules.

—Pero alguien me recordó que huir no soluciona nada. Que la única salida es afrontar el problema. Así que he vuelto; no porque crea que estoy curada, sino porque este equipo se merece una capitana que dé la cara. Incluso cuando es difícil. Especialmente cuando es difícil.

Lou dejó que su mirada recorriera la sala, encontrándose con los ojos de cada jugadora por turno. —Las Wildcats van a intentar intimidarnos. Van a lanzarnos todo lo que tengan esperando que nos desmoronemos. Pero no saben de qué pasta estamos hechas. No saben que hemos sobrevivido a desengaños amorosos, a lesiones y a suficiente drama fuera del hielo como para hundir a cualquier otro equipo.

Su voz cobró fuerza, recuperando el antiguo fuego. —¿Creen que somos las víctimas? Bien. Que nos subestimen. Que asuman que nos doblegaremos bajo la presión. Porque cuando pisemos ese hielo, vamos a enseñarles exactamente de qué son capaces las Phoenix Ridge Valkyries.

Frankie empezó a aplaudir: sus manos grandes chocando en un ritmo que se contagió por toda la sala. Elise se unió, luego Rowan, y después el resto del equipo hasta que el vestuario resonó con el sonido de la fe reconstruyéndose.

—Ahora equipaos —ordenó Lou—. Tenemos entrenamiento que hacer.

El hielo de la pista estaba frío contra los patines de Lou, esa mordida familiar de la temperatura que había formado parte de su vida durante más de una década. Las cuchillas trazaban líneas limpias sobre la superficie virgen, con un sonido nítido y satisfactorio tras los días alejada de la pista. Inhaló el aire del pabellón —escarcha de hielo, humedad y el olor lejano del puesto de comida preparándose para el siguiente evento— y dejó que llenara sus pulmones como una promesa. Su cuerpo recordaba esto, incluso cuando su mente había intentado olvidar. La postura, el equilibrio, la forma particular en que sus músculos se tensaban al impulsarse para una zancada.

Frankie la flanqueaba a la izquierda, Rowan a la derecha.

—Primer ejercicio —gritó Mara desde el banquillo—. Rotación defensiva completa. Quiero que este patrón se os grabe en la memoria muscular.

Repitieron el ejercicio hasta que las piernas de Lou gritaban y el sudor goteaba por su barbilla sobre el hielo. Luego lo repitieron otra vez. Y otra más. La respiración de Frankie se volvió agitada, el rostro de Rowan se fijó en una determinación sombría, pero nadie se rindió. Nadie siquiera bajó el ritmo.

Desde la banda, Camille observaba con su pierna lesionada apoyada en la valla. Su pelo rubio estaba recogido en una coleta práctica, su rostro concentrado con atención como si estuviera realizando los ejercicios en su mente. Ella misma iba a patinar después del entrenamiento; su rodilla estaba mejorando, no lo

suficiente para entrenar todavía, pero sería un comienzo para ponerse sobre los patines. Lou captó su mirada entre repeticiones: un destello de reconocimiento, una sonrisa brillante, un discreto pulgar hacia arriba que envió una oleada de calor por el cuerpo agotado de Lou. Camille no podía estar en el hielo, no podía contribuir a los ejercicios ni a los partidillos, pero su presencia anclaba a Lou de formas que trascendían la participación física. Cada gesto alentador, cada ademán de apoyo fluía a través de la distancia entre ellas como una corriente invisible.

—¡Otra vez! —gritó Mara—. Rotación más cerrada, Calder. Estás dejando un hueco en el lado izquierdo.

Lou apretó los dientes y ajustó su posición. El hueco se cerró. La rotación se apretó. Cuando volvieron a hacer el ejercicio, fluyó como el agua: cada jugadora moviéndose en perfecta coordinación, cada posición cubierta, cada vulnerabilidad potencial sellada.

—Mejor. —El elogio de Mara era raro y, por lo tanto, precioso—. Ahora trabajemos en el power play.

Pasaron a los ejercicios ofensivos y Lou cambió a su papel secundario en la unidad de superioridad numérica. Sin Camille en la alineación, otra persona tenía que dar un paso al frente como anotadora principal, y esa persona era Rowan, la novata que se había unido al equipo a mitad de temporada y jugaba sin nada que perder.

Lou le pasó el disco a Rowan, la vio prepararse para el disparo y sintió el chasquido del stick contra el caucho reverberar a través del hielo. El disco se estrelló en la red por detrás del hombro derecho de Elise: un gol limpio, ejecutado con maestría.

—Así está mejor —gritó Mara—. Repetidlo. Más rápido esta vez.

Las horas se desdibujaron en una bruma de agotamiento y esfuerzo. Los músculos de Lou ardían, sus pulmones le dolían, su equipo pesaba cada vez más por el sudor. Pero cada vez que sus piernas amenazaban con fallar, cada vez que sus pulmones imploraban piedad, una mirada a la banda la estabilizaba: Camille inclinada hacia delante en su asiento, con sus ojos azules brillantes y su sonrisa como un faro en el tenue pabellón.

Realizaron ejercicios de línea, patrones de salida de zona y zonas defensivas hasta que los movimientos se volvieron automáticos. Jugaron partidillos entre ellas en alineaciones rotativas, con Lou guiando la unidad defensiva mientras Rowan lideraba la ofensiva en ausencia de Camille. El hielo se llenó de surcos por su esfuerzo, las vallas temblaban con cada impacto, el pabellón se llenaba con los sonidos de un equipo luchando por sobrevivir.

Finalmente, Mara hizo sonar el silbato. —Por hoy es suficiente. Buen trabajo a todas. Seguiremos mañana; a la misma hora y con la misma intensidad.

Lou patinó hacia el banquillo sobre unas piernas que apenas sostenían su peso. Su camiseta estaba empapada, pegándose a su piel como una segunda capa. Tenía el pelo pegado a la frente, la sal le escocía en los ojos y el cuerpo le dolía en lugares que había olvidado que existían. Las vallas la recibieron con un golpe sólido mientras se apoyaba en ellas, con la respiración entrecortada por jadeos bruscos. Pero bajo el agotamiento había algo más: una satisfacción feroz y ardiente que no había sentido en semanas. La alegría particular de haberlo dado todo y haber encontrado más para dar.

Camille la esperaba en el banquillo; sus muletas estaban abandonadas contra el muro y su sonrisa era lo bastante amplia como para iluminar todo el pabellón.

—Se te ha visto bien en el hielo. —La voz de Camille era suave, destinada solo a Lou—. Aún conservas el toque.

Lou se quitó el casco y se limpió el sudor de la cara, sonriendo a pesar del cansancio. —Pensaba que se me había olvidado cómo se hacía esto. Cómo aguantar el dolor, cómo liderar desde el frente en lugar de esconderme en la retaguardia.

—No lo has olvidado. —Camille estiró la mano y apretó la mano enguantada de Lou—. Solo necesitabas que alguien te lo recordara.

El equipo fue saliendo del hielo a su alrededor; las jugadoras se dirigían al vestuario para las duchas y el alivio particular del entrenamiento bien hecho. Frankie se detuvo lo suficiente para darle una palmadita en el hombro a Lou, con su rostro marcado arrugado

por la aprobación. Rowan ofreció una sonrisa tímida antes de alejarse patinando, repasando ya los ejercicios en su mente.

—Una semana —dijo Lou, mirando a Camille—, una semana hasta que nos enfrentemos a las Wildcats. Una semana hasta que descubramos si algo de esto ha sido suficiente.

—Es suficiente —la seguridad de Camille era inquebrantable—. Tú eres suficiente. Este equipo es suficiente. Y cuando pisemos ese hielo, las Wildcats no van a saber qué las ha golpeado.

Lou se rio, una risa de verdad, de esas que habían estado ausentes de su vida desde que envió aquel mensaje cobarde y se retiró al aislamiento. —Suenas muy segura para ser alguien que ni siquiera puede jugar.

—Aún puedo intimidarlas desde la banda. —Los ojos de Camille chispearon con picardía—. Y pienso ser la animadora más ruidosa del pabellón.

—Eso no es muy digno de una atleta profesional.

—La dignidad está sobrevalorada —Camille atrajo a Lou hacia sí, sin importarle el sudor, el equipo ni las pocas compañeras que aún recogían sus cosas—. Prefiero no tener dignidad y estar enamorada que ser digna y sentirme miserable.

Las palabras aterrizaron en el pecho de Lou y se quedaron allí, cálidas y sólidas como un latido. Era amada. Era deseada. Y por primera vez en más tiempo del que recordaba, estaba exactamente donde pertenecía.

—Venga —dijo Lou, señalando con la cabeza hacia el vestuario—. Yo necesito una ducha, tú tienes que dar tu vueltecita con los patines y luego quiero pasar el resto de la tarde contigo.

Camille cogió sus muletas y siguió a Lou fuera del hielo, moviendo su pierna herida con cuidado pero con firmeza. El camino al vestuario fue lento, con sus cuerpos lo bastante cerca como para compartir calor y sus voces lo bastante bajas para que nadie más pudiera oírlas.

—¿Lo decías en serio? —preguntó Camille—. ¿Lo de que habías vuelto no porque estés bien del todo, sino porque has decidido dar la cara de todos modos?

Lou consideró la pregunta. —Sí. Lo decía en serio. Todavía no estoy bien, no del todo. Pero estoy aprendiendo que estar bien no es un destino. Es algo en lo que trabajas cada día, paso a paso.

—Eso es bastante sabio para alguien que se ha pasado la última semana comiendo pizza fría y viendo telerrealidad.

—Nunca dije que hubiera gestionado bien mi crisis. —Lou le dio un empujoncito cariñoso a Camille con el hombro—. Pero ahora la estoy gestionando mejor. Y voy a seguir haciéndolo. Porque eso es lo que haces cuando quieres a alguien: intentas ser la mejor versión de ti misma. No por ellos. Por ti. Porque se merecen estar con alguien que realmente se esté esforzando.

Camille dejó de caminar y agarró a Lou del brazo. Cuando Lou se giró, Camille la miraba con una expresión que era a partes iguales tierna y feroz.

—Te quiero —dijo Camille—. Sé que ya lo he dicho antes, pero necesito que lo oigas otra vez. Te quiero, Lou Calder. Por completo: tus partes valientes, tus partes asustadas y esas partes que comen pizza fría durante tres días seguidos.

Lou estrechó a Camille en sus brazos, equipo, muletas y todo, y la sujetó con fuerza. El pabellón a su alrededor se desvaneció —el hielo, las vallas, los fluorescentes y el olor a deporte y sudor— hasta que no quedó nada más que esto: dos personas, abrazándose, eligiéndose, luchando por un futuro juntas.

—Yo también te quiero —susurró Lou contra el pelo de Camille—. Y vamos a ganar esto. Todo. El partido, la clasificación y lo que venga después. Vamos a ganarlo juntas.

Fuera del pabellón, el sol de Phoenix Ridge empezaba su descenso hacia las montañas, pintando el cielo con franjas de naranja y rosa. Una nueva semana comenzaba. Un desafío final aguardaba. Y por primera vez en más tiempo del que Lou podía recordar, estaba lista para enfrentarse a ello.

No sola. Nunca sola otra vez.

# 24

La semana había sido intensa en cuanto a preparativos. El equipo había entrenado duro y Camille se había volcado de lleno en su propio proceso de rehabilitación. Habían volado a Boston esa misma mañana.

El hotel del equipo en Boston estaba tranquilo a las diez de la noche; la mayoría de las jugadoras ya se habían retirado a sus habitaciones para descansar antes del partido de mañana. Cuadros de paisajes genéricos colgaban a intervalos regulares por las paredes, y su sosa apariencia resultaba, de algún modo, reconfortante en su anonimato.

El corazón de Camille latía con tanta fuerza que le dolían las costillas con cada pulsación.

Acababa de salir de la evaluación médica: la valoración final y crucial que determinaría si su rodilla podría soportar el rigor de la competición. La sala de enfermería del estadio había sido fría y aséptica; el médico del equipo la había palpado, examinado y medido, para luego observarla patinar mientras Camille contenía el aliento y rezaba. Tres semanas de rehabilitación. Tres semanas mirando desde la barrera mientras su equipo se preparaba para el partido más importante de la temporada. Tres semanas preguntándose si su cuerpo la traicionaría en el momento decisivo.

Y entonces, las palabras: «Tienes el alta. Contacto total. Puedes jugar mañana».

Camille casi se echa a llorar. Se había mordido con fuerza el interior del labio para evitar que las lágrimas cayeran, le había dado las gracias al médico con una voz que solo temblaba ligeramente y había salido de la enfermería con unas piernas que, de repente, sentía como nuevas.

Ahora estaba de pie frente a la habitación de hotel de Lou, con el pelo aún húmedo por el sudor de la evaluación en el hielo, con el cuerpo vibrando por la adrenalina, el alivio y la necesidad desesperada de compartir este momento con la mujer a la que amaba.

Llamó a la puerta, golpeando la madera con los nudillos con una urgencia silenciosa.

La puerta se abrió casi de inmediato, como si Lou la estuviera esperando. Lou estaba allí, con unos pantalones de pijama suaves y una camiseta desgastada; su cabello oscuro estaba húmedo y sus ojos verdes se agrandaron al ver el rostro de Camille.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

—Tengo el alta —dijo, y la voz se le quebró al pronunciar las palabras—. Lou, tengo el alta. Puedo jugar mañana.

El rostro de Lou se transformó: la preocupación se fundió en alegría y todo su cuerpo pareció iluminarse desde dentro.

—Camille... eso es increíble.

Tiró de Camille hacia el interior de la habitación y la estrechó entre sus brazos en un movimiento fluido. La puerta se cerró tras ellas con un suave clic, y entonces no hubo más que calor: el cuerpo de Lou contra el suyo, los brazos de Lou rodeando con fuerza sus hombros, la voz de Lou murmurando felicitaciones contra su cabello. El aroma del champú de Lou la rodeó, familiar y reconfortante.

—Tenía tanto miedo... —susurró Camille contra el cuello de Lou —. Todo el tiempo que me estuvieron haciendo pruebas, no dejaba de pensar: ¿y si no está lista? ¿Y si tengo que mirar desde la banda mientras todas lucháis contra las Wildcats sin mí?

—Pero no vas a tener que hacerlo —Lou se separó lo justo para acunar el rostro de Camille entre sus manos, y sus pulgares

acariciaron el rastro de las lágrimas en sus mejillas—. Vas a estar ahí fuera con nosotras. Vamos a hacer esto juntas.

Camille se inclinó ante el contacto, dejando que la presencia firme de Lou la serenara. La habitación del hotel era cálida y acogedora: una cama de matrimonio con sábanas blancas, un escritorio salpicado de notas de Lou y diagramas de estrategia, el tenue zumbido del aire acondicionado llenando el silencio entre sus palabras.

—Necesito un baño —dijo Camille, y su voz bajó de tono, volviéndose más íntima—. Todavía estoy sudada por la evaluación. Y esa bañera del baño parece lo bastante grande para dos.

La mirada de Lou se oscureció, y sus manos se deslizaron del rostro de Camille a sus hombros—. ¿Es una invitación?

—Es más bien una petición —Camille dio un paso atrás, sosteniendo la mirada de Lou mientras sus dedos buscaban el dobladillo de su propia camiseta—. Prepárame un baño. Quiero que me mires mientras me desnudo.

Las palabras aterrizaron con peso: una promesa, una orden y una oferta, todo en uno. A Lou se le cortó la respiración de forma audible, y se le tensó la garganta al tragar saliva.

—Sí, señora.

Desapareció en el cuarto de baño y Camille oyó el torrente de agua llenando la bañera, el tintineo de Lou comprobando la temperatura, los suaves sonidos de los preparativos. La anticipación creció en el pecho de Camille, mezclándose con la adrenalina de su alta médica para crear algo embriagador y urgente.

Cuando Lou regresó al umbral de la puerta, con los ojos ligeramente vidriosos y las mejillas encendidas, Camille comenzó.

Se quitó la camiseta por la cabeza despacio, deliberadamente, dejando que la tela rozara su piel antes de dejarla caer al suelo. La mirada de Lou siguió el movimiento como si fuese un contacto físico, recorriendo las líneas del cuerpo de Camille con una intensidad que hizo que sus pezones se endurecieran bajo el sujetador deportivo.

—Estás preciosa —susurró Lou.

Camille sonrió y se llevó las manos a la espalda para soltar el broche del sujetador—. No dejes de mirar.

El sujetador se unió a la camiseta en el suelo. Las manos de Camille se desplazaron a la cintura de sus mallas; sus dedos se engancharon bajo el elástico y sus caderas se balancearon ligeramente mientras empezaba a bajarlas. La tela se deslizó por sus muslos y pantorrillas, amontonándose en sus tobillos antes de que ella saliera de ellas.

Ahora se quedó solo en ropa interior; de algodón sencillo, nada sofisticado, pero Lou la miraba como si fuera lo más exquisito del mundo.

—Lo que queda —dijo Lou con voz ronca—. Por favor.

Camille enganchó los pulgares bajo la cinturilla y se bajó las braguitas con una lentitud exasperante. El aire fresco de la habitación de hotel besó su piel caliente y ella se estremeció, no por el frío, sino por el peso de la atención de Lou.

—Tu turno —murmuró Camille—. El baño está listo. Y te quiero a mi lado.

Pero Lou negó con la cabeza, con los ojos todavía oscuros de deseo—. Aún no. Primero, deja que te cuide.

Guió a Camille al cuarto de baño, donde el vapor subía desde la enorme bañera y el aroma del gel de baño del hotel llenaba el aire. El agua estaba a la temperatura perfecta: lo bastante caliente para reconfortar, pero no para quemar. Camille se sumergió en la bañera con un gemido de placer, y sus músculos se relajaron al verse rodeada por el calor.

Lou se arrodilló junto a la bañera, apoyando las rodillas en la alfombrilla, con las mangas remangadas hasta los codos. Mojó una esponja en el agua y empezó a lavar los hombros de Camille con pasadas lentas y pausadas.

—Has trabajado muy duro estas últimas semanas —murmuró Lou con voz suave mientras la esponja descendía por el brazo de Camille —. Toda esa rehabilitación. Toda esa paciencia. Te vi esforzarte a pesar del dolor, sin quejarte nunca, sin rendirte jamás.

La esponja trazó círculos por la espalda de Camille y luego pasó al otro brazo. La sensación era íntima de una manera que trascendía lo sexual: aquel cuidado meticuloso, aquella suave adoración de su cuerpo.

—Quería volver por ti —dijo Camille—. Por el equipo. Pero, sobre todo, por ti. No soportaba la idea de mirar desde fuera mientras tú librabas la batalla más importante de la temporada.

La mano de Lou se detuvo sobre el hombro de Camille—. Yo no habría podido hacerlo sin ti. Incluso cuando estabas lesionada, incluso cuando solo podías mirar desde el banquillo... tenerte allí me daba fuerzas.

La esponja reanudó su camino, deslizándose por el pecho de Camille, rodeando sus pechos con un roce que seguía siendo suave pero que tenía un matiz de algo más. La respiración de Camille se aceleró y sus pezones se endurecieron bajo la tela húmeda.

—Lou...

—Déjame —la voz de Lou era ahora un susurro, y su mano libre se deslizó bajo el agua para acunar el pecho de Camille—. Déjame enseñarte cuánto te he echado de menos. Cuánto te necesito.

La esponja cayó, reemplazada por la mano desnuda de Lou, caliente por el agua y segura en sus movimientos. Su pulgar rozó el pezón de Camille, y el contacto envió chispas en cascada por todo su cuerpo.

—Más —susurró Camille—. Por favor.

La mano de Lou descendió más, recorriendo la curva del vientre de Camille, el relieve de sus caderas, la suave piel de la cara interna de sus muslos. El agua ondeaba con cada movimiento, enviando olas cálidas contra la piel sensibilizada de Camille.

Y entonces los dedos de Lou encontraron el calor entre las piernas de Camille, y cualquier pensamiento racional se disolvió por completo.

—Oh, Dios —la cabeza de Camille cayó hacia atrás sobre el borde de la bañera, y cerró los ojos. Los dedos de Lou fueron suaves al principio, explorando, provocando, aprendiendo los contornos del deseo de Camille. Pero cuando las caderas de Camille empezaron a balancearse contra su mano, mientras su respiración se volvía entrecortada y desesperada, los movimientos de Lou se hicieron más decididos.

Dos dedos se deslizaron dentro y Camille jadeó. El ángulo resultaba algo forzado con Lou arrodillada junto a la bañera, pero la

intimidad del momento —el vapor subiendo a su alrededor, el agua caliente envolviéndola, el rostro de Lou tan cerca del suyo— compensaba cualquier limitación física.

—Mírame —ordenó Lou con voz baja y profunda—. Quiero verte la cara cuando te corras.

Camille forzó los ojos para abrirlos y se encontró con la mirada de Lou. Aquellos ojos verdes ardían de amor, deseo y reverencia; una expresión que hizo que el corazón de Camille se encogiera incluso mientras su cuerpo escalaba hacia el clímax.

El pulgar de Lou encontró su clítoris y empezó a trazar círculos con una precisión demoledora. Sus dedos se curvaron en su interior, encontrando ese punto que hacía que estallaran estrellas tras los ojos de Camille. El placer creció como una ola: subiendo, cobrando fuerza, a punto de romper.

—Te tengo —susurró Lou—. Déjate llevar. Te tengo.

El orgasmo sacudió a Camille con la fuerza de un huracán. Gritó el nombre de Lou mientras su cuerpo se arqueaba en el agua y sus paredes internas se contraían alrededor de los dedos de Lou mientras una pulsación tras otra de placer la recorría entera. Lou la acompañó durante todo el proceso, suavizando el contacto a medida que las olas remitían, manteniéndola anclada mientras regresaba a la superficie.

—Eso ha sido... —Camille no encontraba las palabras. Su cuerpo se sentía líquido y su mente estaba maravillosamente en blanco—. Eso ha sido increíble.

—Esto ha sido solo el principio —sonrió Lou.

Camille sacó un brazo de la bañera, con el agua chorreando, y agarró la parte delantera de la camiseta de Lou—. Entra aquí.

—El agua...

—No me importa el agua —Camille tiró con más fuerza y Lou se rió —un sonido de sorpresa y deleite— antes de ponerse en pie y quitarse la ropa con movimientos rápidos.

El cuerpo de Lou ya le era familiar, amado: el músculo magro de sus brazos, la curva de sus caderas, las pequeñas cicatrices que trazaban el mapa de su historia en el hockey. Camille la vio entrar en la bañera, vio cómo el nivel del agua subía y se desbordaba por el

borde al desplazarse con sus cuerpos, y no le importó lo más mínimo el desastre.

—Ven aquí. Necesito abrazarte.

Camille se deslizó por el agua hasta los brazos de Lou. Se quedaron entrelazadas en el baño caliente, con los corazones latiendo al unísono y los cuerpos tan pegados como permitía la física.

—Te quiero —murmuró Camille contra el hombro de Lou.

—Yo también te quiero —Lou la estrechó con más fuerza—. Y mañana vamos a ganar. Juntas.

Se quedaron en la bañera hasta que el agua se enfrió, luego se secaron mutuamente con las suaves toallas del hotel y se dirigieron a trompicones a la cama de matrimonio. Las sábanas se sentían frescas contra su piel encendida y se acurrucaron juntas en el centro del colchón, con las piernas entrelazadas, los brazos fuertemente unidos y el aliento mezclándose en la oscuridad.

—¿De verdad crees que podemos ganarles? —preguntó Camille con voz somnolienta—. Las Wildcats tienen el mejor récord de la liga.

—Creo en este equipo —Lou besó la frente de Camille—. Creo en Rowan, en Frankie y en Elise. Creo en la estrategia de Mara. Y creo en nosotras: tú y yo, juntas en el hielo, jugando como si estuviéramos destinadas a ello.

Camille cerró los ojos, y la seguridad de Lou se caló en sus huesos como el calor de una hoguera. El día de mañana traería el mayor desafío de su temporada. Mañana se determinaría si las Phoenix Ridge Valkyries llegaban a la PWHL o si veían sus sueños morir sobre el hielo. Pero esta noche, envuelta en los brazos de Lou, rodeada de calor, amor y esa paz tan especial que da el pertenecer a alguien... esta noche, todo era posible.

—Vamos a ganar —dijo Camille, y por primera vez, las palabras le supieron a verdad más que a esperanza.

La respiración de Lou se hizo más profunda y su cuerpo se relajó al entrar en el sueño. La habitación del hotel las cobijaba como un capullo: tranquila y cálida, ajena a las presiones del mañana. Camille

la siguió momentos después; sus sueños estaban llenos de hielo, de victoria y de la mujer a su lado.

Mañana, lucharían.

Esta noche, descansarían.

Y por la mañana, se levantarían juntas para salir al encuentro de su destino.

# 25

El hielo era una zona de guerra.

A Lou le ardían los pulmones con cada bocanada de aire, y sus piernas gritaban tras dos periodos de presión implacable. El sudor le resbalaba por la sien bajo el casco, escociéndole en los ojos, y sentía que el palo pesaba cien kilos. Las vallas estaban manchadas de nieve y escarcha de dos periodos de patinaje desesperado, y las luces del estadio resplandecían como lámparas de interrogatorio, gélidas e implacables. Las Wildcats eran todo lo que los analistas habían prometido: rápidas, físicas y despiadadas en su persecución del disco. Cada turno se sentía como correr por la arena; cada colisión, como chocar contra un muro de ladrillos. El marcador resplandecía sobre sus cabezas con su cruel veredicto: Wildcats 3, Valkyries 2.

Doce minutos para el final del tercer periodo. Doce minutos para salvar la temporada. Doce minutos que determinarían si cinco años de trabajo habían servido para algo.

El estruendo de la multitud era ensordecedor: los aficionados locales, desesperados por un milagro, ahogaban a los seguidores de las Wildcats, que ya saboreaban la victoria. El estadio olía a hielo, a sudor y a esa desesperación particular de los equipos que luchan por sobrevivir. El protector bucal de Lou sabía a cobre, por la sangre de

donde se había mordido la mejilla durante un encontronazo especialmente brutal en el segundo periodo.

Mara pidió un tiempo muerto y Lou patinó hacia el banquillo con unas piernas que sentía como si fueran de plomo. Sus compañeras se agruparon a su alrededor, con rostros sombríos bajo cabellos empapados de sudor y los moratones que ya se formaban tras dos periodos de combate.

—Escuchadme bien. —La voz de Mara era afilada, cortando el ruido del público—. Sabíamos que esto iba a ser difícil. Sabíamos que iban a ir a por todas con nosotras. Pero seguimos en pie. Seguimos en la lucha. Doce minutos, chicas. Eso es todo lo que nos separa de la PWHL.

Rowan respiraba con dificultad al lado de Lou, con su joven rostro curtido por la determinación. La equipación de Elise chorreaba sudor, pero sus ojos estaban calmados. Frankie...

A Lou se le encogió el estómago al recorrer con la mirada el banquillo. Frankie no estaba allí.

—¿Dónde está Frankie? —Las palabras salieron roncas, con pánico.

—En la sala médica. —La expresión de Mara se tensó—. Ese golpe en el segundo periodo... posible conmoción. Está fuera el resto del partido.

La noticia cayó como un golpe físico. Frankie era la compañera de Lou en la línea azul, su mejor amiga, la presencia constante que había anclado su defensa durante toda la temporada. Durante siete años habían compartido ese espacio: leyendo el movimiento de la otra, cubriendo sus debilidades, construyendo una complicidad que iba más allá de las palabras. Sin ella, estaban expuestas. Vulnerables. Incompletas.

A Lou se le cerró la garganta. Quería ir a ver cómo estaba Frankie, quería sentarse con ella en la sala médica y asegurarse de que estaba bien. Pero no había tiempo para eso. Ni tiempo para lamentarse. Ni tiempo para el miedo.

—Nos adaptamos. —La voz de Lou sonó más fuerte de lo que esperaba—. Nos cubrimos las unas a las otras. No dejéis que nos vean entrar en pánico.

Sonó el silbato, llamándolas de nuevo al hielo. Lou patinó hasta su posición, con el cuerpo protestando ante cada movimiento y la mente centrada en un único objetivo: sobrevivir. Sobrevivir a estos doce minutos. Darlo todo.

Las Wildcats se les echaron encima como tiburones que huelen sangre en el agua. Habían visto caer a Frankie, habían calculado el hueco en la defensa de las Valkyries y aprovecharon su ventaja con una eficiencia brutal. Los disparos llovían sobre la red de las Valkyries, y ellas los repelían con paradas cada vez más desesperadas.

Lou lanzaba su cuerpo contra cada bloqueo, cada despeje, cada confrontación física. El hombro le gritaba por un golpe anterior, le dolían las costillas donde una delantera de las Wildcats le había dado un hachazo a espaldas del árbitro, pero el dolor era algo lejano; un problema del que se ocuparía la Lou del futuro.

Ocho minutos para el final. Seguían perdiendo por uno. Las Wildcats estaban jugando ahora al rondo, controlando el disco con una eficacia desesperante, obligando a las Valkyries a perseguirlas y a gastar una energía preciosa.

Una extremo de las Wildcats rompió la zona defensiva, avanzando hacia la portería con nada más que hielo despejado frente a ella. El público jadeó, una toma de aire colectiva de miles de gargantas. Lou buscó en sus reservas y encontró una velocidad que no sabía que le quedaba, alcanzando a la atacante en el último momento y barriendo el disco con un toque desesperado. La colisión mandó a ambas jugadoras contra las vallas, pero Lou se levantó primero, empujando el disco hacia Rowan en el centro del campo.

—¡Vamos! —gritó Lou—. ¡Transición!

El contraataque fue caótico y agotador, pero fue un comienzo. Rowan llevó el disco a través de la línea azul, atrayendo a las defensoras hacia ella antes de pasárselo a Camille en la banda.

Camille.

Incluso en el caos del partido, a Lou se le hinchó el corazón al verla. Camille había estado jugando lesionada —esa rodilla debía de estar rugiendo, con el fuerte vendaje bajo su equipo—, pero se

movía como si la lesión no existiera. Como si no existiera nada excepto el disco, la portería y la necesidad desesperada de ganar.

Camille recibió el pase de Rowan y lanzó un disparo seco hacia la red. La portera de las Wildcats rozó el disco, desviándolo hacia la esquina, y la jugada murió allí mientras la defensa se recuperaba.

Seis minutos para el final. El tiempo se desangraba, cada tic del marcador era una cuenta atrás para la muerte de sus sueños.

Lou podía sentir cómo la desesperación se instalaba sobre su equipo como un sudario. Podía verla en el hundimiento de los hombros, en la pesadez de los movimientos, en esa oscuridad particular que se asomaba a los ojos cuando la esperanza empezaba a desvanecerse. Lo habían dado todo —cada gramo de esfuerzo, cada gota de determinación— y no era suficiente.

Las Wildcats eran, sencillamente, mejores. Más rápidas. Estaban más descansadas. Eran un conjunto más completo.

Mara pidió otro tiempo muerto, pero esta vez sus palabras rebotaron en jugadoras exhaustas. Lou se quedó mirando el hielo, con la respiración entrecortada y el cuerpo convertido en una sinfonía de dolor y fatiga. Había pasado años intentando llevar a este equipo a la PWHL, y ahora iba a terminar así: a falta de un gol, a falta de un momento, a falta de un milagro.

Y entonces Camille le agarró el brazo.

—Mírame. —La voz de Camille era feroz, sus ojos azules centelleaban—. Aún no hemos terminado. No he vuelto de esa lesión para vernos perder. No me he enamorado de ti para verte rendirte.

—Camille, no queda tiempo…

—Tenemos cinco minutos. Eso es tiempo suficiente para cinco goles si jugamos con cabeza. —El agarre de Camille se tensó en el brazo de Lou—. Necesito que creas. Necesito que luches. Un turno más. Dame todo lo que tienes durante un turno más y te juro que haré que valga la pena.

Algo cambió en el pecho de Lou; una chispa prendió entre las cenizas de su agotamiento. Camille tenía razón. No habían terminado. Todavía no. No mientras quedara tiempo en el reloj y aire en sus pulmones.

—Vale. —Lou se enderezó, sintiendo que las últimas reservas de su energía se acumulaban como yesca—. Vale. Un turno más. Todo lo que tengamos.

Sonó el silbato. Cayó el disco. El estadio contuvo el aliento.

Y Camille Laurent-Dubois dio un espectáculo.

Lou llevaba semanas viendo jugar a Camille; se había aprendido de memoria sus patrones, sus tendencias, la forma particular en que se movía cuando estaba concentrada al máximo. Pero nunca había visto nada parecido. Aquella era Camille en su apogeo absoluto, cada gramo de habilidad y determinación fundidos en algo trascendente.

Interceptó el pase de las Wildcats antes incluso de que llegara a su destino, con su palo convertido en una ráfaga de precisión. Dos defensoras se movieron para cerrarle el paso y ella bailó entre ellas como si estuvieran clavadas al suelo: un amago a la izquierda, un cambio de ritmo a la derecha, con su rodilla mala aparentemente olvidada en el fragor del momento.

El estruendo del público cambió. La desesperación que se había estado instalando en el estadio se disipó, sustituida por algo eléctrico. Esperanza. Posibilidad.

Camille armó el brazo para el disparo. La portera de las Wildcats se colocó, calculando el ángulo, preparándose para la parada.

Pero Camille no disparó. En el último momento posible, pasó el disco: una asistencia sin mirar a Rowan, que había estado subiendo hacia la portería por el lado débil. Rowan remató al primer toque y el disco voló por encima del hombro de la portera antes de que esta pudiera reaccionar.

Gol.

La bocina atronó. El público estalló. Lou gritó, con la voz perdida en la cacofonía de la celebración, olvidando momentáneamente su agotamiento.

Empate a tres. Cuatro minutos para el final.

—¡Uno más! —gritó Camille mientras se recolocaban para el saque neutral—. ¡Un gol más y estaremos en la PWHL!

Las Wildcats no se iban a rendir sin más. Contraatacaron con todo lo que tenían, desesperadas por proteger su posición en lo alto

de la clasificación. Las Valkyries hicieron tres paradas más en sesenta segundos, cada una más milagrosa que la anterior. Las vallas temblaban con la fuerza de los choques. El hielo se volvía resbaladizo con la escarcha y el sudor.

Dos minutos para el final. El reloj del marcador descontaba el tiempo como una bomba.

El cuerpo de Lou le gritaba que se detuviera. Sus pulmones eran puro fuego, sus piernas eran de goma y, en algún momento, había recibido un golpe que le había dejado el hombro derecho con una sensación extraña que no quería examinar demasiado de cerca. Cada músculo, cada articulación, cada fibra de su ser suplicaba un descanso. Pero miró a Camille, patinando a su lado con esa feroz determinación en los ojos, y encontró una reserva más de fuerza.

Un minuto y treinta segundos.

Las Wildcats cometieron un error: un pase mal gestionado en su propia zona sobre el que Rowan se abalanzó. Le pasó el disco a Camille en la parte superior del círculo, y Lou observó cómo Camille iniciaba su avance hacia la red.

Dos defensoras convergieron sobre ella. Eran más grandes, estaban más frescas y se posicionaron para bloquear cualquier disparo. Iban a detener a Camille; Lou podía verlo ocurrir, veía cómo se cerraba el ángulo, veía cómo se escapaba la oportunidad.

A menos que...

Lou no lo pensó. Simplemente se movió.

Se lanzó contra la defensora más cercana, sacrificando su cuerpo para crear un hueco en la cobertura. La colisión fue demoledora —hombro contra hombro, hueso contra hueso— y Lou cayó con fuerza, su casco rebotó contra el hielo y las estrellas estallaron en su visión.

Pero el hueco estaba ahí. Por un momento perfecto, Camille tuvo un carril despejado hacia la red.

Desde su posición en el hielo, Lou vio a Camille armar el disparo. El tiempo pareció ralentizarse: el ruido del estadio se desvaneció hasta ser un murmullo lejano, el caos del partido se redujo a este único instante. El palo de Camille conectó con el disco, el sonido fue

nítido y claro como el disparo de un rifle, y el disco voló por el aire como una plegaria hecha materia.

La portera se lanzó, con el cuerpo en horizontal y el guante estirándose hacia el disco con toda la agilidad que poseía. Durante un segundo eterno, pareció que podría llegar, que podría hacer la parada que mantendría a las Wildcats en liza, que podría aplastar la última esperanza de las Valkyries.

Sus dedos rozaron la trayectoria del disco. Acariciaron el aire donde este había estado un milisegundo antes.

Y falló.

Gol.

La bocina atronó en cuanto el disco golpeó el fondo de la red. El estadio estalló en un caos absoluto. El marcador se actualizó: Valkyries 4, Wildcats 3.

Treinta y siete segundos para el final.

Lou se incorporó del hielo, con la cabeza dándole vueltas y el cuerpo apenas respondiendo. Varias manos se estiraron para ayudarla —Rowan, tirando de ella para ponerla en pie— y entonces Camille apareció, chocando contra ella con tal fuerza que casi las derriba a las dos otra vez.

—¡Lo has conseguido! —Camille estaba llorando, las lágrimas le resbalaban por la cara bajo el casco—. ¡Lou, lo has conseguido!

—Lo hemos conseguido —la corrigió Lou, rodeando a Camille con sus brazos a pesar del estorbo de las equipaciones—. Juntas.

Los últimos treinta y siete segundos fueron los más largos de la vida de Lou. Cada vez que las Wildcats tocaban el disco, se le paraba el corazón. Cada intento de disparo, cada barullo cerca de la red, cada despeje desesperado... cada uno se sentía como si fuera de vida o muerte. Bloqueó un disparo con su espinillera y apenas sintió el impacto. Interpuso su cuerpo ante un disparo de media distancia y lo recibió de lleno en el muslo; el dolor apenas se registraba en algún rincón lejano de su mente que ya se ocuparía de ello más tarde.

Veinte segundos. Diez. Cinco.

Cuando sonó la bocina final, el estadio estalló en un rugido que sacudió los mismos cimientos del edificio. El sonido era físico: una

ola de pura emoción que rompió sobre todas ellas, abrumadora y absoluta.

Habían ganado. Se habían clasificado para la PWHL. Lo imposible se había hecho realidad.

Sus compañeras asaltaron a Lou en el hielo: Rowan, Elise y todas las demás jugadoras que habían luchado a su lado por este momento. En medio del caos, volvió a encontrar a Camille, y esta vez, cuando se estrecharon entre sus brazos, ya no había urgencia. Solo el dulce alivio de la victoria y la certeza abrumadora de que habían logrado lo imposible.

—Te quiero —susurró Lou al oído de Camille, sin importarle quién pudiera oírla—. Te quiero muchísimo.

—Yo también te quiero. —Camille se apartó lo suficiente para mirar a Lou a los ojos, con el rostro brillando de lágrimas y alegría bajo la visera del casco—. Y acabamos de hacer historia. Juntas.

El estadio era un caos a su alrededor: aficionados saltando al hielo, compañeras celebrando, los flashes de las cámaras disparándose como fuegos artificiales. El cuerpo de Lou era un despojo de agotamiento y dolor, pero su corazón estaba más lleno que nunca. Había pasado toda su vida jugando al hockey, sacrificándose por este deporte, dándolo todo por un sueño que siempre parecía estar fuera de su alcance.

Y ahora estaba aquí. Lo había logrado. Lo habían logrado.

Juntas.

Lou atrajo a Camille una vez más, juntando sus frentes, saboreando el momento. El olor a hielo, a sudor y a esfuerzo las rodeaba, mezclado con algo más: algo que olía a victoria y al comienzo de un nuevo capítulo. Las cámaras estaban mirando. Los aficionados gritaban. El mundo entero estaba a punto de saber de ellas.

Y por primera vez en su vida, a Lou no le importó quién estuviera mirando.

Había pasado treinta y cuatro años siendo invisible. Manteniendo la cabeza baja, su vida personal en privado, su corazón bajo llave donde nadie pudiera verlo, tocarlo o dañarlo. Pero estar aquí de pie con Camille en sus brazos, con el rugido de la multitud bañándolas y

el peso de la "C" de capitana en su pecho... comprendió, finalmente, que la visibilidad no era vulnerabilidad.

Era libertad.

Que miren. Que miren todos.

Esto era amor. Esto era victoria. Esto era todo lo que siempre había deseado.

Y no era más que el principio.

# 26

La sala de prensa bullía con esa energía particular que surge cuando estalla una noticia importante.

El espacio era demasiado pequeño para la multitud que se había congregado: sillas plegables apretujadas contra las paredes, reporteros de pie en los pasillos y equipos de cámaras dándose codazos para ganar posiciones al fondo. El aire acondicionado luchaba contra el calor de demasiados cuerpos, y las luces fluorescentes zumbaban en el techo como un enjambre de abejas impacientes. El olor a café y a sudor nervioso lo impregnaba todo.

Camille estaba sentada a la larga mesa, con los micrófonos agrupados ante ella como flores ansiosas, mientras los flashes de las cámaras saltaban desde todos los rincones de la sala. La afluencia de medios no tenía precedentes; no estaban solo los cronistas deportivos habituales, sino también presentadores de informativos, periodistas de prensa rosa y representantes de medios que nunca antes habían cubierto el hockey femenino. Se había corrido la voz. Algo estaba pasando, y todos querían estar presentes cuando se hiciera público.

Lou se sentaba a su lado, casi rozándole los hombros, una presencia sólida en medio del caos. El resto del equipo ocupaba los asientos tras ellas: Rowan aún sofocada por la victoria, Elise con la sudadera del equipo y toda la plantilla dispuesta como una guardia

de honor. Mara permanecía a un lado, con una expresión cuidadosamente neutral pero con los ojos brillantes por algo que bien podría haber sido orgullo.

Astoria se había encargado de la logística con su eficacia habitual. La rueda de prensa se estaba transmitiendo en directo por tres cadenas distintas. Se había notificado a los patrocinadores con antelación; algunos se quedarían, otros se marcharían, pero Astoria le había asegurado a Camille que Phoenix Ridge la apoyaría pasara lo que pasase.

Ahora llegaba lo difícil. El momento que lo cambiaría todo.

—Aceptaremos preguntas —anunció Astoria desde el podio, con una voz que cortaba el caos con autoridad profesional, y la sala estalló.

La primera docena de preguntas fueron sobre el partido. ¿Cómo se sentía al marcar el gol de la victoria? ¿Qué se le pasaba por la cabeza en esos minutos finales? ¿Cómo había superado el equipo la pérdida de Frankie en el segundo periodo?

—El gol ha sido de todo el equipo —respondió Camille con voz fluida y ensayada—. Lou ha hecho esa jugada de sacrificio increíble para crear la apertura. Rowan ha estado dando el callo toda la temporada. Y nuestra defensa, incluso sin Frankie, se ha mantenido firme cuando más importaba.

Más preguntas. Estadísticas, estrategia y detalles técnicos de jugadas que había ensayado mil veces. Camille respondía con el piloto automático, dejando que su formación mediática tomara el control; las palabras fluían con soltura mientras su corazón martilleaba contra las costillas.

Estaba esperando. Todas esperaban. La pregunta que todo el mundo quería hacer, pero que la mayoría temía formular.

—Camille. —Una reportera de la tercera fila, joven, hambrienta de éxito y claramente esperanzada en que esto impulsara su carrera —. Han circulado rumores sobre su vida personal. Concretamente, sobre su relación con su compañera de equipo Lou Calder. ¿Desea hacer algún comentario al respecto?

La sala se quedó en silencio. Todos los objetivos se centraron en el rostro de Camille, cada micrófono se esforzó por captar su

respuesta. Era el momento. El instante que había estado temiendo y anticipando a partes iguales.

Camille miró a Lou. Esos ojos verdes se encontraron con los suyos a través del espacio entre sus sillas, fijos y seguros, llenos del mismo amor que las había sostenido durante las últimas semanas de caos, incertidumbre y crecimiento. Lou asintió levemente: permiso, aliento, compañerismo para lo que viniera a continuación.

Camille volvió a mirar a la reportera y respiró hondo.

—Sí —dijo, y su voz llegó con claridad a través de los micrófonos —. Me gustaría comentar algo sobre eso.

El silencio se hizo más denso. Los bolígrafos quedaron suspendidos sobre los cuadernos. Los cámaras se inclinaron hacia delante, ajustando el enfoque.

—He pasado toda mi carrera gestionando mi imagen. Controlando lo que la gente ve, lo que saben de mí, qué historia se cuentan a sí mismos sobre quién es Camille Laurent-Dubois. —Hizo una pausa, dejando que las palabras calaran—. Vine a Phoenix Ridge esperando jugar al hockey una temporada y marcharme. Lo que encontré, en cambio, fue una plantilla que se convirtió en una familia, y una mujer que lo fue todo.

Miró a Lou de nuevo, y esta vez no apartó la vista. Toda la sala pudo verlo: la ternura en su expresión, la conexión que chisporroteaba entre ellas como electricidad. Que lo vieran. Que escribieran sus historias y sacaran sus conclusiones. Nada de eso importaba comparado con la verdad.

—Lou Calder es mi pareja. No solo en el hielo, sino en cada aspecto de mi vida que importa. —La voz de Camille cobró fuerza con cada palabra, y el miedo se transformó en algo que sabía a libertad—. La quiero. Estoy orgullosa de quererla. Y se acabó el fingir lo contrario.

La sala explotó. Preguntas gritadas sobre otras preguntas, flashes creando un efecto estroboscópico, reporteros prácticamente trepando unos encima de otros para que se escucharan sus repreguntas. Camille permaneció inmóvil en medio de todo aquello, buscando la mano de Lou por debajo de la mesa, entrelazando sus dedos al amparo del mantel.

—¡Camille!, ¿cuándo empezó esta relación?

—¿Han estado ocultando esto durante toda la temporada?

—¿Qué significa esto para sus patrocinios?

—Lou, ¿sabía que esto iba a pasar?

Astoria se acercó al podio, levantando una mano para pedir silencio.

—Vayamos de una en una con las preguntas, por favor.

La reportera que había hecho la pregunta inicial consiguió la primera repregunta.

—Camille, ¿por qué ahora? ¿Por qué elegir salir del armario en este momento preciso?

—Porque estoy cansada de tener miedo —la voz de Camille era firme ahora, y el terror inicial se desvanecía en alivio—. Porque por primera vez en mi vida, he encontrado a alguien por quien merece la pena ser sincera. Y porque si algo me ha enseñado este equipo, es que no puedes ganar si juegas con miedo.

Miró al mar de rostros: algunos de simpatía, otros calculadores, todos hambrientos de cualquier fragmento de su historia que pudieran capturar y compartir.

—Sé que esto cambiará las cosas. Sé que habrá gente decepcionada, algunos se enfadarán y otros dirán que debería haber mantenido esto en privado. Pero he pasado la mayor parte de mi vida construyendo una imagen que parecía perfecta por fuera mientras me sentía sola por dentro. Lou cambió eso. Hizo que quisiera ser valiente. Y le debo a ella —y me debo a mí misma— el valor de decir la verdad.

Otro periodista, este de una cadena importante preguntó:

—Lou, ¿tiene algo que añadir?

Lou se inclinó hacia su micrófono y Camille contuvo el aliento. No habían preparado esta parte; no habían planeado lo que Lou diría si se le presentaba la oportunidad. La sala parecía contener el aliento junto a ella.

Pero la voz de Lou, al sonar, fue firme como una roca.

—Llevo doce años jugando al hockey semiprofesional. En todo este tiempo, nunca he hablado públicamente de mi vida personal. No porque me avergonzara, sino porque nunca me pareció que fuera

asunto de nadie. —Hizo una pausa, con la mandíbula tensa con la misma determinación que mostraba en el hielo—. Crecí en un mundo que me decía quién debía ser, a quién debía amar. Pasé mucho tiempo creyendo que tenía que elegir entre ser yo misma y tener una carrera en este deporte.

La voz de Lou se suavizó, y a Camille le dolió el corazón de puro amor.

—Camille me demostró que no tenía por qué elegir. Ella es mi prioridad ahora. Nuestra relación es asunto mío. Y estoy orgullosa de estar a su lado, dentro y fuera del hielo. Hoy, mañana y todos los días que vendrán después.

Las preguntas continuaron durante otros veinte minutos: logística, cronología y el inevitable sondeo en busca de drama o conflicto. Camille respondió a lo que pudo y esquivó lo que no, siempre consciente de la mano de Lou en la suya bajo la mesa, sacando fuerzas de ese sencillo contacto.

Cuando Astoria finalmente dio por terminada la ronda de preguntas, los reporteros se dispersaron lentamente, aún con ganas de más pero satisfechos con lo obtenido. La noticia saldría esta noche en todas las cadenas, sería tendencia en todas las redes sociales y se convertiría en la mayor noticia deportiva de la semana... posiblemente del año.

Pero Camille apenas se dio cuenta. Porque Lou estaba de pie junto a ella, con una expresión suave a pesar de la multitud, buscando la mano de Camille mientras se dirigían hacia la salida.

—¿Cómo estás? —La voz de Lou era baja, solo para ella.

—Aterrada. Aliviada. Agotada. —Camille se rio, con un sonido ligeramente histérico—. ¿Y tú?

—Igual. Pero añade hambrienta. Podría comerme un búfalo ahora mismo.

—Buscaremos comida. —Camille apretó la mano de Lou—. Pero antes...

Astoria las interceptó cerca de la puerta, con el teléfono ya iluminándose con notificaciones.

—El fotógrafo oficial del equipo necesita unas cuantas tomas para la nota de prensa. Las dos, si están dispuestas.

Camille miró a Lou. Lou asintió.

Siguieron al fotógrafo hasta un fondo que el equipo había preparado: el logo de las Valkyries detrás de ellas y una iluminación suave dispuesta para que parecieran profesionales en lugar de emboscadas. El espacio era más silencioso allí, lejos del tránsito principal del pabellón, y el corazón acelerado de Camille empezó a calmarse.

La fotógrafa fue eficiente y amable, una mujer de unos cincuenta años con canas y arrugas de expresión alrededor de los ojos. Las colocó de forma natural, dándoles indicaciones suaves sobre los ángulos y las líneas de visión, tratándolas no como sujetos, sino como personas que merecían que su momento fuera capturado con cuidado.

—¿Pueden acercarse un poco más? Así. Ahora Lou, si pudiera poner el brazo por encima... perfecto.

El brazo de Lou se asentó sobre los hombros de Camille, cálido, sólido y exactamente donde correspondía. Camille se apoyó en el contacto, con su cuerpo curvándose de forma natural contra el costado de Lou. A esta distancia, podía oler la mezcla de jabón y esfuerzo físico que se adhería a la piel de Lou, podía sentir el ritmo constante de su respiración.

—Una más. Lou, ¿puede coger la mano de Camille? Solo con naturalidad, como si estuvieran a punto de caminar juntas hacia algún sitio.

Los dedos de Lou buscaron los de Camille y se entrelazaron, con un agarre firme pero suave. Los apretó una vez, en una comunicación silenciosa que decía: *Estoy aquí, te tengo, estamos juntas en esto.*

La cámara hizo clic. El flash saltó. Y por primera vez en su vida, Camille fue fotografiada con alguien a quien realmente amaba.

—Precioso —dijo la fotógrafa, bajando la cámara—. Se las ve muy bien juntas.

—Estamos muy bien juntas —dijo Lou con sencillez, y el corazón de Camille se hinchó de emoción.

Salieron de la zona de prensa al pasillo trasero del pabellón, y la relativa tranquilidad resultó un alivio tras el caos de la sala de

conferencias. A Camille le zumbaban los oídos y su cuerpo aún vibraba con la adrenalina de la confesión que acababa de hacer ante el mundo.

Pero el resto del equipo las estaba esperando. Habían visto la rueda de prensa por un monitor en la habitación contigua, y sus rostros le dijeron a Camille todo lo que necesitaba saber: mejillas surcadas por las lágrimas, sonrisas orgullosas y la alegría particular de quienes habían estado deseando este desenlace desde que notaron por primera vez las chispas entre su capitana y su estrella delantera.

Alguien —probablemente Rowan— había encontrado champán, y el corcho saltó en cuanto Camille y Lou aparecieron a la vista.

—¡Por nuestras campeonas! —gritó Frankie, con la voz ligeramente pastosa por los analgésicos que sin duda tomaba por su conmoción cerebral. Un vendaje blanco asomaba bajo su gorra del equipo, pero su sonrisa era la más amplia que Camille le había visto nunca—. ¡Y por nuestras tortolitas, que por fin lo hacen oficial! ¡Ya era maldita la hora!

El equipo estalló en vítores. Elise las envolvió a ambas en un abrazo rompecostillas. Rowan estaba llorando; lágrimas de felicidad, con el rostro iluminado por una sonrisa que parecía demasiado grande para sus facciones. Incluso Mara sonreía, con su expresión habitualmente severa suavizada por una alegría genuina.

—Estoy orgullosa de ustedes —dijo Mara, apretando el hombro de Lou y luego el de Camille—. Lo que han hecho ahí dentro... ha requerido agallas. Auténticas agallas.

A Camille le ardían los ojos por unas lágrimas que se negaba a dejar caer.

—Gracias. Por apoyarnos. Por haber hecho esto posible.

—Ustedes lo han hecho posible —la voz de Mara fue firme—. Yo solo me he quitado de su camino.

La celebración continuó mientras se dirigían al vestuario; el champán pasaba de mano en mano, las voces se alzaban en canciones que Camille solo reconocía a medias, la alegría particular de un equipo que había logrado lo imposible. Se habían clasificado

para la PWHL. Habían salido del armario públicamente. Habían hecho todo lo que se propusieron y mucho más.

Pero durante todo el trayecto, la mano de Camille no soltó la de Lou. Sus dedos permanecieron entrelazados, sus cuerpos gravitando el uno hacia el otro incluso en medio del caos de la celebración. Era algo tan sencillo, ir de la mano, pero tras semanas de ocultarse, de momentos robados y de distancias calculadas, parecía revolucionario.

—Oye. —Lou la apartó a un lado del pasillo, lejos de la celebración solo un instante. Sus ojos verdes brillaban de emoción, y su rostro estaba abierto de una forma que Camille rara vez había visto en público—. Lo que he dicho ahí dentro iba en serio. Estoy orgullosa de estar a tu lado. Hoy y todos los días de mi vida.

Camille acunó el rostro de Lou entre sus manos y la besó. No fue un beso cuidadoso, ni un beso a escondidas; fue el tipo de beso que decía *te quiero*, *te elijo a ti* y *el mundo entero puede mirar si quiere.*

Cuando finalmente se separaron, el equipo volvía a vitorear; esta vez con silbidos y aplausos y el entusiasmo particular de quienes habían estado apoyando este final desde el principio.

—¡Buscad un hotel! —gritó Frankie riendo, y el resto del equipo se le unió con bromas y aplausos.

—¡Luego! —respondió Lou, con el brazo apretando con fuerza la cintura de Camille y la voz ronca por la emoción—. ¡Ahora mismo, celebramos con nuestro equipo! Nos lo hemos ganado.

Se reunieron con el grupo y la celebración volvió a envolverlas: champán, risas y la dulce e imposible alegría de los sueños que se hacen realidad. Camille se dejó llevar por aquello, permitiéndose sentir cada momento sin analizarlo, ni calcularlo, ni planear lo que vendría después.

Por primera vez en su vida, estaba exactamente donde debía estar. Con Lou a su lado, con su equipo alrededor, con todo el mundo mirando y sin nada más que ocultar.

Esta era su vida ahora. Abierta, honesta, amada.

El camino por delante no sería fácil. Habría críticos y escépticos, patrocinadores que se retirarían y titulares que retorcerían sus palabras. Habría conversaciones difíciles y escrutinio público y

momentos en los que desearía poder refugiarse de nuevo en la cómoda seguridad de su imagen cuidadosamente construida.

Pero Lou estaría allí. El equipo estaría allí. Y la verdad —la sencilla y poderosa verdad de quién era y a quién amaba— la sacaría adelante.

Era mejor que cualquier cosa que hubiera imaginado. Y esto era solo el principio.

# EPÍLOGO

Un año después

La bocina final sonó como una sinfonía.

Phoenix Ridge Valkyries 4, Ottawa Bruins 2. Otra victoria, otro paso más cerca del campeonato de la PWHL que había parecido imposible hace apenas dieciocho meses. El marcador resplandecía con su triunfo en brillantes números LED mientras los cañones de confeti lanzaban chorros de color púrpura y oro al aire. El estadio estalló a su alrededor; la afición local puesta en pie, ese rugido particular de una multitud que ha visto a su equipo transformarse de perdedor en aspirante.

Lou levantó el palo para saludar al público, con el sudor goteando por sus sienes bajo el casco y el cuerpo doliéndole de esa forma satisfactoria que significaba que se lo había dejado todo en el hielo. A los treinta y cinco años, probablemente debería estar pensando en la jubilación, en lo que vendría después del hockey, en la vida que aguardaba más allá de la pista.

Pero al estar aquí, en el estadio donde había descubierto el amor, formado una familia y se había convertido en la persona que siempre debió ser, la jubilación se sentía muy lejana.

Miró a sus compañeras a lo largo del hielo. Frankie ya estaba organizando la celebración postpartido, con su rostro marcado por

las cicatrices partido en una sonrisa que la hacía parecer un pirata victorioso mientras agarraba a Elise del brazo.

Y luego, Camille.

Camille patinó hacia ella con esa gracia particular que todavía hacía que el corazón de Lou diera un vuelco, con su pelo rubio oscurecido por el sudor y pegado a la frente, y una sonrisa lo bastante amplia como para iluminar todo el estadio. Un año juntas, y verla todavía le quitaba el aliento a Lou.

—Buen partido, capitana —dijo Camille en tono burlón, con sus ojos azules bailando de afecto.

—Has marcado dos goles. Creo que tú te llevas la mayor parte del mérito.

—Yo solo soy la cara bonita. Tú eres la columna vertebral.

Lou se rio —una risa de verdad, un sonido que resonó por todo el hielo— y atrajo a Camille en un abrazo con un solo brazo que, sin duda alguna, las cámaras captarían para las páginas deportivas de mañana. Ya no se escondían. No podían esconderse, aunque hubieran querido. Su relación se había convertido en parte de la historia: la capitana y la estrella delantera, el amor que había transformado a un equipo en apuros en aspirante al campeonato.

Al borde de la celebración, Lou divisó a Rowan. La joven delantera estaba un poco apartada del grupo, con una expresión melancólica mientras observaba la alegría del equipo. Algo brillaba en sus ojos: soledad, tal vez, o el anhelo de una conexión que aún no había encontrado. Lou tomó nota mental de hablar con ella más tarde; quizá presentarle a gente de fuera del equipo, ayudarla a construir el tipo de conexiones que hacen que la vida se sienta plena. Nadie en este equipo debería sentirse solo.

—¿Lista para ir a casa? —preguntó Camille en voz baja, buscando la mano de Lou con la suya.

—Más que lista.

El trayecto desde el estadio hasta su adosado duró veinte minutos por las calles nocturnas de Phoenix Ridge. La ciudad se había convertido en su hogar de formas que Lou nunca había esperado, no solo por el equipo o el hockey, sino por la vida que había construido allí. Los restaurantes y cafeterías conocidos, los

vecinos que saludaban desde sus porches, la forma particular en que el atardecer pintaba las montañas de tonos naranjas y rosas.

Su casa estaba al final de una calle tranquila en Phoenix Ridge Harbor, con vistas al agua. No era extravagante —dos dormitorios, un jardín modesto, un garaje perpetuamente desordenado con equipo de hockey—, pero era suya. La habían comprado hacía seis meses, uniendo oficialmente sus vidas de una manera que todavía hacía que el corazón de Lou se hinchara cada vez que aparcaba en la entrada.

La puerta principal se abrió de par en par antes incluso de que bajasen del coche.

Max bajó los escalones de la entrada dando brincos, con su pelaje dorado brillando bajo la luz del porche y su cola moviéndose con tanta fuerza que todo su cuerpo se sacudía de entusiasmo. Lou se agachó para recibirlo, hundiendo la cara en su suave pelaje, dejando que sus lametones emocionados le cubrieran las mejillas de afecto perruno.

—¿Nos has echado de menos, colega? —preguntó—. ¿Nos has echado de menos?

El ladrido de respuesta de Max fue toda la confirmación que necesitaba.

Había visto el anuncio de adopción en la cafetería de Lavender hacía ocho meses: un cruce de golden retriever encontrado vagando por las calles, buscando un hogar definitivo. Lou siempre había querido un perro, pero nunca había tenido la estabilidad necesaria para cuidar de uno adecuadamente. Demasiadas mudanzas, demasiadas temporadas inciertas, demasiados años de vivir con maletas y en apartamentos temporales.

Pero con Camille, todo era diferente. Estable. Real.

Entraron juntas en la casa, con Max dando vueltas alrededor de sus pies, y Lou sintió esa calidez particular que se siente al volver al hogar: el olor familiar a detergente para la ropa y las velas de cítricos que Camille adoraba, el caos reconfortante de los zapatos junto a la puerta y las chaquetas colgadas al azar en los ganchos, la prueba de una vida construida juntas desde cero.

—¿Ducha primero y luego cenamos? —preguntó Camille, dirigiéndose ya hacia las escaleras.

—Empezaré a cocinar. ¿Te parece bien pasta?

—La pasta es perfecta.

Lou fue a la cocina en piloto automático, llenando una olla con agua, sacando la pasta del armario y empezando la salsa que había perfeccionado tras meses de práctica. Las tareas domésticas nunca se le habían dado de forma natural; había pasado demasiados años comiendo comida para llevar en habitaciones de hotel y pidiendo a domicilio en apartamentos vacíos. Pero cocinar para Camille, cocinar en su hogar, se había convertido en uno de sus rituales favoritos.

La cajita del anillo estaba en el bolsillo de su chaqueta, cargada de significado.

Llevaba tres semanas con ella encima, esperando el momento adecuado. La propuesta había estado planeada en abstracto durante meses; Lou sabía que quería pasar el resto de su vida con Camille desde aquella primera conversación real en el vestuario, desde que Camille la había mirado con esos ojos azules y había visto algo que valía la pena salvar. Pero encontrar el momento perfecto resultó ser sorprendentemente difícil. Siempre había un partido, un entrenamiento, una entrevista o un evento del equipo que exigía su atención.

Esta noche, sin embargo. Esta noche la casa estaba en silencio. Esta noche no tenían ningún sitio al que ir ni nada que demostrar. Esta noche eran solo ellas, en el hogar que habían creado juntas, con su perro ridículo y sus rutinas cómodas y todas las pequeñas intimidades que forman una vida.

Esta noche era la noche.



La ducha había sido exactamente lo que Camille necesitaba: agua caliente relajando los músculos que habían llegado a su límite y vapor despejando los últimos restos de adrenalina del día del partido de su organismo. Se secó el pelo con la toalla y se puso unos

pantalones de pijama suaves y una de las viejas camisetas del equipo de Lou, con la tela desgastada y cómoda sobre su piel.

El olor a ajo y tomates subía por las escaleras, haciendo que le rugieran las tripas. Las dotes culinarias de Lou habían mejorado drásticamente durante el último año, otro pequeño milagro en una vida llena de ellos.

Max ya estaba despatarrado en el sofá cuando ella bajó, con su pelaje dorado destacando sobre el cuero oscuro. Camille se sentó a su lado, rascándole detrás de las orejas, observando a través del arco abierto cómo Lou se movía por la cocina con una eficiencia silenciosa.

Qué extraño era ser así de feliz.

Hace un año, se habría reído ante la idea de la felicidad doméstica. La habría descartado como algo que querían otras personas, algo que no encajaba en su plan de vida cuidadosamente calculado. Había estado tan centrada en su carrera, en su imagen, en la búsqueda incesante de logros que se había convencido a sí misma de que llenarían el vacío de su interior.

Y entonces apareció Lou.

Lou, con su presencia estable y su corazón guardado y su forma particular de ver directamente a través de las defensas de Camille. Lou, que le había demostrado que el amor no era una distracción del éxito; era lo que daba sentido al éxito. Lou, que lo había cambiado todo.

Camille la observaba ahora: la forma en que probaba la salsa y añadía una pizca de sal, la forma en que el pelo le caía sobre la frente, la forma en que su cuerpo se movía con la misma eficiencia en el fogón que en el hielo. El amor se hinchaba en su pecho, tan grande que casi dolía.

—Deja de mirarme —dijo la voz de Lou desde la cocina, en tono de broma.

—No puedo evitarlo. Estás muy para mirarte.

Lou se rio, ese sonido grave que todavía hacía que a Camille se le revolviera el estómago. —La cena está casi lista. ¿Pones la mesa?

Comieron en la pequeña mesa de la cocina, con Max merodeando esperanzado a sus pies a pesar de saber que no se le

permitían sobras de la mesa. La pasta estaba perfecta: al dente, la salsa rica en tomates y hierbas y el cuidado particular que Lou ponía en todo lo que hacía. La albahaca fresca de la macetita de su alféizar añadía un toque brillante que a Camille le recordaba al verano. Hablaron del partido, del entrenamiento de mañana, del viaje de acampada que Frankie estaba planeando para la semana libre del equipo.

Cosas normales. Cosas cotidianas. El tipo de conversación que le habría parecido imposiblemente aburrida a la Camille de hace dos años, pero que ahora sentía como el mayor lujo que jamás había experimentado.

Después de cenar, se trasladaron al sofá: Lou en un extremo, Camille estirada con los pies en el regazo de Lou, y Max acurrucado satisfecho entre ambas. En la televisión echaban algún documental que ninguna de las dos estaba viendo realmente, con el volumen lo bastante bajo para que sirviera de ruido de fondo.

La mano de Lou descansaba sobre el tobillo de Camille, con el pulgar trazando círculos distraídos contra el hueso. El contacto era familiar, fidedigno, un ancla en la cómoda domesticidad que habían construido juntas.

—Oye —la voz de Lou era baja, diferente de algún modo—. ¿Puedes incorporarte un segundo?

Camille se movió, bajando las piernas del regazo de Lou y sentándose bien. Lou la miraba con una expresión desconocida: nerviosa, quizá, o emocionada, o alguna combinación de ambas.

—¿Pasa algo?

—No pasa nada. —Lou buscó en el bolsillo de su chaqueta —la chaqueta que había llevado puesta toda la noche a pesar del calor de la casa— y sacó una cajita de terciopelo.

A Camille se le paró el corazón.

—Camille Laurent-Dubois. —Lou se deslizó fuera del sofá, posando una rodilla en la alfombra, mientras Max observaba con la cabeza ladeada por la confusión—. Pasé treinta y cuatro años pensando que yo no era el tipo de persona que podía tener esto. Un hogar. Una compañera. Una vida que sentía que me pertenecía a mí en lugar de simplemente suceder a mi alrededor.

Se le quebró la voz, y a Camille le escocieron los ojos con unas lágrimas que no pudo contener.

—Entonces entraste en aquel vestuario y exigiste mi atención, y todo cambió. Tú me cambiaste. Me hiciste valiente de formas que no sabía que podía ser. Me hiciste creer que merecía amor, y felicidad, y un futuro con alguien que me ve entera y me quiere de todos modos.

Lou abrió la caja con dedos temblorosos. En su interior, un anillo de zafiro brillaba bajo la luz de la lámpara; una piedra de un azul profundo rodeada de diamantes, elegante e inesperado y absolutamente perfecto. La luz se reflejaba en las facetas y esparcía pequeños arcoíris por el rostro de Lou.

—¿Quieres casarte conmigo? —preguntó.

La palabra salió antes de que Camille pudiera pensar, antes de que pudiera analizar o planear o calcular las implicaciones.

—Sí.

El rostro de Lou se transformó: alivio, alegría y amor, todo enredado en una expresión que hizo que a Camille le doliera el corazón. Deslizó el anillo en el dedo de Camille; el metal frío se asentó contra su piel como si siempre hubiera debido estar allí.

—Sí —dijo Camille de nuevo, levantando a Lou del suelo y atrayéndola a sus brazos. Su voz se quebró al pronunciar la palabra, con las lágrimas cayendo libremente por su rostro—. Sí, sí, mil veces sí.

Se besaron —con suavidad, con dulzura y con una promesa plena — mientras Max daba vueltas a su alrededor, emocionado, moviendo la cola ante el repentino cambio de energía. El anillo captó la luz cuando Camille se echó hacia atrás para mirarlo; el zafiro brillaba como un trozo de cielo atrapado.

—Es precioso —susurró—. Lou, es...

—Me recordó a tus ojos.

Camille se rio, un sonido húmedo por las lágrimas. —Eso es lo más cursi que has dicho nunca.

—Acostúmbrate. Voy a serlo el resto de nuestras vidas.

*Nuestras vidas.* Las palabras calaron hasta los huesos de Camille, cálidas y sólidas, más permanentes que nada de lo que hubiera

conocido jamás.

Más tarde, se acostaron juntas en la cama, con Max acurrucado a sus pies en su sitio habitual. El anillo de zafiro captó la luz de la luna que entraba por las cortinas, y Camille giró la mano para verlo brillar en la oscuridad.

—He estado pensando —dijo Lou, con voz somnolienta—. Sobre el futuro. Sobre lo que vendrá después del hockey.

—¿Lou Calder pensando en la vida más allá del hielo? ¿Quién eres y qué has hecho con mi prometida?

—Hablo en serio. —Lou la rodeó con más fuerza con el brazo—. Tengo treinta y cinco años. Me quedan quizá tres o cuatro años buenos más, si tengo suerte. Y después de eso...

—Después de eso, ¿qué?

—Quiero quedarme en casa. Entrenar, quizá, o formar a la próxima generación de jugadoras. Pero sobre todo quiero estar aquí. Contigo. Y quizá... —vaciló—. Quizá, con el tiempo, con niños. Si es algo que tú quieres.

Las palabras quedaron suspendidas en la oscuridad: tentativas, esperanzadoras, aterradoras en su posibilidad.

—Niños —repitió Camille.

—¿Demasiado pronto para hablar de ello?

—No. —Camille se giró en brazos de Lou, quedando frente a ella en el dormitorio iluminado por la luna—. No es demasiado pronto. Pero aún no puedes retirarte, Lou Calder. Primero tenemos que ganar un campeonato.

La risa de Lou fue suave y cálida. —¿Ah, sí?

—Así es. No me he enamorado de alguien que se rinde. Primero ganamos el campeonato y luego hablamos de bebés.

—Hecho.

Se besaron de nuevo —más lento esta vez, más profundo—, con la promesa de un para siempre tejida en cada aliento. Cuando por fin se acomodaron de nuevo contra las almohadas, Camille sintió que algo cambiaba en su interior. No era ansiedad, ni el cálculo constante que había definido su vida durante tanto tiempo, sino algo más sencillo.

Paz.

Había pasado años construyendo una vida que parecía perfecta desde fuera: los patrocinios, los logros, la imagen cuidadosamente seleccionada. Pero nada de eso la había hecho sentir así. Nada le había dado esta certeza profunda de que estaba exactamente donde debía estar.

La respiración de Lou se hizo más profunda a su lado, vencida por el sueño. Max se movió a sus pies, suspirando con satisfacción. Fuera, la luna trazaba su camino por el cielo, marcando el paso de un tiempo que ya no se sentía como una amenaza.

Camille miró el anillo en su dedo, a la mujer a su lado, la vida que habían construido sobre los restos de sus miedos individuales.

Esto era amor. Esto era el hogar. Este era el comienzo de todo lo que importaba.

Y era más de lo que jamás había creído posible.

# POSTFACIO

Gracias por leer *Entre líneas*. De verdad. Significa muchísimo para mí que hayas acompañado a Lou, Camille y a las Valkyries de Phoenix Ridge en este viaje.

Phoenix Ridge es mi universo favorito para escribir — una ciudad llena de mujeres poderosas, decisiones difíciles, deseos intensos y romances que nunca eligen el camino fácil. **Phoenix Ridge Hockey** es solo una parte de este mundo.

Si te apetece explorar más historias ambientadas en Phoenix Ridge, también puedes descubrir:

- 💼 **Phoenix Ridge Billionaires** — romances Ice Queen, poder y tensión irresistible
- 🏥 **Phoenix Ridge Medical** — médicas bajo presión y pasiones ardientes
- 🚓 **Phoenix Ridge Police** — peligro, suspense y amores de alto riesgo
- 🔥 **Phoenix Ridge Fire Dept** — bomberas valientes y química explosiva

Todas estas series forman parte del mismo **Universo Phoenix Ridge**, donde las mujeres ostentan el poder y el amor nunca juega sobre seguro.

📱 Para descubrir qué viene después (todas las nuevas publicaciones también estarán disponibles en español), sígueme en **Instagram y TikTok @emilyhayesauthor**.

Gracias por estar aquí — y por amar a estas mujeres tanto como yo.

Estoy deseando llevarte de vuelta a Phoenix Ridge muy pronto.

Con amor,

**Emily** 💋